



Pusimos la bomba... ¿y qué?

Alicia Herrera


ELPERRO
yLARANA



Pusimos la bomba... ¿y qué?

Confesiones de los terroristas a la periodista
Alicia Herrera

1.^a edición digital, Vadell Hermanos Editores, 1981
1.^a ed., Fundación Editorial El perro y la rana, 2021

© Alicia Herrera
© Fundación Editorial El perro y la rana

Portada

Arturo Mariño

Edición y Corrección

Nagdy V. Guevara Valecillo

Diagramación

Odalís C. Vargas B.

Hecho el Depósito de Ley

ISBN: 978-980-14-4808-2

Depósito legal: DC2021000973

Pusimos la bomba...

¿y qué?

Alicia Herrera

El terrorista y la saga de los Bush

Hace veinticinco¹ años la periodista Alicia Herrera publicó este libro que ahora renace en la información tanto nacional como mundial, con motivo de la solicitud de extradición por parte del gobierno venezolano al gobierno norteamericano del terrorista Luis Posada Carriles. ¿Qué prueba la reedición de este libro? Ante todo el poder de la escritura y, luego, el valor de una auténtica comunicadora social.

La vigencia del testimonio escrito la comprueba el hecho de que transcurrido un cuarto de siglo del abominable crimen, la crónica de Herrera, el tenso y bien logrado trabajo que ella realizó, mantiene el interés del lector. Pareciera como si los años no hubieran pasado. El reportaje conserva su frescura. El tiempo quedó atrapado en la habilidad de la periodista para narrar, para coordinar el trabajo, para tocar los aspectos más variados del tema, lo sublime y lo degradante, la tensa reacción de los asesinos y el repudio generalizado a la acción cobarde. El libro, en ese sentido, constituye un triunfo del oficio, del profesionalismo de la autora, y un desafío victorioso a lo que más afecta al periodismo, la lucha contra el tiempo. Porque

1 Este prólogo fue escrito para la edición de 2005 en La Habana, Cuba, de Editora Política. En la actualidad, ya son cuarenta años de la primera publicación de *Pusimos la bomba... ¿y qué?*

muy pocos reportajes trascienden; solo lo logran aquellos que están escritos con pasión y veracidad.

Cuando lo que se escribe es fruto de un ejercicio de conciencia, de la disposición de asumir con coraje el acto de revelar la verdad, de nadar contra la corriente y desafiar muchos riesgos, como los que ha corrido —y sigue corriendo— Alicia Herrera, se perdura en el tiempo y en el imaginario popular.

Reafirmado el poder de la escritura a través de la intemporalidad de este libro y el coraje y la garra profesional de Alicia Herrera, conviene señalar en esta nota para la nueva edición de *Pusimos la bomba... ¿y qué?*, algunas cuestiones que vinculan el pasado con el presente. Aspectos que confirman la continuidad de una política por parte de las administraciones de Estados Unidos.

Se trata de la política norteamericana, lo que orienta la política de la gran potencia hacia el mundo y, en el caso particular, hacia América Latina. Política que consiste, en esencia, en proclamar principios que los gobiernos de Estados Unidos irrespetan. Postular, por ejemplo, la democracia para la región y al mismo tiempo auspiciar y avalar los peores atropellos contra la democracia, como ha quedado demostrado a lo largo del tiempo. Recomendar a los demás la no injerencia en los asuntos internos de otros países y, sin embargo, liderar las políticas intervencionistas más abyectas. Sugerir el libre comercio mientras se imponen prácticas monopólicas y se compite con ventajas en el mercado. Defender los derechos humanos y violarlos sistemáticamente.

Esa dicotomía entre discurso y práctica; esa franca separación entre principios y el ejercicio de estos; en otras palabras, el doble discurso característico de los gobiernos norteamericanos cada día adquiere más concreción y reviste mayor gravedad.

El mundo asiste en la actualidad a la más flagrante de las contradicciones entre los principios que en el campo teórico y

en el plano retórico proclama la mayor potencia militar y económica de la historia, y la praxis relativa a la aplicación de esos principios. Cada vez se ensancha más el abismo entre la palabra y la realidad, entre el discurso modélico de la Casa Blanca y el comportamiento del gobierno norteamericano, no solo en el exterior sino también en lo interno de esa nación. Los medios de comunicación, pese a los compromisos con el imperio, ya no pueden ocultar la magnitud del drama, su dimensión de carácter legal, político, ético y moral.

Es por esta razón por la cual la lectura del libro de Alicia Herrera no es una vuelta al pasado. No es para el lector la reactivación de un viejo caso criminal, el retorno a un abominable episodio de violencia a través de la bruma del tiempo. Es algo más que eso. Es la posibilidad de establecer una relación estrecha entre lo que sucedió entonces con lo que hoy ocurre.

Cuando en una reciente declaración a un medio de comunicación —*Últimas Noticias*: 24 de abril de 2005—, Alicia Herrera aseveró que le parecía inexplicable el silencio del actual presidente de Estados Unidos, George W. Bush, respecto al caso Posada Carriles, seguramente que con su reconocida habilidad periodística quiso alertar la curiosidad del público y marcar un blanco. No quiso —lo presumo— hacerlo directamente empleando la palabra exacta: explicable. Pero es ahí donde está el nudo de la trama, lo que explica pasado y presente.

Para el trágico 6 de octubre de 1976, Luis Posada Carriles y Orlando Bosch eran agentes de confianza de la CIA, recibían la paga del organismo al que pertenecieron por más de una década y al que seguramente siguen perteneciendo de manera encubierta. Y quien dirigía la CIA para ese entonces era, nada menos, quien luego sería el primer Bush en arribar a la Casa Blanca. Es decir, que Posada Carriles y Bosch trabajaron para él. Luego, y seguramente que por este nexos, fue Bush

padre quien indultaría a Orlando Bosch, el terrorista que junto con Posada Carriles preparó y ejecutó la voladura del avión de Cubana de Aviación.

Ahora el hijo, George W. Bush, que despacha desde la Casa Blanca, se resiste a extraditar al otro terrorista, es decir, a Posada Carriles. Incluso llega al extremo de insurgir contra su propia “doctrina antiterrorista”, la que inspira la Ley Patriota, y de contradecir lo que ha venido sosteniendo desde el atentado de las Torres Gemelas, aquello de que “no solo es terrorista quien comete una acción terrorista, sino también quien protege terroristas”. O sea, que hace lo que él está haciendo en la actualidad.

El meollo de todo está allí. En ese punto: el hilo conductor entre el primer Bush al frente de la CIA en tiempos en que se cometió el crimen contra setenta y tres personas, luego presidente de Estados Unidos, y el segundo Bush que ahora trata de salvar de la justicia al compañero de Orlando Bosch ³/₄exonerado tiempo atrás por su padre. La saga de los Bush definitivamente se identifica con una forma de terrorismo. Una forma que excusa el terrorismo con base en circunstancias, intereses y protagonistas. Que distingue, inmoralmente, por ejemplo, entre Osama Bin Laden y Luis Posada Carriles.

Por eso, lo aparentemente inexplicable del silencio de Bush hijo tiene explicación. Y la explicación está en las páginas de este libro que consagra una manera de hacer periodismo y a quien asumió tan delicada tarea.

JOSÉ VICENTE RANGEL

I

CU-455 Autorizado a despegar...

Por segunda vez, el mesonero se acercaba a la mesa ocupada por cuatro hombres que no habían parado de conversar desde que llegaron al restaurante y ordenaron cervezas frías. El mayor de ellos, de lentes con montura gruesa y oscura, y una mancha rosada en el labio inferior; ordenaba al impaciente camarero:

—Trae lo mismo...

—¿No van a pedir el almuerzo?

—Dentro de un momento, ya te avisaremos.

Y los otros tres integrantes del grupo hablaban al mismo tiempo. Tenían, aparentemente, muchas cosas que decir al mayor, quien con un gesto de poner orden, accionaba con sus dos enormes manos:

—Un momentico, vamos a dejar las cosas claras..., todo no se puede decir al mismo tiempo. Esto hay que estudiarlo muy bien, detalle por detalle, porque se trata de un golpe muy grande.

Inquieto en el asiento, el hombre más joven, se quitó los anteojos de sol, echa la cara hacia adelante, y de manera desafiante, destacando su perfil afilado, enfatiza:

—Yo lo tengo que saber todo al dedillo, no me estén guardando nada. Si mi amigo y yo somos los responsables de la

acción, o mejor dicho, de llevarla a la práctica, lo más lógico es que nos lo digan todo de una vez.

—Se lo diremos —intervino el hombre más callado, de piel blanca y mirada penetrante—. Por supuesto que se lo diremos, solo que no será en este momento por razones de nuestra seguridad y del resto de la gente que está en el plan.

Presionados por la presencia del mesonero, esta vez con su libreta dispuesta para tomar nota, el cuarteto cambió de conversación y decidió pedir el menú del día, para no perder el tiempo en la lectura de la carta.

—Y más cerveza bien fría —agregó el negro robusto de pelo “pegado”.

El ambiente del restaurante Tía Pura era tranquilo. Ubicado en la calle Los Manolos, a pocos metros de la avenida Andrés Bello de Caracas, este local tenía un aspecto exterior insignificante, pero contaba con una clientela fija que acudía allí para saborear platos de la cocina criolla o especialidades cubanas, como su famoso lechón asado, tan solicitado por los cubanos que viven en este sector de la capital venezolana.

—No está mal este local —comentó el comensal de la mancha en el labio—, se puede hablar tranquilamente, no hay tanta entradera y salidera de gente...

Hizo una pausa y continuó:

—Bien, a mí me parece, volviendo a lo nuestro, que lo mejor es colocar “el regalito” en el mismo lugar donde ustedes se van a sentar, es lo menos llamativo, de esa forma nadie podrá decir que los vio en gestiones raras.

El más callado, que parece ser el calculador y más frío del *team*, expuso de manera firme y precisa una idea que todos aceptaron:

—Solo uno de ustedes llevará el “material”, así el otro estará más sereno para chequear cualquier movimiento enemigo. Los dos tienen que concentrar su atención en lo que van a hacer.

—Eso está bueno —dijo el negro—. Es mejor que sea así porque de esa manera estamos bien mosca todo el tiempo... pero, ¿quién de los dos llevará la cuestión?

—Eso todavía no lo hemos decidido —respondió el mayor dejando escapar una bocanada de humo del tabaco que acababa de encender.

—Pero, bueno, volvemos a lo mismo —intervino airado el de perfil afilado—: ¡Vamos a ejecutar el plan y ni siquiera sabemos bien cómo es la cosa!

—Caballeros, por favor, falta una semana para eso, hay que calmarse —remató con acento muy cubano el hombre más callado.

* * *

El 4 de octubre de 1976 había transcurrido como un lunes cualquiera en Caracas. La ciudad, llena de ruidos producidos por tránsito automotor, palpitaba aún a las siete de la noche, cuando una gran parte de los habitantes de la gran metrópoli regresaba a sus hogares luego de la jornada del día.

La autopista del Este estaba repleta de carros que, en apretadas hileras, apenas se movían. Humo, cornetas pitando, uno que otro grito histérico y las infalibles sirenas de las ambulancias y radiopatrullas conformaban una atmósfera alucinante a estas horas del atardecer.

—Oye, se está haciendo de noche y esto no avanza, ¿cuándo tú crees que vamos a llegar?

—No te preocupes —le contestó el callado acompañante al hombre de la mancha en el labio—. Aquí todos los días son iguales, siempre hay colas, pero caminan, no te desesperes.

—Yo no estoy desesperado, pero sí un poco nervioso con todo esto, o quizás ansioso porque termine de prepararse todo... ¡Ojalá el miércoles a esta misma hora, Fidel Castro esté

más encabronado que nunca, eso es lo que yo quiero: que él y sus comunistas se mueran de la rabia!

El otro, sin dejar de atender el volante, le tranquilizó diciéndole que no había motivos para dudar que todo saldría a la perfección, que jamás nada se había preparado con tanto cuidado...

—Yo no creo que los muchachos, a estas alturas, vayan a meter la pata —remató convencido.

—No, eso es imposible. Ellos están lo suficientemente entrenados para lo que van a hacer. Además, chico, lo último que se les ha encomendado les ha salido muy bien, por eso no me preocupo tanto.

—Yo no estoy tan seguro, a veces los nervios son muy traicioneros —y mirando hacia un lugar específico el acompañante del mayor exclamó—: ¡Mira, ahí llegan ellos también, están de lo más puntuales, eso es bueno!

De un taxi bajaron los dos jóvenes, mientras los jefes del plan estacionaban el automóvil frente a la quinta del este de Caracas, a donde se dirigían para hacer la última reunión del asunto que les ocupaba.

Saludos y palmadas precedieron la entrada al inmueble, donde se podía observar cierto desorden en su pequeño jardín. Aún estaban las fichas de un juego de dominó sobre una mesa y había botellas de cerveza y vasos de cartón diseminados en el piso. Se podía concluir que en ese lugar transcurrió una festiva noche dominguera.

En esa misma casa, pero unos días antes, en medio de una gran comilona rociada por varias cajas de *whisky*, un grupo de adinerados cubanos habían hecho una sustantiva donación económica para “la causa”. Con ese dinero y otro recaudado por las urbanizaciones Prados del Este y el Country Club, contaban los hombres y el resto de su grupo, para poner en práctica su futuro plan.

—¡Adelante, pase adelante! —dijo un señor canoso que salió al encuentro de los recién llegados—. Pasen por aquí, disculpen esta reguera.

Se notaba temor en la voz del anciano encargado de aquella quinta por el tipo de visita que recibía, sobre todo por la presencia del hombre de la mancha rosada en el labio inferior.

—Nadie me dijo que ustedes vendrían, pasen y siéntense por aquí —seguía el anciano con su tono de disculpa.

—Está bien —dice cortante el de la mancha—, ahora lo que tiene que hacer es dejarnos solos y no molestarnos... ¡Ah, y si tocan el timbre de la puerta no le abra a nadie!

El viejo se retiró rápida y torpemente. A su paso iba recogiendo botellas y vasos.

El más callado es, sin dudas, el especialista del grupo. Sacó algo de una cajita de cartón y lo mostró solo un momento:

—Esto es lo más seguro que existe para lo que queremos hacer, no hay falla posible, caballeros. Cuando ustedes lo lleven arriba nadie se percatará, cuando lo pongan tampoco llamará la atención, ¿qué más quieren, pues? ¡Esto es lo que nos permitirá dar el golpe con toda la fuerza que debe tener!

—Entonces, ya ustedes saben —agregó el mayor—, nada de nerviosismo. Es cierto lo que dice el socio aquí, eso es lo más seguro que ustedes se puedan imaginar, ya lo hemos probado en otras acciones; es infalible. Piensen nada más en que ustedes están liberando al mundo del comunismo, que hay que dar un golpe así para que la gente en la isla sepa que pueden hacer la insurrección porque cuentan con el respaldo de patriotas decentes como nosotros, dispuestos a lo que sea... Esto levantará la moral, ya ustedes verán.

—Está bien —dijo el negro—, pero yo quiero saber si por fin se decidió quién va a ser de los dos el que llevará la cosa, pues.

—Chico, tú solo no vas a ser y, aunque así fuera, te repito que nadie lo notaría... Además, tú eres fotógrafo y tienes en tu equipo más de una cámara, ¿no es así? Bueno, eso facilita.

—Nada, no hay que llevar maleta ni mucho paquete, lo ideal es el bolso de mano, porque vamos a lo que vamos y tanta cosa nos puede estorbar.

—Sí —le respondió el especialista al del perfil afilado—, eso de no llevar maleta es bueno, pero hay que cargar algo, tú no puedes parecer sospechoso. Llévense cualquier maletín con cosas que puedan dejar después en el hotel sin que representen una gran pérdida para ustedes. Hay que cubrirse las espaldas porque los del G-2 cubano andan mucho por esas islitas.

—Bueno, eso era lo que faltaba por rematar —intervino el mayor—. Está claro que el más veterano va a colocar “el regalo” más difícil... No hay problema, nadie se podrá imaginar nada, tú entras ahí porque tienes que hacer una necesidad y se acabó.

—Además, vamos a dejarnos de tanto detallito, en el lugar de los hechos ustedes pueden resolver mejor. En último caso, si tienen algún tropiezo, saben muy bien que con levantar el teléfono y llamarnos a alguno de los dos, todo se arregla; eso sí, no olviden estas dos palabras: perros y autobús, lo demás lo ponen de su propia cosecha.

Les hizo gracia a todos la intervención del calmado especialista. Rieron ruidosamente y comenzaron de nuevo a discutir otros aspectos del plan.

* * *

En el atardecer del día 5 de octubre no hubo una reunión formal, sino una breve conversación para ultimar detalles en el interior de un carro que, a velocidad moderada, transitaba por la autopista del este, vía al centro de Caracas. Ahí se habló con tensión y apremio.

—Esto es rápido, caballeros, vamos a entrar por El Conde, los dejamos en el Parque Central, toman un taxi y nosotros seguimos por la avenida Lecuna.

—¿Pero, por qué tienes que explicarles eso, viejo? —interrumpió el hombre de la mancha— Lo que ahora nos ocupa es que ellos se sientan firmes y seguros, o que de lo contrario pregunten lo que quieran, esta es la oportunidad de aclarar dudas... La última oportunidad, señores.

—Es verdad, es verdad —dijo el del perfil afilado—. Yo quiero saber si ustedes van a estar todo el tiempo cerca del teléfono y, si llegan a salir de la oficina, quién carajo lo va a atender.

—Pero, bueno, chico, ¿te vas a preocupar por eso? Ya te dije que solo en caso de emergencia uses el teléfono, solo si te ves metido en líos. Pero ahí siempre estaremos los dos o, en último caso, la secretaria de la oficina.

Continuaron discutiendo hasta que llegaron al lugar convenido donde deberían quedarse los dos hombres que esa noche tomarían un avión para dirigirse a la hermosa y hospitalaria Puerto España, capital de Trinidad y Tobago.

—Ustedes son buenos en esto, demuéstrenlo otra vez —fueron las palabras de despedida que les hizo el especialista.

* * *

Apenas comenzaba la jornada del día, la agencia cubana de noticias Prensa Latina, ubicada en la congestionada avenida Urdaneta de Caracas, se veía invadida por más de veinte jóvenes. Eran los campeones del Equipo Juvenil de Esgrima de Cuba, quienes además de pasar a saludar a los periodistas, indagaban el funcionamiento de esa agencia.

Era el último día que los muchachos cubanos pasaban en la capital venezolana, ya que tenían que partir rumbo a Trinidad, para continuar vuelo a Barbados-Jamaica, para al final llegar

a su país. En el pecho de los campeones refulgían las medallas doradas, todas las que se disputaron en el Campeonato Centroamericano y del Caribe celebrado en Caracas.

Había risas y mucha alegría en Prensa Latina. Uno de los muchachos, con su cámara lista, trataba de ponerse de acuerdo con sus compañeros para tomar las mejores fotos.

—Oye, quítate de delante que no me vas a dejar salir —protestó uno.

—Tú, compañero, oye, muévete un poquito que eres más alto que yo...

Y todos tenían algo que decir, algo que celebrar. Estaban orgullosos de sus preseas doradas y, a los veinticuatro muchachos y muchachas, les sobraba razón para querer salir en primer plano en las fotos. No obstante, el espacio tendría mucho que ver con la toma final.

—Esto es un poco pequeño para tanta gente —explicó el fotógrafo—, pero péguense un poquito más, así...

* * *

El día siguiente era miércoles 6 de octubre. Otros jóvenes, once en total, se despedían con algarabía de sus familiares y amigos en el aeropuerto de Timehri, en Guyana. Viajaban llenos de ilusión, sobre todo seis de ellos, que habían obtenido becas para cursar estudios de Medicina en Cuba.

—Nada de llorar —dijo uno a su madre—; cuando yo sea médico me quedaré aquí y así me tendrás cerca siempre. El tiempo pasa muy rápido, ya verás.

Algunos de los estudiantes se veían abrazados a sus novias. Otros hacían chistes con sus amigos y gritaban cálidas palabras de despedida. En general, todo allí era alegría, esperanza, sueños próximos a realizar. Los guyaneses se divertían, aprovechando la espera de cinco integrantes de una delegación cultural de la República Popular Democrática de Corea, que

viajaría en ese mismo avión. Al anunciarse el abordaje todos se movilizaron hacia la nave haciendo señales con las manos en gesto de adiós.

En breve tiempo, los pasajeros ya estaban desembarcando en Puerto España, pero los que estaban en tránsito se tuvieron que quedar en la nave: una huelga de la línea aérea BWIA obstaculizaba el desenvolvimiento normal del aeropuerto. Justamente en Puerto España se integraron al viaje de los muchachos del Equipo Juvenil de Esgrima, pero también abordaron el DC-8 de Cubana de Aviación dos hombres: uno negro robusto y otro de rostro desafiante, de perfil afilado.

* * *

Los dos hombres llevaban maletín de mano y se habían quedado rezagados para entrar de últimos al avión. Subieron las escalerillas sin prisa y fueron recibidos por una sonriente aeromoza. Se acomodaron en los asientos del centro, uno al lado del otro.

Los pasajeros estaban callados atendiendo a las instrucciones que les dictaban a través del micrófono, porque ya la nave estaba a punto de despegar. Los motores comenzaron a emitir sus sonidos característicos. El aparato rodó un poco, subió y se estremeció, al fin, en el aire.

Relajados, algunos viajeros encendieron sus cigarrillos. Unos hablaban, otros se entregaban a la lectura, pero los deportistas cubanos, con su espontánea conversación, dejaban muy claro que ellos estaban ahí.

Los dos hombres parecían ignorar lo que les rodeaba. El de piel negra sudaba frío, tenía las manos heladas. El otro le recomendaba que se calmara, que todo era cuestión de unos momentos más. Los dos trataron de encender a la vez el cigarrillo que habían extraído de sus respectivas cajetillas. Pero el del perfil afilado se adelantó con un encendedor y ordenó al negro:

—¡Apaga esa vaina, mira que encender fósforos en un avión es muy peligroso!

Dio tres o cuatro chupadas, buscó con su mano derecha el cenicero para aplastar el cigarrillo, lo hizo y respiró profundamente.

—¿Qué pasa? —preguntó el negro.

—Nada, nada. Ahora voy un momento al baño, fijate bien, al baño de atrás. Si tú ves que me demoro o ves un movimiento raro, tócame la puerta; da dos toques, ¿okey?

Después de varios minutos se oyeron gritos despavoridos de alguien que pedía auxilio. El pasajero del centro del avión se dio cuenta de que su amigo estaba en apuros, pero sus piernas, pesadas por el miedo, no le permitieron ponerse de pie.

—¡Señorita, señorita! —llamó la atención a la aeromoza— ¡Es en el baño, es mi amigo!

El mismo capitán de la nave acudió al baño en cuestión. La puerta se había trabado y el pasajero no pudo abrirla desde adentro.

Bañado en sudor, el hombre del perfil afilado protestó después que salió del baño y dijo que reclamaría a la línea esta situación que vivió. Al llegar a su asiento lo primero que salió de su boca fue:

—¡Coño!, por poco me agarran estos malditos comunistas. Y tú tan tranquilo, no se puede contar contigo, eres una gallina, vale.

—¡Cállate, vale, nos pueden oír!

—Pero, bueno, ¿quién va a estar pendiente de nosotros, chico? Tú sí que estás nervioso. Yo te estoy hablando casi en la pata de la oreja; además, con la bulla que traen los niches cubanos, nadie oye.

En efecto, los esgrimistas lo que traían era un jolgorio. Se habían puesto a cantar y a ellos se había sumado un coro de voces que hacía más grande el alboroto. Pocos minutos después

se oyó el anuncio: “En unos minutos estaremos llegando al Aeropuerto Seawell de Barbados”, recitado en español e inglés por una aeromoza. En ese aeropuerto se quedarían, entre otros pasajeros, los dos hombres que habían ocupado asientos en el centro del avión, y abordarían algunos viajeros, que con los que estaban en tránsito y la tripulación del DC-8 de Cubana de Aviación, sumarían setenta y tres personas.

* * *

Los pasajeros estaban instalados en sus butacas guardando todas las reglas que acaba de orientar la aeromoza: respaldar del asiento en posición vertical, cinturones abrochados, cigarrillos apagados, y esa sensación de apremio porque el aparato despegara de una vez.

Por las ventanillas, muchos ojos observaban el movimiento del Aeropuerto Seawell; aviones que habían llegado descargaban equipajes, gente que partía hacia otros lugares subía lentamente las escalerillas; el personal de mantenimiento se movilizaba de un lugar a otro.

Los bulliciosos ocupantes del DC-8 se prepararon para continuar con sus risas y canciones. Alguien insinuó que sacaría una guitarra, pero “ahora no, porque vamos echando”.

—Sí, ahorita cuando salga el avión —agregó una de las campeonas esgrimistas— haremos un ensayo de lo que podemos cantar en la fiestecita que seguro nos espera.

En la cabina del avión se dieron los toques finales para realizar esa importante fase del vuelo. El piloto y el copiloto intercambiaron ideas e hicieron lo preciso y necesario, mientras el ingeniero de vuelo se encargó de su parte, también de máximo interés para el viaje. El piloto tomó el micrófono, apretó el carrer y habló:

—Seawell rampa, CU-455 listo para arranque.

Responde, Seawell rampa:

—CU-455. Recibido. Autorizado para arranque. Temperatura 30.

—CU-455. Recibido.

Las últimas maniobras en tierra siguieron acaparando la atención de los ocupantes de la cabina.

—CU-455. Autorización para retroceder.

—CU-455. Autorizado a retroceder. Recibido.

Ajenos completamente a lo que se hacía y hablaban en cabina, los pasajeros del vuelo regular de la línea aérea Cubana de Aviación, número 455, conversaban tranquilamente. Otros, como los jóvenes guyaneses, entraban en confianza con los campeones de esgrima cubanos y algunos de ellos, que hablaban inglés, ya estaban planificando encuentros a la llegada.

—Seawell rampa. CU-455 listo para *taxeo*.

—CU-455 autorizado para *taxeo* al frente vía *taxiway* alfa hasta punto de espera, use segunda intersección, hora 11.

—Recibido. Autorizado hasta AH, punto de espera pista 9 hora 11.

—CU-455. Autorización recibida.

—¡Torre, adelante!

Iban en la nave quince miembros de una tripulación de Cubana de Aviación que hacía rotación en Barbados. Entre ellos no cesaban los comentarios acerca de su paso por la hermosa isla turística. Una joven y atractiva aeromoza sacó su polvera y retocó su maquillaje. Su compañero al lado le bromeó diciéndole que la “toilette” no se hacía delante de los pasajeros. Ella, ruborizada, le recordó que en ese momento no estaba en funciones y que, por lo tanto, formaba parte de los pasajeros. El resto de los compañeros, adelante y a los lados, celebraron su respuesta.

—CU-455 autorizado hasta Noman Manley, vía Roja 11, mantenga FL-350 giro derecho. Cambio.

—CU-455 autorización correcta, establezca contacto aeródromo 118.7. Buenos días.

—118.7. Buenos días.

—Seawell Torre CU-455, autorice posición de despegue.

—CU-455 autorizado a despegar, viento de superficie 09508.

—Recibido.

—CU-455 despegó 15, cambio a la salida 119.7.

—Favor repetir frecuencia

—119.7.

—Positivo.

—Gracias, señor.

—Buenos días.

La torre entregó el control de la nave al departamento de control de la aproximación y el CU-455 se comunicó de inmediato con este.

Mientras esto ocurría, los pasajeros cumplían todas las precauciones indicadas, en medio de la tensión natural que produce ese momento en el cual el avión comienza a elevarse y uno siente como si estuviera demasiado pesado para lograr su propósito.

—Seawell aproximación... CU-455 en 119.7 trepando hasta 350, estamos a 30, estimo Cotter a las 29.

—CU-455 recibido informe arribo nivel de vuelo 180.

—Informaré cuando llegue a 180 (18,000 pies).

—Correcto.

—Todo transcurría dentro de la rutina acostumbrada en un vuelo regular. En la nave de Cubana de Aviación no había ningún indicio que hiciera presumir a sus ocupantes que la muerte rondaba y se acercaba minuto a minuto. A las 12:23, cuando el capitán del CU-455 se disponía a informar el arribo a nivel 180, como estaba pautado, un grito de alarma se escapa de su garganta:

—¡Cuidado!

El avión se había sacudido después de un ensordecedor estallido. De inmediato, el capitán enfrentó la situación, analizó a través de los controles y se hizo cargo de los mandos. Era una emergencia total en la nave. El copiloto concentró toda su fuerza y atención en el control general.

Gritos y llantos comenzaron a oírse entre los pasajeros. Parte de la tripulación que no estaba en la cabina hacía esfuerzos para calmarlos mientras tomaban todas las precauciones necesarias en un caso como el que se vivía. Los rostros eran de asombro y miedo. Los jóvenes deportistas, con ánimo, pedían calma a los más nerviosos y, entre ellos, los que quedaban uno al lado del otro juntaban sus manos. Todos los que iban en ese pájaro herido tenían los ojos desorbitados del terror, atrás se habían quedado los sueños, la alegría, las esperanzas.

—¡Seawell! ¡Seawell!... CU-455.

—CU-455... Seawell.

—Tenemos una explosión y estamos descendiendo inmediatamente. Tenemos fuego a bordo.

—CU-455. ¿Regresará al campo?

La pregunta quedó suspendida, no hubo respuesta. El capitán estaba enfrascado en encontrar la manera de retornar a la pista sin abusar de los recursos que pudieran quedarle al avión.

A las 12:25 minutos el control de Seawell recibe la voz del copiloto.

—Ok. Seawell CU-455... pedimos inmediatamente, inmediatamente, pista.

—CU-455 autorizado a aterrizar.

—Recibido.

Y con verdadera desesperación se oyó a continuación:

—¡Cierren la puerta, cierren la puerta!

Seawell captó la emergencia y en un intento por ayudar en aquel dramático momento anunció:

—CU-455 tenemos emergencia total, continuamos escuchando.

Dentro del avión todos los pasajeros vivían los momentos más terribles de su vida; la catástrofe era inminente. Abajo, el mar azulísimo, las playas barbadenses pobladas de hoteles turísticos rodeados de palmeras; tanta vida, tanta belleza resumida en esa suerte de postal vista ahora con otros ojos.

La explosión terminaba de hacer sus estragos. Los valientes hombres que conducían aquel aparato herido de muerte habían entregado todas sus fuerzas para evitar, de alguna manera, el peor desenlace. De pronto, el copiloto, creyendo que el avión iba a tomar altura, gritó:

—¡Eso es peor! ¡Pégate al agua, Felo! ¡Pégate al agua!

Abajo, los turistas que disfrutaban en las playas miraron estupefactos un avión en violento descenso botando humo y cómo, de una manera estremecedora, se precipitaba al mar con su carga de vida.

* * *

—Este es DQ-650 —avión venezolano que volaba cerca—.
¿Los podemos ayudar en algo?
Silencio...

II

Por primera vez en el Cuartel San Carlos

En cada punto estratégico hay un soldado que custodia. Frente a la entrada principal y en las torretas, los vigilantes atentos no permiten que nadie viole la tranquilidad que rodea al Cuartel San Carlos, una vieja edificación de ladrillos que se erige en el centro de Caracas, convertida en prisión militar desde hace mucho tiempo.

La vecindad con el Panteón Nacional le da un aire de respetabilidad a ese Cuartel San Carlos que, en los últimos años, ha albergado desde delincuentes hasta desertores del ejército, pasando por guerrilleros e innumerables políticos.

Disminuyendo la velocidad del automóvil o caminando con cautela, cuando se llega cerca de la entrada del Cuartel San Carlos, se debe tener una idea clara de adónde se va a estacionar el carro o por dónde es mejor cruzar la amplia avenida, aunque un soldado atento al movimiento hace señales para permitir el paso de los peatones. Inmediatamente se penetra en un espacio abierto y arbolado, en el cual están la receptoría de identificación y las dependencias de requisita, separadas por sexo.

Hay una fila mediana donde, especialmente mujeres y niños, esperan que comience el proceso de chequeo que hace un soldado que está sentado detrás de un escritorio de metal, bajo la mirada de un oficial que no hace otra cosa que estar

pendiente de su *walkie-talkie*. Aun no son las nueve de la mañana del sábado, pero también podrían ser de un miércoles; en el cuartel San Carlos hay visitas para los presos esos días de la semana en la mañana, y luego a partir de las dos de la tarde hasta las cinco.

Hay miles de sentimientos reflejados en cada rostro. Una mujer muy joven, con un bebé dormido y satisfecho, aspira a ver a su marido guerrillero, quizás tan joven como ella. Dos mujeres que hablan muy alto de sus problemas domésticos manotean y protestan por el sol que ya comienza a entrar en el patio interno, a pesar de los árboles. Callada, una arrugada anciana espera o un joven estudiante piensa qué estímulo llevará a su compañero preso confundido con un guerrillero en una redada reciente. También unos cuantos hombres ceñudos y curtidos por la vida aguardan silenciosos o fumando compulsivamente.

Yo me siento ajena a esta gente, me parecen extraños, no termino de entender la sicología del que tiene un ser querido en prisión. Estimo que es una situación dolorosa, pero también observo alguna “orgullosa rebeldía”, sobre todo en las personas más jóvenes que forman la mayoría de esta cola, donde yo estoy casi de última.

Adentro de esta mole de ladrillos hay, según los comentarios oídos, un centenar de presos. Alguien con voz vibrante ha dicho que viene a visitar a Salom Mesa Espinoza, el diputado a quien implican en el caso del secuestro del norteamericano William Niehous. Esa misma voz ha dado una dirección del oeste de Caracas y ha respondido otras cosas imperceptibles hasta aquí; y es que ya llegó el soldado que nos identificará y nos proveerá de un papelito que indica el nombre de la persona a la cual vamos a visitar.

El soldado es parsimonioso. Mira con indiferencia e interroga con voz que apenas se le oye. La cola se hace lenta

debido a que en ella no se mueven solo las personas, sino también muchas bolsas y maletines con víveres, ropas o comida que cada quien lleva a su preso.

Tengo delante de mí a un hombre de unos veintiséis años. Me ofrece un cigarrillo, que yo acepto pese a mi propósito de dejar de fumar. Quiere entrar en detalles...

—¿A quién viene a ver usted?

—A un excompañero de trabajo —le respondo secamente.

—Seguro que es uno de los alzados, ¿verdad? —indaga con mucha curiosidad, y al no contestarle agrega—: Yo vengo a traerle unos libros al compañero Fortunato Herrera, al que han querido meter en el caso Niehous, cuando él no tiene nada que ver con eso.

Alguien hizo “chis, chis”, mandando a bajar la voz.

Se ve que la requisa personal y de los paquetes se demora. Frente a los respectivos locales se han formado dos pequeñas filas. A nuestra cola, en cambio, no le ha llegado más clientela. Detrás de mí quedan cuatro muchachas que no hacen más que cuchichear. Una de ellas tiene un pequeño radio transistor sonando bajito, pero se oye la popularísima salsa de la orquesta de Oscar D'León.

El oficial me mira ladeando su cabeza. Creo que le han llamado la atención mis sortijas, está de moda llevar varias en un mismo dedo. Me someto a las preguntas del soldado, quien tiene una carpeta de manila con un listado y dobla sus puntas para que mis ojos no alcancen a leer nada.

—¿Dirección?

—Calle Caicara, residencia Los Cedros 3-A, urbanización Los Cedros.

—¿A quién va a ver?

—A Freddy Lugo.

—¿Qué es usted de él?

—Amiga.

Me mira como dudándolo. Voltea e intercambia miradas con el oficial. Después, pasado un tiempo, me entero de que a los presos solteros los visitan otro tipo de “amigas”, las que se acuestan con ellos. No dudo que cualquier mujer que se identifique como amiga sea tomada con cierta reserva o clasificada, de una vez, como profesional del sexo.

Ahora, en la otra cola, adonde por fin he llegado, se confunden los olores, todos muy ricos. De las bolsas surgen envases con carne mechada, plátanos maduros horneados, empanadas, botellas de chicha y las criollísimas arepas. Los vigilantes destapan y miran bien las comidas, en algunos casos introducen un cuchillo en varias partes, si se trata de algo sólido como una torta.

Mientras se aroma aquel reducido recinto, otra vigilante, detrás de una cortina, está haciendo una requisa completa, a las que vamos pasando, con detector de metales y tanteo general del cuerpo. Después del registro de la cartera y la presentación de los documentos, finaliza esta minuciosa operación.

¡Te estaba esperando!

Dejando atrás este ambiente de la entrada, que prácticamente se encuentra separada del edificio-prisión por una cerca de alambre ciclón muy alta, igual a la que rodea parte de la zona del frente del complejo militar, camino rápido hacia la verdadera entrada del Cuartel San Carlos.

En el acceso de la alambrada hay una puerta custodiada por un soldado armado. Se camina por una angosta acera. Se ve el jardín interno, muy fresco con sus altos árboles y la insólita presencia de dos pavos trajinando de un lugar a otro, esponjando sus colas como abanicos abiertos.

Al llegar a un inmenso portal está un soldado de verde olivo en actitud de vigilancia. Traspasándolo, en un alto mostrador, hay otros dos encargados de dar el carnet de entrada al

visitante, después, uno de ellos toma los datos de la cédula de identidad y esta se queda en el casillero que tiene a un lado.

Un banco ocupado por varios custodios se ve nada más. Aquí se efectúa este segundo chequeo. De ahí se levanta uno y me pide el cartoncito plastificado que tiene un sello impreso y que permite realizar la visita. Lo ve e indica que lo acompañe hasta el lugar donde debo encontrarme con Freddy Lugo, mi excompañero de trabajo de la revista *Páginas*, quien se encuentra detenido, al igual que otros tres individuos, por su presunta participación en el sabotaje a un avión de la línea aérea Cubana de Aviación, hecho que sorprendió al mundo en octubre de 1976.

Al comenzar a caminar por el interior del Cuartel, lo primero que hice fue mirar hacia arriba. Me doy cuenta de que los techos de este viejo edificio son altísimos. A la derecha también me llama la atención una escalera de peldaños estrechos que se curva para alcanzar un segundo piso.

Pasan soldados a nuestro lado y se oyen voces que no se puede precisar de dónde provienen exactamente. Hay una terrible humedad en el ambiente y como soy alérgica, comienzo a estornudar. El custodio me mira con curiosidad y me pregunta si tengo gripe, yo le digo que no y le explico brevemente mi reacción.

Caminamos y caminamos y a mí me parece que nunca voy a terminar. Los pasillos son angostos. A un lado hay puertas fuertes y rejas. Al otro lado, la pared es mitad muro, mitad barrotes; es el espacio donde algunos de los presos salen a recibir a sus visitas.

Una inmensa puerta indica el final del pasillo. Allí hay un oficial sentado detrás de una mesita tipo escritorio, con su *walkie-talkie* comunicándose, probablemente, con el oficial de la entrada, el de la primera identificación.

El soldado se detiene con respeto ante su superior, se le acerca y le dice en voz baja a dónde va y el número de la celda. Vuelve hacia mí y dice que podemos retirarnos.

Antes de continuar y cruzar hacia la reja de la celda de Freddy Lugo, hay otra escalera sinuosa y oscura, por la cual bajaba un civil con una caja de víveres. Unos metros más adelante y, al fin, se abrió la reja, y ante mí estaba el amigo.

—¡Llanera, te estaba esperando! —fue lo primero que me dijo Freddy Lugo, recordándome los días en que juntos salíamos a hacer reportajes para la revista *Páginas* y él me bromeaba por mi procedencia del llano, o del monte, como suelen decir.

Mi sorpresa fue mayúscula; no entré directamente a una celda, como me lo venía imaginando desde que llegué al Cuartel. Allí había un patiecito interno, bañado por el sol, con varias sillas diseminadas a su alrededor. Dos niñas de ocho y diez años, aproximadamente, jugaban con una pelota de colores y gritaban cada vez que el inmenso globo les llegaba a las manos.

—Son mis hijas; ¿tú te acuerdas de la grande? A esa la llevé a *Páginas* cuando era chiquitica, tendría un año. Ellas me vienen a ver sin la madre, ya te habrán contado que me divorcié.

Las niñas hicieron un alto en su juego y corrieron hacia una de las puertas que se observaba en la pared del fondo. Salieron a toda velocidad y continuaron con su pelota. Por aquella misma puerta aparecieron dos mujeres, que Freddy invitó para que se acercaran a nosotros.

—Mamá, esta es la periodista Alicia Herrera, ven para acá. Las dos mujeres se acercaron.

—Carmen —le dijo Freddy a su hermana—, tú sí conoces a Alicia, por lo menos has hablado por teléfono con ella cuando trabajaba conmigo en la Torre de la Prensa.

Ocupamos las sillas que había en el patiecito e hicimos una rueda de conversaciones recordatorias de los tiempos del

trabajo juntos. Mientras Carmen iba en busca de café y doña Alejandrina dormitaba, se nos vino encima tanto a Freddy como a mí, un mundo de recuerdos comunes.

—Uno cambia con el tiempo —expresó Freddy como pensando en voz alta, y a continuación, con gesto de curiosidad, pregunta:

—¿Te acuerdas de Velluto¹? ¿Dónde estará ahora?, ¿tú no sabes? Era un buen jefe. Yo creo que tú le tenías mucho cariño, bueno, en realidad todos le apreciamos mucho.

Lugo traía a la memoria los hechos y personajes de aquella redacción donde ambos, prácticamente, comenzamos a seguir en firme nuestras respectivas carreras. Él como fotógrafo, yo como redactora.

—Yo recuerdo bastante los aniversarios de *Páginas* —le digo—. Eran días muy especiales. Ahora es distinto, esas fechas pasan por debajo de la mesa.

—A propósito, yo me acuerdo una vez que la revista cumplió no sé cuántos años y nos hicieron tremendo reportaje en *El Mundo*. Salió todo el personal en las fotos y tú aparecías en todas, y eras la más jovencita de la redacción.

De pronto nos interrumpe una niña de aproximadamente tres años, que sale corriendo de la habitación del fondo. Detrás de ella una mujer como de cuarenta años la llama con voz un poco estridente. Eran la hija y la mujer de Orlando Bosch, quien estaba compartiendo la misma celda con Freddy y era otro acusado en el caso del avión cubano.

Freddy se movilizó para hacer las presentaciones, incluyendo la de Bosch, quien se había asomado a la puerta con su tabaco humeante y su característica mancha rosada en el grueso labio inferior, y espontáneamente se había acercado a nosotros.

1 Se refiere al periodista Julián de Sada “Velluto”, quien era director de la revista *Páginas*.

Estuvimos conversando de temas generales, pero muy especialmente de periodismo. Al referirme a que estaba ocupando el cargo de directora de la revista *Kena*, Bosch expresó:

—Esa es la revista que tenía Agustín Tamargo, ¡qué lástima el carácter de Agustín! Es un loco, un tipo muy nervioso, pero buen periodista.

Ese avión que se cayó

Freddy Lugo se sintió con el deber de explicarme siempre su relación de amistad con Bosch, Luis Posada Carriles y Hernán Ricardo; todos detenidos por la misma causa que él. No quería que yo tuviera ningún tipo de dudas acerca de su persona y, en efecto, yo consideraba que él era un presunto culpable, y en muchas ocasiones, cuando alguien lo atacaba, yo lo defendía.

Sin embargo, pronto me doy cuenta de que la relación que existe entre él y Orlando Bosch es la de jefe-subordinado. Lugo hacía todo cuanto Bosch le ordenaba. En la vida diaria de la celda, e incluso en sus gustos personales, el cubano influía notablemente. Una muestra de ello era el régimen de clases de pintura que Bosch le dictaba a Lugo, con el pretexto de que había que conseguir dinero “aunque sea vendiendo cuadros”.

—El doctor es una buena pieza —decía Freddy con tono de admiración—; él ha sido bueno conmigo. Yo lo respeto bastante porque él ha sabido hacer bien sus cosas, no como otros cubanos por ahí que dicen que van a tumbar a Fidel y no hacen nada más que hablar. El doctor, en cambio, es efectivo.

—Entonces, ¿estás tranquilo aquí?

—Sí, chica, por lo menos estoy con un tipo como Bosch, que aparte de acompañarme me enseña mucho... A mí la cárcel me ha iluminado bastante.

—Freddy, ¿y ese avión que se cayó?

Su rostro se demuda un poco. Se registra el bolsillo de la camisa como buscando un cigarrillo que no encuentra y se queda

callado un ratico más, pensando seguramente en la respuesta. Al fin me mira y dice:

—Fíjate, Llanera, yo estoy aquí, como tú sabes, por eso del avión. Me metieron en ese lío, me enredaron simplemente porque soy amigo de Hernán Ricardo y andaba con él ese día. Tú te debes acordar de Hernán, ¿verdad?

—Sí, yo sé quién es. La imagen que tengo de él es verlo en el ascensor de la Torre de la Prensa con una chaqueta de cuero marrón.

—Bueno, claro, él era fotógrafo en *El Mundo* y, la verdad, siempre andábamos juntos porque somos amigos y además colegas. Algún día te contaré con más tiempo estas cosas —cambia su tono de voz. Ahora Freddy hace un énfasis mayor—: Pero el doctor, que era de quien te estaba hablando, es una persona seria, un líder, un hombre que sabe de política. Te digo, lo que él haga está bien hecho, porque va en contra del comunismo.

Enciende un cigarrillo, bota el fósforo y lo pisa.

—Pues sí —agrega—, en estos meses me he aprendido la historia de este hombre, especialmente las cosas que ha hecho en su lucha contra el comunismo, cosas que no las podrías creer si no lo conocieras a él. Ya tú tendrás la oportunidad de oírlo hablar, deja que coja confianza para que veas la cantidad de experiencias que tiene este hombre. Te digo, Llanera, ¡hay que tenerlas bien puestas!

La pintura ayuda

Orlando Bosch se empeñaba en que yo me fijara muy bien en sus últimas creaciones pictóricas: paisajes nocturnos con enormes lunas que no guardaban ninguna proporción con el resto de los elementos, o árboles y ríos mezclados de una manera discordante con nubes y palmeras.

—Cuando yo me dedico a la pintura, me olvido del mundo. Es la mejor terapia que existe, por eso le digo al negro que aprenda, que pinte lo que sea y, de esa forma, va tomando agilidad.

Freddy miraba también y se detenía como yo a observar cada cuadro, pues Bosch había ideado colocarlos en la pared a manera de exposición. Los colores que más resaltaban eran el azul, el verde y el morado. Los usaba indiscriminadamente en sus paisajes, generalmente, marinos.

En aquella celda no había nada más. Estaban las dos camas de ellos, una cocinita, una nevera también pequeña, sillas y una mesa para comer; además de bultos, maletas y maletines acomodados estrechamente debajo de las camas. Aquella pieza estaba buena para ser habitada por una sola persona, no por dos.

—Aquí apenas nos podemos mover —se quejó Bosch—. Si este gobierno me pudiera tener enterrado, estaría más contento. Cuando viene la familia de Lugo yo tengo que salir con mis visitas para el patio o viceversa. Este Carlos Andrés Pérez lo que quiere es que yo me hunda en esta cárcel.

—Eso será lo que él quiere, pero no lo va a lograr, por lo menos tú no le puedes dar ese gusto —intervino Adriana Delgado Sepúlveda, la chilena que tiene una niña de Bosch y que desde que este cayó preso, se residenció en Caracas.

Freddy Lugo se acerca con un pequeño cuadro en sus manos. Es una mala copia de una postal. Me pregunta si me gusta el motivo y seguidamente lo voltea para que vea una florida dedicatoria que le ha puesto. Se interesan Adriana y Bosch, y ese último, con sorna, le dice que “está aprendiendo mucho últimamente”.

—Aquí lo que hay que conseguir es vender estos cuadros —agrega Bosch— pues, la situación económica nuestra puede ser mejor. Al principio yo hice una gran exposición en el Club

Patriótico y, la verdad, me fue muy bien, se sacaron cuarenta mil bolívares. En vista de que había bastante, decidí darle ese dinero a Ignacio para que lo administrara, y se les estuvo dando mil bolívares mensuales a Lugo y a Hernán Ricardo. Por cierto, después tuve que pasarle la administración a Adriana porque la cosa con Ignacio estaba un poco dudosa.

Por ese dinero, me contó Freddy Lugo, vinieron muchas de las discusiones entre Orlando Bosch y Hernán Ricardo. Resulta que Adriana, como administradora, detuvo la entrega y se quedó con diez mil bolívares, por órdenes de su marido, con el solo propósito —dice Lugo— de “castigar a Hernán”.

—Yo me preocupé un poco al comienzo con la cuestión de ese dinero —explica Adriana—, pero ya no le paro. Sé que Hernán anda hablando barbaridades de mí, justo por eso, porque no le damos dinero. Pero, ¿acaso mi marido es su papá? Ahí está el caso de la vieja, la madre de Hernán, se consiguió que Romero y Romaní le pagaran el pasaje para Puerto Rico y vendió cantidad de pinturas de su hijo.

Hace un alto la chilena y remata con voz fuerte y tono rencoroso:

—Y eso no es nada, también se presentó donde Raúl Bermúdez y este le dio quinientos bolos y fue a donde “Chorizo” Gómez y también consiguió lo suyo... ¡Qué vieja más viva esa!

Todos estuvimos atentos a la anécdota que contaba Adriana, la que Bosch enriqueció diciendo que la madre de Hernán Ricardo había utilizado su nombre en Puerto Rico, para vender a precios más altos los cuadros de su hijo.

—¡Qué atrevida esa vieja! —vuelve Adriana a fustigar— Y pensar que lo que pinta su hijo es tan ridículo, tan infantil, que yo no daría ni un centavo por un cuadrado de esos.

Bosch la tranquiliza y le conmina a que no tome las cosas de manera tan dramática porque la gente de Puerto Rico lo conocía muy bien a él y no había posibilidades de confusión

que, además, él no podía reclamar a la madre de Ricardo que invocara su nombre, pues era una mujer muy peleona y no quería enfrentarse a discutir nada con ella.

—¿Te das cuenta? —dice Adriana— Tú eres un cómodo. Mientras la vieja se trae montones de dólares a tu nombre, tú tan tranquilo... No eres capaz de reclamarle aunque sea a Hernán.

—Bueno, mujer, deja la envidia ya, nosotros tenemos lo suficiente con lo que nos dan, así que para qué queremos quitarle a los demás lo suyo, déjalos que se llenen en mi nombre.

No conforme, Adriana Delgado, cada vez más excitada, seguía dándole vueltas al tema. Caminaba de un lado a otro y arremetía en contra de la madre de Hernán Ricardo, llamándola desde aprovechadora hasta bruja.

—Vamos pa' fuera, Llanera —me invita Freddy.

Y en ese momento se oye que van a abrir la puerta de la entrada. Freddy se apresura a ver quién es y resulta ser Manuel, su hermano, quien es fotógrafo y trabaja en el vespertino *El Mundo*, en la misma cadena de publicaciones donde presto mis servicios.

—¡Muñeca!, ¿qué haces por aquí? ¿Como que viniste a darle una vuelta al negro? —me extiende un abrazo Manuel Lugo y se integra a nuestra tertulia contando un poco de su trabajo, especialmente como fotógrafo de la crónica social, esa en la cual tiene, según dice, un entretenimiento muy especial, porque es “gente superficial, llena de manías y frivolidades”.

—¿Cómo te parece la vaina en la que han metido a Freddy? —me pregunta Manuel haciendo un cambio inesperado en su conversación y mirándome con cara de preocupación.

—Imagínate, esto es un verdadero problema para él, estar aquí metido, sin poder hacer nada. Yo creo, Manuel, que le deberían buscar más ayuda jurídica, demostrar que él no tiene nada que ver con ese asunto del avión.

—Es mi hermano y lo conozco muy bien, Alicia. Se dejó enredar por Hernán Ricardo, que es un tipo medio loco, que anda haciendo de las suyas hace rato... ¡No lo voy a saber yo!

Freddy Lugo, en actitud de cierta reserva, no interrumpía, fumaba un cigarrillo con la cabeza gacha, la que ladeaba de vez en cuando para no echarme el humo en la cara.

De nuevo el ruido de la puerta indicador de que alguien más visitaría a los presos. Para Freddy Lugo aquello fue como una salvación; se paró con premura y fue hacia la puerta, allí habló con el custodio y saludó al recién llegado. Cuando regresó a nuestro lado tenía otra cara, una expresión menos tensa.

—¿Quién es ese, Freddy? —me intereso.

—Ese es José Ginjaume; bueno, el doctor le dice Pepe. Ese viejo también es bravo, ¿oíste? Es amigo del doctor hace muchísimos años, desde su época de universitario... De allá a esta parte han mandado a más de uno a “mejor vida”. Es viejo, yo creo que Ginjaume debe tener sesenta y pico de años.

—¡Ah, pero no parece que fuera un anciano!

—¡Qué va, Llanera, míralo bien! Tiene el pelo negro porque se lo debe de pintar, pero en la cara se le ven los años. Yo creo que se conserva un poco porque se mete unas papas abundantes; aquí viene los días de visita y arrasa con lo que sea.

—Es que aquí se come bien —comenta Manuel—. Déjate caer de vez en cuando por estos lados para que tú misma lo compruebes. Así que ya sabes, buena papa y a lo mejor un tremendo reportaje, porque seguro que andas buscando algo de eso, ¿no es así?

—Si supieras, Manuel, que estoy cansada de hacer la misma cosa, el mismo periodismo frío, dedicado a la mujer. En realidad ando buscando la manera de incursionar en otra especialidad... Ya lo tengo decidido.

Manuel Lugo me oye con interés y me da la razón. Dice, además, que yo estaría retornando a mi origen como periodista,

puesto que comencé la carrera en periódicos haciendo información general. Freddy también participa en la conversación y asegura que él podría ser de nuevo mi fotógrafo.

—Es en serio —remata—, lo digo muy en serio.

III

Cada cabeza es un mundo

—Sí, ¿quién es? ¡Este teléfono está malísimo, se liga a cada rato!

Por otra extensión retomo la llamada. Es el diagramador de la revista reportando un atraso. Haciendo énfasis en que debo llamar al departamento de Arte, me asegura que el montaje final de *Kena* no podrá estar terminado para las próximas veinticuatro horas, según lo exige el calendario del taller.

En este ambiente de hacer revistas lo que más se oye es eso: “Estamos atrasados”. Y es que no se ha terminado de despachar al taller una edición, cuando hay que producir y empezar a elaborar la siguiente. La suerte es que una publicación dedicada a la mujer lleva siempre temas básicos y estos se pueden preparar con alguna anticipación, el resto del contenido amerita otros esfuerzos que uno va canalizando con más cuidado.

Mi escritorio está preparado para recibir las maquetas finales de la revista y revisar los arreglos que se han mandado a hacer a montaje. El coordinador editorial se asoma por la puerta de la oficina visiblemente nervioso a punto de comerse las uñas.

—Directora —me dice—, yo creo que este número está muy crudo. Acabo de bajar a Arte y allí hay un caos tremendo, porque el director llegó con sus habituales Scotch encima y eso

desmoraliza al personal. Además, los montadores están disgustados porque no les salió en el sobre el pago del sobretiempo de la semana pasada.

—Yo no sé qué va a suceder, pero mañana a las cinco y media de la tarde yo estoy firmando esas maquetas y enviándolas a taller. Estoy cansada de luchar con esta gente cada vez que tenemos cierre. Pienso con más razón todos los días que es un verdadero milagro que esta revista salga a la calle... ¡Si por el director de Arte fuera, sería una publicación trimestral!

—Pues, que ocurra el milagro —exclamó el coordinador—, porque yo no voy a arruinar mi fin de semana pensando que la revista se quedó en Caracas... ¡Qué va, mi amor!

Sí, porque una de las limitaciones de nuestro trabajo en Publicaciones Capriles era, precisamente, que la imprenta Grabados Nacionales queda a más de ochenta kilómetros de Caracas, lo que significa una enorme desventaja cuando se tiene algún atraso, por pequeño que este sea.

Sin embargo, mientras se esperaban las retardadas maquetas, en mi oficina había un montón de cosas que se podían hacer. De pronto una reunión de producción con los redactores o colaboradores; estudiar posibles portadas proyectando las diapositivas y discutiendo sus probabilidades con el jefe de redacción, el coordinador y el diagramador; chequear pautas publicitarias, hacer los avisos para la prensa, escribir cualquier nota pendiente, despachar con el encargado de los servicios internacionales, recibir visitas de distintos tipos de gente. En fin, un despliegue de actividad constante.

Pero, ocasionalmente, la oficina también se convertía en un lugar donde los amigos más cercanos del gremio se presentaban para tomar un cafecito y comentar los últimos acontecimientos. Por eso, a la secretaria no le extrañó la presencia de Manuel Lugo, le dejó pasar; y ante mí se presentó con un enorme paquete debajo del brazo.

—Hace días ando cargando con esto, lo tenía allá en mi oficina en el cuarto piso —yo estaba en el once—. Freddy te manda a decir que le hagas el favor de venderle estos cinco cuadros, que le mandes la plata conmigo o que se la lleves tú misma cuando vayas por allá.

Manuel consideró importante que yo viera lo que traía envuelto y se dedicó a desandar el paquete con alguna dificultad. Al fin pudo lograrlo y extrajo, una a una, las pinturas que fue colocando sobre la alfombra que cubría el piso la oficina. A manera de muestra global, cualquiera que viera aquella obra se podía dar cuenta de que pertenecía a un novato de los pinceles. Casi todos los cuadros eran copias de postales o almanaques.

—¿Y los precios, Manuel?

—Bueno, él te manda a decir que los más grandes puedes darlos entre quinientos y setecientos bolívares y los chiquitos en trescientos o doscientos cincuenta, eso depende. Ahora, si hay quien quiera dar más, eso es otra cosa.

Durante la visita de Manuel Lugo habíamos sido interrumpidos por toques de puerta y repiquetear de teléfonos, lo que le hizo exclamar a manera de despedida:

—¡Qué va, dire, aquí no se puede estar; esta oficina es un agite!

En efecto, un día de cierre siempre es intenso. Ya entra el diagramador con medio paquete de maquetas para comenzar el trabajo de seleccionar distintos colores para títulos, fondos, rayas, recuadros y otros elementos. Esta labor, aunque corresponde al departamento de Arte, prefería hacerla yo misma; no podía despachar una edición sin que me quedara una idea aproximada de lo que sería el final. Visualizaba a través de pequeñas muestras de colores que anexaba a la maqueta, las que la imprenta hacía o reproducía después.

En *Kena* teníamos unas famosas carpetas de muestras que, cada vez que había cierre, quedaban destruidas y había

que ponerse de nuevo a ordenarlas y enriquecerlas con otros recortes.

“Poner los colores”, como solíamos llamar a esta especie de rito quincenal, era una labor de toda una tarde discutiendo los tonos, mirando las fotografías e ilustraciones de cada reportaje para poder acertar, combinando ideas entre todos. Sabíamos de memoria cuáles eran los colores que mejor daba nuestra imprenta, pero soñábamos con otros y los pedíamos casi seguros de que, por lo menos, darían la aproximación o “puede que tenga un pegón”, como decía el diagramador.

Con todos los materiales dispuestos, en medio de la tensión que producía tener que sacar porque sí las maquetas, llega a mi oficina Adriana Delgado, la mujer de Orlando Bosch. Abre mucho los ojos con expresión de sorpresa y se detiene en la puerta que ella misma abrió.

—¿Se puede? Veo que están muy ocupados.

—Adelante, Adriana, pasa, ¿cómo estás?

Responde rápidamente y se para frente al escritorio. Parece más alta en pantalón y camisa. Lleva el pelo negrísimo, cortado en melena, y prácticamente cubre su rostro con grandes anteojos de sol.

—¿Y tu hija?

—En el jardín de infancia. Tengo que ir a buscar, pero ando tranquila porque la maestra me la tiene hasta las siete de la noche o más, me da tiempo.

Ante la presencia de la visitante, mis colaboradores intentaron retirarse. Haciendo las presentaciones necesarias, yo se los impedí.

—Adriana, tú discúlpame, pero es que tenemos emergencia y debemos darle fin a este trabajo.

—No importa, Alicia, yo lo que quiero es que me hagas el favor de darme una cola aunque sea hasta Chacaíto, después

yo cojo un carrito por puesto que me deja cerca del Club. Mientras terminas tu cuestión yo me pongo a leer aquí.

Ella venía del correo, según había dicho, pero tenía el objeto de entrevistarse con Carlos Romero, director de *El Mundo*, por lo que pasó por la Torre de la Prensa. El interés de Adriana era dejarle a Romero un remitido firmado por Bosch, para que se lo publicara esa semana en el periódico.

Vía avenida Libertador

El tráfico de Caracas es infernal, sobre todo si se circula a las horas pico, cuando entra o sale del trabajo la mayoría de la gente. Hay mucho carro grande y debido a la deficiencia del transporte colectivo, muchos que podrían dejar su auto en la casa tienen que sacarlo; aunque también es verdad que otros quieren andar cómodamente instalados en sus naves último modelo y no se privarían, por nada del mundo, de este lujo.

Por las congestionadas avenidas hay siempre una situación de caos. Los choferes más violentos profieren gritos y amenazas, y si van dirigidas a una dama hay que aguantar la acostumbrada estrofita machista “tenía que ser una mujer”.

Para salir de la Torre de la Prensa, que está en la esquina del Panteón Nacional, se puede tomar la avenida que lleva ese nombre, llegar a la populosa Andrés Bello, para caer en la avenida Libertador, generalmente “trancada”.

Paciencia, mucha paciencia se requiere para manejar en Caracas, porque si uno no lo toma así puede pasar a engrosar las filas de los infartados que, según las estadísticas, cada día son más debido, justamente, a las innumerables tensiones a las que el hombre se ve sometido en una ciudad tan convulsionada como la capital venezolana.

—Mira, ese es el edificio Majestic —me comenta Adriana señalando hacia la vía opuesta de la avenida Libertador—. Yo

vengo ahí todos los meses a traer a mi hija. En uno de los apartamentos está el consultorio del doctor Jiménez, que me la atiende.

Mirando fijamente hacia el lugar, Adriana comenta que ella no tiene ningún inconveniente en conseguir un médico cuando lo necesita, porque puede acudir a los amigos de su marido como el doctor Aurelio Álvarez, quien, además, es un gran colaborador de la causa.

—Si tú necesitas ir a un médico, yo te puedo llevar donde Álvarez, él es buenísimo, o a donde Hildo Folgar, que también es un buen ginecólogo; yo cualquier problemita de estos lo consulto con él; además no me cobra ni un céntimo.

Adriana cambia la voz y hace un movimiento como de acercarse más hacia mí y dice:

—¡Ay, chica, a veces me da pena con las cosas de Hildo!, cada vez que voy a su consultorio me mete mil bolívares en la cartera... Claro, yo los agarro encantada, pero de todas maneras es un poco difícil que alguien sea tan dadivoso, porque te digo, eso es cada vez que me ve.

Hildo Folgar es un conocido ginecólogo cubano radicado hace muchos años en Caracas, donde hizo fortuna gracias, según los comentarios, a la práctica ilegal de abortos entre las esposas y amantes de conocidas personalidades de la política del país. Esta situación le ha permitido construir una gigantesca quinta, por lo menos, en el último pedacito de terreno del exclusivo Country Club caraqueño.

—La gente a veces es envidiosa —argumenta Adriana—; yo reconozco que hacer abortos en este país está prohibido por la ley, pero todo consiste en cómo se hacen, y en la clínica de Hildo no pienso que ninguna mujer vaya a salir muerta.

Mientras oigo a Adriana me pongo a pensar en la cantidad de negocios ilegales que hay en Venezuela y, muy especialmente, aquellos que ponen en peligro la vida de las personas,

como es el caso de las clínicas donde se practican abortos en Caracas, de las cuales no se sabe cómo son sus condiciones higiénicas e instrumentales para llevar a cabo tan delicada intervención. Establecimientos de este tipo pululan, no obstante, dos de ellos son muy populares: una clínica que está en la avenida Cajigal, de la urbanización San Bernardino, y otra, quizás más módica, que funciona en la calle Rómulo Gallegos, de la urbanización Los Dos Caminos. ¿Los precios? Oscilan de acuerdo al tiempo de gestación de la paciente o a la categoría de la clínica, entre tres mil y ocho mil bolívares.

—Yo no sé cómo puedes manejar aquí —interrumpe Adriana mis pensamientos, y me hace aterrizar en el tráfico—. Estos motorizados no dejan que uno circule, se las dan de guapos y lo son, porque yo creo que los fiscales les tienen miedo.

—Lo que tienes que hacer es evitar chocar o tropezar con ellos, porque son tan organizados que cada vez que cualquiera de su gremio se ve en problemas, se aglomeran alrededor de uno y se constituyen en una masa verdaderamente presionante. A veces se van sin pagar el daño que te han hecho, pero claro, no son todos, porque si a ver vamos, hay muchos hombres honrados que usan su moto como medio de trabajo. Ya te darás cuenta cuando salgas a manejar.

—¿Yo? —dice medio incrédula— Eso es un poco difícil. ¿Te imaginas la criticadera que se levantaría entre los cubanos?

—No me digas, ¿te critican a ti que eres la esposa del gran líder de ellos? ¡No lo puedo creer!

—Así es. En todas partes hay envidiosos y acomplejados, y entre los cubanos de aquí, como dice Orlando, eso es lo que sobra. Figúrate que yo evito muchas cosas, para no dar motivos. Por ejemplo, yo no me atrevo a salir con un amigo porque segurísimo que me levantan una calumnia.

Yo le digo a Adriana que así no se puede vivir y que realmente no entraba dentro de mis consideraciones que a la

esposa de un hombre como Bosch se le hiciera este tipo de objeciones, a lo que Adriana agregó:

—Sí, pero lo hacen por demostrarle a Orlando que su mujer anda dejándolo mal. Lo que buscan es fastidiar, porque muchos de ellos quisieran ocupar el puesto que tiene mi marido en la lucha.

A la altura de la urbanización El Bosque debería quedarse Adriana Delgado, para continuar su ruta a Chacaíto y de ahí a la urbanización Caurimare, donde está ubicado el Club, como le suelen decir los cubanos, al Centro Patriótico José Martí. Pensar llegar a tan retirado lugar en ese momento es una aventura, por eso ella insinúa subir conmigo a mi apartamento de Los Cedros para esperar a que se haga un poco más tarde.

Una vez en mi casa, ambas estamos más relajadas. Adriana comenta con calor lo lindo que es decorar una casa, poder tener un lugar como mi apartamento lleno de plantas.

—Yo adoro las matas —agrega—, les dan frescura a las casas... ¡Qué tranquilidad hay aquí, mujer, yo quisiera poder tener algo así! En aquel Club se vive fatal, los sábados por la noche se llena aquello de borrachines jugadores de dominó que no le dejan dormir a uno. Además, el Club está tan lejos de los lugares donde yo debo ir, que te digo, es un fastidio.

—Si es así, deberías de buscarte un apartamentico.

—Por ahora no es posible. Orlando me ha dicho que debo de conformarme, puesto que si me dieron esa pieza en el Club es porque soy su mujer, eso no lo hacen con todo el mundo. Además, lo que te decía de la envidia, si yo tuviera en estos momentos un apartamento, los comentarios serían negativos. Los resentimientos de la gente son una cosa muy seria. Fíjate Hernán Ricardo, un tipo al que mi marido ha ayudado tanto... Por ahí anda diciendo que yo le pongo cuernos a Orlando, y así como él hay muchos resentidos.

Mientras me voy a poner una bata de casa para sentirme más cómoda, Adriana observa todo detalladamente. Se para frente a una pared decorada con muchos cuadros y casi grita para que le oiga desde el cuarto:

—Oye, le voy a decir a Orlando que te pinte algo para esta pared.

Me deja pensando, ¿cómo voy a distorsionar el conjunto de estas pinturas de buenos artistas venezolanos con esas postali-tas de colorinches que hace Bosch?

—Alicia, no te puedes quejar, tú vives en un sitio rico —con-cluye la Delgado con adulación.

—Sí, yo me siento chévere aquí, aunque por imperativos de mi cargo casi nunca estoy mucho tiempo en casa... Siempre hay algún compromiso social que cumplir.

—¡Cuánto te envidio! A mí me gustaría salir mucho, co-nocer gente distinta, tener un trabajo importante. Bueno, por ahora no puede ser, pero en cuanto Orlando logre su objetivo de liberar a Cuba del comunismo, seguramente nuestras vidas tomarán un rumbo interesante.

Por la noche, cuando ya he visto el noticiero del Canal Dos y deseo quedarme dormida rápidamente, me asaltan todas las cosas que hice durante el día, sobre todo en mi oficina de la Torre de la Prensa. ¿Vale la pena seguir en la competencia de hacer revistas frívolas, impecables, llenas de color y de lujos? ¿Ya no estará bien lo que he pasado por lograr todo esto?... De verdad que desde hace un tiempo me ronda la idea de dejar el periodismo dedicado a la mujer e incursionar en otro camino, explorar en otro sentido, hacer, digamos, periodismo político, algo más dinámico y para lo cual, de alguna manera, me he venido preparando al margen de mis actividades.

Le doy vueltas en mi mente al caso de la voladura del avión cubano y concluyo que es un buen tema para comenzar. Basándome en mi relación con Freddy Lugo y con el mismo

Orlando Bosch, lo más probable es que pueda profundizar y conocer detalles de interés para los lectores. En este caso hay muchas cosas que investigar, todo el problema jurídico tan complejo, lo que dicen los inculpados, los argumentos de los abogados... ¡Es todo un “hueso duro”, interesantísimo desde el punto de vista periodístico!

Esa noche saqué en limpio que valía la pena dejar esta carrera de años haciendo revistas femeninas. Decidí comenzar el caso del avión cubano, recopilando datos, poco a poco, para lanzar un gran serial en *El Mundo* o *Últimas Noticias*.

La isla desde lejos

Orlando Bosch aprendió a cocinar. Dice que las prisiones enseñan, entre otras cosas, a que el hombre se valga por sí mismo, especialmente en el desenvolvimiento doméstico. Su especialidad culinaria son los sancochos o hervidos venezolanos, tan fáciles de hacer y tan socorridos para los momentos en que alguien se agrega a la mesa.

Un cartelito con letras de imprenta grandes, que está colgado en la puerta de un armario que tiene Bosch en la celda, dice lo siguiente: “Para compatriotas o amigos visitantes, los miércoles café y tabaco, y los sábados, sancocho”. Esta oferta la hace Bosch con mucho orgullo, pues, según él mismo comentaba, ni su mujer hacía tan buenas comidas como él.

—Y es que yo no me complico mucho con esto de la cocina —exclama haciendo un gesto de suficiencia y accionando mucho con su par de manotas—. Acepto lo que me dan aquí en el Cuartel y lo completo con lo que hago de vez en cuando. Adriana me trae siempre la carne o el pescado para el sancocho, y las viandas o verduras, como le dicen ustedes los venezolanos, me las consiguen aquí, en las bodegas cercanas.

Mientras Bosch hace estos comentarios, Carmen, la hermana de Freddy Lugo, está limpiando la yuca, el ñame, el

plátano y el ocumo que se usarán para complementar el plato único del almuerzo para el cual he sido convidada.

—Es que hoy tenemos qué celebrar —interviene Freddy poniéndome un brazo alrededor de mis hombros—, la Llanera nos ha hecho casi ricos.

—Yo no —le atajo de inmediato.

—Bueno, pero yo te lo agradezco mucho, porque fuiste tú quien vendió las pinturas. Bueno, también le agradezco a quienes las compraron, sobre todo a Romero y a Romaní.

—Mira, negro —le dice Bosch con acento altivo—, está bien que tú le agradezcas a ella la molestia que se toma en ayudarnos, pero a los cubanos que nos compran los cuadros... ¡No, chico, ese es su deber! Ten en cuenta que ellos son los llamados a socorrernos en estas horas de desgracia para la causa, porque si de algo deben de estar seguros todos los cubanos estos es que uno se la juega por la liberación de Cuba.

Lugo y Bosch se enfrascan a discutir la validez de sus argumentos respecto al agradecimiento. Freddy mantiene la tesis de que él sí debe agradecer, que el exilio cubano no tiene por qué reconocerlo como luchador, pues lo que ha aportado es poco a la causa, no se puede comparar con Bosch.

—Eso no depende de cuánto hagas, negro —le interrumpe Bosch levantándose de la silla y gesticulando mucho—. Si tú eres un soldado anticomunista, fiel seguidor de los ideales de nuestra causa, dispuesto a emprender la acción que sea, no hace falta que hayas hecho muchas cosas, no hace falta que hayas participado en gran número de acciones. Es suficiente con que tengas la disposición de luchar.

Y frotándose las manos, Orlando Bosch se veía coger calor en la conversación. Pasaba a recordar tiempos pasados, su época de estudiante en Cuba cuando, según él, era uno de los jóvenes más aguerridos de Santa Clara.

—Y te digo, yo luché contra Batista porque aquello era una camarilla de ladrones que no le dejaban chance a nadie. Hacía falta gente como uno, gente nueva, otra generación que cambiara esa imagen tan mala de los políticos viejos.

—Aquello era una situación de quiebra —le digo al doctor.

—Sí, aquello, la verdad, tenía que acabarse. Yo luché en contra de ese gobierno para que se cayera. Yo fui del Movimiento 26 de Julio, conocí a todos sus jefes y anduve con ellos cantidad de veces. Sé quién es Fidel Castro, porque hasta nació el mismo mes que él. Lo que no sabía en aquel momento era que yo estaba luchando en vano, pues, a la hora de la verdad, le dieron puestos y las posiciones a todo el mundo menos a los que nos sacrificamos... Nada, me dejaron fuera.

Freddy Lugo, callado y muy atento, le corta la idea y le conmina a que hable de su lucha en las montañas de Cuba:

—Cuénteles a Alicia, doctor.

—Bueno, uno como protagonista de una lucha sostenida con ecuanimidad y gallardía, por espacio de tanto tiempo, sufriendo cárceles como esta y otras incomprensiones, debo decirle a ustedes los jóvenes que no se descuiden con Venezuela, porque aquí puede llegar un comunismo, sin ir muy lejos, con el estilo de Carlos Andrés Pérez. Pero, bueno, lo que les iba a decir es que yo hice la pelea más efectiva en la ciudad, porque en las montañas de El Escambray solo me alcé cuando Fidel traiciona haciendo de la revolución una revuelta comunista, del populacho. Subí con mis hombres al monte y desde allí hostigamos al gobierno castrista; tuvieron que hacer mucho para vencernos a nosotros que éramos miles. Ya después salimos de Cuba y comenzamos la pelea desde afuera.

Orlando Bosch no ha parado de hablar. Es un hombre con un inmenso repertorio de anécdotas, y no deja de contarlas completas por nada del mundo. Solo que en esta ocasión se ve interrumpido por la llegada de su mujer y su hija, a las que

recibe con reclamos por haber llegado tarde. Sin hacer pausa, pide a Adriana que le rinda cuentas de todos los encargos que él le hizo.

—Pero déjame poner los paquetes en su lugar —protesta ella—. Yo aparte de secretaria y jefe de Relaciones Públicas de mi marido, soy su mandadera.

—Y bien olvidadiza que eres, pues casi nunca me traes lo que te pido. ¿Dónde están los periódicos viejos que te mandé a localizar? ¡Mira que sin ese material no podré hundir a Carlos Andrés, y eso sí que no me lo puedo permitir!

Orlando Bosch había dicho en días pasados que estaba reuniendo datos, recabando notas periodísticas para escribir un libro en contra de la actuación en la política del presidente de Venezuela, Carlos Andrés Pérez.

—Ese “gallo” es un hombre peligroso. Yo no sé cómo la gente democrática de este país, la gente que hace política de altura, le ha permitido a este hombre que establezca relaciones diplomáticas con Cuba... ¡Ese lo que está es vendido a Fidel!

—La prueba es lo que nos está pasando a nosotros aquí —refuerza Lugo—. Si en realidad el gobierno de Carlos Andrés fuera democrático, nos sacaría a nosotros de esta cárcel.

Bosch se exalta y bate sus manos:

—Pero, bueno, negro, ¿tú no te das cuenta de que este es un compromiso que él ha hecho con Fidel? Por eso es que yo quiero escribir ese libro, porque voy a denunciar todas sus trampas y también las de unos cuantos malandrines cubanos que han traicionado la patria trabajando con Carlos Andrés, como es el caso de Orlando García.

El humeante sancocho ya está servido sobre la mesa de cuatro puestos cubierta por periódicos a manera de mantel. Orlando Bosch se empeña en que yo me siento de primera y bromea refiriéndose a que a los periodistas hay que atenderlos bien para que cuando vayan a escribir algo se acuerden de las

atenciones. Yo le digo que esa es una creencia muy generalizada, pero que, en honor a la verdad, somos más los periodistas que no caemos en ese tipo de deformación profesional, que los que necesitan las adulancias.

—Esa es una profesión que a mí me gusta mucho —cambia Bosch el sentido de lo que estábamos tratando—; lo que pasa es que no me lo he propuesto, pero tengo muchos amigos en el gremio que me han ofrecido espacios para que escriba; voy a hacer algo un día de estos.

Adriana, que está cerca de la puerta de entrada a la celda, ha divisado a José Ginjaume que viene entrando. Llega y es recibido con mucho alborozo.

—Pasa, viejo, ya pensaba que no vendrías para almorzar. Acomódate en esta esquinita.

—Pero, bueno, Orlando, si yo no he venido a comer —disimula malamente Ginjaume, quien sin mucho reparo comienza a sorber el caldo ruidosamente.

—Aquí la hemos pasado contándole a Alicia lo que ha sido la lucha y lo que tiene que ser para llegar al triunfo. Tú mismo, Pepe, te acuerdas de todos los días de escondederas, de las ilusiones que teníamos allá en Cuba y de todas las cosas que hacemos y seguiremos haciendo para derrocar al castrismo.

Ginjaume lo oye, pero está sirviéndose más verduras y enormes trozos de pescado y le responde por salir del paso:

—Sí, sí, claro que me acuerdo...

—Hay que ver que uno hace locuras cuando es joven —rememora Bosch, quien comió poco—, uno no puede tener experiencia hasta mucho después de que se ha fogueado en la guerra. Yo no me voy a olvidar nunca de la vez que puse una bomba en una zapatería de Santa Clara, aquello fue un fenómeno; los zapatos volaban por el aire, las cajas de cartón, los vidrios... Todo volaba hecho pedacitos. Yo oí el estruendo y sentí

una gran satisfacción, sabía que con ello estaba acabando con los comunistas de Fidel. Hoy, sin embargo, veo que eso fue una inocentada, porque esas bombitas, esas pequeñas acciones, no conducen a nada, hay que ser más duro en esta pelea.

Freddy Lugo se mostraba muy interesado en todo aquello y pedía tanto a Bosch como a Ginjaume que relataran las historias con lujo de detalles.

—Pero, doctor, ¿quién le metió a usted en esto?, ¿cómo aprendió a hacer bombas y a dirigir a los demás?

—Lugo, tú eres muy inexperto todavía en las cuestiones de política. Yo te he dicho que tienes que leer mucho para poder comprender la verdadera esencia de la lucha —hace una pausa y sigue hablando con grandilocuencia—. Cuando Maquiavelo vivió tuvo tiempo de escribir libros y artículos de prensa, de viajar y dar discursos: ese es mi ejemplo. Yo te puedo decir a ti, Lugo, y a quien sea, que no voy a dejar de hacerle la guerra a Fidel hasta que no vea rodar las cabezas comunistas... ¡Eso te lo aseguro!

Ginjaume, ya más relajado y después del abundante almuerzo que consumió, se integra más al tema:

—Lugo, es que tú no sabes nada, en La Habana la gente anda por la calle deambulando descalza, pidiendo, buscando algo que comer porque allá no hay nada.

—Figúrate —dice Adriana— que no hay jamón ni Kotex y mucho menos leche para alimentar a los niños.

—Es verdad —sentencia Bosch—, la realidad de Cuba hoy en día es dantesca. Mis pobres compatriotas están sometidos a una opresión nunca vista. La juventud está adoctrinada por las escuelas comunistas, hay miseria por todas partes, mucha hambre y enfermedades, aunque los comunistas digan lo contrario. No se puede ir ni siquiera a un cine porque allí hay espías que te siguen los pasos; lo que producen los campesinos lo embarcan para Rusia... No, aquello es un verdadero martirio.

Toca la reja un custodio que trae la prensa del día. Lugo intenta recibirla, pero Bosch se le adelanta con movimientos rápidos.

—Vamos a ver cuál es la última de Carlos Andrés Pérez —comenta mientras lee los titulares de la primera página de *El Nacional*— o la última de sus amigos Fidel y Torrijos... ¡Hay que ser descarado para tratar al general esbirro ese como si fuera una figura de la democracia!

Deja el periódico sobre la cama y Freddy Lugo lo agarra y comienza a leer la página deportiva, está pendiente del *average* del estelar pelotero David Concepción. Sin embargo, para no perder la oportunidad de opinar, levanta un instante la cabeza y dice con picardía:

—Ese Carlos Andrés es un bandido, invita a sus amigos políticos a La Orchila, la misma isla donde el dictador Pérez Jiménez llevaba a sus mujeres. Esa isla es famosa por las orgías que se daban ahí, dicen que muchas artistas y reinas de belleza, que hoy se la dan de señoras, estuvieron en esos bonches.

—A lo mejor el Andrés Pérez hace lo mismo —comenta Adriana, quien no sé por qué, siempre le quita el primer nombre al presidente venezolano.

Bosch interviene y asegura que Pérez no es un tonto, por lo que no va a repetir esa escandalosa actitud del exdictador Pérez Jiménez, pero que sí le daba a la isla un uso más productivo.

—En esa isla él tiene el lugar secreto, perfecto para reunirse con gente como Omar Torrijos. A cada rato la prensa dice que el esbirro panameño aterriza en La Orchila. A lo mejor hasta Fidel ha venido ahí, quién sabe, porque Carlos Andrés sí ha estado en Cuba, clandestinamente, para hablar con Castro de mí, del juicio que se me sigue injustamente.

Adriana abre la nevera y dice que hay cascotes de guayaba y que a ella se le había olvidado ofrecerlos como postre. Su

anuncio no tuvo mucha acogida, solo José Ginjaume pidió que le sirviera un poquito, eso sí, con queso crema, al estilo cubano.

—Pepe de Jesús, estás rompiendo la dieta —le bromea.

—Pero, Adriana, si él siempre ha sido así, desde que lo conozco —dice Bosch—; lo bueno es que no engorda, se conserva bien, porque ya tú tienes más de los sesenta, ¿eh, Pepe?

Ginjaume no contesta sino que hace un movimiento afirmativo con la cabeza.

Hago mención de irme, explicando la cantidad de cosas que tenía que hacer ese sábado. Adriana decía que me quedara un poco más, que si yo había ido a la peluquería el día anterior, para qué me preocupaba de marcharme tan temprano. Al fin logró entender mis razones y hubo despedida de todos.

Freddy Lugo me acompañó hasta la primera puerta, dio varios toques para avisar al soldado que tenía que venir a quitar el candado.

—En serio, Llanera, yo te estoy muy agradecido por la venta de los cuadros. El doctor y yo tenemos el plan de pintar bastante en estos días para dártelos a ti para que nos vendas algo.

Le digo que voy a tratar de ubicarle algunos, pero que no se imagine que se los venderé todos, ya que no tengo mucho tiempo libre debido a mis responsabilidades en la Torre de la Prensa.

—Claro, claro, yo no pretendo que nos traigas un camión de plata pa'ca. No soy tan "agallúo" como Hernán Ricardo, que cree que por sus pinturas le deben de pagar miles de bolívares, bueno eso lo hace para imitar a Posada Carriles, que también pinta y vende.

Al llegar el soldado paramos de conversar y nos despedimos. Hago el mismo recorrido y los mismos chequeos que cuando entré al Cuartel San Carlos.

El negocio soñado

El viernes es muy complicado en Caracas. Por ser el último día de trabajo de muchas empresas, instituciones y oficinas del gobierno, hay siempre dificultad para tomar un taxi, especialmente en el centro de la ciudad. Aquel viernes, yo había convenido con mi novio para que me pasara a buscar por mi oficina, debido a que mi carro estaba en el taller mecánico.

Casi a la hora de mi salida para almorzar, se presenta Adriana Delgado en la Torre. Venía muy acalorada, quejándose de la subidita que hay para llegar a la esquina de El Panteón.

—De verdad que es fuerte subir para acá, y sobre todo a estas horas que hace tanto calor. Desde esta mañana estoy aprovechando el día para hacerle una cantidad de diligencias a mi marido que tenía atrasadas, pero como me agarró el mediodía se me ocurrió acercarme por aquí para invitarte a almorzar.

Le digo que justamente pensaba comer en el restaurante Álvarez, en la esquina de Veroes, donde voy con mucha regularidad.

—Regio —dice Adriana—, un lugar cerca me sirve porque tengo que continuar haciendo cosas y si me complico mucho hasta la tarde, paso por aquí para que me des la cola.

Salimos para hacer la caminata desde la Torre hasta al restaurante que está casi a cuatro cuadras. Un trayecto corto, pero lleno de desagradables encuentros con la miseria y la suciedad. En efecto, en las aceras semidestruidas se apilonaban cajas y pipotes repletos de basura de varios días, por las usuales deficiencias del aseo urbano. Alrededor de los desperdicios, los perros buscando qué comer. Limosneros o niños mendigos nos atajaban el paso pidiendo una moneda... Todo un espectáculo deprimente en la capital de uno de los países más ricos de América Latina.

En el Álvarez tuvimos que esperar un poco hasta que quedara libre una mesa; siempre sucede igual porque la clientela de este local es cada día mayor gracias a los tradicionales platos de la cocina venezolana que ofrecen en su menú. Pero una vez instaladas en nuestros asientos, Adriana Delgado me advierte que será ella quien pague la cuenta puesto que fue quien invitó. Le pregunto que si se ganó la lotería y ella se ríe con malicia. Está muy animada y más conversadora que de costumbre.

—Entonces no cargas carro —me dice.

—No, lo tengo en el taller, pero no me preocupo porque mi novio pasará por mí.

—Regio, así conozco a tu novio cubano, porque seguramente yo me voy a demorar hasta la tarde haciendo las diligencias de Orlando —Con tono más bajo y mirándome fijamente me dice—: ¿Y qué hay de la boda? ¿Cuándo se casan?

—En eso estamos, pronto vamos a definir la fecha.

—Estar de novios es la mejor etapa que uno puede vivir. Yo tuve un año de amores con Álvaro, un arquitecto chileno con muy buena posición, pero no pude continuar la relación con él porque era casado y no se decidía a divorciarse.

El mesonero había llegado con los refrescos y la comida de una vez, interrumpiendo a Adriana en sus íntimos relatos sentimentales. No obstante, continuó nada más pudo hacerlo:

—Pero, bueno, uno después consigue un nuevo amor y lo otro pasa. A mí me sucedió que conocí a Patricio, un médico que era un encanto de persona. Su familia me llegó a reconocer como su novia y estuvimos a punto de casarnos. Pero no pasó nada, él era muy inmaduro y yo me cansé de soportarlo.

—¿Y lo del doctor?

Adriana Delgado, que está comiendo muy despacio, sonrío:

—Esa es una historia aparte. Cuando conocí a Orlando me cayó malísimo, no me gustaba nada. Más adelante él empezó a

buscarme, hasta que me conquistó... ¡Figúrate, hasta una hija le he dado!

—Así es la vida —le digo.

—Sí, fíjate tú, Alicia, yo a Orlando no lo dejo por nada, él me ha ayudado mucho a mí, es como mi padre. Yo estaré siempre con él, para lo que me necesite. Te juro que si me dice “Adriana, tienes que poner esta bomba en tal parte”, yo lo hago con los ojos cerrados. Lo que sucede ahora es que él está en prisión y mi vida ha cambiado mucho.

Argumenta la mujer de Bosch que la situación no le permite trabajar en la calle y que estaba un poco cansada de depender de los cubanos que le pasaban las contribuciones a su marido. Por otra parte, se daba cuenta de que a ella le hacía falta a su marido para la realización de ciertas tareas concernientes a la causa anticastrista.

—Tú sabes —justificaba—, tengo que ayudarlo en la propaganda, recibiendo a la gente que lo viene a ver de Miami y Puerto Rico, llevándole la correspondencia y tantas cosas.

—Pero podrías conseguirte un empleo de medio tiempo, después de todo tu niña está en un jardín de infancia...

—Yo no quiero sacrificarme tanto para ganar un sueldito, lo que a mí me gustaría es tener un negocio propio.

—Eso sería ideal, pero no puedes poner un negocio, por pequeño que este sea, si no cuentas con un capital para comenzar.

—Por eso no me preocupo. Si yo quisiera podría comenzar ya, tengo cantidad de cubanos ricos que me pueden apoyar. Gente como Jaramillo, que vive en Valencia, sé que me daría el dinero. Emigdio, que está en Miami, me ha dicho que diga cuánto necesito... Hildo, Gerardo... Hay un gentío que me ayudaría, lo que sucede es que todavía no me decido a nada, además, tengo que convencer a Orlando.

Adriana dice que el negocio que ella maneje no debe ser tan grande, que le gustaría, por ejemplo, una librería o una casa

especializada en marquetería, porque cada vez que manda a montar una pintura de Bosch se da cuenta de lo que se gana en este tipo de negocio.

—Una *boutique* de ropa para niños también es atractivo —sigue enumerando las posibilidades—; claro, es un negocio más complicado. Yo tendría la facilidad de poder traer la ropita desde Miami, le pediría a alguna de las amistades de Orlando allá que me sirviera de intermediario, y para meter la mercancía al país no hay de qué preocuparse, le das dinero al tipo que te registra y punto... ¡Eso lo hace todo el mundo aquí!

No era la primera vez que Adriana hablaba con tanto detalle de su negocio soñado, pero no terminaba de tomar una decisión. En realidad, a ella no le hacía falta dinero, siempre la veía en plan de ir al banco a cambiar un cheque que alguien le había donado a la causa.

—Sinceramente —explicaba—, a mí lo que me para es el futuro de la lucha de Orlando. Yo sé que él me va a necesitar cuando salga de la cárcel, por eso no me puedo complicar. Naturalmente que hay que esperar todavía un poco, pues este gobierno no piensa hacer nada para sacarlos, tú sabes, es un compromiso que hizo Carlos Andrés con Castro.

Por la tarde, cuando Adriana regresó por segunda vez a mi oficina con el objeto de que le diera la cola hasta determinado lugar de la ciudad que quedaba en la vía que nosotros llevábamos, tuvo que esperar un poco.

Había sido llamada desde el *penthouse* de la Torre de la Prensa, donde funciona el Club de Ejecutivos de la empresa, para recibir, junto con otros directores de Publicaciones Capriles, la visita de un embajador.

En la Cadena Capriles es una tradición atender las visitas de personalidades de la vida política, social y cultural del país en sus instalaciones del *penthouse* o en la amplia oficina

del presidente del complejo periodístico, don Miguel Ángel Capriles.

Al regresar de mi compromiso bajamos rápidamente, porque ya mi novio había dejado dicho que aguardaba por mí. Al llegar al auto hice la presentación, y ya en movimiento Adriana comenta:

—Estaba por conocerlo, como yo también tengo mi marido cubano... Además, Alicia es nuestra amiga.

—Sí, ya sé que usted es la esposa de ese cubano tan conocido como lo es el doctor Bosch. Alicia me habla mucho de ustedes.

—Sí, pues, estaba aquí esperando que terminara su trabajo para que me llevara hasta la entrada de la avenida Libertador, como esa es su vía, lo que sucede es que no sabía que no cargaba carro.

Conversando generalidades durante todo el trayecto, por fin llegamos al lugar donde debía de quedarse la chilena mujer de Bosch.

IV

La fuga frustrada

—¿Con quién estás tú, compañero?

—¡Con Luis Piñerúa, vale!

—¿Con quién estás tú, mi pueblo?

—¡Con Luis Piñerúa, vale!

El estribillo de la canción publicitaria que le daba una imagen popular al candidato del partido Acción Democrática sonaba todo el día en las emisoras de radio y televisión.

La campaña electoral que vendía las “bondades” de los candidatos a presidente de la República de Venezuela para el período 1978-1984, estaba en su apogeo. Los dos grandes partidos políticos del país, Copei y Acción Democrática, sustentaban sus promesas a través del bombardeo de anuncios publicitarios en la prensa escrita, con cuñas comerciales en la radio, y en la televisión se matizaba el mensaje con imágenes de gran impacto protagonizadas por mujeres y hombres de extracción muy humilde que hablaban con optimismo de determinado candidato.

Sin embargo, las concentraciones populares en diversos pueblos del país eran el punto máximo de “venta del producto”. Era la oportunidad en la cual varios oradores preparaban la aparición del propio postulado, quien sin ningún sonrojo hablaba de sus capacidades, de las miles de iniciativas que él emprendería para lograr la felicidad de todos los venezolanos.

La prensa registraba con precisión la cantidad de gente que iba a un mitin, con el objeto de que el público valorara con cuánta simpatía contaba el candidato. De manera que

cuando estos eventos electorales se celebraban en Caracas o en cualquier importante capital de estado, en avenidas, teatros, parques o el local más insólito, como una plaza de toros, lo relevante, lo noticioso, era lograr “un lleno”, era una manera de demostrar con qué fuerza se impulsaba un aspirante hacia la silla presidencial.

La contienda electoral cobró más ardor unos meses antes de diciembre del 79, mes en el cual se realizan los comicios. La propaganda se había abultado de tal manera, que el público ya estaba saturado. Las canciones de un bando y de otro se hacían la competencia. Los partidarios de unos y otros las cantaban, los niños las repetían. Pero entre tanta cuña, solo dos eslóganes lograron pegar a todos los niveles: el de Luis Herrera Campins, candidato de Copei: “El país tiene la riqueza, yo tengo la voluntad”, y el muy pegajoso de AD: “Luis Piñerúa, ¡correcto!”.

El “correcto” de los adecos había sido adoptado en la conversación diaria, por eso, hablando con Freddy Lugo, él me decía que no estaba tan “correcto” aunque su familia tradicionalmente había votado por Acción Democrática.

—Con esto que me está pasando, ¿tú crees que pueda tener ganas de darles mi voto a los adecos?

—Puede que cambies de opinión, aún queda tiempo.

—No, vale, yo dudo ahorita de todo el mundo. Tanta prometedera, tanto decir que si fulano nos va a ayudar, que si zutano va a hablar con no sé quién. Lo que yo pienso es que esto vamos a tener que arreglarlo rápido, porque se está estirando mucho, y como nos descuidemos, el loco Hernán nos va a echar la partida pa'tras.

—¿Qué pasó con Hernán?

—Nada, que se la pasa hablando paja por ahí. Fíjate tú que el doctor y él ya no se hablan. El otro día nos enteramos de que Hernán estaba gritando en el patio de los ejercicios que

todos nosotros estábamos enredados en lo del avión. Esto fue hace poco, delante de unos oficiales.

Calla Freddy y mira el patiecito donde Orlando Bosch conversaba con un grupo de cubanos que le visitaban.

—Al doctor no le gustó un carajo la salida de Hernán y se la reclamó bien fuerte, pero Hernán le salió con unas cuantas patadas y terminó de completar el lío. Así que ya no se tratan.

—Pero Ricardo sí es amigo tuyo.

—Bueno, es mejor tenerlo por amigo que como enemigo, tú sabes cómo es. Yo no quiero buscarme más rollos de los que tengo, porque estar en una cárcel trae muchos problemas, especialmente económicos. A mí me da plata el doctor porque a él le caen sus billetes, si no, estaría pelando, y además, tengo que rebuscarme, como tú sabes, con los cuadritos.

Enciende un cigarrillo y gesticulando mucho continúa:

—En cambio Hernán tiene más suerte que yo: Posada lo ayuda, le da bastante a la familia, y su hermana, que ya se debe haber graduado de médico, tiene un empleo que le consiguió Folgar y también le da, lo ayuda.

—Entonces, ¿tú piensas que eres el que está peor de los cuatro en eso del dinero?

—Sí, vale. Ya te dije lo de Hernán, pero Posada recibe sus mesadas de su socio Diego, quien ha seguido manejando la ICI (Investigaciones Comerciales e Industriales), la oficina de investigaciones que tienen ellos. El doctor, ya tú sabes, lo que le cae es suficiente para arrimarme inclusive, algo a mí.

La depresión de Freddy Lugo, en realidad, no tenía mucho que ver con el asunto económico. Más adelante me contaría que había pasado toda la semana lleno de rabia, con ganas de pisotear el mundo por culpa de los guerrilleros presos en el Cuartel San Carlos. Lugo no se podía explicar cómo era posible que los guerrilleros, cada vez que podían, le gritaban ofensas.

—Yo no sé qué les habré hecho yo a los comunistas de mierda esos. Ellos se aprovechan de que uno va pasando por el pasillo para empezar a gritar y a golpear las rejas con las cucharas o cualquier perol que haga ruido. Eso es cada vez que nos sacan para el patio. Es una gritería tan grande que ensordece, gritan el nombre de uno, no se puede aguantar, nos llaman asesinos y otras calumnias más.

—¿Por qué no pones la queja a la dirección?

—¡Qué va, nadie puede con ellos! Los militares los oyen y se hacen los locos. Mira, a esos guerrilleros, en lugar de meterlos a la cárcel, deberían mandarlos a hacer trabajo forzado —y sube la voz para enfatizar— o matarlos, chica, como dice Bosch, porque al fin y al cabo son plaga comunista.

—¿Y ustedes les han respondido alguna vez a esos guerrilleros?

—¡Seremos gafos! Mientras ellos nos llaman asesinos, nosotros les respondemos que son unos perros comunistas, que se van a pudrir en la cárcel. Uno no se puede quedar callado porque entonces se imaginan que les tenemos miedo y como ellos son guerrilleros, ladrones, delincuentes comunistas, se pueden formar la idea de que no existe nadie que se les oponga y eso no se puede permitir... A los rojos hay que enseñarlos a ocupar su puesto.

Lugo también le guarda rencor al público que se aglomeraba alrededor de ellos cuando, al comienzo del juicio, los llevaban a los tribunales, en la popular esquina de La Bolsa. En aquel entonces, la prensa desplegaba fotos y más fotos mostrando a los cuatro personajes, presuntamente culpables del sabotaje al avión cubano en las costas de Barbados.

—Aquello era lo peor que te puedes imaginar. Jamás pensamos Hernán y yo, cuando nos montamos en ese avión, que íbamos a tener que calarnos esos momentos tan desagradables. Aquella gente nos miraba con desprecio.

—Sí, debió ser muy difícil.

—No digo yo que difícil, humillante, porque si te pones a ver, nosotros éramos como monos de circo. Estábamos amarrados ahí, casi enjaulados, con guardias rodeándonos por todas partes. En una ocasión, Bosch estaba furioso por toda esta vaina que se armaba cuando nos trasladaban a los tribunales, y dijo que si por él fuera, le tiraría una bomba a los curiosos. Yo le di la razón, no hay otra salida para sacarse de encima a esa cuerda de comunistas, porque eso tenían que ser todos los que se juntaban allí, ¡comunistas!

Freddy Lugo había dicho todo lo anterior en voz muy baja, para que su familia no se pudiera enterar de los temas que estaba tratando. Él decía que no podía permitir que su madre y demás familiares pensarán mal de las cosas que expresaba.

Cuando Bosch comenzó su guerra

Orlando Bosch es un hombre muy alto y luce fuerte para tener más de cincuenta años. Uno lo mira a la cara y no se olvida más nunca de él: tiene esa mancha rosada con tintes morados en su grueso labio inferior, que llama poderosamente la atención. Además, usa anteojos de montadura oscura que lo caracterizan muy bien.

Cuando habla, Bosch gesticula con sus enormes manos y siempre sube la voz por encima de la de los demás para monopolizar la conversación; su gran rasgo es ser muy conversador. Cuando no habla de su guerra y demás hechos relacionados con la misma, echa cuentos picantes, de lo que se siente muy orgulloso.

—Los cubanos somos así, si no se es un poco mal hablado no se es cubano, esa es nuestra naturaleza.

Pero cuando Orlando Bosch se ponía en plan de líder anti-castrista o como un “soldado de la libertad”, como él mismo se

calificaba, las cosas cambiaban. Hablaba sin parar con palabras rimbombantes, parecía estar frente a un auditorio cautivo, no permitía interrupciones y uno se quedaba con los deseos de opinar o preguntar acerca de lo que estaba oyendo.

La locuacidad excedía los límites. Llegaba el momento en que alguno de los presentes dejaba de atenderle, formándose otro grupo de tertulia, quedando generalmente Lugo y yo. Y hasta Lugo a veces se escurría y Bosch me dedicaba sus charlas a mí.

—La lucha no ha sido fácil, Alicia —explicaba en tono heroico—, porque, entre otras cosas, los cubanos esperamos demasiado de los americanos, creíamos que los Estados Unidos nos iban a resolver el problema de rescatar a Cuba de las garras del comunismo, como nos lo prometieron tantas veces. Al principio parecía que sí, nos enseñaron de todo, desde hacer bombas, hasta manejar armas sofisticadas. Nos prepararon con buenos jefes militares, nos organizaron una poderosa invasión por Bahía de Cochinos, tú debes haber oído hablar de eso, seguramente.

Hace una pequeña pausa y sigue con vehemencia:

—Lo que pasa es que los americanos quieren tumbar al castrismo desde hace tiempo, pero con estilo diferente al nuestro, al que debe ser: la guerra frontal, aniquiladora de los rojos. Si la mitad de las bombas que Estados Unidos lanzó en Vietnam se las hubiera tirado a Cuba, ya estaría resuelto el problema, pero no, los americanos están vacilando siempre, y a los cubanos nos quieren utilizar solo cuando a ellos les conviene, como hizo Kennedy y han seguido haciendo los demás.

Le apasiona hablar de la “traición americana”. Dice que a muchos de ellos los persiguieron y hasta encarcelaron por el simple hecho de llevar a cabo acciones en contra del castrismo, y que una parte del exilio se puso del lado de los americanos.

—Hipócritas y oportunistas han sido muchos de mis compatriotas. Son gente que cree que la pelea se gana con banquetes y discursos. Hay una cuerda de viejos *cañengues* que piensan que van a liberar a Cuba en reuniones y cocteles. Así están los de Alpha 66, acomodados, no hacen más que lanzar colectas de dinero y hablar, mucha habladera es la línea de este grupito. ¿Quién no va a cooperar así? Yo he llegado a la conclusión de que el único que está claro, en esto de la pelea en contra del comunismo, es Pinochet, y así lo adversen muchos, hay que reconocerle que él actúa, que lo de él son hechos y no palabras.

Hace unos instantes había llegado a la celda José Ginjaume, quien al oír a Bosch en pleno discurso, no saludó siquiera. Pero al rato ya estaba opinando acerca de los grupos de cubanos que en Miami viven organizando golpes, criticando a lo que él llama “vejstorios del exilio”, que no se resuelven a darle una lección a Castro.

Cambiando el giro de la conversación, una especialidad de Bosch cuando alguien intenta quitarle su papel de atracción, le pregunta a Ginjaume qué le había pasado que no se había dejado ver últimamente.

—Aquí te extrañamos mucho, especialmente el sábado, porque había muy buenos dulces para el postre.

Se pone serio Ginjaume y reclama que se le recuerde por lo que come solamente. Bosch lo controla inmediatamente y le da mil explicaciones, lo halaga y por todos los medios, trata de que su amigo no se disguste.

—Pero, viejo, ¿cómo te vas a poner así? A ti se te recuerda por cosas grandes, por los servicios que le prestas a la patria martirizada. ¡No te pongas con comemierderías!

Ahora Bosch me dice directamente:

—Alicia, Pepe ha estado en toda nuestra lucha, donde ha sido llamado, sus méritos son inmensos.

Y volteando hacia Ginjaume que ya había depuesto su actitud de rey ofendido:

—Yo le estaba contando a ella, Pepe, lo que nos hemos jodido, y que perdone la expresión Alicia, en esto de salvar a Cuba, de enfrentarnos a Castro. Le he dado una idea de cómo tantos cubanos, como nosotros, patriotas y decentes, hemos emprendido una guerra sin cuartel que está en pleno desarrollo, aunque algunos inconscientes se hayan acomodado.

—Es que muchos seguimos en esto porque nos duele la Patria —repite Ginjaume—. No podemos permitir que esos comunistas cochinos se roben todo, acaben con la familia, instalen bases militares rusas, amenacen a países como este.

Y señalando con el índice a manera de sentencia agregaba:

—Sí señor, Venezuela puede estar en los planes de los rojos. Ahí tienes la última encuesta electoral donde aparece el comunista del MAS (Movimiento al Socialismo), José Vicente Rangel, con bastante chance. No se puede permitir que los comunistas sigan haciendo lo que les dé la gana, por eso uno debe apoyar a hombres como Orlando, que, a pesar de todo, sigue adelante.

—Mira, Pepe, cuando uno tiene seguidores, las acciones tienen que ser lo más efectivas posibles, para que se sienta bien el golpe. A Castro y a su gente hay que darles palo, no dejarles tregua. Castro es un bicho malo que hay que aniquilar.

Se complican los dos diciéndose cosas en torno al mismo punto y me dejan perpleja con este enfoque extremista de la lucha que siguen. Me tocó muy especialmente eso que sustenta Bosch con tanto calor: “La guerra frontal, aniquiladora”. No puedo evadir el pensamiento recurrente del sabotaje al avión cubano.

Orlando Bosch ha tomado nuevos bríos. Encendiendo un cabo de tabaco con la maestría del fumador empedernido, se adentra en su experiencia en las montañas cubanas.

—Yo no sé si recuerdas esta etapa, Pepe, pero para muchos de nosotros fue muy importante la contienda en las montañas de El Escambray. Yo allí comprendí que al comunismo había que aplastarlo, porque de lo contrario hundiría al país. Creo que el tiempo me ha dado la razón. Aquello no les fue fácil dominarlo, era una guerra bien dura, pero, claro, inventaron lo de los alfabetizadores para lavarles el cerebro a los guajiros, y estos nos traicionaron; cuando no nos acusaban ante los milicianos, nos negaban ayuda, comida o cualquier bobería que necesitáramos.

—El hombre como que está recordando hoy —dice Lugo en voz alta desde el fondo, donde manipula algo en el armario de los víveres.

—Ven para acá, negro, a ti te conviene oír estas cosas, mira que la experiencia ajena sirve de algo.

Bosch se ríe y muestra sus dientes algo grandes y separados. Comenta bajito que a Lugo le apasionan todas sus historias y que a veces pasan noches enteras conversando de todo cuanto él ha podido hacer contra Fidel Castro.

—Acércate, pues, negro —insiste Bosch.

Después que sale de Cuba en 1960, Orlando Bosch confiesa que se sintió impotente a pesar del aliento que le daban muchos de sus compañeros que, reconociendo su decisión de pelear, lo nombraron delegado general del Movimiento Insurreccional de Recuperación Revolucionaria.

—El MIRR —recuerda Ginjaume suspirando profundamente.

—Sí, pero no como el MIR de aquí, el del exguerrillero Américo Martín. El nuestro llevaba una R más..., suena igual, pero no es lo mismo.

Freddy Lugo dice como una gracia especial:

—Bueno, doctor, cuente cómo usted se metía a Cuba y no lo agarraban...

—Eso era espectacular, porque yo les entraba por el lado que ellos menos se podían imaginar, de manera que nunca pudieron

agarrarme. Una vez nos metimos un grupito bien apertrechado, por Sagua La Grande. Ahí se armó tremendo tiroteo y yo creo que acabamos con todos los milicianos esos, no sé, eliminamos a más de diez.

Se ríe Bosch y mastica la punta de su tabaco Camacho y lo enciende con gusto. Se levanta para limpiar el cenicero que había terminado de rellenar con la ceniza del cabo anterior; cuando se exalta fuma muy seguido.

Freddy Lugo dice lo suficientemente alto, para que lo oiga, que Bosch es un luchador con maña, que sabe lo que hace.

—Pero es que para hacer lo que yo siempre he hecho —responde Bosch incorporándose al grupo— hay que tener decisión y personalidad. Cuando yo estuve al comienzo con la gente del Movimiento Nacionalista Cubano (MNC), había unos cuantos patriotas que estábamos de acuerdo en hacer “la guerra por los caminos del mundo”, o sea, atacar a todo lo que oliera a Cuba comunista: embajadas, consulados, representaciones diplomáticas y comerciales. Pero también había algunos compañeros que se oponían a sabotear a los países que ayudaban a Castro; a estos les faltaba decisión, entereza y moral.

Se queda pensando e irrumpe con una pregunta:

—¿Y ustedes no se acuerdan?, o mejor dicho, Pepe, ¿tú no te acuerdas de aquellos famosos telegramas que mandamos a Inglaterra y a Japón advirtiéndoles que les atacaríamos sus barcos si continuaban comerciando con Cuba? ¡Qué época, ñoo! Recuerdo perfectamente que firmamos esos telegramas con el nombre de Ernesto, tomado del Che.

—Pero eso fue cuando tú fundaste Poder Cubano, Orlando —le refresca la memoria “Pepe” Ginjaume—. Época buena esa, es cierto, había actividad, salían muchas noticias de ustedes en la televisión. Creo que en esos años fue lo del barco polaco, ¿no es así?

—Sí, sí —se ríe Bosch y entorna los ojos tras los cristales de sus anteojos—. Ese bazucazo hizo temblar de rabia a los comunistas. Después de eso empezaron a buscarme. La policía americana se movilizó para detenerme y, un mes después, lo logran acusándome de una sarta de cosas, mentira todas. Me echan diez años de cárcel, pero qué va, yo tengo mucha suerte y muchos amigos en este negocio a los que les convenía que yo estuviera afuera. Pero, bueno, cumplí cuatro años de prisión, y en el 72 salí en libertad bajo *parole*.

Peleas por la fuga

En Venezuela, especialmente en Caracas, la capital, y en algunas de las más importantes ciudades del interior, la campaña electoral adquiere cada vez más un carácter abrumador. Se permite la propaganda indirecta, las giras de los candidatos por distintos pueblos, reuniones sociales para recaudar fondos y respaldo. Todo esto es lícito antes de que el Consejo Supremo Electoral autorice la campaña en sí. Al darse la orden de “partida”, vale la comparación con una carrera de caballos en el Hipódromo La Rinconada: se hace de todo para arrancar en los primeros puestos y por asegurarse el triunfo.

El país se convierte en un hervidero de opiniones. La prensa destaca ingeniosamente las campañas de los partidos más fuertes, AD y Copei, porque ambos tienen una inmensa cantidad de dinero para invertir en anuncios publicitarios. No se escatima ningún esfuerzo por hacer crecer el número de posibles votantes.

La campaña de Copei es específicamente dirigida en contra del gobierno adeco del presidente Carlos Andrés Pérez. Las cuñas de televisión tienen un matiz dramático. En ellas aparecen mujeres y niños de las barriadas más pobres del país, reclamando las promesas incumplidas y aupando a Luis Herrera “que sí arregla esto”. Por la prensa escrita y la radio se repiten

también este tipo de mensajes que han penetrado bastante en el electorado por su crudeza en los planteamientos.

Por su parte, Acción Democrática, que es el partido gobernante, tiene dentro de su seno una crisis en espiral. Se trata de la lucha de dos grupos: el comandado por el expresidente Rómulo Betancourt y los partidarios de la política de Carlos Andrés Pérez. Se dice que Luis Piñerúa Ordaz, el candidato a presidente de los adecos, es un protegido de Rómulo Betancourt, por lo que critica en sus declaraciones, de manera sutil, la gestión del gobierno de Pérez. La base de la campaña de Piñerúa es la promesa de solucionar el problema de los servicios públicos, últimamente en la bancarrota. Afirma que él será “el presidente de los Servicios”.

—Hasta Piñera está en su contra y no es para menos —decía Bosch refiriéndose a Carlos Andrés Pérez—. Este es un hombre que nunca debió llegar a ser presidente de Venezuela. Anoche lo oí por la televisión hablando de las grandes cosas que ha hecho y resulta que en este país donde sobra el dinero, no hay ni agua. Esta semana la hemos pasado aquí con un chorrito que llega por la mañana y se va, sin darle tiempo a uno para darse un baño siquiera.

Se ven incómodos tanto Bosch como Lugo. Yo he ido a visitarlos temprano porque debo pasar por la Torre de la Prensa para trabajar un poco. Se acerca una fecha de fiesta nacional y cuando esto ocurre hay que adelantar el trabajo, el taller exige la revista antes de la fecha normal del calendario.

—En este país no camina nada —comenta Freddy, quien a continuación me pide que salgamos a conversar para el patiecito donde está más fresco. El doctor se ha quedado leyendo la prensa del día.

—¿Pasa algo, negro? —es lo primero que se me ocurre preguntar dadas las circunstancias.

—No, nada —y busca nerviosamente en el bolsillo de su camisa de cuadros azules y blancos la cajetilla para extraer un cigarrillo que enciende rápidamente. Se nota preocupado y nervioso.

—Pero, yo te veo distinto...

—Bueno, tú sabes, a veces pasan cosas incomprensibles. Ahora yo quisiera tener poder para acabar con Hernán Ricardo, te lo juro por mi madre.

Se agita un poco.

—Yo sabía que algo estaba pasando.

—Lo que sucede es que estas cosas son internas, vainas que pasan aquí entre nosotros y a mí no me gusta comentar, pero a ti te lo cuento todo porque me has demostrado tu amistad.

—No hace falta, Freddy, puedes hacer lo que quieras.

—No, vale, yo confío en ti.

Baja la voz y adopta una actitud misteriosa. Mira hacia el punto donde Bosch lee, como asegurándose de que este no se percata de nada de lo que ocurre en el patio.

—Sucede que hace unos días se descubrió aquí en el Cuartel que Luis Posada y Hernán estaban preparando un plan de fuga. Tenían casi todo listo y estaban en complicidad con la gente de Posada afuera, tú sabes que él tiene muchos amigos influyentes. Hernán me había dicho algo de esto a mí y tengo entendido que Posada le presentó esa posibilidad al doctor, solo que a nosotros nos pareció una idea medio loca.

El ruido de la reja nos sorprende y Lugo tiene que pararse a recibir a los que llegan pues, son sus familiares.

—Oiga, usted sí vino cargada —le dice a su mamá—. Vamos a ver si no se les olvidó lo que les pedí la última vez.

En el interior de la celda y sobre la mesa, Freddy registra con su hermana Carmen las bolsas. Saca alimentos que coloca en la pequeña nevera y Bosch le recuerda que Adriana va a llegar de un momento a otro cargada, y que le deje un espacio.

—Esta gente me quiere engordar, traen cada comida — dice Freddy mientras pellizca alimentos de un envase y otro.

—En cambio, la chilena trae de todo, pero para hacer aquí, ¡es más floja!

En ese instante llega Adriana. Hay gran alboroto. La niña comienza a gritar para que le vean su trajecito nuevo. Nadie voltea a mirarla. Los adultos hablan de comida y Adriana se esmera por dejar claro que ella no es perezosa.

Pero Bosch la sigue fastidiando y dice que cuando él la conoció se veía muy hacendosa, pero que al visitarla y abrir su refrigerador lo que tenía allí era una papa o una cebolla. Todo el mundo ríe de la anécdota a excepción de la niña, que chilla que Avignón le regaló el vestido.

—¡Ay sí, cállate, niña! —dice Adriana con violencia— Lo que pasa es que la mujer de Avignón nos mandó un paquete de Miami, con ropa para mí y para ella. Aquí te traigo una carta para ti.

Dejamos a la familia Bosch que se sintiera más desahogada y salimos de nuevo al patiecito. Freddy retiró dos sillas a un rincón, y su madre y hermana se dedicaron a arreglar alguna de las ropas que Freddy les tenía dispuestas para cuando llegaran. Yo me preocupo y le digo que me da pena marginarlas de la conversación y él responde que a ellas lo único que les interesa es complacerlo.

Enciende otro cigarrillo y me ofrece. Yo le recuerdo que ya no fumo.

—Se me olvida, es la costumbre.

—Así es como mucha gente reincide, tanto le ofrecen hasta que aceptan. Yo espero que a mí no me pase eso.

—Ojalá, Llanera. Pero, bueno —dice con aire misterioso—, te voy a seguir contando para que tú veas. Resulta que Posada y Hernán estaban preparados para fugarse y, a pesar de que yo lo sabía y podía anotarme en esa, no me

parecía que iba a ser una buena idea. No me puedo imaginar por dónde se puede evadir alguien de este Cuartel, a menos que sea por un túnel como hicieron antes los comunistas, y en eso sí que están mosca los custodios.

—Pero ellos te contaron todo el plan y te invitaron, por supuesto.

—En realidad Hernán, como amigo mío, me había dicho más o menos lo que harían, pero yo me hice el loco. Lo cierto es que no disimulaban nada, hablaban de eso en voz alta, tenían hasta las armas escondidas en el refrigerador... Yo no sé quién se las daría, pero eso se supo aquí. Los descubrieron y los amonestaron. Ahora los tienen vigilados.

Tira la colilla del cigarro al piso y se levanta para aplastarla con el zapato. La echa a un lado y vuelve al asiento.

—Lo más triste y desagradable —agrega con rencor— es que ellos creen que yo los traicioné. Eso lo andan regando, al menos Hernán anda echándome mierda encima diciendo que yo soy un informante de las autoridades del Cuartel. El muy desgraciado me acusa de que yo comuniqué el plan de fuga y que por esa razón fueron descubiertos. Pero no se dan cuenta de que todo lo que les pasó fue por culpa de ellos, sobre todo de Hernán que es un bocón.

—¿Y qué piensas hacer con ese problema? ¿Tendrás que defenderte, no?

—No, qué va, yo tengo que quedarme quieto hasta que el cuerpo aguante, aunque si llego a tener a Hernán delante de mí, vamos a tener que aclarar bien todo este enredo, porque yo no puedo permitir que me llamen sapo. En cuanto a Posada no me interesa mucho aclarar nada con él, pues ni muy amigo mío es, así que, ¿para qué?

Me había contado Adriana que Lugo y Posada no se podían ni ver, porque este último se había atrevido a conquistar a una “amiga” que había ido a compartir la intimidación con Lugo.

Debido a ese incidente sexual, ni uno ni otro se tenía mucha consideración.

Yo había captado que entre los presuntos autores del sabotaje de Barbados se estaba creando una situación de tirantez muy grande: cada uno se guardaba algo y, en el caso de Freddy Lugo, le aconsejé que conversara serenamente con Ricardo, que no se dejara llevar por la rabia.

—¡Cómo se ve que tú no conoces a este tipo! —exclamó ante mi proposición— Con él no se puede conversar, y menos en estos momentos en que anda arrecho por la frustración. Yo he llegado a la conclusión de que lo mejor es arreglar esta vaina como un hombre, sin buscarle mucha vuelta, porque ya yo estoy hasta aquí —y se lleva la mano a la altura de la frente— de Hernán; yo soy muy bueno, pero cuando me buscan me encuentran.

Carmen Lugo se acerca hasta nosotros y con una expresión de curiosidad en el rostro pregunta:

—Y entonces, ¿qué tanto cuenta este negro? —le pone una mano en el hombro a su hermano, quien levanta la cabeza para mirarla.

—Nada, vale, no te preocupes, son cuestiones del trabajo que hacíamos antes y que cada vez que nos empatamos a hablar, sale algo que uno cree que había olvidado.

—Sí, yo te aviso —le responde Carmen incrédula—. Mira, Alicia, este negro no es capaz de contarme nada a mí y que para no mortificarme.

—No hables paja —le dice Freddy, y para cortar por lo sano, se para con el pretexto de que va al baño. Carmen comprende que se quiere evadir, y remata:

—Quédate aquí chico, si a mí no me importa que tú no me cuentes —y lo toma por un brazo obligándolo a sentarse de nuevo.

V

Por los caminos del mundo...

Contra todo el mundo

—¿Y qué piensa tu jefe Capriles acerca de las elecciones?, ¿quién cree él que va a ganar?

En las últimas ocasiones en que me había encontrado con Ignacio Castro, un cubano muy amigo de Bosch, me hacía esa misma pregunta. Él estaba muy interesado en conocer los puntos de vista que existían entre los ejecutivos de Publicaciones Capriles, acerca de los resultados de las próximas elecciones presidenciales.

—Ignacio, mi jefe piensa como todo el país: no hay nada muy claro. Pero, ¿y tú, con quién estás?... ¡Nunca he oído tus pronósticos!

Se reía compulsivamente, como si tuviera hipo, y no respondía. Sin embargo, se sabía que Ignacio Castro estaba del lado de los copeyanos, cooperaba para la candidatura de Luis Herrera Campins, quien le había dado más esperanzas de poder a los cubanos. Incluso en las planchas presentadas con los candidatos para concejos municipales, aparecían algunos cubanos en puestas “salidores”.

—Tú tienes que votar por Raulito —le decía Bosch, refiriéndose al Dr. Raúl Bermúdez, quien tenía posibilidades de salir electo para el cabildo de Petare.

Aquel día Ignacio Castro había pasado solo a saludar a Bosch y a Lugo, porque tenía urgencia de conversar con su

compadre Luis Posada Carriles, a quien pasaría a ver de inmediato. Se excusó de esta manera y prometió volver pronto.

—Ese está con quien le dé —comentaba Bosch al minuto de salir Ignacio Castro de la celda—. Él siempre anda corto de plata, le va mal en los negocios y piensa que si se empata bien con alguien del gobierno, resuelve.

—Yo lo veo muy entusiasmado con estas elecciones, cada vez que lo encuentro me habla del mismo tema.

—Alicia, uno debe contar con sus propias fuerzas, aunque a veces no está de más que alguien le dé una mano a uno. Este tipo de gente como Ignacio nunca llega a nada, así lo ayuden. Yo te pongo mi ejemplo: cuando tuve que irme a Chile, primero pasé por aquí, por Caracas, pero me botaron, me expulsaron argumentando que tenía un pasaporte falso, esa fue la primera que me hizo Carlos Andrés Pérez. Cuando llegué a Santiago de Chile la DINA me detuvo y me trató con muy poca cortesía, y entonces vinieron los amigos a ayudarme... Lo que te decía, hay casos en los que uno puede esperar apoyo. Después, aquellos carabineros que me trataron mal tuvieron que pedirme disculpas... No sabían quién era yo.

Más adelante se podrían hacer una idea muy clara, porque según me contaba Bosch, el gobierno de Augusto Pinochet le prestó mucha ayuda a un grupo de cubanos que tenían la intención de realizar atentados en contra de funcionarios y sedes diplomáticas de Cuba en los países vecinos.

—Es que era una misma causa, la lucha contra el comunismo nos unió mucho a los chilenos —explicaba Bosch—. Además, si ellos no ayudaban, entonces, ¿quién lo iba a hacer? Ellos habían sufrido en carne propia los años en que Salvador Allende los puso a aguantar hambre.

—Es verdad —agrega Adriana, que se muestra interesada por lo que dice su marido—. En Chile la pasamos muy mal con la Unidad Popular. Era un gobierno de chusma. Allí no

había nada, uno salía de compras y todo costaba carísimo: todo se lo ganaban los comunistas, no dejaban dinero para nadie.

En esa etapa, en la cual Orlando Bosch se radicó en Chile, dice que tuvo más tranquilidad para perfilar su lucha futura, pudo estudiar con más claridad grandes planes para socavar el régimen de Fidel Castro y demás gobernantes de ideas progresistas. Entre su grupo y la Dirección de Inteligencia Nacional de Chile (DINA) se estableció una estrecha colaboración que dio sus frutos con la eliminación del excomandante de las Fuerzas Armadas chilenas, Carlos Prats, en la Argentina, pereciendo con él su esposa. En Roma, el vicepresidente del Partido Demócrata Cristiano de Chile en el exilio, Bernardo Leighton y su esposa, resultaron gravemente heridos por la acción combinada de cubanos y chilenos.

Como se ve, Orlando Bosch había traspasado las barreras del anticomunismo. Lo que le interesaba era matar y no necesariamente a los comunistas.

—Los chilenos son gente muy difícil, muy incrédula —explica Bosch, como pensando en voz alta.

—Eso sí es verdad —responde Adriana—, tú lo debes de saber por mí...

—No, hablo en serio. Nosotros para trabajar con los chilenos tuvimos que demostrarles lo que éramos capaces de hacer. Acción Cubana se había fortalecido de tal manera que yo me sentía muy optimista. Además, la publicidad de nuestro movimiento creció; yo siempre he sostenido que la propaganda es básica en todo este trabajo. Si se promocionan bien las acciones, hay respaldo; el exilio siente que se está avanzando. Por eso, cuando fueron a visitarme varios periodistas ahí en Santiago les hablé de mi plan de guerra, que he sostenido hasta ahora y que seguiré por todas partes hasta que logre lo que yo quiero.

—Nosotros hicimos en Argentina grandes cosas —recuerda Bosch colocándose un dedo sobre sus labios en gesto

meditativo—. Bueno, había la facilidad de cruzar la frontera y todo lo que se planificaba salía perfecto. Allí le dimos tremendo susto al embajador cubano, por poco lo liquidamos. También seguimos explotando bombas en consulados y embajadas de Cuba en Canadá, Perú, México, aquí mismo en Caracas tuvimos que darle una lección a los panameños, les mandé a poner su bomba, y también a los “cubiches” de Chuao les soné la de ellos.

No para un instante cuando de enumerar sus fechorías se trata. Yo trato de captarle los más mínimos detalles, porque cada día pienso más resueltamente que a este elemento hay que desenmascararlo.

—Así es la guerra, Alicia —me saca de mis reflexiones—, así le planteo los hechos a mi gente. Pero sucede que para pelear se necesita dinero, mucho dinero, y el exilio está cada vez más reacio a colaborar. Hay unos cuantos cubanos, yo diría que la mayoría, que lo que hacen es hablar boberías, pero son incapaces de dar un peso para la causa. Esto te lo digo a ti, porque yo a ellos no les puedo hablar de esta manera, porque de lo contrario, los pocos que colaboran se van a sentir defraudados.

Entra Freddy Lugo y pregunta qué tanto hablamos nosotros. Viene en busca de un refresco para obsequiarlo a una “amiga” que está atendiendo. Mira con malicia a Bosch y promete:

—Ya vengo, ya vengo, estoy un poco atorado, pero en un momentico se me va la visita.

Adriana Delgado, que está integrada al grupo, expresa que está cansadísima. Bosch se ríe y hace referencia a lo floja que ella es y recibe una agria respuesta de su mujer, quien le recuerda todo lo que hace para que él se sienta bien.

—Ya se puso brava la chilena, no se le puede hacer una broma.

Dirigiéndose a mí, Adriana se interesa por lo que dijo Lugo antes:

—¿Por fin como que le llegó “algo” a Freddy?

—Sí, dijo que tenía visita —respondo.

—Ya era hora, ojalá no le pase como a las otras. Yo no sé si tú te acuerdas de la jovencita aquella que lo visitaba tanto y que después se desapareció. Aspiraba a trabajar en la televisión, quería ser modelo y pensaba que Freddy la ayudaría.

—Sí, yo sé a quién te refieres. Él la mandó una vez a mi oficina para que yo le diera la dirección de una escuela de modelaje. A mí me extrañó que Freddy estuviera tan preocupado por ayudarla, después me di cuenta de que le gustaba la muchacha, quien, si mal no recuerdo, trabajaba en la Policía Metropolitana de La Guaira.

—Lo más cómico es que a ella la trajo aquí un amigo de Freddy, el fotógrafo Carlitos Romero, que trabaja en el periódico *2001*, y se veía que estaba interesada en él y no en Lugo.

Orlando Bosch, que está muy atento al chisme de Adriana, agrega que Lugo es un hombre con poca experiencia y que es bueno que le pasen estas cosas para que vaya aprendiendo, porque la vida no es tan fácil como él cree.

—Es que el pobre es un negro bruto —remata despectivamente la chilena.

Entra Lugo en ese momento a la celda y explica que su gente no lo visitará sino hasta la tarde, que su mamá había estado un poco mal de salud.

—El que puede caer por aquí es Manuel, como no vino el miércoles, seguro está pendiente. Y tú, Llanera, ¿qué dices? Han pasado su buen rato hablando aquí.

Bueno, mi marido es el que ha hablado, porque tú sabes muy bien que él no le da un chance a nadie, todo lo quiere decir él.

—Pero es que el doctor tiene mucho que contar, Adriana.

—Deja eso, Alicia, esta chilena es así. Yo creo que me envidia.

Antes de que Adriana responda, Freddy Lugo incita a Bosch para que siga narrando sus historias.

—Nada, negro, yo siempre te he contado estas cuestiones a ti. Pero sucede que como no he podido dormir todas estas noches, aunque me tomo la pastilla tranquilizante, me ha dado por pensar en todas las acciones y los planes que hemos hecho, y le estaba relatando a Alicia, no a la periodista, sino a la amiga, algunos hechos que resultaron muy buenos.

—Y lo más grande —agrega Freddy—, sin que lo agarraran, ¡ah, doctor!

Se esponja como un pavo real. A Bosch le fascinan los halagos y Lugo lo tiene acostumbrado a ellos.

—Sí, es muy difícil atraparme a mí, aunque en Costa Rica nos llevábamos nuestro escarmiento por no hacer las cosas con más calma... ¡Vaya, por comemierda me pasó lo que me pasó! Andábamos en un plan magnífico porque en San José todo nos era favorable, visitamos periódicos, amigos, colaboradores, todo muy bien para el fin que perseguíamos, que era salir de la plaga comunista de Andrés Pascal Allende, pero algo no caminó que no se dio la cuestión, me metieron a la cárcel, y mis amigos, que nunca me faltan, me sacaron del problema. San José de Costa Rica es un lugar que se prestaba para hacer grandes cosas, en aquel momento era ideal. Pero a nosotros nos fue medio mal, no se nos dio lo que le preparamos a Gonzalo Facio, ni tampoco el atentado para liquidar a Henry Kissinger.

—¿Pero no fue en Costa Rica donde usted fundó el CORU? Yo creo que eso me contó una vez.

—No, negro, fue en Santo Domingo. Pero lo de Costa Rica fue muy preparado porque eran muchas operaciones, hasta dejamos “regalitos” en la Cancillería y en un centro cultural que tienen los cubanos en San José.

Freddy le conmina a continuar la charla y, sobre todo, quiere que amplíe sobre el CORU, y señala hacia la pared

donde hay un afiche de esa organización, del cual es autor Orlando Bosch. Se trata de una bandera de Cuba que transparente en sus franjas, un paisaje del campo cubano.

El CORU es una organización anticastrista que fundó Bosch en Santo Domingo en el año 1976, y como su nombre lo indica, Comando de Organizaciones Revolucionarias Unidas, agrupó a unas cinco organizaciones que tenían la misma tesis acerca de la lucha en contra del castrismo, lucha que había degenerado contra todo el mundo.

El asesinato de Letelier

Cuando está finalizando la campaña electoral en Venezuela, los políticos no se detienen a pensar en los métodos que usan para desprestigiar al adversario. Dicho en buen criollo, “se sacan los trapitos al sol”.

La contienda de diciembre de 1979 se caracterizó por los horrores que adecos y copeyanos se dijeron unos a otros. Después, como es “lo democrático”, olvidarían tales episodios electorales y se abrazarían como buenos amigos. Pero, sin duda alguna, lo que más enfureció a la oposición del gobierno de Carlos Andrés Pérez, fueron unas cuñas televisivas que aparecían a cada momento en la pantalla, con un *slogan* que se popularizó rápidamente: “Digan lo que digan, hoy vivo mejor”.

“Ese es ventajismo del gobierno para ayudar a Piñerúa, que cada vez sale más bajo en las encuestas”, decían los copeyanos. Y, efectivamente, el candidato Luis Herrera Campins subía ostensiblemente en las consultas de opinión que hacían las agencias especializadas, aunque se sabía por experiencias anteriores, que algunas de esas agencias podían estar pagadas por determinado partido político.

En la celda de Bosch y Lugo se comentaba que si Luis Piñerúa salía derrotado, la culpa la tendría Carlos Andrés

Pérez por no haber usado la renta petrolera para resolver ciertos problemas del país y por buscar un acercamiento muy evidente con los comunistas y, específicamente, con Fidel Castro.

—Él se cree que es un líder continental, que junto con Castro va a conquistar el mundo —criticaba Bosch—. A estos tipos como Pérez hay que frenarlos a tiempo, y eso es lo que está haciendo Acción Democrática, parece que nada más esperan que finalice de mandar para expulsarlo del partido.

Se observaba el cambio en el rostro de Bosch cuando empezaba a despotricar en contra de Carlos Andrés Pérez.

—Es un hablabasura, un descarado al que hay que ajustarle las cuentas para que respete. En estas elecciones, gane quien gane, el que va a perder es él, porque ni su partido lo va a recibir, tendrá que aliarse con los comunistas, meterse en el grupo donde deben de estar los traidores y desvergonzados como él.

Lugo, que oye con los brazos cruzados y una atención desmedida, interviene:

—Dicen que gana Copei, y si es así, las cosas de nosotros pueden mejorar, el juicio puede caminar más rápido, porque según me dijo un oficial, pana mío aquí, a Luis Posada lo han venido a ver gente pesada y le han prometido ayuda: ¡algo agarramos nosotros!

Bosch, que estaba excitado por lo que se venía tratando antes, casi grita para reprender a Lugo diciéndole que no se dejara llevar por chismecitos, porque a veces los políticos prometen para salir del paso.

—Bueno —responde Lugo—, yo no espero nada de nadie y mucho menos de Posada, porque yo sé que si puede se arregla él solo.

Bosch manotea muy molesto:

—¡Coño, tampoco puedes decir nada de Luis, no tienes base! Lo que deberías hacer es ponerte a pintar, que te quita toda esa basura de la cabeza y te puede reparar dinero. Yo me

he dejado de boberías y estoy pintando bastante porque, según me dice Becerra en una larga carta, los hermanos Novo y sus familiares están en dificultades, y yo creo que si monto una exposición los puedo ayudar y quedarme con una plata para mí, como me sugiriera inteligentemente David.

David Becerra Valdés es un viejo amigo de Orlando Bosch y de su causa. Cubano radicado en New Jersey, pertenece al grupo masónico Obreros de la Patria y dirige el boletín informativo *Desde las prisiones*, en el cual se denigra a la Revolución Cubana y a sus dirigentes, se hace campaña anticomunista, se publican mensajes de cubanos presos y se realizan colectas de dinero.

—Esos Novo no tienen muchas esperanzas de salir, ¿verdad, doctor? —inquire Freddy Lugo.

—Quién sabe, negro —y chupa su tabaco con cierta fuerza—. Ellos están en una situación muy mala, los ha traicionado todo el que ha declarado allí, y pensar que esos patriotas son tan valiosos para acabar con el comunismo, para exterminar esa plaga... Es injusto que estén presos —levanta la voz—: ¡Es una injusticia que por un cochino comunista como este Letelier, los Novo estén enterrados en vida!

—¡Cónchale, pero meterse con un tipo así! —exclama Freddy Lugo—. Ese Letelier parece que era importante, que lo conocían en muchos países. Digo que meterse a matar a un tipo así...

—¡Qué va, negro, qué importante va a ser un rojo de estos! Tú estás impresionado porque aquí en Venezuela le han dado publicidad, y todo porque Carlos Andrés Pérez está en contra del gobierno de Pinochet, que es más decente que el de él, dicho sea de paso. Fíjate tú que cuando Orlando Letelier fue traído aquí para ser sepultado, el primero que habló elogiándolo y condenando a quienes lo mataron fue Carlos Andrés. Salió a patrocinar ese entierro para complacer a los comunistas,

porque ese jueguito lo está haciendo para destacarse, para que lo consideren un gran personaje.

Sentado en una mecedora, Bosch se balancea nerviosamente. Su pequeña hija le da vueltas e intenta pararse en las patas del mueble. Él reacciona con rabia:

—¿Qué te pasa hoy a ti?... Esta chiquita está insoportable, no deja hablar a los mayores y anda todo el día fastidiando. ¡Vaya con su mamá!

La niña con los ojos muy abiertos le oía y no se movía del lugar.

—¡Arriba, le dije que vaya afuera con su madre!

Al fin, lloriqueando, la pequeña salió corriendo de la celda.

—La madre la consiente mucho y no le pone ninguna disciplina. Hay que enseñarle a obedecer.

—Usted también la mimas, doctor —le dice Freddy, y él no se da por aludido.

—Bueno, como les decía, hay que darse cuenta cuándo un político hace una obra sinceramente y cuándo está trabajando en provecho personal, como Carlos Andrés Pérez. Para mí es un honor pintar y poder cooperar en algo, en el caso de los hermanos Novo. Yo conozco muy bien cómo fue todo ese plan para salir de Letelier. Sé cuántos inconvenientes hubo que superar, cuántos sacrificios hicieron esos patriotas para lograr salir adelante en todo esto. Además, yo soy un hombre agradecido; cuando me expulsan de aquí de Venezuela en el año 1974, me encuentro en Curazao con Ignacio Novo, quien me había arreglado todo con el embajador chileno de Washington para que yo entrara en Chile.

Hace una pausa que aprovecha para tomar un poquito de agua del vaso que tenía, casi lleno, sobre la mesa.

—Solo por él yo tuve un lugar de refugio, porque en los Estados Unidos los amigos me dieron la espalda. Aquella situación se hizo insostenible, tenía mucha preocupación porque

la policía podía echarme mano nuevamente. A pesar de todos los tropiezos que hubo a la llegada, pude darme cuenta, después, de todos los contactos que los Novo habían hecho, y en Santiago, yo era un invitado del gobierno, con todas las consideraciones.

—Y bien cuidado —agrega Adriana, que estaba en la puerta con la niña abrazando sus piernas y haciendo pucheros todavía.

—Es verdad que estaba cuidado —explica Bosch—. Da la coincidencia de que yo vivía cerquita del edificio Diego Portales, donde funcionan las oficinas del gobierno chileno.

—Además, debes estar agradecido a Chile, porque si no hubieras ido allá no me conoces a mí —le dice Adriana dándose un tono de persona importante, con el solo objeto de ver reaccionar a su marido.

—Oye, mujer, no seas presumida; mira que es al revés, la que sale ganando aquí, eres tú.

Y continúa Orlando Bosch hablando de su etapa chilena, calificándola como una de sus mejores épocas. El gusto que le da a este hombre hablar de hechos vandálicos, bien sea cometidos por él o por otras personas conocidas de él, se le nota en un gesto repugnante que hace a medida que habla: se moja los labios con saliva y se frota las manos.

—Chile fue muy productivo para la causa. En el caso de los Novo, lo que les faltó fue suerte, porque el gringo les planificó todo con exactitud, tú sabes cómo son de prácticos y eficientes en esta especialidad los americanos. Los Novo con su gente ejecutan el plan y liquidan a Orlando Letelier y a su secretaria, que andaba con él en el carro. Se arma el gran escándalo en Washington y después en todos los Estados Unidos. Los comunistas se mueven rápido para sacarle partido a ese muerto y logran con su habilidad que se haga una campaña publicitaria muy amplia. La DINA, que estaba en la combinación,

nos falla. Los Novo le pidieron documentos falsos para salir de Estados Unidos y veinte mil dólares después que finalizaron su trabajo. Y, ¿quién iba a pensarlo?... La DINA más o menos se negó, les falló, no les dio nada. Después ya se sabe lo que ha pasado con estos patriotas. Están enterrados en una cárcel.

El impulso que había tomado Bosch haciendo estas referencias era increíble. Sus pausas eran cada vez menos largas y solo se callaba cuando encendía el tabaco que se apagaba a cada rato, en vista de que él no lo fumaba.

—La suerte que uno tenga es importante, tiene mucho que ver en estos asuntos, parece mentira, pero es así. Fíjate tú que cuando fallamos en el secuestro del cónsul cubano en Mérida (México) y un funcionario que andaba con él fue liquidado, no hubo grandes tropiezos, porque si bien a uno de los nuestros lo cogieron, Gasparito, en cambio, pudo librar y vive tranquilo en Miami... ¡Esa es la suerte!

Se acerca Adriana para ofrecer café y le sirve a Bosch en su vaso de plástico. Ella comenta que su marido es un conversador incansable y que difícilmente lo supere otra persona. Él no le hace ningún caso y toma poco a poco su café, mientras que Lugo y yo hacemos lo mismo.

—Pongo el ejemplo ese del cónsul —irrumpe Bosch— porque México siempre ha sido un país enemigo y la vigilancia era implacable. Una vez pusimos una tremenda bomba en la línea aérea cubana y por poco nos agarran. La cosa es lograr lo que uno se propone, enfrentarse con todas nuestras fuerzas al enemigo comunista haciendo lo que sea, porque en estas confrontaciones todo lo que se haga es válido. Cuando yo veía a alguno de mis hombres que se ponía a discutir o estaba inconforme, lo convencía de que había que hacer lo que saliera. Sin embargo, nadie protestaba cuando íbamos a “trabajar” en Argentina. Allí hicimos una amplia campaña y todos los hombres estaban en la mejor disposición porque conocían muy bien el terreno. Ahí

se habían hecho muchísimas operaciones y todas con éxito. Figúrate que estábamos en un ambiente tan propicio, que acciones como secuestros nunca habíamos emprendido, y en Argentina hicimos desaparecer a dos cubanos comunistas.

—También la tranquilidad para trabajar se las daba Chile, que estaba ahí mismito —agrega Freddy Lugo, que se veía embelesado ante los monstruosos relatos de Orlando Bosch.

—Eso es lo que yo decía —repite el doctor—, la etapa de Chile dio sus frutos porque nos permitió extender la lucha por muchos países del mundo, dar buenos golpes, hacernos sentir. Además, ya a lo último, cuando decidimos unir nuestras fuerzas a las de otros grupos con más o menos nuestra línea de guerra y fundamos el CORU, todo estuvo mejor organizado, y no solo eso, sino que los golpes que se dieron bajo el mando de esta organización fueron muy efectivos.

Me atrevo a interrumpir la carrera de atentados que viene describiendo este hombre porque estaba conociendo detalles tan variados de sus correrías criminales que, sin lugar a dudas, podrían ser ampliados, por eso me interesó saber si su mano había llegado hasta Europa.

—Alicia, yo y los míos actuamos más que todo en América. Te pongo un ejemplo: cuando nosotros veíamos alguna simpatía por Cuba comunista en cualquier país, allí íbamos a responderle con bombas. Así sucedió en Guyana, a quien se le hizo estallar una bien buena en su Embajada de Trinidad y Tobago; Panamá, que también se ganó su bombazo en la línea aérea Air Panamá; en Colombia también dimos nuestro toquecito y, hostigamos todo lo que pudimos a los locales de Cubana de Aviación en Barbados, Panamá, México... Bueno, ya ni me acuerdo. Pero volviendo a lo que tú me preguntaste de Europa, te diré que sí se tomaron algunas iniciativas... ¡Vaya, y se siguen haciendo! Nosotros en España le dimos tremendo susto a la gente de la Embajada de Cuba.

Continúa hablando de pie porque se ha levantado para ver si queda café en la jarrita. Adriana, que se había acostado en una de las camas para leer una revista, le dice que eso está frío. Él no le hace caso y regresa a donde Lugo y yo estamos oyendo sus experiencias de terrorista.

—Yo lo que quiero es un traguito de café para agarrar el sabor y prender mi tabaco —comenta tomando asiento y retirando del cenicero el largo tabaco que estaba apagado desde hacía un rato.

—Ustedes no se extrañen —dice con su indiscutible acento cubano—, toda esta guerra ha sido de un lugar a otro; donde hay un comunista a nuestro alcance, ahí hay que ir. Y las cosas salen bien o mal, pero en general se trata de golpear, y a veces tenemos muchos o pocos recursos, pero no estamos con miramientos, se decide algo y enseguida se pone en función.

Aquella conversación resultó para mí agobiante, reveladora. Cuando finalicé mi visita en la celda de Lugo y Bosch, me sentía verdaderamente asombrada pensando en todo lo que había oído, haciendo un esfuerzo por no dar muestras de rechazo, rabia o desprecio por tan abominables hechos: tendría que seguir en esa misma posición por mucho tiempo.

Venezuela en la mira

El proceso revolucionario en Nicaragua había cobrado tanta fuerza en los últimos meses, que todo lo que se refería a la guerra en contra de la dictadura de Anastasio Somoza era tema obligado de comentarios. La prensa informaba exhaustivamente cada combate, cada avance del Frente Sandinista de Liberación Nacional, alentando siempre la avanzada.

A Somoza no le quedaba nadie. Hasta su antiguo amigo, Orlando Bosch, quien entraba y salía de Nicaragua cuando se le antojaba y quien, según sus propias palabras, había sido

ayudado por Somoza entre 1974-1975, no se atrevía a opinar ampliamente a favor de su gobierno.

—Yo nunca pensé que a Somoza le pasara esto —afirmaba Bosch—. Un hombre tan popular, un gobernante de verdad como él, es importante creer que un grupito de bandidos comunistas lo estén haciendo tambalear. Pero yo estoy convencido de que no es Somoza el que ha producido semejante situación, sino la gente que lo rodea en el gobierno: son unos ambiciosos que no se dieron cuenta de la fuerza que estaban tomando las guerrillas y estas se metieron.

—Además, Orlando —comenta Adriana—, por todas partes, en el mundo entero, tienen apoyo. Yo no sé cómo se las han arreglado para tener tanta propaganda.

—Los comunistas son así —explica Bosch—; solo les hace falta que les den una oportunidad para ellos ponerlo todo a su favor, y es verdad, saben hacer bien la promoción, por eso es que pueden regar por todo el mundo sus actos de barbarie. Y si además consiguen socios como Castro y como Carlos Andrés, ya tú sabes, se sienten bien apoyados.

—Dicen que las armas que están usando los sandinistas son venezolanas —informa Freddy Lugo—; parece que el gobierno les está mandando todo lo que necesitan para que tumben con todos los hierros a Somoza.

—Esa es otra prueba de la gran obediencia que le guarda Carlos Andrés a Castro —dice Bosch exaltado como siempre cuando habla de Carlos Andrés Pérez—. Yo no entiendo cómo las Fuerzas Armadas de este país le permiten a este hombre hacer tantas locuras con el buen nombre de Venezuela. ¿Cómo es posible que ahora se comprometa a ayudar a los comunistas sanguinarios, que no se dé cuenta que estos sandinistas están patrocinados por Rusia? Aparte de todo, tampoco piensa que Somoza tiene un buen ejército y el respaldo de los Estados

Unidos y que no va a ser fácil que se deje quitar el poder por esos bandoleros.

—Pero parece que el pueblo se les está uniendo y, según dijo anoche la televisión, hay muchas ciudades tomadas por ellos —acota Adriana.

—Pero, ¿tú no entiendes todavía que eso es pura basura publicitaria? Parece mentira que creas todo lo que se dice por ahí. Tú no ves que ellos dicen que el pueblo se les une para que el resto del mundo crea que ellos tienen la razón. Yo te digo por experiencia, aquí quien va a salir perdiendo es Venezuela con el asunto ese de las armas, porque lo que es Somoza no se va a dejar tumbar.

—Veremos —dice Adriana alejándose de la rueda de conversación donde quedamos Freddy y yo.

—¿Y tú qué crees, Alicia? —me interroga Bosch.

—Yo me guío mucho por lo que reportan los periodistas destacados en las fronteras con Costa Rica y algunos que han podido llegar al propio territorio donde se lucha: los sandinistas están avanzando mucho, aunque el ejército de Somoza le sale al paso, es muy poderoso. Es cuestión de esperar, pero parece que ambas fuerzas se están haciendo mucho daño.

Comentaba Bosch su temor de que Nicaragua fuera a caer en las “garras” comunistas.

—Si eso sucede, hay culpables bien reconocidos: Castro, Carlos Andrés Pérez y Torrijos, como los principales. Estos dos últimos, en lugar de ayudarnos a nosotros los cubanos que luchamos contra el comunismo, lo que hacen es hundirnos... ¡Aquí me tienen a mí, jodido solo por ser un soldado de la libertad!

Frunce el entrecejo y le tiembla la barbilla casi imperceptiblemente. Orlando Bosch ha estirado un brazo para alcanzar un frasco de pastillas que está sobre una repisa alta, muy próxima a donde se encuentra sentado.

—Pérez no debería seguir provocándome, porque se va a encontrar conmigo —comenta mientras se toma la píldora.

—Pero, doctor, yo creo que usted le da más importancia de la que él tiene —acota Freddy Lugo, quien se preocupa cada vez que Bosch muestra síntomas de contrariedad o disgusto.

—Mira, negro, lo que yo puedo hacer, él mejor que nadie lo sabe. Cuando quiso enlodarme más de lo que Delia Estaba lo había hecho, le sonamos una bomba en el consulado venezolano en Puerto Rico. Ese fue el aviso, porque la próxima que le mandé a poner fue en el avión militar que paraba en Miami... ¡Ahí sí se acobardó!, ¿tú no ves que era un avión militar? Pero después se reviró y entonces le intentamos “volar” sus oficinas de la línea aérea Viasa, en Estados Unidos, y le caímos otra vez al consulado de Puerto Rico con una carga más fuerte... ¿Qué pasó? Nada, se dio cuenta de que con el líder de los cubanos decentes no se puede jugar impunemente.

Freddy, mientras oía, se había mostrado incómodo moviéndose en la silla y al terminar Bosch de revelar sus atentados en contra de Venezuela, Freddy mira hacia el techo y le hace señas a Bosch indicándole que baje la voz.

—¡Qué micrófonos de mierda, chico! Yo no voy a pasar la vida fijándome si aquí en esta cárcel graban o no lo que uno dice. ¡Pueden grabar lo que les dé la gana, yo no le tengo miedo ni a Pérez ni a Orlando García, ni a ninguno de sus esbirros!

Freddy le dice que él no está seguro de que en la celda hayan instalado micrófonos para grabarles sus conversaciones, pero que mejor era prevenir porque Carlos Andrés era capaz de todo.

—Yo no estoy para estas tonterías, negro —dice Bosch más calmado—. Si Carlos Andrés Pérez quiere saber lo que hablo, lo que pienso y quiero hacer, que venga él mismo a preguntármelo, que se atreva a enfrentarse conmigo.

—Deja al Andrés Pérez en paz —le inquiera Adriana, quien le toma por un brazo y lo hace levantar—. Vamos afuera un momentico, aquí hay mucho calor.

Saliendo, Bosch comenta con una sonrisa socarrona:

—Vamos a ver qué me va a pedir la chilena, porque estas muestras de cariño son muy raras.

Después de un rato llegó la familia de Lugo con su cargamento de alimentos y otros encargos hechos por su preso. Nos pusimos a hablar de la amistad y Carmen se mostraba bastante dolida por la cantidad de amigos que tenía Freddy antes de caer preso y los pocos que le han visitado en el Cuartel San Carlos.

—Entonces, ¿a ti no te vienen muchas visitas, negro?

—Carmen exagera, sí vienen algunos amigos; claro, algunos se han alejado. Bueno, tampoco Bosch está recibiendo tanta gente: los de Miami, que vienen más que todo a discutir cosas de trabajo, de la lucha, de los golpes que preparan y eso. Pero de aquí de Caracas, hay solo un grupito: Bernardo Viera, Salvador Romani, Carlos Romero, Ignacio Castro, Ginjaume, Alberto Marrero, Raúl Bermúdez, Manolo Pérez, el Gallego... ¡Ah no, chica!, viéndolo bien sí entra bastante visita para Bosch, porque si me pongo a enumerar, la lista es larga, lo que pasa es que digamos, hoy viene “Pepe” Vázquez y no se vuelve a aparecer sino después de pasado un tiempo, por eso uno se olvida.

—¿Y los otros amigos de ustedes reciben mucha gente?

—Hernán más o menos como yo. Siempre tiene ahí a su mamá que está mosca porque es una vieja muy avispada. Además le llegan algunos amigos. A Luis Posada lo visitan muchos cubanos, todo el que va a ver a Bosch le cae por allá, también tiene amigos de sus viejas relaciones de trabajo y su familia, que jamás le falta.

—Por cierto —digo—, el otro día Adriana me presentó a la señora de Posada.

—¿A Nieves? —indaga la hermana de Lugo.

—Sí, me la presentó aquí, en la entrada del Cuartel, venía con su hijo.

—Ella tiene también una muchachita —dice Freddy—. Esa Nieves es una fiera, peleona con todo el mundo, al único que no regaña es a Posada, y eso es de milagro.

—¡Mira qué negro tan criticón! —le bromea Carmen— Yo no sabía que ahora te dedicabas a ese deporte.

—Deja la broma tú —responde Freddy medio enfurruñado.

—¿Verdad que este negro está bello, Alicia? Desde que bajó los kilitos que le sobaban se puso a valer, lo único que le falta es que deje de fumar tanto, eso a él le hace daño para “el reloj”, ya hace un tiempo le dio una cosa fea y creíamos que era un infarto, pero así y todo, él debe cuidarse.

Se acercan Adriana y Bosch y este exclama:

—No te puedes quejar, te cuidan bastante, negro.

—Qué va, doctor, lo que pasa es que mi hermana cree que yo soy un carajito, eso es todo.

Comenzó el ajetreo para servir el almuerzo en aquel reducido espacio. Ya dispuestos a comer, llega Ginjaume, con su sonrisa tan parecida a Groucho Marx, el actor del cine silente. Bosch se para para recibirlo:

—¿Y qué, viejo?

—Lo mismo. No me llegué hasta aquí el sábado porque me compliqué. Fui a ver a “Pepe” Vázquez y el amigo Chao Hermida. No te puedes quejar, el futuro tuyo como que va a ponerse bueno, según dice Pepe.

Los hombres se apartan hacia un rincón y siguen conversando aparentemente algo muy interesante porque almorzaron de últimos, al extremo de que cuando me despedí los dejé en los postres.

VI

El cambio va

Orlando Bosch y Freddy Lugo me habían introducido en un mundo verdaderamente espeluznante. Bosch, en especial, se había dedicado, en las últimas ocasiones que fui a verlos, a contar una serie de actos criminales cometidos por él y su grupo, en nombre de esa guerra que con tanto ardor calificaba de frontal y aniquiladora.

En un principio me imaginé que Bosch era uno de estos petulantes irremediables que necesitan el reconocimiento de los demás para sentirse bien, por lo que era capaz de fantasear o inventar una serie de barbaridades.

Pero no tuve que seguir haciendo especulaciones. A través de sus propios relatos lo fui conociendo poco a poco. Lo observaba en sus actitudes de terrorista consumado. Se me revelaba como un asesino en acecho, a la espera del momento para saltar; con una sed de venganza que manifestaba aún delante de personas que no eran de su confianza.

No resultó muy fácil para mí seguir frecuentando a tan repugnantes personajes. Sin embargo, como periodista seguía pensando en la denuncia completa y aplastante de estos hombres que me estaban aportando todos los elementos que yo necesitaba, para presentarlos ante la opinión pública como lo que realmente eran.

Las aventuras terroristas de Orlando Bosch, teñidas con sangre de inocentes, porque a la hora de colocar un explosivo no se detenía a pensar a quién iba a matar, fueron contadas cada vez con más detalle. Entre tabaco y café, las palabras se hacían pocas para que Bosch se sintiera inspirado hablando de liquidar, eliminar, matar con una naturalidad espantosa. Una bomba era en su vocabulario algo tan corriente que enumeraba por países y ocasiones las que había puesto o encargado que pusieran.

Yo no tenía ningún tipo de dudas acerca de la condición humana de la gente con la que conversaba en el Cuartel San Carlos. Tenía un amplio material recopilado acerca de los atentados protagonizados por Bosch y sus seguidores; pero no valía la pena publicar un serial periodístico, como lo estuve valorando bastante tiempo, porque incluso muchos de aquellos hechos habían sido denunciados por algunas publicaciones internacionales. Esperar un poco era lo que aconsejaba la prudencia. Tal y como se estaba presentando la situación, yo tenía la esperanza de que en algún momento me hablaran del sabotaje al avión cubano en Barbados.

No obstante, las confesiones de Orlando Bosch fueron tornándose más crudas y entonces se apodera de mí no solo el interés periodístico que me guio desde el principio, sino mi sentido del deber como venezolana, como ciudadana de un país que había sido saboteado por este criminal, y al que, definitivamente, podía continuar asentándole golpes como con tanto cinismo exponía, para que el gobierno cediera y no lo juzgara.

Tampoco me pude permitir quedarme impasible, con los brazos cruzados, oyendo las burlas de las que era objeto el presidente de mi país y las amenazas que profería Bosch, constantemente, en contra de su persona. Todas estas razones me impulsaron a seguir en mi propósito de averiguarlo todo hasta el final.

En el Cuartel San Carlos se seguían barajando las posibilidades de hacer algo grande para que el gobierno de Venezuela ablandara su posición firme y decidida de llevar hasta las últimas consecuencias las investigaciones en torno a la voladura del avión cubano.

—Lo que pasa —expresaba Bosch— es que ahora le he mandado órdenes a todos mis hombres y compañeros de causa, de que no muevan un dedo. Siempre he tenido por principio dar el golpe y esperar las reacciones... Esto me ha resultado. Pero mis muchachos están furiosos, quieren actuar rápido, solo esperan que yo les diga dónde y cuándo deben hacerlo. ¡Carlos Andrés Pérez no sabe los susticos que le puedo dar todavía!

—Yo creo que mejor es esperar el cambio —opina Lugo— porque si nos atrevemos a hacer algo aquí en Caracas, nos pueden hundir más de lo que estamos.

—¡Qué pesimista tú eres, negro! —le respondía Bosch con tono de incredulidad— En esto hay que ser optimista, sin perder la ecuanimidad. No hace falta hacer las cosas directamente a la persona o en este caso a Pérez..., aunque se puede, déjame decirte. Si se le pone su bombita o se les mete tremendo susto a sus amigos, también podemos hacerlo rabiar. Dime tú, si le pasamos su cuenta a Torrijos o al mexicano este, tan amigo de él, Luis Echeverría.

Explotaba la risa de Bosch, se frotaba las manos y después decía que lo único que le hacía falta era poner un pie en la calle para acabar con “tanto comunista disfrazado de demócrata”.

—Porque si antes tuve algún reparo, ahora estoy más que convencido de que lo que se le atraviesa a nuestra lucha por librar a la humanidad del comunismo, hay que eliminarlo, llevárselo por delante sin ninguna consideración.

—Cuando usted salga de aquí va a tener mucho que hacer, esa es la verdad —dice Freddy Lugo mirando a Bosch.

—Vamos a tener que hacer mucho, negro, eso es así.

Esperanzas con los copeyanos

Aquel domingo el tráfico hacia el litoral guaireño estaba bastante despejado, comprobándose una vez más, que si uno salía temprano para la playa, no se encontraría con la tragedia de pasar varias horas en una cola de carros, como era lo usual.

El día era clarísimo y teníamos la intención de instalar nuestras sombrillas en Macuto, en una playita que estaba nada más salir de la autopista y que, por el momento, no había sido invadida por mucha gente y estaba bastante limpia.

Adriana iba comentando aquel día que a ella le encantaba el mar, pero que el sol no la bronceaba, que adquiriría un color rojo feísimo.

—En Valparaíso hay playas bellísimas —comenta.

—Aquí en Venezuela también —le digo—, lo que sucede es que hemos venido a las que nos queden más cerca, que son las más feas. Pero esta playita no está mal...

—¿Cómo se llama este lugar?

—Yo no sé, pero ya verás que pronto le pondrán su nombre porque viene mucha gente a “pantallear”, esto se debería de llamar “Playa Pantalla”.

Y en realidad, a pesar de la hora, ya había unas cuantas muchachas enfundadas en diminutos bikinis recibiendo los primeros rayos de sol. Embadurnadas de bronceador, estiradas sobre enormes toallas, las bañistas lucían inmóviles, como formando parte de aquel paisaje marino.

—Yo tengo poca paciencia para tomar el sol —comento mientras extendo un poco de aceite protector en mi cara.

—Yo en cambio, como te dije, así lo tome, quedo siempre igual, por lo que no me molesto en quedarme tirada sobre una toalla. Si vengo a la playa es por bañarme en el mar, me fascina, por eso cada vez que ustedes vengan van a tener que cargar conmigo, porque imagínate yo sin carro no puedo venir.

Le digo que no tengo ningún inconveniente en avisarle cuando preparo mis paseos playeros.

—No tienes ni que avisarme, yo te llamo por teléfono todos los sábados por la noche y ya. Lo feliz que se pone Orlando cuando le cuento que hemos estado en la playa, a él no le gusta que salga sino con gente amiga, como ustedes. El pobre quisiera salir de esa cárcel para hacer mil cosas.

—Sí, me imagino que le provocará por ejemplo, darse un baño de mar.

—Ni tanto, ese marido mío es muy práctico en sus asuntos. Él quiere estar afuera para poner a caminar todo lo que ha ideado con sus hombres. Tiene no sé cuántos planes, y todos maravillosos, que serán de repercusión mundial.

—Debe ser muy difícil compartir la vida con un hombre como el doctor.

—No es difícil —dice Adriana con suficiencia—, si la mujer no está de acuerdo con lo que hace su marido, entonces la relación no dura. Pero en mi caso todo está muy claro: yo lo apoyo y lo ayudo en su lucha. Muchas veces, para que tú veas, he tenido que participar en atentados con él o con sus hombres, pero siempre dirigidos por él. No es porque sea mi marido, pero Orlando es un excelente estratega, si tuviera dinero a su alcance, así en cantidad, él planificaría una acción todos los días y te aseguro que serían muchos los comunistas que no existirían.

Como su marido, Adriana Delgado era una apasionada conversadora. Aunque sus temas no eran muy variados, se pasaba el tiempo repitiendo lo que le oía a Bosch. En muchas ocasiones ella me confirmaba los crímenes que él había cometido, con una frialdad tan especial que a mí me impresionaba mucho.

—Es imposible creer que Piñerúa haya perdido las elecciones. Yo te digo, Alicia, aquí se perdieron las esperanzas de que

los comunistas se queden tranquilos. Si no ganó Piñerúa, la cosa es peor, porque dicen que Luis Herrera es medio de izquierda.

—Uno nunca sabe lo que son —le respondo—, pero a ti lo que te debe importar es que no retarden el juicio de tu marido.

—Claro, eso es lo más importante. Ahora estamos a la expectativa con Copei. Posada ha hecho contacto con sus amigos y allegados, y según le han dicho, no solo van a adelantar la salida de todos de la cárcel, sino que además han ofrecido dinero y armas para la lucha futura. Tú sabes que el Andrés Pérez es el único interesado en que Orlando se pudra en la cárcel, es tan bruto que no puede entender que cuando se libra una guerra se hace lo que sea para ganarla.

Sigue Adriana vilipendiando al presidente Pérez y a mí me parece como si estuviera oyendo a Bosch. Por un momento quisiera mandarla a callar porque se vuelve maniática, reiterativa, pero generalmente no la interrumpo porque entre tantas cuestiones, siempre resalta algo nuevo respecto a la vida de su marido terrorista.

—A veces —dice con vehemencia— cuando recibo a alguno de los compañeros de causa de Orlando, los que vienen de afuera, Miami, me provoca proponerles algo en contra del Andrés Pérez, algo que sea muy difícil de descubrir, ¡yo también tengo mis ideas!

Abría todas las latas de pasapalos al mismo tiempo y comía con desespero. Adriana siempre tenía hambre. Según detallaba muchas veces con desdén, ella se la pasaba metida en el supermercado.

—Como vivo en esa pocilga que es el Club, no me queda otra cosa que gastarme mi dinero en ropa o en comida.

—Pero ahorra —le recomendaba.

—Sí, ahora que estamos recibiendo nuevas ayudas pienso abrir una cuenta corriente. Da muy buena imagen que tú saques tu chequera y pagues, eso es regio.

—¿En qué empleas tú todo el día, Adriana?

—No me digas que tú piensas que vivo descansando —exclama abriendo sus saltones ojos negros—. Yo me ocupo de tantas cuestiones de Orlando que él no podría pasarla sin mí. Ahora estoy ayudando en todo lo que tiene que ver con las “Memorias” de mi marido. Bueno, estoy ayudando más que todo a pasar en limpio un cantidad de datos. Claro, esto me lleva un tiempo increíble, y Gustavo López, que es quien está redactando todo el material, me vuelve loca pidiéndome que me apure.

—¡No me digas que el doctor está en plan de escritor!

—Sí, como te dije, lo está ayudando Gustavo, porque mi marido es buen pintor, pero escribiendo le cuesta mucho, tú no ves que él está acostumbrado solamente al lenguaje de los manifiestos y remitidos. Las “Memorias” son otra cosa, deben tener mucho interés para poder vender.

Con su exacerbada ambición, Adriana Delgado explicaba que aspiraba a que ese libro le diera suficiente dinero para vivir tranquila, que ella se merecía su premio por estar al lado de Bosch en estos malos momentos.

—¿Tú te imaginas la cantidad de cubanos que hay regados por ahí que comprarían este libro? —comentaba Adriana. Dice Gustavo que trabajando unos meses más podría estar listo todo. A mi marido lo único que le importa es que pueda publicarse al mismo tiempo que él salga de la cárcel.

—¿Y cuándo crees tú que el doctor quede en libertad?

—Por ahora no hay fecha, pero sí nuevas posibilidades. Estamos esperando, como te dije, a ver qué dispone el nuevo gobierno. Ya, por ejemplo, tenemos indicios de que habrá una atención especial al caso. De las llamadas Comisiones de Enlace, esas que Luis Herrera ha puesto a trabajar para que le informen de la situación en la que están los ministerios e institutos del país, han habido contactos. Una de esas comisiones,

la del Ministerio de Justicia, visitó a Luis Posada, según me dijo Nieves. Ahí habló con él un tal “Gordo” Palazzi.

—Pero les concretaron algo...

—No sé, pero se habló de la inminente posibilidad de adelantar el juicio, y eso, como piensa Nieves, ya es bastante, porque hasta ahora lo que se había hablado era que pasarían la vida encerrados.

Adriana Delgado hace una pausa y hace un comentario distinto:

—Por cierto, Nieves está loca por venir a la playa. Como yo le he hablado tanto de estos paseos se entusiasmó. ¿Tú crees que hay problema si cualquier domingo que vengamos ella se agregue a nosotros?

—No, Adriana, si ella quiere venir, ¿por qué va a haber inconveniente?

—Es que tú sabes, tiene dos hijos y se aburre tanto de ir a tomar helado o al cine a ver peliculitas del oeste, que desea variar un poco. Además, Nieves es muy entretenida, habla como loca, echa cada cuento... ¡Yo me río mucho con sus comentarios! Pero también otras veces está medio majadera y le da por meterse en la vida privada de uno. Yo no la contradigo cuando se pone como una cotorra a decirme cómo debo educar a mi hija, qué debo hacer para ahorrar dinero... Eso sí, cuando se pasa, la paro, porque si no se pone insoportable, como si fuera una autoridad a quien se le debe obedecer.

De Nieves de Posada habló hasta la saciedad. Para Adriana esta era su amiga más cercana. Ambas se comunicaban mucho por teléfono, se visitaban y compartían muchas cosas.

—A Nieves le encantaría este restaurante —se refería al Neptuno, un establecimiento especializado en pizzas y mariscos, ubicado en Caraballeda, donde almorzamos aquel domingo.

La pelea por las colectas

Hacía poco tiempo que Orlando Bosch y Freddy Lugo disfrutaban de nuevas y amplias celdas individuales, pero unidas por un angosto corredor, que además de tener una excelente vista hacia el majestuoso cerro Ávila, tenía en un extremo la cocina, con su fregadero y nevera, y en el otro un baño bastante cómodo.

El sector donde están ubicadas estas celdas en el Cuartel San Carlos se conoce como La Pajarera, porque tiene las características de una jaula. Se puede mirar a través de los barrotes al exterior, pues están combinados los tubos con unos muros poco altos. Vecinos, que incluso se podían comunicar a través de la pared del baño, estaban Luis Posada Carriles y Hernán Ricardo, en celdas similares.

La cercanía había permitido que, inicialmente, mejoraran las relaciones entre los cuatro presos y compañeros de juicio. Freddy Lugo estaba sumamente contento porque volvió a establecer su amistad con Hernán Ricardo. Bosch, aunque no mantenía una estrecha relación con Ricardo, había accedido a tratarlo por sugerencia de Posada, quien a la vez tenía amistad con todos.

Un sábado se presentó a visitar a Freddy Lugo y, por supuesto, a Bosch, y me encuentro con la noticia de que el doctor no está. Se me ocurrió rápidamente que lo habían llevado al tribunal o al hospital. Pero luego, al ver la expresión del rostro de Lugo, un tanto sombría, comprendo que algo ha sucedido entre ellos.

—Ya el doctor no está aquí, ni quiero verlo más nunca cerca de mí —dice Lugo resentido.

—Pero, ¿qué pasó, se pelearon?

—Esto es largo de contar, Llanera, además es delicado. Te digo, a ese tipo no lo perdono y algún día me las va a pagar

todas juntas. Tú no tienes idea de lo que son esa gente, porque la chilena maldita esa también tiene la culpa; si no fuera por ella, Bosch no tendría por qué ser ladrón... Aunque tú no lo creas, a eso ha llegado.

—¿Pero, qué fue lo que te quitó que estás tan bravo?

—Esto no es nuevo. Hace unos meses él viene culebreando. Unos días reclama porque no había agua fría en la nevera, otro día le molestaba el televisor. Y como yo también soy de carne y hueso, también empecé a reclamarle sus cochinas; dejaba el baño en un estado desastroso, no barría ni pasaba el coleteo; todo tenía que hacerlo yo. ¿Qué vaina es esa? Te digo, que a mí no me importaba que él no se aseara o tuviera la cama sucia y revuelta; eso era su problema, pero los lugares que eran para los dos, la cocina y el baño, nos tocaba mantenerlos limpios a cada quien —se levanta de su asiento y fuma con movimientos rápidos—: Yo sabía que esto iba a terminar mal, yo no podía calarme esa melodía. En varias ocasiones se lo había advertido.

—Pero nunca habías tenido una discusión seria con él.

—Sería, sería, no. Sin embargo, yo veía venir algo. Desde que empecé a hablarme con Hernán, “el monstruo” se puso a criticarme, a darme consejos, a meterse de entrépito, pues.

—Se ve que estás bravo, porque le has llamado monstruo a quien, hasta hace poco, era tu amigo.

Freddy sonrío y exclama:

—¡Ah, pero es que no te lo he dicho! Aquí en el Cuartel, los oficiales amigos míos me han dicho que ellos y todos los custodios llaman a Bosch “el monstruo”.

—¿Y por qué ese sobrenombre tan desagradable?

Con sorna, Freddy Lugo se explica:

—Yo no sé, pero para mí que no le podían poner otro nombre mejor, porque angelito no es.

Hace un alto y tomando una silla me dice que lo siga para el corredor que va a calentar café.

—Siéntate aquí —y me brinda la silla— yo te voy a servir un “negrito” que me quedó bien doble.

Mientras manipulaba en la cocina, comentaba que ahora le sobraba el tiempo para hacer hasta su comida. Que ya no estaba atenido a lo que le llevaba su familia.

—Es que nadie está de mirón aquí, vigilándome a cada paso. Yo me levanto temprano y veo para afuera, si está el teniente cerca, lo llamo para que venga a desayunar conmigo, es pana mío y me tiene bien informado de todas las barbaridades que dice “el monstruo”.

—Por lo que veo, te acostumbraste a llamarle monstruo...

—Eso es lo que es, Alicia. ¿Cómo vas a creer que un amigo va a buscar a tal extremo de pedir plata a nombre tuyo y, lo que es más arrecho, se la va a embolsillar toda?... Se salvó de que no era Hernán el que estuviera aquí viviendo con él, porque ese sí le cae arriba, lo que pasa es que a mí no me interesa meterme en líos y lo dejé así.

—Pero, cuenta bien, ¿a quién le pidió dinero?

—Mira, resulta que él tiene un amigo, otro bandido como él, llamado Becerra Valdés. Este es un cubano que vive en New Jersey y tiene un periodicucho especialmente para levantar billetes y también para publicar vainas en contra de Fidel. En ese periódico, Bosch le mandó a poner una nota, aunque él lo niegue, en la cual pedía al exilio plata para sufragar los gastos del juicio. Todo eso, a nombre de nosotros cuatro. De esto, él no había dicho nada, ni siquiera a Posada que es el más pana de él. Pero a Hernán le trajeron la noticia y me lo dijo a mí.

—Entonces le reclamaste...

—No, primero fue Hernán el que lo apabulló y le dijo cuanto se merece por abusador. Bosch le salió con la paja de que él no tenía nada que ver con eso, que él era un patriota que estaba por encima de esas cosas; en fin, le salió con todas esas palabritas que él usa para impresionar. Pero Hernán se la dejó

bien clara y le dijo que se cuidara porque él le podía echar una buena vaina.

Freddy respira profundo, como tomando aliento para seguir:

—Yo también me le enfrenté. Le pedí una explicación de todo este abuso. Te digo que no lo hice con grosería, pero él empezó a ofenderme y entonces le saqué sus trapos sucios... No me iba a quedar callado. Los ánimos se fueron alterando y la discusión se puso muy seria; Bosch sacó un martillo y amenazó con ponérmelo en la cabeza. Yo, como pude, retrocedí y agarré un cuchillo de la cocina —hace una pausa y señala—, ese mismo que está ahí sobre la nevera.

—Por poco hay una desgracia...

—Pero espérate para contarte —explica Lugo—. Parece que la vaina se oía afuera, porque se metió aquí un mayor que pasaba cerca y arregló todo.

Le digo a Freddy que me asombra su anécdota, porque hasta hace poco él y Bosch se veían tan amigos que parecía imposible una ruptura de este estilo.

—Sí, Llanera, pero él se volteó. Tú sabes lo que pasa, es que esa mujer que él tiene es muy agallúa, todo lo quiere para ella. Yo tengo entendido que ella lo está presionando para que pida más billetes al exilio... ¡Le parece poco todo lo que le dan! Y seguro que esos reales que recolectó Becerra fueron a parar a sus manos.

—¿Y cuánto dinero era?

—Era bastante, no lo sé exactamente, pero hay un antecedente; yo supe que ella se metió cinco mil dólares que habían mandado del exterior para los cuatro.

—¿Estás seguro de eso, Freddy?

—Sí, vale, Hernán Ricardo y yo lo supimos de muy buena fuente; es más, con este problema de ahora, nosotros pensamos acusar a Bosch ante el exilio. Estamos preparando un remitido firmado por Hernán, Posada y yo, para publicarlo en el periódico *Miami Herald*, que es muy leído en Miami.

—La pelea entonces es en serio...

—Sí, Bosch no sabe con quién se metió. Desde ahora no voy a descansar hasta verlo bien mal. Yo soy capaz hasta de entregárselo a los cubanos comunistas de la Embajada de aquí. Hernán también está de acuerdo en eso de acusarlo y entregarlo, para que le den lo suyo, al muy ladrón.

Se notaba que Freddy Lugo estaba verdaderamente contrariado. Y es que le dolía mucho cuando sabía que le llegaban contribuciones a los demás y a él no.

—Y lo que es la chilena esa, que se cuide también, porque va a tener que salir de este país como corcho de limoná'. Esa es una bicha, se la juega a Bosch con un militar, lo que pasa es que a uno no le gusta meterse en esos líos de mujeres.

Durante todo el tiempo que estuve con Freddy Lugo, en aquella ocasión, no hizo más que hablar con amargura de su violenta ruptura con Orlando Bosch.

Almuerzo a la criolla

Después de una mañana playera habíamos resuelto regresar a Caracas temprano; todos teníamos deseos de quedarnos en casa el resto del día. No obstante, en este propósito tuvimos poca suerte con el tránsito, la autopista estaba literalmente paralizada y hacía un calor sofocante.

El comentario dentro del carro que conducía mi novio era que no llegaríamos nunca. La única que iba bien, era la hija de Adriana que dormía plácidamente, después de pasar una mañana de juegos interminables en la playa.

—Menos mal que a mí lo que me sobra es paciencia. — comenta Adriana— ¿Si yo no tuviera paciencia, ustedes creen que estría tan confiada ahora, de que Orlando va a solucionar su situación? Desde que ganaron los copeyanos hemos tenido mensajes por diferentes canales. Todo indica que la salida de

los cuatro es un hecho, pues Luis afirmó que sus amigos le han confiado que hay interés en las altas jerarquías por sacarlo y con él, por supuesto, saldrán Orlando y los otros.

—Sí, Adriana —le digo—, siempre te estoy oyendo hablar del asunto y no dices qué personas están ocupándose de que el juicio se encamine rápido, por eso me luce que les ofrecen ayuda sin mucho compromiso.

—Como te he dicho, Luis Posada es el hombre por el cual se interesan los copeyanos, él trabajó en la Disip cuando gobernó Copei.

—Sí, cuando la presidencia de Rafael Caldera —la interrumpo.

—Bueno, cuando eso, y ahora lo buscan, lo necesitan. Él fue un importante funcionario, Nieves dice que con un puesto alto debido a que tiene estudios muy buenos que hizo en los Estados Unidos. Ella me ha dicho que él era un hombre de confianza de los americanos, que era de la CIA y que estuvo de jefe de muchas operaciones.

Seguimos avanzando lentamente hacia la ciudad que ya muestra su contrastante arquitectura; altos edificios y miserables ranchos. Miro por la ventanilla el panorama mientras pienso: “¿qué tiene que hacer en la Disip un individuo que trabajó en la CIA? ¡Esto es increíble!”

—¿Por qué no vamos a comer juntos? —propone Adriana— Vamos a comer comida criolla a ese lugar de Sabana Grande donde estuvimos el otro día...

—A Jaime Vivas —digo saliendo de mis reflexiones.

—Sí, yo invito —se adelanta.

Le bromeamos por su rápida invitación, diciéndole que tal parece que se sacó un cuadro de 5 y 6 en las carreras de caballos.

—Es que la situación ha mejorado notablemente. Ustedes saben que yo nunca he estado sin dinero, pero ahora más, desde que el Andrés Pérez no gobierna. Además, si tengo dinero, ¿por qué no lo voy a gastar en darme mis gustos? —toma

aire y sigue—: Ya no me importa que la gente critique, ¡y mucho menos en este momento que mi marido está casi en la calle! Yo sé que Hernán Ricardo y el mismo Lugo andan hablando mal de mí, tú sabes, boberías inventadas por ellos. Pero yo no les hago caso, tengo que ocupar mi puesto, no rebajarme a discutir con ellos, porque después de todo yo soy la esposa del líder más importante del destierro cubano y voy a llegar a ser primera dama de Cuba.

Ella también tiene sus planes de grandeza al igual que Bosch. Muchas veces había insinuado sus aspiraciones de llegar a ser alguien importante, pero no había definido exactamente qué le gustaría; cuando dijo lo de primera dama, no lo podía creer.

Volviendo a andar sobre la molestia que le causaban los comentarios que de ella se hacían, Adriana Delgado se ponía tensa, habría mucho los ojos y subía su voz un tanto chillona:

—Es que ya estoy cansada de que anden metiéndose en todo lo que yo hago. Yo en cambio no me fijo siquiera en lo que hace el demente de Hernán, y mucho menos el negro bruto ese. Ahora la han tomado con el tema del carro. Se han enterado, y casi estoy segura que por boca de Nieves que no pierde la costumbre de hablar tanto; de que me voy a comprar un carrito. Eso lo han aprovechado para acusarme de que voy a emplear un dinero que recibió Orlando del exterior para los cuatro... Tú sabes, el mismo dinero de la pelea con Lugo.

Le digo a Adriana que lo peor que puede hacer es darle importancia a cuanto digan de ella, que es muy común que la gente haga comentarios y más en la situación en que ellos están.

—Sí, pero lo que dicen es muy grave y yo no los voy a aguantar —responde mientras el automóvil se detiene en un estacionamiento donde no cabe un carro más y se observa a la única persona que lo atiende corriendo de un lado a otro, colocando los tiques en cada parabrisas.

—Lo que tienes que hacer es comprar tu carro y salir a manejar rápidamente —le dice Raimundo, quien atendía la conversación en silencio.

—Eso es lo que voy a hacer, de verdad, eso va a ser esta misma semana. ¿Por qué no? Yo merezco tener mi carro, bastantes riesgos he corrido. Y si te pones a mirar, a mi marido que es un líder, un hombre con grandes proyecciones, le hace falta tener un medio para movilizarse nada más salga de la cárcel.

Caminando por las aceras de Sabana Grande vemos, de paso, las vidrieras que exhiben carísimos trajes de firma que solo podrán ponerse las mujeres ricas, porque definitivamente ni una profesional normal y corriente puede comprarse un traje de fiesta de tres mil o cinco mil bolívares, por más firmado que sea.

—¡Oyeee! —exclama Adriana arrastrando la e como de costumbre— ¡Qué bellezas de trajes! —Y atravesando una calle, poco antes de llegar al restaurante Jaime Vivas, la chilena mujer de Bosch nos llama la atención:

—Miren qué hueco tan grande —y señala hacia la vía que estaba bastante rota debido a los trabajos de construcción de una estación del Metro de Caracas—. Me acuerdo de un hueco igualito que dejó una bomba que pusimos en el consulado cubano en Ciudad México, en el Paseo La Reforma. Aquello fue un escándalo —agrega jubilosa— figúrate, voló todo por el aire, y creo que fueron como cinco establecimientos los que se destruyeron esa vez.

Adriana Delgado me agarra desprevenida con su sorpresiva comparación. Ha dicho todo con una tranquilidad pasmosa, como un hecho normal. Siguiéndole sus ideas le pregunté si no le había dado miedo poner un artefacto explosivo tan potente. Ella, como si fuera una experta, hace un gesto de desprecio y explica.

—En realidad, esa bomba no la puse con mis manos. Orlando y yo, y los demás hombres, actuamos juntos, cuidando cada quien un detalle. Pero, además, ¿cómo voy a permitirme miedos si mi marido me ha llevado a cosas más importantes donde hay que tener mucho coraje? Déjeme decirte, lo que se hizo en Buenos Aires y algunas de las operaciones de México, yo me lo sabía de memoria de tanto andar y oír a Orlando que era, por supuesto, quien implementaba todo y a veces actuaba directamente.

Llegamos al restaurante y estaba repleto. Muchas personas esperaban mesa. Nosotros nos ubicamos por ahí, hasta que el mesonero nos llamó. En Jaime Vivas se comen muy bien platos de la cocina criolla y, como se trata de un local con mucha tradición, muchas veces uno se puede tropezar con cualquier político importante de la vieja guardia que acude allí como fiel cliente.

Daba apetito solo oler lo que comían los demás. Nuestra mesa se vio llena con platos de bistec encebollado, caraoatas refritas, tajadas de plátanos maduros y las humeantes arepas para acompañar con nata de Carora.

—Y te voy a invitar esta semana a un restaurante chino que es una maravilla —dice Adriana, mientras Raimundo le pregunta si él también está invitado—. No, en serio, es que quiero hablar con Alicia y aquí hay mucho ruido y no se puede. Son cosas de mujeres, pero además, yo quiero que ella me cuente lo de la próxima boda de ustedes y lo del apartamento, porque yo quiero ser la primera candidata en la lista; me encantaría quedarme con él, porque aparte de todo, ¿quién mejor que yo para cuidártelo si soy tu amiga?

Le digo a Adriana que para llegar a un acuerdo acerca del alquiler de mi apartamento de Los Cedros, no hace falta que me invite a un restaurante chino. Le explico que solo debe tomar una decisión pronto, porque aunque nosotros no tenemos

fecha fija para viajar a Miami, donde nos casaremos, eso va a ser de un momento a otro.

—Sí, tienes razón. Voy a hablar con Orlando definitivamente para la cuestión del dinero que me pides como depósito. También tengo que comprarme unos muebles y todo lo que lleva una casa... ¡Estoy muy entusiasmada!

—Por los momentos no te apures tanto, yo te aviso. Tú no tienes nada que mudar, solo la ropa, así que la que debe de preocuparse soy yo, que tengo tantísimas cosas. Mientras, búscate el dinero o una buena fianza comercial, porque a mí me gustan los negocios claros.

Raimundo interviene y dice en broma que con esa rectitud con la cual me expreso, me va a nombrar administradora de sus negocios. Adriana para no quedarse atrás le dice que ella también es muy correcta en ese aspecto y que ese empleo debería ofrecérselo a ella.

—No, volviendo a lo de mi mudanza, yo no soporto más vivir en el Club. Con la llegada de los cubanos de la isla está hecho una porquería. Yo les conté a ustedes que habían albergado ahí como ochenta tipos, familias enteras con niños y demás. Se puso el ambiente malísimo, hay desorden por todas partes y hasta malos olores...

—Claro, están hacinados ahí —ataja Raimundo.

—No te creas, a ellos se les acondicionó el lugar, se les pusieron literas para que durmieran cómodos y se les indicó cómo deberían usar los baños para que no hubiera problemas de congestión. Pero es que son gente mal educada, chusma... El Club es un desastre, yo no puedo ni salir del cuarto porque me caen encima para preguntarme boberías.

—Deben estar deseosos de saber cómo es la vida aquí y nadie mejor que tú, que eres la esposa de Bosch, para atenderlos —le digo.

—Justo por eso es que se me acercan a ver qué beneficios consiguen conmigo. No soporto a esa chusma, y no lo digo por mal, sino porque son todos unos negritos descarados, ya he sorprendido a varios tratando de ver para dentro de mi habitación a través de la ventana... Son una clase de gente vulgar, quién sabe qué eran allá y uno tiene que tratarlos aquí como exiliados.

Bajo los toldos de colores

No había una persona más en aquel popular balneario de Macuto, donde habíamos ido después de pasar por nuestra “Playa Pantalla”, la cual estaba muy concurrida.

Además de Adriana y su hija, se habían unido al grupo Nieves de Posada, doña Luz Marina, su madre, y sus dos hijos de ocho y trece años, respectivamente.

—Mamá debe estar asombrada —comenta Nieves— porque en Cuba no se puede andar libremente por la playa, eso solo lo pueden hacer los comunistas. De tantas cosas que ha visto mamá desde que llegó, está aturdida la pobre.

En efecto, la madre de Nieves de Posada tenía pocos meses de haber salido de Cuba y, aunque había llegado a casa de otra hija en California, se pasaba esos días en Caracas.

—Esto aquí está muy bonito —decía la anciana—, pero no hay como el país de uno, esa es la verdad. Son muchos recuerdos, amistades y hasta familiares muy queridos que uno deja... Yo extraño mucho.

—No digas boberías, mamá —le critica Nieves—, en ese país no se puede vivir, no hay ni qué comer, tú de milagro no saliste a pedir limosna, porque con esa pensión que te daban no te alcanzaba ni para ir a la peluquería.

De inmediato, Nieves desata el pañuelo que cubre la cabeza de su mamá:

—¡Mira, Alicia, como ella tiene su pelo ahora! ¡Le quedó precioso el color, fíjate que es como gris azulado!

La anciana un poco contrariada por la forma atropellada como Nieves la ha tratado, protesta:

—¡Ya está bueno, Nievalina, deja eso por Dios!

Completamente ausentes de los mayores, los pequeños ya estaban metidos en el mar. El ambiente se había puesto muy alegre, había mucha gente joven correteando de un lugar a otro jugando Paleta, y algunos, sobre todo las muchachas, expuestas al sol que estaba resplandeciente.

Tomando refrescos y conversando generalidades nos quedamos bajo los toldos un buen rato. De repente, Adriana Delgado trajo el tema del juicio, insistiéndole a Nieves que le contara las últimas informaciones que tuviera al respecto.

—Chica, yo sé lo mismo que tú. —le atajó Nieves del mal talante— ¿Tú como que crees que yo estoy en todas las reuniones donde se habla del futuro de nuestros maridos?

—No es eso, Nieves, pero yo sé que tienes más comunicación con los amigos de Luis que están en el poder y siempre te dejan mensajes. Además, tú me dijiste por teléfono que las cosas estaban andando muy bien, ¿qué quisiste decir con eso?

—Eso, que están andando muy bien. Remberto me ha dicho que tenemos que esperar un poquito solamente, que este caso va a salir más rápidamente de lo que nos imaginamos nosotros.

Adriana pone cara de circunstancia y dice que le gustaría tener ese optimismo.

—Pues, mira, Luis me dice que sí hay gente influyente que está trabajando para sacarlos de allí, lo mejor es esperar tranquilos —hace una pausa—. Es que yo también me pongo majadera preguntándole de todo.

—Y eso que yo te lo digo —agrega Adriana—. Tú debes ser más prudente, menos insistente con tu marido, porque si no te va a mandar a freír espárragos.

—¡Adriana, qué sabes tú nada de nada! — Nieves sube el tono y casi grita— Si no es por mi preguntadera no tendrías ninguna noticia, pues los amigos que saben son de Luis, no de Bosch.

Interrumpo para suavizar la conversación que se está tornando agria. Abro unas latas de cerveza fría y le doy a cada quien. Comento lo buena que está la playa y lo pintoresco que lucen la cantidad de toldos de colores, debajo de los cuales muchos bañistas se escapan del sol.

—Sí, pero si no llegamos temprano no hubiéramos conseguido un lugar bajo los toldos, y mucho menos sillitas de extensión —argumenta Adriana.

—Es que somos un batallón de gente —comenta Nieves ahora más calmada y dedicada a extenderse el bronceador por las piernas—. Quisiera coger un colorcito, estoy demasiado blanca. Cuando le cuente a Luis que estuve en el mar, me va a salir con que eso es lo mejor que hay para los nervios. Pero imagínate, Alicia —continúa Nieves, ahora mirándome directamente con sus ojos azules—, ¿cómo no voy a sentirme inquieta, nerviosa, si en todos estos días no se ha hablado de otra cosa que de la libertad de ellos?

—Esos son los amigos cubanos quienes andan regando eso —afirma Adriana—. Yo sé que hay muchas esperanzas, pero todavía no se ha solucionado nada.

—Adriana se va a llevar una tremenda sorpresa —dice Nieves en tono de advertencia—. Mi marido es un hombre muy reservado, pero a mí me lo dice todo. Siendo un gran especialista y habiendo hecho un tronco de trabajo en la Disip en la época de Caldera, ¿tú crees que lo van a dejar encerrado ahí? ¡No seas boba, mujer!

Nieves y Adriana pocas veces conversan sin entrar en discusión, sobre todo cuando del caso de sus respectivos esposos se trata. Había una especie de competencia entre ellas acerca

de quién sabía más de todo lo que rodeaba a los presos y al juicio, en concreto.

—Adriana, tú tienes que saber que Luis no es ningún loco para estar haciéndose ilusiones falsas.

—Tú siempre estás poniendo a tu marido como si fuera alguien fuera de serie, siempre estás sacando que si es un especialista, que si tiene amigos en el poder, que si recibió instrucción en los Estados Unidos.

—¿Y no es verdad? —Nieves de Posada hace una pausa y se dirige a mí—: Mira, Alicia, yo siempre he pensado que cuando una persona está bien preparada vale mucho. Mi marido estuvo unos años en los Estados Unidos y aprovechó muy bien para formarse: le dieron oportunidad en la CIA y él la supo aprovechar. Luis es inteligentísimo y está considerado como un experto en espionaje y en la lucha contra el comunismo.

—Y con todo eso no pudo impedir que lo agarraran preso —acota Adriana con sarcasmo.

Roja y con las venas del cuello tensas, a flor de piel, Nieves se le encima:

—Tú mejor que nadie sabes que quien los encerró fue el gobierno. También sabes que tu marido tiene mucho que ver con todo esto —hace un alto y cambia, como si hubiera dicho algo indebido—: Las cosas han variado, Adriana, no va a ser muy fácil que se le impongan treinta años de prisión a mi marido, porque para eso nos sobran amigos y hasta compadres en el nuevo gobierno. Hay que aprovechar todo cuanto ofrecen los copeyanos, así que ya tú sabes, no te pongas a estar diciendo boberías sin saber.

En muchas ocasiones tuve que ser testigo de los enfrentamientos de estas dos mujeres, en medio de los cuales revelaban hechos terribles o repetían lo que ya había oído a Bosch. Eran agresivas una con otra, pero siempre terminaban como amigas.

VII

Siguen los privilegios: la Disip paga

Al entrar aquel día a la celda de Bosch noto de inmediato que hay algo nuevo y, por demás, curioso. En la pared del fondo ha puesto una cuerda de lado a lado, de la cual penden artículos de prensa, sobres, cartas y manuscritos; todo sostenido con pinzas de tender ropa o de las cromadas que se usan en las oficinas.

Le manifiesto mi sorpresa por la originalidad y él me dice que esa es una manera de tener presentes todos los documentos que debe incluir en su libro de “Memorias”, que está empeñado en terminar.

—Trabajo más tranquilo porque estoy solo aquí. Aunque el negro Lugo no es una persona que moleste tanto, yo me siento de lo más bien sin su compañía.

Bosch quita de la cuerda un papel y me lo muestra. Se trata de un pequeño folleto de propaganda que tiene como antetítulo “La guerra por los caminos del mundo” y en el que aparece silueteado el rostro del terrorista luciendo unos bigotes que le hacen ver más gruesos sus labios. Me dice que es un ensayo que él escribió y que desea que yo lea y le dé mi opinión.

—No hace falta que me des una respuesta rápida, quiero que te leas todo con mucha calma y me des tus conclusiones. Me interesa saber cómo está el mensaje, si llega profundamente,

porque resulta que pienso escribir unos cuantos por ese estilo, ahora que me sobra tiempo.

—Sí, cuando uno está solo el tiempo se estira un poco y se pueden hacer muchas cosas.

—Y también la comodidad, Alicia —dice Bosch, quien está de espaldas reordenando los papeles en la cuerda—. Tú sabes que esta celda es especial, aquí, me han dicho varias personas, estuvo preso tu jefe Capriles y creo que también el dictador Pérez Jiménez. Cuando a mí me trasladaron para acá, me gustó mucho, aunque aquella que tenía al lado de Lugo era nueva, excelente, pero cuando me sacaron de ahí no me asignaron cualquier pieza, escogieron esta y yo creo que me mejoraron.

La celda es espaciosa. En ella tiene su cama, una nevera mediana color marrón oscuro, cocina, aparato de televisión, una mesa tipo pantry con sus cuatro sillas, una cómoda mecedora y dos archivos metálicos donde guarda sus pertenencias. Anexo, hay un amplio baño solo para su uso, el cual tiene repisas de madera en una pared para colocar los implementos de aseo personal.

—Esta gente que está ahora en el Cuartel es más consciente para tratar al preso, parece que se han dado cuenta de la calidad de luchadores que somos nosotros y nos tienen de lo mejor.

Llega Adriana acalorada y cargada de paquetes, protestando por la lentitud con la que estaban revisando en la entrada. De inmediato celebra que yo estuviera ahí porque traía en mente hablar con Bosch para definir el alquiler de mi apartamento que yo estaba a punto de dejar porque me casaría en esos días y me mudaría a otro lugar.

—Ya yo tengo tu regalo de bodas, Alicia —dice Bosch movilizándose hacia uno de los armarios de donde extrae una tela—. Mira qué paisaje, ¿te gusta?, lo mandaré a montar y todo, Adriana te lo entregará.

Se lo agradecí por educación. El obsequio es de lo más inoportuno, puesto que solo pensar en colocar en la pared de mi casa la pintura hecha por este asesino me daba rabia. Y pensar que tuve que poner no uno, sino varios cuadros de Bosch en las paredes, mientras duró el proceso de acopio de datos que me llevaron a la verdad.

Adriana insiste en que está muy interesada en mudarse pronto y le pide a su marido que le haga unas cuantas pinturas para ella decorar, que aproveche la soledad en que vive para entretenerse.

—Parece mentira —comenta Bosch—, pero el hecho de vivir con más comodidad y de tener buenos amigos en el gobierno dispuestos a ayudarme, me da entusiasmo para hacer de todo, estoy rindiendo cantidad en los asuntos del futuro que tenía pendientes.

—El Andrés Pérez no se podría haber imaginado esto —apunta Adriana con tono de burla—, al fin y al cabo tenía que llegar alguien que respetara y reconociera quién era Orlando Bosch.

—No tanto como eso —interviene Bosch con su falsa modestia—, pero Carlos Andrés ya debía haber aprendido la lección y, sin embargo, no es así. He sabido que su gente sigue influenciando en algunas áreas del país.

—Espero que en los tribunales militares no —remata Adriana.

—Yo lo que sé es que los espalderos de él me buscarán para liquidarme nada más quede libre, pero me les voy a adelantar... ¡Primero acabo yo con Carlos Andrés que ellos conmigo!

Adriana, que ya ha descargado los paquetes y guardado en la nevera los alimentos que trajo, le entrega a Bosch una bolsita plástica con cartas y comienza a darle recados diversos.

—Recibí noticias de Néstor López desde Miami, dice que necesita verte urgentemente, que ha hecho miles de gestiones

y no le es posible conseguir visa, que hagas las diligencias por aquí porque él ha pasado más de una semana en el asunto y nada.

—Deja ver con quién se la conseguimos, ese no es problema hoy en día.

—¿Hablaste con Salvador Romaní? Acuérdate que él nos consiguió todo cuando vinieron tus hermanos. Él dijo que tenía el contacto exacto para resolver estas cuestiones de visas.

Bosch apremiaba a su mujer y le preguntaba si había otros mensajes importantes puesto que quería ponerse a cocinar.

—Apura, mujer, mira que tengo que montar el hervido para invitar a Alicia, y mirando hacia mí me pregunta: ¿o te vas a comer con tu novio cubano?

—No, me quedaré con ustedes para ver cómo sale ese hervido hoy.

Adriana recordó algo y hace que Bosch, quien se aprestaba a iniciar los preparativos para limpiar las verduras, se vuelva a donde ella está:

—Me encontré con Víctor Vázquez —le cuenta con euforia— y dice que estuvo en Cuba con una delegación que fue a arreglar lo de unas visitas que harán funcionarios venezolanos a la isla. Comentó que vio a Fidel y que no es el mismo de hace unos años atrás, que se ve envejecido, como enfermo.

—¿Enfermo? Ese gallo no se enferma con nada... eso quiéramos muchos, pero él ha sido siempre un hombre muy fuerte —hace una pausa y me pregunta—: ¿Tú has visto a Fidel alguna vez, Alicia?

—No, lo conozco solo por las fotos que salen en la prensa.

—Oye —sube la voz Adriana para que la atiendan—, también me dijo Víctor que el embajador Delgado era un tremendo comunista, que en lugar de proteger a los cubanos que se metían en la Embajada de Venezuela, se los entregaba a los milicianos.

—Eso no puede ser verdad, ¿tú crees que él está solo, haciendo lo que da la gana?, que va. Allá seguramente, tenía unos cuantos Disip que informan a Remberto Uzcátegui, que ese sí es un anticomunista a toda prueba. Yo estoy convencido de que Uzcátegui no le iba a permitir semejantes manejos al embajador Delgado.

—Te cuento lo que me dijo Víctor Vázquez a mí...

—Entonces, ¿eso es todo?

—¡Mira cómo me trata él, como si fuera su secretaria!

—Pero tú misma dices que lo eres, mujer.

—La verdad que sí. Bueno, también te tengo que dar la buena noticia de que Manolo Pérez me consiguió el revólver. Es un modelo que nunca había visto y Manolo me estuvo explicando bien cómo funciona.

—Ten cuidado y ponle atención a todo lo que él te diga. Una mujer en tus circunstancias tiene que estar armada. Yo te estaba buscando una buena arma por otro lado, con un amigo de la Disip, pero ya que te la consiguió Manolo, mucho mejor. Así que ya tengo quien me defienda cuando salga de aquí.

—No seas bobo, tú no necesitas de mí. Según dijo Luis, van a tener escolta, la Disip prometió, por lo menos, dos hombres para que cuiden a cada uno de ustedes.

—Sí, menos de dos hombres no puede ser. Confío en ese ofrecimiento, hasta ahora la Disip ha sido muy seria y nos ayuda con rapidez. Mira cómo ha cambiado nuestra vida aquí adentro. Antes estábamos en un hueco y no nos permitían recibir visitas otros días que no fueran miércoles y sábado, ahora es distinto.

—Bueno, fíjate que yo el domingo me acerqué por aquí y solo hablé un ratito con el coronel y me dejó pasar a verte. Me imagino que ellos, todos los militares aquí, saben que ustedes están a punto de salir... Todo el mundo habla de que a más tardar en tres meses ustedes estarán libres.

O sea, que todo lo que venía oyendo de parte de Nieves, acerca de la ayuda del nuevo gobierno, se estaba gestando poco a poco. Ya se hablaba de fecha aproximada de salida de los presos inculpados en la voladura del avión cubano.

Orlando Bosch le dice a Adriana que no olvide, para la próxima vez, las pastillas para dormir, que él las necesita mucho:

—Ya tú sabes, descoses el forro de la cartera y las metes ahí, y como casi no te registran, no hay problema.

—Vas a empezar otra vez con ese vicio.

—Vieja, es que estoy durmiendo muy mal; me desvelo mucho y tengo los nervios de punta. Todo este asunto de la salida me tiene preocupado, no sé exactamente por dónde empezar. Una de las condiciones que seguramente nos pondrá el gobierno es salir del país. ¿Qué tú crees, Alicia?

—Quizás no les pidan tal cosa y usted pueda quedarse a vivir con su familia aquí.

—A mí me gustaría quedarme en Caracas, este es un buen lugar para dirigir mi lucha, y ahora que Adriana se va a quedar con tu apartamento, pues mejor, hasta casa tengo. Pero pienso, y me parece, que no permitirán que me quede, vamos a ver.

Salta Adriana y le dice que parece que él lo que quiere es irse por su lado y que se olvida del mensaje del presidente. Yo le pregunto a Bosch si es que Luis Herrera Campins le ha escrito y responde jocoso:

—Que me va a escribir nada. Lo que pasa es que a través de amigos de Posada, el doctor Herrera Campins nos hizo saber que estaba en la mejor disposición para que nuestro caso se arreglara pronto y quedáramos en libertad plena. Pero también nos advertía que deberíamos abstenernos de dar declaraciones a la prensa y de publicar remitidos.

Después del almuerzo me quedé un poco más. Al despedirme, Bosch me acompañó hasta la reja:

—Entonces, como ustedes van a Miami, voy a mandar con Adriana varias cositas para que me las entreguen allá. Se los voy a agradecer mucho, y le dices a Raimundo que las direcciones no son difíciles: una es en casa de mi hermana Adelfa, que ya él sabe porque ha ido otras veces.

—Sí, está bien, doctor.

Un beso de despedida de Orlando Bosch y el acostumbrado “no dejes de venir”, me acompañaban todavía en mi recorrido por la Cota Mil, vía hacia mi casa, pensando lo hábil que era Orlando Bosch para usarnos también como sus mensajeros a Miami, circunstancia que aceptamos desde un principio, porque nos podía enriquecer nuestro conocimiento acerca de sus intenciones criminales.

Los sueldos de la Disip

Desde que asumió el poder el gobierno copeyano, los inculcados en la voladura del avión cubano no hacían otra cosa que hablar de su próxima excarcelación y de todos los cambios favorables que habían logrado dentro del penal, tanto en las comunicaciones con el exterior, como en el régimen de vida y de visitas.

—No nos podemos quejar, Llanera —me comentaba Lugo—, esta gente nos está tratando bien, aquí se acabaron los problemas.

—Dice Nieves que es por la influencia de Posada que todo está cambiando.

—No, chica, Posada es un mito, ¿tú no crees que si lo necesitaran tanto no lo hubieran sacado de aquí?

—Hay un juicio de por medio, Freddy...

—Sí, es verdad —se contradice—, yo a veces soy un poco precipitado, por eso me pasan tantas vainas juntas.

—¿Y ahora qué te pasó?

—Nada, como ves estoy bien instalado, tengo de todo. Pero no me termina de gustar el tipo que me pusieron de vecino, ahí

en la pieza que era de Bosch. Es un exguerrillero de nombre Larry. El tipo no parece mala gente, pasa el día callado, pero ha pasado diez años preso y tiene cara de medio loco.

—No te molesta en nada.

—No, chica, pero la cosa es que el otro día, entre bromitas, Hernán comenzó a decir que Larry era “del otro lado” y yo creo que él se enteró, porque me dijo que iba a preparar un cuchillo de cocina para clavárselo a Hernán.

—A ti sí te pasan cosas, Freddy, primero fue lo de Bosch, ahora esto.

—No, vale, es Hernán el que inventa todo y me mete en rollos. Ya yo no le tengo ni un poquito de confianza, y no te lo iba a decir, pero en realidad lo que anda regando Hernán es que Larry y yo más o menos nos “entendemos”. Te participo que eso sí no se lo voy a perdonar. La próxima vez que me lo encuentre le voy a formar su tronco de vaina.

Carmen Lugo que preparaba algo en la cocina dice desde allí, asomando su cabeza:

—Lo de siempre, Alicia, el negro no se cansa de que Hernán le eche estos embarques, siempre cae en la trampa. Ahí tienes lo de Bosch, ¿quién fue el que empezó a enredarlo todo? Hernán. Aquí no se había hablado de esas contribuciones ni de ningún dinero, pero bastó que Hernán le diera cuerda al asunto y mira en lo que paró todo: Bosch no trata a Freddy y por poco se matan en la pelea.

Freddy Lugo se muestra contrariado por la intervención de Carmen, se para y le reclama haciendo gestos con las manos, a lo que ella le responde con más argumentos acerca de su debilidad por dejarse llevar por Hernán Ricardo.

—Déjalo así, Carmen, tranquila; no te metas en mis cosas —finaliza Freddy la discusión sin disgusto y busca, en lo alto de una repisa que hay en la pared, un cuadro que me regala con motivo de mi matrimonio. Me dice que no debería hacerme

ningún obsequio, puesto que yo ando muy amistosa con los Bosch y que en realidad él es mi amigo y los otros son unos interesados.

—Te lo digo para que lo sepas. Ve bien a quién metes en tu casa. Esa chilena es una bandida, además, a Hernán y a Posada les dijeron que ella pasaba información de todos nosotros a la embajada de los comunistas aquí en Caracas.

—Freddy, se dicen tantas cosas que en muchos casos no son más que producto de las molestias personales de unos y otros. No caigas en eso, negro.

Lugo dice que él no puede cerrar los oídos a la cantidad de cuentos que le traen de la calle personas de su confianza, y que eso de Adriana se lo había comentado a él un teniente amigo, el que siempre comía en su celda, porque últimamente hasta ese privilegio tenían estos presos.

—Yo me entero de todo porque los mismos militares me lo dicen, sé hasta lo que se está haciendo para sacarnos de aquí.

—Entonces, eso es pronto...

—Parece que para octubre, todavía falta, pero aquí todo el mundo se está preparando. Hernán me ofreció un chaleco a prueba de balas y una pistola, pero yo no pienso aceptarle nada a este tipo, ahora sí es verdad que no quiero saber de él.

—¿Pero, para qué quieres andar con un chaleco de esos?

—No es que yo lo quiera, sino que asegura Hernán que se debe de andar bien protegido porque los comunistas van a tratar de matarnos, como no vamos a cumplir los treinta años de presidio que ellos quisieran, van a vengarse de nosotros.

Le digo que no se preocupe tanto, puesto que el doctor Bosch me ha dicho que cada uno de ellos tendrá dos hombres que los cuidarán, dos escoltas de la Disip.

—Sí, eso nos dijeron, y la Disip no falla, todo lo que nos han prometido lo han cumplido, hasta la ayuda.

—¿Qué ayuda, negro?

Se muestra indeciso para responder y por fin advierte:

—Que esto quede entre los dos, pero te voy a decir que la Disip nos está pagando un sueldo a cada uno de nosotros desde que los amigos de Posada tomaron el poder.

¡La Disip pagándole a los criminales, como lo hicieron en sus viejos tiempos la Seguridad Nacional de Pérez Jiménez y la Digepol de Caldera!... ¡Es tan asqueroso conocer las interioridades de este caso! Me deja perpleja la confesión de Lugo.

—Entonces debo felicitarte, negro...

—Pues, sí, a Hernán y a mí nos pasan dos mil quinientos bolos; a Bosch no estoy seguro, pero su sueldo anda por los cinco mil, y a Luis Posada, nada menos que diez mil bolívares. Bueno, esa cantidad de Posada es también porque ya Remberto Uzcátegui lo designó comisario general, eso dice él.

—Y tú creyendo que Posada es un mito.

—No, vale, se me salió, pero eso no es verdad. Si por el hecho de que está preso por la misma causa que nosotros es por lo que nos hemos beneficiado. Es más, parece que los copeyanos quieren sacar primero a Posada, dicen que van a buscar la manera de que no se le pruebe nada; ninguna conexión con Bosch, eso considera Hernán.

—Y tú, ¿qué opinas?

—Que Luis Posada sería muy egoísta si permite que se haga un arreglo para él solo. Yo creo que Hernán está inflando un poco las cosas, tú no lo conoces, es un individuo muy brollero.

Freddy Lugo se para y mira hacia el exterior. En el corredor está su hermana limpiando. Él se quería cerciorar de que no lo estaban oyendo.

—Tú sabes que Posada le tiene miedo a Hernán —expresa como en secreto.

—¿Cómo es eso?

—Bueno, tú no lo creerás, pero es así. Desde que vivo aquí en La Pajarera, me estoy enterando de lo que Posada le

aguanta a Hernán. Resulta que Hernán lo tiene más o menos amenazado con decir toda la verdad, y como Posada lo conoce desde mucho tiempo, porque trabajaba con él, sabe de lo que ese loco es capaz. De manera que se la pasa complaciendo a Hernán en lo que él quiere, y eso no es más que miedo.

Siguió Freddy aportando detalles de la vida de sus vecinos, afirmando que los gritos de Hernán se oían en su celda, sobre todo después de que finalizaba la visita de los familiares de Luis Posada.

—Le molestan Nieves y los hijos de Posada, asimismo se lo dice a todo grito. En cambio, a la gente de la Disip, amigos de Posada, sí los recibe con agrado, ¿no ves que así se entera de lo que está pasando?...

—Es tan malo ese Hernán —continúa Lugo— que cuando la Disip dispuso pasarnos un sueldo a cada uno, le dijo a Posada que yo no necesitaba esa plata porque estaba recibiendo mi sueldo del Ministerio de Minas, donde trabajaba antes de caer preso. Eso, por supuesto, era completamente falso, pero debido a ese chisme, yo estuve esperando unos meses por la ayuda de la Disip.

—¿Y cómo te dan el dinero?, ¿se lo mandan a tu familia?

—No, me lo traen aquí. Para evitar rumores, un comisario llamado Tomás Colmenares viene y trae el dinero a Posada y este nos los hace llegar, por lo menos lo que me dan a mí es así, no sé si lo de Posada se lo pondrán en un banco, como es tanto. Pero lo de Bosch y Hernán lo traen también aquí.

—Veo que ya no llamas monstruo al doctor.

—Bueno, aquella vez que te conté que le decían monstruo no te expliqué que Bosch lo sabía y no le importaba, más bien le gusta, no se pone bravo. Todo el Cuartel le dice así y él como si nada.

—Me imagino que algún día volverán a ser amigos.

—Yo no sé, Llanera, a mí no me convence nadie. Bosch se ha portado bien conmigo, pero hubo sus diferencias con la cuestión de las colectas. Yo no podía permitir eso, puesto que si he dicho que el exilio cubano es muy flojo, no debo estarle pidiendo dinero. Cuando apareció esa carta en el periódico de Becerra, me dio mucha rabia, me sentí engañado por el doctor. Además, también Hernán estuvo atizando el asunto para que yo terminara mi amistad con Bosch, porque en el fondo, Hernán le tiene envidia.

Para de hablar un instante y se dirige a la nevera, de donde se trae un litro de agua y un vaso. Se sirve y toma como si tuviera mucha sed:

—Eso mismo de que Adriana se compró un carro —continúa— eso me pone a pensar a mí mucho... ¿De dónde sacó esa plata? Un excuñado mío, por casualidad, fue quien le vendió el carro. Es un Maverick blanco, deportivo, y costó veinte mil bolívares, a pesar de ser de segunda mano... ¡Qué lujos se da la doña! Hernán dice que esos son los billetes de nosotros, esos que jamás llegan a nuestras manos porque ella se los coge: ya tiene apartamento, carro y se la pasa paseando, ¡eso es billete!

Lllaman a la reja y se oye que van a abrir. Freddy se excusa y se levanta rápido. Es el fotógrafo Carlitos Romero, quien muy sonriente reparte saludos y pasa. Al pie de la reja se ha quedado Freddy conversando con un oficial muy alto, de pelo negro y bigotes al estilo de Jorge Negrete.

—Estaba invitando al teniente para que viniera más tarde, después que se termine la visita.

—¿Qué, tiene alguna fiesta? —pregunta su amigo el fotógrafo.

Se ríe Freddy y explica:

—Es que para no aburrirme aquí solo, los invito a tomar café o a comer cuando la vieja me hace algo bueno. A estos militares hay que tenerlos contentos...

Freddy toma por un brazo a Carlitos Romero y lo lleva hacia afuera, para el banco del corredor. Quiere hablar con él en privado. Carmen Lugo, al notar el movimiento se encarga de mí y con una cara de verdadera preocupación me pregunta:

—Chica, ¿tú ves al negro bien?

—Sí, quizás un poco más delgado, pero eso es por la dieta que hace.

—Pero yo no digo físicamente, ¿qué tanto habla contigo?

Tranquilizo a la hermana de Lugo y le digo más o menos lo que estamos tratando y ella me confía, muy angustiada, que Freddy había insinuado que se iba a suicidar. Yo me sorprendo y cuando me dispongo a decirle que me explique mejor, me dice:

—Cállate, mana, cambia el tema, ahí vienen.

—Bueno, les doy una sorpresa —exclama Freddy— el amigo aquí me da setecientos bolos por un cuadrito que yo pensaba darle a Alicia para que me lo vendiera en mil. Como este es un negocio seguro, yo acepté la proposición.

Todos nos reímos de la salida de Freddy, quien mientras hablaba le tenía una mano puesta en el hombro a Romero.

—Este es el famoso fotógrafo de las mujeres que salen en bikini en *2001*, —elogia Freddy a su amigo.

La tarjeta Bosch

Desde que habíamos tomado un apartamento en la urbanización Los Corales, en Caraballeda, mi esposo y yo no dejamos de ir un fin de semana a la playa.

Aquel se había convertido para nosotros, en el lugar más adecuado para descansar, disfrutar de la compañía de nuestros amigos y sobre todo para alejarnos del mundanal ruido.

A Nieves de Posada le encantaba el ambiente de este edificio en el litoral. En realidad es muy bonito. Rodeado de jardines

muy cuidados, posee una piscina para grandes y chicos y una zona de picnic. Tiene también la ventaja de estar apartado, casi pegado a la montaña, es bastante privado; ahí no entran sino los propietarios y arrendatarios o los invitados, previa identificación.

—Cuando salga Luis vamos a comprarnos un buen apartamento en la playa —aspiraba Nieves—. Ya he visto algunos, pero no me gustaría la zona de Caraballeda, es muy lejos, buscaremos más bien hacia Macuto.

—Pero son carísimos —interviene Adriana—. ¿No es mejor alquilar una casa como tenían Mery y Bernardo Viera?

—No, chica, eso es una locura, ¿tú no me dijiste que ellos pagaban por esa quinta nueve mil bolívares al mes? —hace una pausa— Yo no botaría el dinero así, pagando tanto por algo que al final no es tuyo, prefiero comprar un apartamento.

—¿De qué se habla aquí? —dice Raimundo, mi esposo, que regresa de bañarse y busca su toalla para secarse.

—De compras de apartamento o casa. —respondo— ¡Estas mujeres están millonarias!

—Nada de eso —dice Nieves mirando a Raimundo—. Es que las cosas, por fin han mejorado y hay que sacarle partido a todo. Yo no soñaba con tener el apoyo económico que tengo en este momento. Además de los cuatro mil bolívares que nos ha pasado Diego, el socio de Luis en la oficina, tenemos lo que nos consiguieron por la Disip. Bueno, esos diez mil bolívares no son un regalo, pues Luis desde la cárcel está aportando ideas, y como Remberto le tiene tanta confianza, le encomienda muchos trabajos que mi marido, con su experiencia, puede orientar.

Interrumpe Adriana de manera muy chocante y le dice a Nieves que ella habla sin parar, que nadie le está preguntando cuáles son sus entradas. Nieves, muy molesta, la califica de entrometida y le aclara que toda la explicación es para que yo no piense que de verdad ella está millonaria.

—Tú lo has dicho —remata Adriana—, no tan millonaria, pero tienes tus ahorros para dar una buena cuota inicial.

La posibilidad de que los caraqueños puedan adquirir su vivienda propia está cada día más remota. En los años setenta comenzó una febril construcción de edificios de apartamentos lujosos, en Caracas, llegando a su máxima expresión entre 1978-1979, cuando ya se estaban ofertando verdaderas casas dentro de los edificios a precios exorbitantes. Pero también se estaba haciendo una especulación escandalosa con los pequeños apartamentos en sectores más populosos, terminando así con las esperanzas de muchos de poder tener su casa.

El nuevo gobierno ha prometido entregar seiscientos mil casas para 1984, eso espera el electorado ansioso, que oyó tantísimo el eslogan electoral “Un techo para todos”. Así cumplan los copeyanos con estas llamadas “soluciones habitacionales”, es un hecho que en la capital y en casi todo el país, quien desee comprarse un apartamentico tiene que entregar más de doscientos mil bolívares de cuota inicial.

Hablando en torno a los precios de los apartamentos, Nieves de Posada dice que ella ha sabido que los copeyanos se proponen bajar las cuotas de los mismos.

—Yo no me complico la vida —asegura Adriana, quien saborea una cerveza fría—, desde que Alicia me alquiló su apartamento estoy feliz, por ahora es cuanto necesito. Más adelante ya veremos, ahora ando con la idea de terminar de comprar algunas cosas..., tendré que usar la “Tarjeta Bosch”.

—¿Qué tarjeta dices tú?

—¡Ay, chica, ¿tú no sabes que Orlando me vive fastidiando con eso de la Tarjeta Bosch? Él dice que yo voy a casa de los cubanos, lo nombro a él y de inmediato me dan lo que yo quiera. Él me recomienda que aproveche todo lo que pueda, que para Orlando Bosch siempre están todas las puertas abiertas.

—¡Qué hipócrita es la gente!, seguro que ahora estarán muchos cubanos jalando. Deberías tener más cuidado con eso, no abusar.

—Ya está Nieves con sus enredos! Tú no pierdes oportunidad para regañar y decirle a los demás lo que deben hacer. Yo no estoy abusando nada, solo que no soy boba y acepto lo que me dan. Yo no tengo la culpa de que los cubanos sean tan dadivosos con Orlando. Además, si tú crees que los muebles que tengo me los han regalado, te equivocas, yo lo único que he recibido son pequeños descuentos.

Nieves se ríe y agrega con su característica mordacidad:

—¡No seas mentirosa, Adriana! El mismo Gustavo López te dio a ti el mensaje de Colina, el cubano de la mueblería. No te acordarás, pero yo sé que te mandó a decir que pasaras a buscar las dos butacas que él te iba a regalar.

Adriana Delgado se pone roja y parece que los ojos se le van a salir de las órbitas y con verdadera furia contesta:

—¡No te metas en mis cosas, ya está bueno! —y haciendo un movimiento brusco se para para irse a la piscina.

Nieves de Posada la mira con burla y se pone en acción extendiendo las toallas en el respaldo de las sillas.

—Ella necesita que uno le diga estas cosas, porque es muy despilfarradora. Igualita a Bosch, nunca tienen nada y siempre andan pidiendo más.

—Pero Adriana tiene buenas entradas, ¿verdad?

Sí, chica. Si te pones a ver, ellos están recibiendo más donaciones que nunca. Tú sabes, cubanos ricos que viven aquí en Caracas y que como se dice que Bosch va a salir, no quieren quedar como mezquinos. También reciben las contribuciones de siempre de Miami y Puerto Rico y lo que les da la Disip, que es una buena ayuda.

—Con razón la vida de Adriana ha mejorado.

—¿Qué te crees? Ella nunca hubiera podido tener lo que hoy tiene si no pierde Acción Democrática. Antes podía haber tenido su carrito y su casa, pero como es tan desordenada no le alcanzaba la plata, eso te da una idea de todo lo que Bosch recoge a cuenta de líder —hace una pausa, mira alrededor y se acerca mucho para decirme—. Es que esa gente pide mucho, no tienen ni un poquito de moderación.

Adriana regresa al grupo y dice que tiene hambre. Propone que subamos a preparar el almuerzo y que los niños se queden en la piscina para que no nos molesten.

—Sí, vamos —dice Nieves conciliadora—. Traje unos pollos para hornear y los quiero preparar yo misma. Además, mamá trajo unas croqueticas que están muy buenas.

—Un banquete completo —le digo en broma.

—Es que esos dos hijos míos comen muchísimo. En un momento acabaron con las latas de pasapalos.

Después del almuerzo, cuando todo estaba tranquilo, los muchachos cansados del ajetreo se acostaron a dormir la siesta. Nieves se dedicaba a hojear unas revistas viejas que había encontrado en una gaveta del aparador de la sala.

—¡Mira qué modas más cómicas! —exclama cada vez que algo le hace gracia— ¡Y pensar que estas faldas se llevaron tanto hace unos años!

—¡Ay, yo tengo que comprarme alguna ropa, no tengo qué ponerme! —interviene Adriana con tono lastimero— Desde que Chiqui, la hija de Orlando, me mandó de Miami con Raimundo aquel paquete de pantalones y blusas, no he comprado más nada. Estoy pensando en darme un viajecito a Curazao, porque allá se consigue mejor ropa y más barata.

—Bueno sería que fueras a Miami —le recomiendo—, hay más tiendas y, además, es el lugar de moda de los venezolanos que se van a gastar sus petrodólares allá.

—No creas que yo no he intentado ir, pero los americanos no me han dado la visa, no quieren aparecer como amigos nuestros, para que Cuba no tenga elementos para criticarlos. Bernardo Viera está tratando de que se cambie esta idea y me prometió que me conseguirá la visa con un americano muy amigo de él.

—Vierita tiene amigos por todas partes —dice Nieves con sarcasmo.

Adriana no le permite seguir hablando y anuncia:

—Voy a comenzar por ver a quién le pido el pasaje y, por supuesto, tendré que pedirle dinero a Orlando.

—¿Qué dinero si todo lo tienes y administras tú? —le sale Nieves al paso con su acento cubanísimo— Además, hablas como si fueras para Europa. En Curazao no se gasta mucho, cuando yo fui, llegué al hotel San Marcos y, de verdad, no sale tan caro... Llama por teléfono ahí para que te informes.

—Déjame planificar todo primero y después busco el hotel.

Adriana y Bosch se quieren casar

La euforia ha llegado al Cuartel San Carlos. Bosch y Lugo están muy entusiasmados con la posibilidad de su próxima salida de la cárcel. Igualmente, Nieves me ha dicho que su esposo, Luis Posada Carriles, ha comenzado a mandar ropa y otros enseres para la casa, de manera de que cuando llegue el momento, no lo sorprenda con todo dentro de la celda.

—Ya sabemos que vamos a salir —manifiesta Orlando Bosch—, pero no es para estar mudando cosas desde ahora; Luis está un poco apresurado. Yo pienso que sí quedaremos en libertad, pero como le explicaba a Raimundo la semana pasada, hay que esperar unos dos o tres meses más.

—Pero Freddy también está pensando que la salida es en breve —le informo.

—Sí, vieja, y Hernán igual. Todos ellos están embullados y creen que esto se dará de un día para otro. Yo en cambio prefiero esperar y no adelantarme a nada.

—Orlando, ¿le contaste a Alicia lo de Freddy y Hernán?

—Por favor, Adriana, Alicia está por encima de esas cosas —responde Bosch con tono autoritario.

—Pero es que es muy entretenido ver cómo son amiguitos un tiempo y después vuelven a romper, se la pasan en eso.

—Sí, pero en esta ocasión Lugo tiene razón, porque no puede aguantarle a Hernán ni a nadie que ponga en duda su reputación de hombre. La verdad es que este Hernán está loco, no puede vivir sino inventando enredos y chismes. ¿Cómo va a estar comentando que Lugo tiene relaciones con el guerrillero que le metieron en la celda de al lado?

Les cuento que en la última visita que hice a Freddy, él me comentó este desagradable incidente y me confió que el exguerrillero estaba tan molesto que había prometido matar a Hernán Ricardo.

—¡Ojalá lo haga! —salta Adriana Delgado con toda su saña— Ojalá lo haga, así nos quitaría a todos un gran peso de encima. Porque a mí no me daría ninguna lástima, pues Hernán es muy peligroso, habla mucho y es capaz de comprometer a cualquiera.

¿Qué tanto temía Adriana Delgado? ¿Qué era lo que sabía Hernán Ricardo que le inquietaba de tal manera que le hiciera desearle la muerte?

—A mí el que me da lástima es el pobre Luis —complementa Bosch—. A él le ha tocado la peor parte. Tener que compartir la celda con este Hernán, y no lo digo por el espacio, porque aquello es más cómodo que esto mil veces, sino por la personalidad de ese muchacho.

—Pero no entiendo por qué tiene que estar con Ricardo, yo me imagino que si él lo desea lo pondrían como a usted, doctor, en una habitación aparte.

—No, Alicia, así Luis quiera estar aislado, no puede. Es un problemita interno nuestro, que te voy a contar. A Hernán Ricardo hay que controlarlo, más que todo en estos últimos meses que estamos a punto de salir; tú no ves que a él no le importa estar gritando barbaridades contra todos nosotros. Ya en varias oportunidades nos ha embarcado con sus arranques de bravucón. Es un inmaduro que no se sabe cuidar y cree que hablando tonterías va a ganarse la admiración del mundo —hace un alto para chupar su aromático tabaco—. Luis sabe que si Hernán habla, puede echar afuera una cantidad de cosas que no le convienen a él ni a ninguno de los que estamos metidos aquí tampoco.

—¿Te imaginas si se pone a decir en el tribunal todo lo que vocifera del problema del avión cubano cuando está molesto con Posada? —interroga Adriana con expresión de preocupación.

—Él sabe mucho, ese es el meollo del asunto —afirma Bosch—. A Luis no le queda más remedio que cuidarlo y complacerlo en todo lo que él pida. Bueno, ya tú ves, aparte del dinero que se le pasa como a todos nosotros, a él tienen que halagarlo de vez en cuando con un regalito extra.

Para cortar la conversación, Adriana Delgado le pone las manos en los hombros a su marido que está sentado y le dice que no hable más de Hernán Ricardo. “Mira que ese pudo ser tu hijo”, bromea.

—Deja eso, mujer, ¿tú como que estás celosa?

—Es comiquísimo, Alicia, pero la vieja, la madre de Hernán, estaba enamorada de Orlando cuando ellos estaban en la Cárcel Modelo, al principio del juicio. Le hacía caritas y siempre se la pasaba ofreciendo algo de comer, lo halagaba y él estaba encantado.

Bosch no le pone cuidado y hace un movimiento con la mano para indicar que ya basta del tema y se para hacia un armario y saca varias cajas de tabaco, comentando que va a poner algunas en la nevera para que se conserven mejor.

—Aquí tengo tabaco para bastante tiempo, porque aparte de lo que me mandaron de Miami con Raimundo, ha llegado un gentío con más cajas.

—Bueno, también Avignón mandó cantidad —dice Adriana— y el padrino de la niña te trajo unos muy finos.

—¿Quién es el padrino de la niña? —me intereso.

—Vierita, tú lo conoces —se adelanta Bosch—. Él ahora está viviendo en Miami, tú sabes que se fue por todos esos comentarios que se corren por ahí.

—Bernardo ha sido muy buena gente con nosotros —agrega Adriana—. Siempre ha estado pendiente de darnos regalos y paseos. Con lo caro que es el Hotel Macuto Sheraton, él me invitó a que pasara allí, con su familia, las pasadas navidades... ¡Aquello estuvo fantástico!

—La Tarjeta Bosch, la chilena la usa todo el tiempo —dice Bosch con jactancia—. Pero bueno, Bernardo no ha sido tan espléndido últimamente porque, hablando en serio, lo menos que él ha podido hacer es darme unos cincuenta mil bolívares para la causa... ¡Con todo lo que se cogió, qué agarrado es ese hombre!

—¡Ay, Orlando, él se acuerda siempre de nosotros! Mery llama y manda regalitos con la gente que viene de allá.

—Viera es tan agarrado como el mismo Raulito Bermúdez. Ellos deberían saber que la causa necesita dinero para poder sobrevivir. La guerra no se hace con palabras, sino con acciones, y estas cuestan plata, no son de gratis.

Orlando Bosch le pide a Adriana que le prepare un café con un poco de Coffee Mate. Se sienta en su mecedora elogiándola por la comodidad, y sigue con su charla:

—Si los cubanos del destierro no nos hacemos sentir con toda nuestra fuerza, Castro y la misma gente de la isla van a pensar que hemos claudicado. Las madrigueras de conspiración y espionaje que son las embajadas y los consulados cubanos, hay que acabarlos. Estos comunistas lo que están es envenenando a los pueblos con la doctrina marxista.

—Y no solo eso —comenta José Ginjaume que ha llegado a la celda quejándose de su artritis—, Fidel Castro puede creerse que el exilio no tiene organización, que no tiene hombres capaces ni de hacer sonar una bombita...

—Tú mejor que nadie sabes que con esta prisión yo he quedado limitado para efectuar ciertas acciones, más últimamente que nos han pedido que nos quedemos quietos, pero yo espero que Castro no olvide lo capaces que somos los patriotas de acabar con él y su comunismo.

—Yo lo sé, viejo —le alienta Ginjaume—, Castro más bien tiene mucha suerte, se ha escapado de algunas “maldades” que tú le has preparado y no han cuajado, por casualidad nada más. Yo no me voy a olvidar de lo que me contaste de Jamaica, ¡eso era un palo bien grande!

—Sí, en Jamaica —repite Bosch frotándose las manos y mojándose sus gruesos labios con saliva—. En casa de su amigo Manley, el comunista ese tapado; ahí mismo le hubiéramos dado su merecido...

Me pongo en tensión ante tanto suspenso. Estos hombres para contar sus fechorías buscan palabras y actitudes para crear alrededor del hecho toda una atmósfera de hazaña.

—¿Y qué cosa le preparó en Jamaica, doctor? —apremio.

—Nada, Alicia —responde Bosch con su gesto petulante—, nada del otro mundo. Pensamos echarle un buen susto con un avión de Cubana y fallamos. Habíamos acordado meterles una bomba en una maleta, para que subiera al avión con el resto del equipaje, pero entre una cosa y otra se retardó

el traslado de los bultos y la maldita bomba vino a estallar en tierra.

—Pero de todas maneras se asustaron, ¡y qué susto! —ataja Ginjaume.

—Se cagaron en los pantalones —remata Bosch.

En mi interior hubo un estallido tan grande que temí se me notara en la cara. Este hombre había referido un caso casi igual al de Barbados, solo que no les resultó. El crimen de Barbados había sido “ensayado”. Me armé de valor y traté de acomodarme a lo que los terroristas seguían intercambiándose: se atizaba uno a otro para contar sus horribles actos de inhumanidad.

—De allá a esta parte Castro ha tenido que cuidarse bastante —asegura Ginjaume mientras se ajusta sus lentes de aumento.

—Y en el futuro que se cuide más —aporta Adriana por Bosch—, porque todos estos sinsabores me los tiene que pagar. Cuando Orlando salga de aquí, lo que tiene que hacer es derribarlo, darle más duro... Con los comunistas no se puede andar con delicadezas.

—Y hablando de otras cosas —propone Ginjaume—, cuéntame cómo te fue el miércoles por el tribunal.

—Estuvimos ahí hablando con el coronel, Luis y yo. En realidad el interés que teníamos era personal: Luis deseaba arreglar el cambio de abogado y yo ver si podían hacerme una documentación, porque no tengo nada, mis papeles se han ido perdiendo en uno u otro lugar.

—Pero todo el mundo sabe quién eres tú, más famoso no puedes ser —alaba Ginjaume.

—Tú lo dirás en broma, Pepe de Jesús —completa Adriana—, pero mi marido es un personaje de la política, date cuenta que desde que se sabe que va a quedar en libertad, los cubanos andan adulando, hasta los más ricos, dueños de grandes negocios, están haciendo donaciones.

—No exageres, Adriana, que Pepe se puede creer que nos estamos enriqueciendo.

—Yo no dudo de ti, Orlando, ni tengo ninguna envidia. Siempre he sido consecuente y vengo a verte desde el mismo momento en que caíste preso.

—Yo lo sé, viejo, no tienes por qué recordármelo, sé que tú no eres de los hipócritas, como Tebelio Rodríguez y el mismo Ignacio Castro.

—A esos no los invitaré para la boda —dice Adriana Delgado con un gesto de ilusión en la cara, un poco cursi para su edad.

—¡Ah, con que se casan y no me han invitado! —les digo.

—Pero si no vamos a celebrar nada, Alicia. Será aquí en el Cuartel, aunque podríamos hacer una ceremonia y todo, porque monseñor Boza Masvidal se me ofreció, pero nosotros no queremos hacer mucha publicidad.

—Esta Adriana es un problema —dice Bosch—, ya se está adelantando, está loquita por casarse y yo no tengo ni un papel que asegure que me llamo Orlando Bosch. Hay que esperar todavía un poco, porque el coronel Bastidas me prometió que me resolvería, pero no me dio fecha.

—Pero eso es muy sencillo para él, estoy segura de que te lo arreglará rápido.

Bosch explicó a Ginjaume que todo el interés de él por casarse con la chilena, era para asegurarle un futuro estable a su hija, pues llevando su apellido, la situación en el aspecto económico sería distinta. Y dirigiéndose a Adriana le expresa riendo:

—Porque la Tarjeta Bosch vale algo, ¿verdad chilena?

—Mírenlo qué presumido. Yo sé lo que vale ser tu mujer, pero no me lo estés sacando delante de la gente, deja esa mala costumbre.

—Bueno, no se me arreche, como dicen los venezolanos —le dice Bosch a su mujer a la que se le ha alterado la expresión

de la cara—. Déjame mostrarle a los amigos algo que les va a gustar: es mi última foto a todo color.

Abre uno de los armarios y saca una bolsa plástica que está llena de papeles, de ahí extrae un paquete de fotografías.

—Adivinen cuándo me las tomé —pregunta Bosch sin mostrar el material.

—No sería aquí, en esta cárcel —expresa rápido Ginjaume.

—Te equivocas, Pepe, son justamente tomadas aquí, donde estamos todos en este momento. El fotógrafo fue Ernesto Rodríguez.

—Sí, es verdad que estuvo por aquí, ¿él es el mismo que estaba hablando de la Brigada 2506, el expedicionario?

—Exacto, Pepe, qué buena memoria tú tienes —celebra Bosch—. Ernesto y Adriana se las arreglan para meter la cámara fotográfica, tú sabes que aquí en el Cuartel hay mucha consideración conmigo, es tanto que ya ni registran a la chilena como antes.

—También me consideran a mí en detalles como por ejemplo, cuando ando apurada y quiero pasar por la Torre de la Prensa, las mujeres de requisa se quedan cuidándome a la niña.

—Es verdad —conviene Bosch—, pero como decía, esta gente se apareció aquí con la camarita y empezaron a tirar fotos.

—Quedaron medio movidas —comenta Adriana—. Ernesto está viejo y no tiene tan buena vista —y dirigiéndose a mí—, es aquel señor mayor que te presenté, Alicia, el que vino de Miami y se hospedó en mi casa.

Alguien toca con insistencia la reja. Bosch acude presumiendo que es Gustavo López, quien le había prometido visitarlo ese día. Pero era un soldado custodio con la prensa del día. Bosch despliega *El Universal* y dice:

—Además de los comunistas sandinistas que se apoderaron de Nicaragua, parece que hay una epidemia de comunismo. El Salvador está revuelto. Yo creo en la teoría del dominó. Estos

países, si Estados Unidos no toma medidas, van a dar qué hacer. Esto de El Salvador tú tendrías que ponerlo en tu artículo de *El Mundo*, Alicia, escribe de esas cosas. En este país donde hay democracia los periodistas deben ayudar a lanzar alertas en contra de los rojos.

Ese era el estilo de Bosch, sugerir qué cosa debía de escribir. Era la primera proposición que yo recibía de su parte, en cuanto a ser aliada de su causa. Me llamó la atención la forma como él quiso despertar mi condición de periodista, mi deber profesional, de acuerdo con su manera de pensar.

Un libro de cartas

Adriana Delgado me había telefonado a mi oficina para pedirme que pasara por su casa. Deseaba hablar conmigo acerca de un libro que ella tenía en proyecto y para el cual requería mi ayuda.

—Vente para Los Cedros después de que salgas de la Torre y hablamos —decía con excitación, parecía que estaba en un estado de optimismo muy particular.

Yo le expliqué que no podía meterme en más problemas porque tenía mucho trabajo y ella insistía:

—Si ya ese libro está hecho, lo que hay que realizar es una buena selección y darle un toque más, eso es todo.

Cuando ya estuve en mi antigua casa, acomodada en la mesa sobre la que había gran cantidad de cartas sueltas de Orlando Bosch, comprendí bien lo que deseaba hacer Adriana.

—Tenemos todo el material —me indicaba—, las cartas de mi marido son muy interesantes y la mayoría publicables. Claro, hay algunas que él no me dejaría incluir por nada del mundo.

Yo le daba la razón y le decía que un libro de cartas es siempre muy atractivo.

—Hay que meter aquellas que Orlando ha mandado a sus hombres, indicándoles como corresponde a un jefe, qué se debe hacer en ciertas situaciones.

—Eso sí, mi marido me ha pedido que, una vez hagamos la selección, se la mostraremos, porque este es un asunto un poco delicado. Además, me ha hecho otra cantidad de recomendaciones y, por supuesto, no cree en mí, dice que soy una perezosa y que jamás terminaré este libro, pero tú me ayudarás a demostrarle su equivocación.

—Vamos a ver —y tomo en mis manos una carpeta repleta de cartas—. Hay que hacer un plan de trabajo para que todo pueda salir bien. Yo puedo colaborar en lo que sería la producción del libro, lo demás lo pones tú.

—Eso es, la producción del libro es tu parte. Yo pienso que puedo escribir al pie de las cartas, algunas notas emotivas, de recuerdos y episodios que he vivido al lado de mi marido, eso es bien comercial.

—Te sugiero que primero decidamos el material principal que se va a usar y después lo demás. ¿Yo me podría llevar esta carpeta de cartas para mi casa?

—Claro que sí, yo confío en que estarán bien cuidadas, pero no hace falta que cargues con ese papelero, vente por las tardes después del trabajo y entre las dos escogemos las mejores.

—Eso puede ser, pero me interesa darles un vistazo con bastante calma y eso solo puede hacerlo por la noche, antes de acostarme.

Entre aquella correspondencia había de todo. Orlando Bosch, con su estilo de escritura rimbombante, llenaba hojas de papel con disertaciones políticas, comentarios de acciones realizadas, referencias a connotaciones terroristas y grupos de cubanos de extrema derecha. Pero había un tipo de carta verdaderamente impresionante y por demás reveladora de la actividad gansteril de Orlando Bosch. Se trata de aquellas cartas-órdenes donde, con todo detalle, indicaba a sus seguidores, cómo abordar cada acción. Aún yo conservo alguna de estas misivas probatorias y transcribo, para que se aprecie hasta

dónde llegaba Bosch, una de ellas, donde incitaba a sabotear a personas y propiedades venezolanas:

Se comprenderá por tanto que es impostergable y necesario por lo menos dos fuertes ataques a consulados y embajadas venezolanas en el exterior y después una inteligente ofensiva publicitaria que está resumida en los documentos en poder de B.

Este era el tono sobresaliente en las cartas que Adriana Delgado había puesto aquel día en mis manos, sin tener el más mínimo escrúpulo de que yo me enterara de una manera más descarnada de las correrías criminales de su marido.

—Este es un libro que va a dar mucha plata —presumía Adriana—. Compartiremos las ganancias; tú verás que va a ser un éxito. Se venderá en Miami, México, Puerto Rico y aquí en Caracas... ¡Suficiente para sacar un buen dinero!

—¿Cuándo crees tú que se puede sacar este libro a la venta?

—Lo más pronto posible, no importa que Orlando esté todavía en el San Carlos, pues en nada lo va a perjudicar. Al contrario, la gente lo va a admirar mucho, porque se dará cuenta de todo lo que mi marido se ha atrevido a hacer. Claro, pueden haber cartas polémicas, como una a Carlos Andrés Pérez que Orlando le escribió echándole con todo, la cual yo tengo guardada en el banco.

—¿Y por qué tanto cuidado con esa carta?

—Cosas de Orlando, él es quien insiste en que la tenga a resguardo.

—¿Y qué hay de nuevo acerca de la salida de tu marido, Adriana?

—Bueno, lo mismo, dicen que todo está caminando bien. Pero Nieves es la que tiene más datos de lo que hay. Me llamó por teléfono anoche y me comentó que el doctor Uzcátegui le mandó recado, y aunque no me contó todo, me aseguró que la salida es a más tardar para dentro de tres meses.

Mientras Adriana se ha retirado a la cocina para preparar, según dijo, una cena ligerita, yo me quedo en la mesa, afuera, revisando algunas cartas que Bosch había pedido que incorporaran. No salía de la sorpresa, un hombre como este tendría que ser más discreto. Sin embargo, aquellos papeles eran comprometedores no solo para él, sino para sus secuaces. Se veía, a todas luces, las intenciones que Bosch tenía de chantajear, por ejemplo, a los Estados Unidos, si su gobierno le negaba ayuda.

Sale Adriana de la cocina con un jugo para mí y otro para ella. Con gesto de que va a decirme una novedad comienza por preguntarme si sé la “última” de Orlandito, el hijo de Bosch.

—Figúrate —agrega sin esperar respuesta—, se cansó de que lo confundieran con su padre y se quitó el nombre, ahora se llama Mike. No parecen cosas de él que es un grandulón medio bobo, tú lo conociste...

—Sí, Adriana, pero no es noticia para mí, Orlandito te llamó de Miami estando yo aquí en tu casa, que pasé precisamente a buscar un cuadro que me había mandado el doctor.

—¡Ah, sí, es verdad —hace una pausa y exclama—, pero esta sí es noticia: Freddy le está mandando recaditos a Orlando con un oficial amigo de los dos.

—Pero él me dijo a mí que era al revés...

—¿Te das cuenta cómo es la gente? ¿Tú crees que Orlando va a necesitar de la amistad de ese negro? Se supone que el que desea volver a ser amigo de mi marido es Freddy, y como está solo porque ya no se trata con Hernán...

—Yo creo que deberían de reconciliarse, Adriana, en la situación en que ellos están, lo mejor es que no tengan discrepancias, ni mucho menos enemistad.

—Eso dice Orlando.

Pasamos a hablar de otros tópicos y surgió el de las “Memorias” de Bosch. Adriana estaba un poco contrariada por la lentitud con que Gustavo López estaba trabajando.

—Menos mal que ahora hay otro redactor que está ayudando a Gustavo, porque lo que soy yo no me meto en más nada. Gustavo es muy machista y se la pasa haciéndome y exigiendo que yo pasara en limpio una cantidad de detalles que son muy engorrosos. Se equivocó conmigo, porque él podrá tratar así a su mujer que es una india, pero a mí, ni soñarlo.

—¿Y el nuevo redactor quién es?

—Un cubano que llegó recién aquí a Caracas huyendo de los sandinistas, pues trabajaba en Nicaragua en el gobierno. Se llama Luis Manuel Martínez, y aunque fue batistiano, dice mi marido que es buena persona. Ojalá este hombre funcione, estoy superinteresada en que esas “Memorias” salgan y se vendan, porque a mí me toca una buena parte, así lo ha estipulado el mismo Orlando.

Servida la mesa, comenzamos a comer, pero Adriana sigue hablando. Brinca de un tema a otro. Se dedica a especular acerca de la cantidad de dinero que necesitaría para montar ese negocio que tanto le gustaría tener y que, en los últimos meses, ha vuelto a hablar de pedir ayuda a ciertos cubanos.

—Alicia, lo que en realidad me anima es que voy a tener tiempo, porque Orlando ya estará libre y yo tengo planificado mandar a buscar a mi hermana Viviana, a Chile. Ella es joven, tiene 18 años, pero es muy responsable y podrá encargarse de la niña y de la casa, mientras yo atiendo a la librería o a la marquetería.

—Pero ya es una decisión tomada, por lo que oigo...

—No, estoy en eso. Tengo que planteárselo bien a Orlando para que él pida la plata a sus amigos. Después le preguntaré a Raimundo, tu marido, cómo se maneja este tipo de establecimiento, porque él tiene mucha idea, además le ha ido bien con su negocio.

—¿Y qué dice Nieves de tus proyectos?, ¿qué te aconseja?

—Todavía no le he comunicado nada en firme. Tú no la conoces bien, Alicia, ella es muy envidiosa, y si le digo algo va a comenzar a opinar y a criticar. Además, cuando yo decida que la gente se entere de que me voy a poner mi negocio, se lo digo a Nieves para que lo riegue, a ella le encanta repetir.

—A mí ella me cae muy simpática, es un poco nerviosa y parlanchina, pero es muy cordial conmigo, siempre me llama por teléfono y cuando va a nuestro apartamento de la playa es muy colaboradora.

—Muy dictadora es lo que es..., siempre le ha gustado imponerse.

—¡Menos mal que es tu amiga! —le digo a Adriana en tono de reproche.

Repicó el teléfono y lo atiende Adriana. Después de conversar brevemente, me comenta que era Nieves que estaba cerca de Los Cedros y había dicho que pasaría a saludar.

—Entonces la llamamos con el pensamiento...

—Sí, pero no le digamos nada para que no piense que estábamos hablando algo malo, a veces ella es medio violenta.

Y llegó Nieves de Posada con su saludo cubano:

—¿Y qué, cómo ustedes están? Adriana no me dijo que andabas por aquí, Alicia.

—Pues ya ves. ¿Y tú? Qué raro que andes a estas horas por esos lados.

—No, chica, es que aproveché que estaba en Chacaíto comprando algo y decidí pasar por aquí, porque en realidad Adriana es la que me visita, yo nunca vengo por falta de tiempo. Yo no descanso con este régimen de vida que me ha tocado desde que Luis está preso.

—Es que tú te preocupas demasiado —la acusa Adriana—, pasas la vida quejándote.

—No te creas, Adriana, yo he decidido vivir tranquila todo lo que pueda, porque solo con encontrarme a Hernán Ricardo

cuando voy a ver a Luis, ya es un castigo. Ahora le ha dado, al muy estúpido, por mis hijos, le molestan y he tenido que optar por turnarlos para no llevarlos el mismo día a los dos.

—Pero, ¿por qué esa actitud tan extraña? —pregunto.

—Bueno, chica, son cosas que a lo mejor no debería contar, pero en realidad, el único culpable de esta situación tan extraña, como tú bien dices, es Luis, mi marido. Hernán se está aprovechando, está chantajeando a Luis de tal manera, que hasta en estas intimidades familiares se mete. Aparte también tengo que aguantar las caras que pone su mamá... ¡Estoy harta!

—Harta no, estás muy nerviosa, Nieves —le digo.

—Ella es así siempre, no te alarmes. El día que veamos a Nieves calmada, ese será un día muy especial.

—Oye, Adriana —responde Nieves—, es que cada quien tiene su temperamento y lo que a mí me está pasando no es una tontería, alteraría a la más serena de las personas.

—Pero tu esposo deja que Ricardo abuse, yo ya lo hubiera arreglado de alguna manera.

—No es que lo permita, Alicia, sino que las circunstancias de este momento están favorables para todos y si sale Hernán hablando tonterías, como vive amenazando, entonces el juicio tendrá que empezar de nuevo.

—Él tiene su historia —dice Adriana—, no creo que se atreva a estar intrigando.

—Sí, pero es un insensato que no le importa nada y se complace en molestar a Bosch, a quien odia.

—A mi marido nada más no, él odia a todo el mundo, es un imbécil. Ojalá que el Larry cumpla su promesa de meterle una cuchillada.

Nieves cuenta algunos episodios protagonizados por Hernán Ricardo en su presencia y que a ella le molestan mucho. Pero además ha manifestado su preocupación por el futuro.

—Yo no podré permitirle a mi marido cuando quede libre que me dé la misma vida de antes. Él tendrá que dejar de meterse en líos, tendrá que olvidarse de los sabotajes, de las bombas y de los grupos de lucha. Te digo, si Luis sigue en lo mismo me tendré que divorciar o pararé en loca.

—No exageres, Nieves —le pide Adriana—, ¿cómo vas a ponerte a decir eso ahora que la situación de tu marido va a definirse y que por la parte económica están resueltos?

—Tú siempre con lo del dinero por delante. Lo que pasa es que nunca has tenido que aguantar el peso de una casa con muchachos fastidiando todo el día mientras tu marido anda por ahí en reuniones o disfrutando de un día de cacería: ese es Luis.

La esposa de Luis Posada cargaba una gran depresión. Aquella noche terminó maldiciendo la hora en que se había casado y otras menudencias de su relación matrimonial.

VIII

“Nosotros pusimos la bomba... ¿y qué?”

Los diversos anuncios de su próxima excarcelación han mantenido en tensión a Orlando Bosch. Demacrado e intranquilo, habla incesantemente, discute con su mujer, fuma más que nunca; no piensa más que en el inicio de otra etapa de su guerra, en los hombres que va a utilizar, en las distintas acciones y, muy en especial, en las grandes colectas que dirigirá personalmente.

En todos estos días, Adriana Delgado ha tenido que llevar la cartera con el fondo falso para esconder a la requisa las pastillas de Valium y otros tranquilizantes que Bosch se ve precisado a consumir para poder dormir por la noche y para calmar sus nervios. Él mismo ha dicho que ha pasado un mes sin pintar y no piensa sino en la salida de la cárcel.

—Este ir y venir de mensajes de distintas procedencias me pone muy mal, porque a veces me confundo y no sé a quién creer. Desde que el doctor Uzcátegui nos hizo saber que había mucho interés por parte del gobierno copeyano de ayudarnos, hasta sacarnos de aquí, todos nosotros estamos pendientes de que nos digan que llegó el momento.

—Tú no tienes por qué angustiarte, Orlando —le alentaba Adriana—. La gente que te viene a decir tonterías no sabe nada, se hacen las que son amigas del gobierno o del doctor

Uzcátegui, pero tú a estas alturas, deberías saber a quién tienes que oír.

Bosch encendió su primer tabaco, aquella mañana de un sábado, y sonrió optimista para decirle a mi esposo que ya habría tiempo de reunirnos en un lugar más cómodo y sin rejas, que es lo más importante, porque la libertad de él sería para fin de año. Un poco desconcertado, Raimundo le pregunta si pasó algo extraordinario, porque creíamos que todo se iba a arreglar en estos meses.

—Qué va, Raimundo, lo que pasa es que nadie ha sido realista en todo esto. Luis hasta la ropa la sacó de la celda y se quedó casi con lo que tenía puesto, y no solo eso, también está hablando de blindar un carro pequeño, creo que un doble VW. Si es el negro Lugo, tiene loca a la familia buscándole una casa donde meterse en el interior. Hernán ya tiene preparado un chaleco contra balas y distintas armas... ¡No, aquí todo el mundo está desesperado! Yo en cambio no me quiero precipitar, ya soy viejo en esos trajines y no me puedo dejar llevar por tonterías.

—Pero, entonces, hubo cambios —insisto.

—Sí, la gente de Luis en el tribunal militar lo visitó y le dijo que, por ahora, tendríamos que esperar, que había exceso de trabajo y poco personal, por lo que el expediente no se podía mecanografiar en el tiempo previsto inicialmente.

Adriana con un tono de disgusto se queja de que siempre que se habla de que van a salir, surge una traba.

—Dime tú, la rabieta que agarró Nieves con esta noticia —comenta—. Ella, la pobrecita, ya tenía listos los pasajes para irse a Miami a descansar con Luis, estaba haciendo miles de planes... Ahora está que no se le puede ni hablar del asunto.

—Pero él está peor —agrega Bosch con expresión de preocupación—. Anda más nervioso que yo y con humor que no lo aguanta nadie. En realidad, Luis ha sido siempre medio

neurótico. Uno, por ejemplo, puede vivir con él y pasan semanas en que ni te saluda, pero después vuelve a ser amistoso.

Al oírse que estaban quitando el candado de la reja, Adriana se asomó y anunció que llegaba Ignacio Castro. Bosch demostró cierto disgusto y comentó que le daba roña tener que recibir a este tipo de compatriotas. No obstante, al entrar Castro se paró y se abrazaron como dos entrañables amigos.

—Yo creía que no ibas a pasar por aquí —le dice Bosch.

—¿Cómo dices eso, hombre? Para que sepas, no he ido a ver a Luis todavía...

—Estaba hablando con Raimundo y Alicia de que mi experiencia en la lucha siempre me sirve de algo. Tú sabes que ya no salimos tan pronto como se pensaba, pero recibí la noticia sin hacer mucho alboroto.

Ignacio Castro hace un gesto de asentimiento.

—Yo me lo imaginaba, no podía ser tan fácil sacar el expediente en tan pocos meses, por eso no me ha tomado de sorpresa. Además, Ignacio, tú sabes que uno siempre tiene sus fuentes y uno de los oficiales que está cerca del caso fue quien me informó de todo. Es más, ese amigo me advirtió que estos juicios no salen de un día para otro y que, por lo tanto, debería saber esperar.

Viene Adriana con café recién hecho y Orlando Bosch aprovecha para encender el tabaco que hace rato se le había apagado. Su mujer le recuerda que está fumando mucho y él no le hace el más mínimo caso.

—Mira, Ignacio —dice después de la primera bocanada—, a mí lo que me interesa es que el gobierno cumpla con sacarnos de aquí limpios, inocentes, porque eso es lo que hay que demostrar: que no existen pruebas. Yo he sido partidario de esperar, porque eso de que nos den un perdón presidencial no es bueno para el prestigio, por lo menos para mí que soy un dirigente con una ejecutoria y una moral reconocidas.

—Bueno, todo está bien encaminado para que las cosas salgan bien, como tú dices que te favorecen.

Y dirigiéndose a Raimundo, Ignacio Castro le pregunta cómo van sus negocios y comienzan a hablar en torno a los mismos, aclarando que él en ese momento solo tenía proyectos.

—Hay buenos planes —dice Castro—, tengo pensado irme a trabajar a Costa Rica con una firma española, allí veo buenas perspectivas.

—¿Con lo bien que tú estás aquí piensas irte? —pregunta Bosch aparentemente sorprendido.

—Son planes, todavía no estoy tan seguro.

Bosch aprovechó para darle consejos a Ignacio, quien trataba de zafarse del tema y hacía chistes inoportunos en medio de la conversación. Ya cuando no pudo dominar la situación, se paró con la intención de marcharse y explicó largamente que tenía que ir a pasar un buen rato con su compadre Posada porque este se encontraba en un estado de depresión muy grande.

Al salir la visita, Bosch se apresura en comentar:

—Este Ignacio es un buscavida. Nunca tiene un trabajo fijo y todos los negocios que hace le salen mal o los socios se le desaparecen. Él dice de irse a Costa Rica porque cree que Huber Matos se va a residenciar allá y se imagina que se le puede pegar algo. Pero, yo él, me quedara en Caracas donde tiene tantos amigos en Copei, porque Ignacio es de los copeyanos de Pedro Pablo Aguilar.

—Entonces podría trabajar en el gobierno —supone Raimundo.

—No te creas, él ya está haciendo algo en la Disip, pero nunca habla de este trabajo, parece que le da vergüenza y no sé por qué, después de todo come de ese sueldo. Pero en realidad él siempre ha estado aspirando a llegar muy alto, a hacerse rico sin esfuerzo, por un golpe de suerte.

Adriana irrumpe para contar lo bien que salió la cena que le dieron al doctor Enrique Huerta en el restaurante Country, en el Centro Comercial Mata de Coco. Está orgullosísima de que la hubieran invitado al homenaje. Bosch le replica con chocancia que estuvo allí gracias a que es su mujer.

—Para que ustedes sepan —explica Bosch—, el doctor Enrique Huerta es el presidente del Colegio de Médicos cubanos en el exilio. Yo he tenido algunos problemas serios con él. No lo trataba hasta hace poco que vino a visitarnos a la cárcel, lo cual me pareció una muestra de gallardía y de buena voluntad de su parte. Vamos a ver qué dice el tiempo, porque tampoco soy tan confiado y pudiera ser que esa visita estuviera animada por un oscuro interés.

—No seas tan desconfiado, Orlando.

—No es eso, Adriana, sino que yo tengo el deber de estar preparado para enfrentarme a todo. La vida me ha enseñado, la lucha contra el terror mefistofélico de la tiranía castrista, me ha deparado experiencias incalculables.

—Oí que Ignacio iba a ver a Luis —manifiesta Adriana cambiando el giro de la conversación—. Lo que se va a encontrar allá es a un hombre histérico. Nieves me contó que ella no puede más, que por nada tiene una pelea fuerte con él cuando le comentó que Delia Henríquez no la había invitado para la cena de Huerta. Luis se puso rojo y gritó cosas en contra de la gente del Club... Estaba furioso y amenazó que cuando saliera y ocupara su puesto en la Disip, le iba a demostrar a muchos cubanos quién era él. Imagínate, Nieves estaba asustadísima y trataba de calmarlo, pero no lo lograba.

Llama un custodio para entregar un paquete de revistas y le da paso a un joven moreno, alto y delgado que Bosch presentó como Alberto Suárez Galarraga.

—Estuvo preso en las tenebrosas cárceles de la Cuba comunista —explica Bosch—. Ahora vive aquí en Caracas.

—Medio vivo —agrega Suárez Galarraga—. El trabajo está muy difícil, a veces no encuentro qué hacer. En los últimos días lo he pasado como vendedor, he tenido que caerle a lo que hay, a lo que sale, así no lo sepa hacer.

—Ese es el sacrificio del exilio —le consuela Bosch—. Pero eres joven y te queda una vida por delante para pensar en la lucha y liberar a la Patria de la dictadura castrista. Tú puedes mantenerte por ahí y, a la vez, ayudar en todo este trabajo que hacemos muchos patriotas para evitar que Cuba siga sirviendo a extraños y deleznable intereses.

Bosch se para y va hacia la cuerda donde tiene colgados sus papeles y toma un folleto de propaganda de su causa y se la da al joven visitante. Le hace unas cuantas recomendaciones, a lo que Suárez Galarraga responde:

—Usted sabe que yo estoy dispuesto a hacer lo que sea, justamente pasaba un momentico por aquí para recordárselo. Usted lo que tiene es que darme la orden y yo doy el golpe. Me ofrezco así porque usted es el jefe, aunque Posada me considera un hombre de su grupo, esa es otra cosa.

—Tú lo has dicho, muchacho —expresa Bosch—, esa es otra cosa. Desde la Disip se facilita todo, se puede hacer cantidad de acciones encubiertas, sin que nadie sospeche. Sin embargo, hay otros intereses, y para nosotros los cubanos del destierro lo más importante tiene que ser Cuba, pensar primero en la isla oprimida; eso es lo que yo he hecho hasta ahora que, por desgracia, me han encerrado traidoramente.

Oíamos a Orlando Bosch en plan de maestro, sin interrumpirle. En medio de la conversación se detenía para leer algún párrafo del folleto que regalara a su compatriota, poniendo énfasis en ciertas frases. Suárez Galarraga, no obstante, se veía que andaba apurado y así lo hizo saber antes de despedirse.

—Bueno, yo volveré otro día, porque hay algunos cubanos que llegaron y quieren conocerlo. Son gente que pasó varios años presos, gente buena para la lucha.

—Tráelos cuando tú quieras, pasas primero y después yo mando con el custodio la lista con los nombres de ellos para que puedan dejarlos entrar.

La mesa estaba dispuesta para el almuerzo. Todos parecíamos tener apetito porque comimos rápido y callados. Solo Bosch se refirió brevemente a Alberto Suárez Galarraga, de quien dijo que había estado preso en Cuba y que se había acercado a él y a Posada para que lo orientaran, pues quería colaborar en el derrocamiento del comunismo. Bosch se entusiasmó mucho por la promesa de este compatriota de traerle otros amigos para incorporarlos a la lucha, aduciendo que necesitaba inyectar nueva sangre a su grupo, y que él, con su habilidad, podría darse cuenta cuáles eran los más aptos para “soldados de la libertad”.

—El problema de esos expresos cubanos —añade Adriana— es que se creen que se lo merecen todo. Andan pidiendo y exigiendo, como si fuera un deber de uno de estarlos manteniendo... , ninguno quiere trabajar y a los que salen a hacerlo, los despiden por flojos. Pero, claro, ellos juran que argumentando que estuvieron en una cárcel castrista van a tener siempre quien los mantenga; pero se equivocan, ya hay mucha gente cansada de soportar esta pedidera.

Otra visita viene a completar la ajetreada mañana en la celda de Bosch. Saludos efusivos preceden la entrada de una pareja. Él, un moreno bajito y sonriente, toma la iniciativa del saludo a Bosch, mientras ella, un poco más discreta, espera.

De forma inmediata Orlando Bosch los presenta como a unos buenos amigos:

—Él es el comisario de la Disip, Efraín, y ella es su esposa.

—Venimos de ver a Basilio, está muy deprimido, lo veo muy mal —dice el comisario, quien se sienta cuidando mucho su impecable safari color beige.

Mirándonos a nosotros, Bosch explica que Basilio es Luis Posada.

—Ese es su nombre de trabajo y esta gente está acostumbrada a llamarlo así —hace una pausa y pregunta—: ¿Entonces, tú viste mal a Luis?

—Sí, no le gustó nada el aplazamiento de la salida, pero yo traté de convencerlo de que no había razón para desesperarse puesto que, en este momento, está todo tan asegurado que no vale la pena mortificarse por la fecha, lo importante es que salen.

—¿Y qué dice Hernán? —se interesa Adriana.

—No lo sé, porque ni me saludó ni lo saludé, ese es un tipo insoportable.

—A mí en cambio sí me saludó, pero estaba bastante serio —dice la esposa del comisario, quien desde que llegó a la celda de Bosch ha recorrido cada detalle de la misma con su mirada.

Se planteó una conversación acerca del auge que había tomado la delincuencia no solo en Caracas, sino también en muchas capitales de la provincia. Todos los días la prensa reseñaba asaltos a bancos, y a supermercados, atracos a mano armada dejando saldo de muertos, robos de apartamentos, arrebates de carteras, etcétera. El comisario refirió que hacía poco había matado a dos jovencitos que asaltaban un abasto, cerca de su casa:

—Lo hice todo con precisión, una misma bala atravesó a los dos. Eran muchachos de esos que empiezan a robar y es fácil atraparlos por la poca experiencia que tienen. Yo, como siempre cargo mi arma encima, estoy alerta para cualquier hecho de este tipo.

—Yo también ando armada siempre —dice la señora del comisario apretando su cartera contra su pecho en señal de que allí tenía su revólver.

Seguidamente, el comisario comienza a expresarse con verdadero entusiasmo de las armas, diciendo que estas eran su gran *hobby* y demostrando que tenía mucho interés en conseguirse una Browning.

Ya mi esposo se había referido antes a que tenía una oficina de importaciones, por lo que el comisario se interesó mucho pidiéndole que averiguara la manera de conseguirle este tipo de arma.

—Yo podría comprársela —le asegura Raimundo—, pero déjeme averiguar primero si eso no va en contra de las leyes de Estados Unidos o de Venezuela.

—Bueno, tú llámame por teléfono después que averigües algo. Te anoto el número..., cuando te atiendan pregunta por el comisario Efraín o por el comisario Tomás Colmenares —mientras escribía la dirección, seguía hablando—: También necesito unas platinas para mi carro que aquí no las hay y veremos qué más; voy a aprovechar tu viaje a Miami.

Por debajo de la mesa, Orlando Bosch le daba insistentes avisos a Raimundo, propinándole suaves patadas, advertía algo, por lo menos a que se cambiara el tema que allí se estaba tratando. No esperó más, él mismo hizo el viraje:

—Comisario, ¿y qué se dice allá en la Disip?

—Nada, se está trabajando duro, organizando el desastre que dejaron los adecos, incorporando gente nueva, valiosa. Por cierto, estamos llenos de compatriotas suyos, doctor.

—Sí, hay unos cuantos jefes cubanos, eso me consta porque nos dan su ayuda constantemente..., son amigos.

Disculpándose y prometiendo que en otra ocasión pasaría más tiempo en su celda, el comisario y su esposa se despidieron de Bosch, no sin antes recordar a Raimundo que averiguara lo de la Browning.

Al marcharse el comisario de la Disip, Orlando Bosch con tono preocupado le explica a mi esposo por qué él le estaba dando golpecitos por debajo de la mesa.

—No quería que se aprovechara de ti para comprar armas, a él le sobran las maneras de conseguir las, la Disip tiene medios para eso. Lo que pasa es que este Efraín o Tomás...,

yo nunca me acuerdo de su apellido, es un fanático, igualito a Luis..., coleccionan todo tipo de armas.

—Sí, pero yo no le prometí nada —dice Raimundo—, a mí no me gusta hacer nada ilegal.

—Por eso no quería que te comprometieras —y poniéndole una mano en el hombro Bosch halaga a mi esposo—, además, tú eres un tipo limpio ante las autoridades y no me gustaría que te enredaras en una bobería de esas. Ya habrá cosas importantes que puedes hacer en el futuro por nuestra causa, que es como vale la pena: tú y Alicia van a tener oportunidades de hacer muchas cosas para mí, cuando por fin salga de esta prisión.

Nos involucraba en su banda terrorista. Nos asimilaba como uno más de los suyos; era su táctica para atraernos definitivamente a participar en su guerra criminal.

El mensaje

Alrededor de la piscina había poca gente. Era muy temprano y en Los Corales el movimiento de bañistas comenzaba más bien tarde los domingos. Nosotros habíamos dispuesto todo para pasar un día sin complicaciones. Apartamos un lugar con bastante sombra y ya decididos a lanzarse al agua, los muchachos escuchaban los consejos de sus compulsivas madres.

—No te tires del trampolín pequeño que eres muy alto y te puedes romper la columna —le repetía Nieves de Posada a su hijo. Mientras Adriana Delgado trataba de convencer a su niña para que se pusiera el salvavidas.

Desde que llegamos, Nieves estaba molesta, se le notaba por el ceño fruncido y su nerviosismo. No descansaba de hablar y de gritar recomendaciones a sus hijos. Adriana le decía que los dejara en paz, y ella reaccionaba contestándole que no se metiera en la educación de sus hijos.

—Yo no soy como tú que no le das importancia a la formación de tu hija, para mí esto sí es muy importante. Si fueras más fuerte con esa niña no te formara tantas perretas, no sería tan metida..., siempre anda oyendo las conversaciones de los mayores, se va a traumatizar.

—Ya está bueno, Nieves, no te enojés por gusto.

Muy pocas veces Adriana Delgado le hacía caso a las arremetidas de Nieves cuando se trataba de la educación de su hija. Esta vez no fue la excepción, pasó de inmediato a relatar que había estado en una casa en la exclusiva urbanización Lagunita Country Club.

—¿Tú? —le pregunta incrédula Nieves.

—Yo, ¿por qué no? Fui a casa de Sara Marrero, a una cena que le dieron a David Salvador. Todo lo que sirvieron estaba exquisito, me sentí como una reina en aquel ambiente. Yo me fui con Chao y Pepe de Jesús... Hubieras visto lo desesperado que estaba Pepe por meterle mano a toda aquella mesa, el pobre vive muerto de hambre y comiendo a cuenta de los demás.

A mí no me invitaron para esa cena y si lo hubieran hecho tampoco iba a presentarme ahí.

—Es que tú eres muy aburrida, vives pensando solo en problemas, enredada en preocupaciones, no piensas en distraerte.

—No es eso, chica, es que Luis cree que a él no lo ayuda nada el hecho de que yo asista a comidas, fiestas o reuniones de los cubanos. También dice que cualquier cubano de estos malintencionados, puede tomarme una foto donde aparezca con alguno de los invitados para después tener motivos para hablar mal o desacreditar a Luis.

—¿Pero quién se va a ocupar de eso? —le digo.

—¡Ay, Alicia, cómo se ve que no conoces a ciertos cubanos! Oye, la envidia es una cosa muy grande. Como ven que Luis tiene respaldo y se ha comentado mucho que va para un puesto alto, algunos mediocres no le perdonan estos éxitos.

Adriana le dice que no exagere tanto, que si ella va a representar a su esposo en una reunión de cubanos, todos saben que él está preso por pelear por la liberación de Cuba.

—Cuando vengas a ver, nadie va a tomar en cuenta a Luis y mucho menos a ti. ¡Después no te andes quejando!

—¡Ay, Adriana, qué me voy a quejar yo! A la que le gusta andar con esa chusmería es a ti que nunca te habías sentido halagada. Pero yo los conozco a todos y sé que andan con su interés por delante. ¿Te crees que a mí me importa mucho que la Delia Henríquez no me invite? ¡No, chica, yo ni me molesto!

Se quedan calladas por un momento, el cual yo aprovecho para intervenir y preguntarle a Nieves acerca de su planificado viaje a Miami.

—Qué va, Alicia, el viaje a Miami se me atrasó, yo creía que Luis salía. Al principio no lo podía aceptar, me dio tanta roña que me provocaba ir a formar un escándalo al propio Palacio de Miraflores, pero me fui calmando, más que todo, por no irritarlo a él.

—Nieves, y este atraso a qué se deberá, porque tengo entendido que iban a salir los cuatro en estos días.

—Ellos siempre le explican a Luis lo que está pasando. Esta vez, los amigos de mi marido en el tribunal militar lo visitaron para decirle que todo se había entorpecido por la cantidad de trabajo que hay en los tribunales, que aunque han pagado horas extras no sale nada... Pero esa no es la verdad.

—¿Y entonces cuál es?, ¿qué es lo que vas a inventar ahora?
—increpa Adriana con agresividad.

—Oye, hazme el favor de dejarme terminar lo que estoy contando —hace una pausa y me mira—: si lo que argumentó la gente del tribunal fuera verdad, el doctor Uzcátegui no me manda el mensaje que me aclaró la cuestión. Resulta que todo el lío es político: por un lado los adecos los quieren dejar presos, y por el otro, los copeyanos están haciendo lo imposible por darles

la libertad. Además, tú sabes cómo es la pelea por los puestos, los militares adecos están forcejeando para quedarse con los puestos y los copeyanos aspirando... Eso es lo que mandó a decir el doctor Uzcátegui con el consultor jurídico de la Disip.

—¡Ah, pero tú no me habías comentado nada de eso! —le reclama Adriana.

—Pero si apenas lo acabo de saber, ¿qué quieres tú? Además de todo lo que a uno le vienen explicando cuando se retrasa el juicio, yo he llegado a la conclusión de que alguna influencia le ha quedado a Carlos Andrés Pérez en el gobierno, porque jamás podemos llegar a una solución; cuando estamos más cerca, pasa algo.

—De verdad que el Andrés Pérez debe estar presionando —agrega Adriana y, como siempre, omite el primer nombre del exmandatario—. Ya tenemos bastante tiempo esperando a que se termine este asunto, son varios meses desde que ganó Copei.

—Tampoco así, Adriana. Mi marido me decía siempre: ganó Copei, pero no vamos a salir del San Carlos al día siguiente del triunfo. Y es la verdad, lo que pasa es que esta espera me está poniendo mal, ya no aguanto mucho más.

Raimundo se había reunido con nosotras y estaba distraídísimo leyendo una revista americana. Cuando hizo un alto para tomarse un refresco nos ofreció a todas y volvió a su lectura.

—Está de lo más entretenido. —susurra Adriana señalando hacia mi esposo, y luego pregunta a Nieves—: ¿Y qué te pareció el *show* de los pollos?

—Imagínate, muy cómico. Como tú tienes tantos cubanos que te regalan últimamente, los “jaletis” más descarados por supuesto, esos que saben que a Bosch lo protege gente de arriba; te tienen que pasar esos sustos.

—Oye, tú siempre con tus puntas. Yo sé que el copeyano es Luis, no tienes por qué venir con ironías conmigo. Estoy tratando de contar algo gracioso y sales con eso.

—¿Y por fin descubriste el origen de los pollos? —inter-
vengo rápido para que las “amigas” no vuelan a enfrentarse.

—Sí, Alicia, los mandó un amigo de Orlando que tiene
fincas y polleras en Valencia. Es Gerardo Edmundo Dámaso,
un hombre riquísimo, que cuida en esa zona los intereses de
Rockefeller, además de sus propiedades, claro.

Lo que Adriana Delgado llama el *show* de los pollos es que
una noche que se encontraba fuera de su casa, le enviaron dos
neveritas de anime con seis pollos y seis docenas de huevos.
La conserje de Los Cedros, quien recibió este obsequio para
Adriana, dijo que el muchacho que lo había llevado no había
dicho de parte de quién era aquello.

—Cuando Orlando supo que había sido Gerardo el que
me había mandado los pollos, se alegró cantidad. Imagínate,
que un amigo tenga estos detalles, pero bueno, él siempre ha
sido así. Mi marido ha pasado largas temporadas escondido en
sus fincas. Gerardo está casado y tiene hijos, pero ellos están
en Miami, porque una vez se le metieron unos guerrilleros en
su propiedad y le dio temor que su familia siguiera viviendo
aquí en Venezuela.

—¡Pero qué tontería! —se mofa Nieves— Este cubano es
medio guajiro entonces, aquí en Venezuela no va a llegar nin-
gún comunismo, aquí hay mucho petróleo, mucha plata.

Nieves se voltea para recoger la toalla que se le ha caído y
le dice a mi esposo:

—Raimundo, se me olvidaba darte las gracias por las fotos
de la fiestecita que hicimos en la casa, quedaron muy buenas y
a Luis le encantaron.

—Entonces, no soy tan malo como fotógrafo...

—¡Qué va, te luciste! —lo elogia— Cuando yo te pedí el
favorcito de que llevaras la cámara a la casa, no me imaginé
que los resultados iban a ser tan buenos.

Cómo volaron el avión cubano

Cuando llegaba a La Pajarera para visitar a Freddy Lugo, vi a través de los barrotes que estaba con una persona uniformada. Al acercarme un poco más, reconozco al oficial que tantas veces había visto cerca de la celda de Lugo. Habíamos coincidido en varias ocasiones y siempre se mostraba muy agradable conmigo, por lo que cuando me vio llegar, salió a saludarme también, y con la misma se retiró para dejarme sola con Lugo.

—Estás en la buena —le bromeo a Freddy, quien achica los ojos cuando se ríe y dice que la gente importante como él tiene amigos militares que no solo se preocupan de informarlo, sino de visitarlo de vez en cuando.

—¿Y qué hay de nuevo que este oficial sepa?

—No, Llanera, él estaba aquí comiéndose unas empanadas. No hay nada nuevo, lo último tú lo sabes y es que nos quedamos metidos aquí unos meses más.

—Sí, me enteré que el tribunal militar les anunció que tendrían que esperar un poco porque tenían mucho trabajo.

—Eso es paja de esa gente. Para mí que el gobierno está buscando el mejor momento para decidir. Ya el caso del avión cubano es historia pasada, yo creo que nadie se acuerda de ese rollo. Tú misma pudiste ver que el día del aniversario los periódicos no pusieron nada del otro mundo, apenas unas noticias ahí que nadie debe haber leído.

—También Nieves me dijo que sus amigos influyentes, que saben del caso, están seguros de que el atraso del juicio viene porque los adecos y los copeyanos se están disputando los cargos en el tribunal militar; eso me lo contó el otro día.

—No le pongas mucho cuidado a Nieves, ella es muy habladora de pendejadas y sí es verdad que tiene amistades que están arriba, bueno, ella no, su marido, pero no es para que siempre se las sepa todas. Para mí que esa mujer debe de vivir de vaga, inventando vainas para distraerse.

Le explico a Freddy que al contrario, Nieves está ahora sin servicio haciendo los oficios de la casa y que para colmo se le dañó la lavadora. Él se ríe y me llama ingenua.

—Eso te lo cuenta para que tú te figures que ella es una mártir, así es este tipo de mujer, busca que la compadezcan.

—¿Tú también la detestas como Hernán?

—No, vale, es que esa tipa es muy chismosa y me cae mal.

Freddy se para y va a la nevera a buscar algo que, según él, a mí me va a gustar. Sale con una bandeja de cartón llena de dulces de pastelería y yo le acepto algunos, pero insisto en que él también coma, argumentándole que está flaquísimo.

—No, qué va, estoy en sesenta y nueve kilos y así me siento mejor que antes. Claro, yo sigo con la dieta, pero no tan estricta. También hago mis ejercicios en mi flamante bicicleta: ¡esa bicha me salió cara, pero me ha dado resultados, además, me sirve de entretenimiento en este encierro!

—Bueno, Freddy, pero con todo el atraso que pueda haber, tú estás casi afuera, ¿verdad?

—Sí, vale, eso es lo que más interesa. Yo estoy un poco preocupado solo porque no he decidido dónde me voy a meter por un tiempo. Mi familia cree que yo de aquí voy a ir directo para la casa, como si no hubiera pasado nada, pero no puede ser, yo tengo que cuidarme.

—Sí, pero no exageres, negro.

—Es que tú no conoces cómo son los comunistas, además, uno no sabe qué puede hacer la familia de esos muertos, el ser humano es muy vengativo.

Lo trato de convencer de que en Venezuela él va a estar bien cuidado por todos los ofrecimientos que ya le han hecho y que, por otro lado, la venganza no es tan fácil porque los familiares de las víctimas del siniestro de Barbados viven en Cuba.

—Sí, pero te digo que hay que cuidarse —agrega—. Claro que no hace falta andar con desesperos, ni exagerar la nota como

Hernán habla de ponerse chaleco e ir bien armado, o como Posada que mandó a blindar el carro... Esa gente está más loca que el carajo; se pasaron... Piensan que los comunistas los están esperando en la puerta del Cuartel. Yo te digo, Llanera, hay que andar derechito, pero tampoco se puede vivir pensando que a uno se lo van a echar nada más ponga un pie en la calle. Eso, si acaso, le pasará a Hernán, que se ha pasado de bocón.

—Sí, ¿y qué dijo ahora?

—No, no es nada nuevo, pero hacía tiempo que no lo decía. Tú no te puedes imaginar cómo nos ha perjudicado ese desgraciado... Yo no sé qué se puede hacer para mandarlo a callar. Figúrate que el muy sinvergüenza ha gritado en el patio de ejercicio que sí, que fuimos nosotros los que tumbamos el avión. Bueno, Bosch y yo lo que hicimos fue mirar para otro lado cuando el loco Hernán gritó delante de unos soldados y un oficial: “Nosotros pusimos la bomba... ¿y qué?”.

Freddy me mira de frente y me dice que él se explica mi cara de asombro, pero que no me preocupe porque el hecho de que estuvieran presentes otras personas no importa, pues la ley no acepta este tipo de testigos.

—Pero nos echa la partida pa'tras, quedamos muy mal aquí donde todo el mundo nos trata bien.

—¿Por qué tú crees que Hernán grita eso, negro? Alguna motivación debe de tener.

—Bueno, tú eres de mi confianza y te lo puedo decir, pero cuidado con repetir esto porque me hundes.

—Pero, ¿cuál es el misterio? Conmigo no tienes por qué andar con tantas advertencias, creo yo.

—De que fuimos nosotros es verdad, o sea, Hernán no está diciendo ninguna mentira. Pero igual hizo allá en Trinidad, le dio una vaina, no sé, empezó a confesar todo y cuando me vine a dar cuenta, ya estábamos más comprometidos que no me quedó otro recurso que hablar también.

La facilidad con la cual Freddy Lugo se me reveló definitivamente como culpable del crimen de Barbados no dejó de sorprenderme. Yo nunca pensé que esta confesión surgiera tan frontal, de una manera tan detallada. En realidad yo estaba esperando ansiosamente que él o Bosch hicieran alguna referencia al caso del avión, pero la frialdad de Freddy Lugo me permitía ahora profundizar más en la verdad.

—Yo me acuerdo clarito de todo y me provoca volarle la tapa del cerebro a Hernán Ricardo; ¿cómo se le ocurre echar pa' fuera la cosa?, como si fuera tan bueno estar en una cárcel. ¡Ah, pero ahí está jodido, bien encerrado!

—Entonces el avión estalló porque ustedes... —no me dejó terminar.

—Sí, a mí se me paran los pelos todavía, Llanera. Imagínate que algunos periódicos publicaron la acción casi igual como sucedió, y pensar que yo jamás hubiera creído que alguien sospechaba. Claro, pero Hernán es el culpable, en el avión mismo se comportó como un irresponsable. Se le podía ver lo nervioso que estaba porque él suda mucho, se le veía acalorado y no hallaba qué hacer con las manos, pasó un buen rato tapándose la cara con un periódico.

—¿Y tú no le decías nada, estabas tan tranquilo?

—Para que tú veas, yo a pesar de no ser tan veterano como Hernán, sabía lo que tenía que hacer, la cuestión era no salirse de las recomendaciones. Tenía mi maletín con las cámaras ahí, al ladito mío.

—¿Cómo pudieron poner el explosivo?

Freddy Lugo se queda callado. Yo me pongo más tensa de lo que estoy porque creo que él ha decidido parar de contar, pero no.

—¡Coño, Llanera, yo confío en ti, esto solo se lo he contado, cuando mucho a tres personas! —hace una pausa y se acomoda en la silla— Bueno, Hernán estaba agitado y dice que

va para el baño, lleva en los bolsillos su paquete. Cuando me doy cuenta de que no regresa, al rato, se oye que están dando golpes en la parte de atrás, en el baño. Era Hernán que se había quedado trancado y el mismo piloto del avión tuvo que irlo a sacar. Aquello fue un espectáculo, todo el mundo volteó a mirarlo. Cuando se sentó al lado mío, me di cuenta de que no traía el paquete que se había llevado en el bolsillo, y entonces le pregunto y me dice que después me da más detalles, pero que “aquello ya está listo”.

—Puso entonces la bomba en el baño...

—Eso mismo; además, ¿cómo crees tú que se quedó encerrado?... ¡Por los nervios!

—Eso fue saliendo hacia Barbados.

—No, qué va, estábamos ya cerca de Barbados. Además, lo que él hizo es muy sencillo, ya lo llevaba preparado, lo que pasa es que se enredó un poco, y yo entiendo, después me contó que era que él creía que iba a volar de una vez por el aire y le entró culillo. Es que eso es muy serio, Llanera, yo también me sentí muy angustiado.

Ahora le veo en la mirada una suerte de incertidumbre a Freddy Lugo. Sus manos nerviosas han recurrido varias veces a la cajetilla de Astor para calmar, con el cigarrillo, su ansiedad. Como haciendo un recuento para sí mismo, dice con voz queda:

—Todo estaba dispuesto para que saliera perfecto, se trataba de acabar con esos malditos comunistas, pero claro, Hernán con ese pasaporte falso y otra cantidad de errores, echó a perder el programa.

Me mira, y como si se diera cuenta de que yo quiero saber de qué errores habla, completa:

—Te voy a contar para que tú misma veas claro. Nosotros dos, del aeropuerto nos fuimos en taxi para el Hotel Village, pero Hernán con lo cagado que andaba le pidió al chofer que nos dejara en el Holyday Inn. Cuando pasó lo del avión, se

sintió ahí en el hotel, entonces Hernán sale de atorado a pedir una llamada a Caracas para hablar con Posada. Estuvimos discutiendo porque a mí no me parecía oportuno llamar a Posada, pero me salió con que él tenía más rango que yo y sabía lo que hacía —descansa y fuma el cigarrillo que se había empequeñecido en sus manos—. Lo cierto es que como no le pasaron la llamada rápido, se arrechó y bajó a reclamar. Por fin le dan la comunicación, pero en la recepción, y no encuentra a nadie y no sé por fin con quién habló. Estaba asustadísimo al terminar de hablar. Me dijo que subiéramos a la habitación porque había visto a varios hombres y uno le parecía sospechoso de ser del G-2 cubano.

—Pero, Freddy, tú podrías haberlo calmado un poco.

—No, vale, yo también estaba muy asustado ya, tú sabes, cuando uno anda con una persona así, se termina de completar. Bueno, después de hablar por teléfono, que subimos al cuarto, empieza a recoger todo y me dice que lo mejor es escaparse del G-2 cubano, que nos vamos al Hotel Village, al que según las indicaciones, deberíamos haber ido desde el principio. Yo me le negué y él me lanzó miles de amenazas y tuve que salir del hotel.

Vuelve a buscar la cajetilla de cigarros y saca uno que no enciende. Con un gesto de descuido le da golpecitos contra la uña del pulgar. Está ordenando los recuerdos.

—Subimos a un taxi para irnos al Village y Hernán iba hablando tanto que tuve ganas de mandarlo a callar. En una calle cerca del muelle, porque segurito que aquello era el muelle, aprovechó para echar al agua un paquetico que no me quiso decir qué contenía. Ocupamos una habitación en el Hotel Village y Hernán vuelve a llamar a Luis Posada o a Bosch, a quien le decía entonces mi jefe Paniagua, que era el nombre de guerra del doctor. Entonces, como no había nadie, no estaban ellos en la oficina, dejó el mensaje y los teléfonos del hotel para que lo llamaran de vuelta.

—¿Y tú no hiciste ninguna llamada?

—¡Ni loco! Yo andaba más o menos atendido a lo que hiciera Hernán, porque en realidad, cuando él me convenció a mí para que me metiera en esto, quedó muy claro que él sería quien decidiría en un caso de peligro. Así fue, de manera que ahí en el Hotel Village mete la pata, se pone a hacer llamada tras llamada para localizar al doctor Bosch. Al final es Posada quien llama desde Caracas y Hernán le explica que estamos en problemas, que no sabe qué hacer, pero que el bicho se cayó y dicen que hay sobrevivientes. Mira, Llanera, yo ahorita me acuerdo de eso como si lo estuviera viviendo, me acuerdo que Hernán le dijo al final a Posada: “Comunícale todo al jefe Paniagua”.

Un ruido en la reja nos hace suspender la charla, pienso que voy a perder la oportunidad de que Freddy Lugo termine de contarme la verdad acerca del siniestro hecho en Barbados, porque delante de otra persona no se atrevería a continuar el terrible relato. Lo que sí tenía muy definido era que Lugo había formado pareja con Hernán Ricardo para ejecutar la abominable acción ideada por Orlando Bosch y Luis Posada Carriles.

Miro a Lugo que habla con un soldado en la reja. Lo miro de cuerpo entero y siento un profundo desprecio por él, me parece increíble estar tan cerca de un asesino.

—Era el tipo que me trae la comida —me comenta al regresar a ocupar el puesto que tenía antes.

—¿Quién te mandó comida?, ¿no la quisiste recibir?

—No, chica, tú no te has fijado, siempre nos dan una ración, pero yo no la cojo casi nunca, porque me gusta más lo que me traen de mi casa, aunque aquí sirven muy sabroso.

—Y entonces, Freddy, ¿lo que contabas?, ¿qué pasó después? —le apremio con tacto.

—Espérate para ver —y se detiene a pensar—. ¡Ah, de ahí salimos a buscar un taxi para dar una vuelta por la ciudad!

Estábamos un poco alterados y nos hacía falta un poco de distracción. Por fin agarramos el libre y el chofer se pone a hablar de la caída de un avión que iba para Cuba. Hernán le sigue la corriente y empieza a pedirle explicaciones. Cuando el taxista le dice que hay cien muertos y más de diez sobrevivientes, Hernán se descontrola todo y casi grita: “Coño, eso sí está grave”.

—Lo que yo no puedo entender, negro, es tu tranquilidad.

—No, vale, yo estaba cagado, un poco asombrado. No te voy a decir que no sabía que explotaría el avión, pero a mí nadie me dijo cuándo, si en tierra o en el aire; claro, yo tampoco pregunté. Después que se cae el maldito avión es que me doy cuenta de que la cosa es muy seria, no porque se hubieran muerto esos comunistas, sino porque Hernán y yo pasábamos a ser sospechosos por habernos bajado en Barbados.

—¿Y cómo cayeron presos?

—Bueno, Hernán inventó que nos fuéramos a Trinidad, para salir del lugar donde más fácil nos encontrarían. En el hotel de Barbados dejamos el poco equipaje que teníamos, para despistar por si acaso la policía iba por nosotros. En Trinidad nos metimos en un Holyday Inn, me acuerdo que eran como las diez de la noche más o menos. Nos acostamos temprano porque la verdad es que los dos estábamos molidos. Pero en la mañana, tempranito, estaban unos negros en la puerta de la habitación tocando muy fuerte. Abrí yo y era la policía. Entraron y registraron cuanto les dio la gana y nos detuvieron.

Hace una pausa Lugo y se para...

—Déjame ir adentro a buscar algo que tomar, un cafecito o un jugo, ¿qué quieres tú?

Le digo que un jugo y agrega que le parece extraño que no haya llegado su familia a la visita, aunque también recuerda que su hermana Carmen le había prometido llegar con el almuerzo listo.

Cuando viene con los vasos de jugo, dice aún de pie:

—Pues, sí, Llanera, así fue la cosa. Hernán Ricardo viene a ser el gran culpable de que yo haya caído aquí, él me engañó. Decía que todo estaba tan bien planificado que era imposible que nos llegaran a descubrir. Y yo me confié mucho, nunca pregunté cómo era toda la acción.

—¿Y toda esta historia tú te la has guardado hasta ahora?

—¿Qué quieres decir?

—Que si todo lo que me contaste no lo declaraste a la policía.

—Ah, sí, cómo no, en Trinidad tuvimos que contar todo. Hernán fue el primero, empezó a protestar en voz alta y a decir que sí lo había hecho, que él era un luchador anticomunista. Pero cuando nos agarran por separado, para dar las declaraciones, Hernán quiso echarme el muerto a mí solo y yo no tuve más remedio que hablar la realidad; ya nada se podía ocultar, Hernán dijo todo primero, a mí me mostraron su declaración.

Freddy Lugo manifiesta que lo que más temía era que “aquellos negros” —como si él fuera rubio— lo torturaran:

—También se decía que Fidel Castro estaba esperando que nos mandaran a Cuba para hacernos un juicio y fusilarnos en una plaza pública. Yo te digo, lo que más miedo me daba no era caer preso ni mucho menos, sino que nos llevaran a Cuba, allá sí que nos podían volar la cabeza y ese gusto no quisiera dárselo nunca a los comunistas.

—Yo me acuerdo del alboroto que se formó con el caso —le digo— y también recuerdo que Asdrúbal Zurita les hizo una larga entrevista en el avión, cuando los traían a Caracas.

—Sí, vale, en medio de todo, ese día yo me sentía más confiado y estaba dispuesto a confesar todo, pues en el país de uno las cosas son distintas. Sin embargo, tú sabes cómo son los abogados, empezaron a dar consejos y no nos permitieron hablar nada. Nos llevaron a la Cárcel Modelo como a unos delincuentes... Nos trataron mal, es la pura verdad.

Freddy y yo miramos al mismo tiempo hacia la reja que se abría dejando pasar a Manuel Lugo, quien traía un paquete con frutas para su hermano. La conversación siguió, pero ya con otros temas.

Cuando salí aquel día del Cuartel San Carlos, iba con la confesión de culpabilidad de Freddy Lugo dándome vueltas en la cabeza, era una sensación de angustia lo que yo tenía, porque a pesar de que había logrado mi objetivo de empaparme de cómo volaron el avión cubano, habría preferido no tener que estar en tan dolorosa circunstancia, porque eran seres humanos como yo, como ustedes, los que perecieron inocentemente en esta deplorable acción terrorista.

La cena de Cocpac

—A ella le encanta estar en estas reuniones y comelatas de los cubanos, y no sabe lo que esa gente dice por detrás de Bosch —enfaticaba Nieves con su acostumbrado tono de resentimiento.

—No te pongas de una vez a pensar boberías de esas —le contesta Adriana mientras extrae de un maletín la ropa de dormir de su hija.

Habíamos ido a casa de los Posada porque Adriana no podía llevar a su niña a la cena de Cocpac que se efectuaría esa noche en el Hotel Tamanaco. La muchachita se iba a quedar al cuidado de Nieves.

—Mira, Alicia, si a mí me invitaran para todas esas cosas que hacen los cubanos, yo no iría, te lo juro. Ellos son muy amigos de estar dando discursos, pero nunca se les ha ocurrido sacar un remitido en la prensa respaldando a mi marido ni se preocupan de ir a verlo siquiera. Lo mismo es con Bosch, lo que sucede es que a Adriana le está gustando mucho el “figurao”.

La chilena con mucha inteligencia evade la alusión y dice:

—Bueno, entonces nos vamos, mañana te cuento cómo fue todo, porque cuando regrese esta noche, entraré sin hacer ruido.

Y en menos tiempo del que esperábamos llegamos al Hotel Tamanaco, donde en uno de sus lujosos salones se oían murmullos de voces de los invitados a la cena que aún no habían ocupado las sillas que estaban en torno a las redondas y decoradas mesitas.

—Voy a sacar las postales para repartirlas, traje suficientes —es lo primero que se le ocurre a Adriana Delgado, quien había llevado tarjetas impresas con la pintura que Bosch había hecho para un afiche del CORU, representando la bandera cubana con un paisaje de fondo.

Entre aquella cantidad de gente había algunas personas conocidas para mí, por ejemplo, mi exprofesor de Temas Contemporáneos en la universidad, doctor Marino Pérez Durán, a quien presenté a mi esposo y nos pusimos a conversar mientras Adriana repartía las postales.

Los grupos se agrandaban cuando alguien hacía su entrada triunfal y exclamaba el consabido “¡tanto tiempo sin verte!”, y se integraba a la tertulia. Era gente vieja casi toda, mujeres enjoyadas y caballeros empolvados con sus trajes de gala que entre suspiros recordaban la Cuba de ayer.

—Yo hago cualquier cosa por la libertad de Cuba —nos decía María Teresa de Cárdenas, una de las más “jóvenes” asistentes. Antes de poderle contestar algo, se acercó Adriana, a quien no conocía, y entonces se la presenté:

—Entonces usted es la señora de Bosch —le dijo amablemente la Cárdenas, extendiéndole una mano—. Yo soy tía de Raulito Bermúdez, usted debe saber quién es porque es muy conocido entre los cubanos, y más ahora que está metido en la política.

—Sí —responde Adriana—, en muchas ocasiones nos ha prestado su ayuda.

Parecía que todos los cubanos que viven en Caracas se habían citado esa noche en el Tamanaco y al hacer este

comentario, María Teresa de Cárdenas dijo que era una cosa muy especial, que ahí se encontraba la flor y nata.

—Por supuesto, tiene que ser así —explicaba—, es en honor al doctor José Rodríguez Iturbe, un hombre que ha defendido a los cubanos en este país y que lucha por los presos que se encuentran en la isla. Es un copeyano magnífico y, como yo, es derechista. Porque yo no me sonrojo en decir que no soy neutra ni de centro, soy de derecha y estoy superorgullosa.

Hay un movimiento hacia las mesas y María Teresa nos invita a que compartamos la comida con ella. Mientras esto ocurre, se observa que los encargados del acto preparan las condiciones en la pequeña tribuna que se montó para la ocasión: iban a comenzar a desfilar los que dirían su discurso, y así lo hicieron Díaz Carnot y Tebelio Rodríguez, el invitado, el diputado socialcristiano José Rodríguez Iturbe, conmovió a la audiencia al final.

—Tienes que escribir algo acerca de este acto, Alicia —me conminaba Adriana y me recordaba a las anteriores insistencias de su marido—. No todos los días se hacen estas demostraciones, los cubanos se ven muy unidos.

—Oye, va a hablar Tebelio —interrumpe la Cárdenas—. Ese sí es un hombre admirable, los adecos y Carlos Andrés, en especial, creían que quitándole la nacionalidad venezolana le iban a bajar la cabeza, pero que va, Tebelio está entero.

Y las palabras de Tebelio Rodríguez arengaban a luchar por la liberación de la isla ahogada en sangre por los comunistas, a colaborar con todas las iniciativas de los cubanos honestos y luchadores. Dijo lo que todos los asistentes querían oír porque las muestras de aceptación y simpatía se tradujeron en estruendosos aplausos.

Los invitados comíamos mientras los acalorados oradores subían sus voces y hacían resonar terribles amenazas en contra del gobierno de Fidel Castro.

—Así es —aupaba una señora que iba literalmente cargada de brillantes y con peinado enlacado, al estilo de los años cincuenta—. ¡Eso es lo que hace falta, tumbar al barbudo ese!

Pasaba el mozo que servía nuestra mesa y más vino era lo que solicitaban las engalanadas damas. Adriana, para no quedarse atrás, explicaba que en Chile, desde niños, los enseñan a tomar vino y que ella acostumbraba igual a su hija.

Estaba a punto de intervenir el doctor Rodríguez Iturbe, quien clausuraría el acto.

—Ahora va a hablar él —susurra embelesada María Teresa de Cárdenas—, es de lo más inteligente, habla bellísimo.

—Y sobre todo, es muy amigo de los cubanos —agregó.

—Sí, nos defiende y apoya en toda esta lucha en contra del castrismo. Lo de él no son palabras, esta noche, incluso, podemos palpar los resultados: mira las primeras mesitas, el señor de canas que está ahí es Laura Blanco, un cubano que salió de la cárcel por diligencias de los copeyanos como Rodríguez Iturbe.

—Sí, han salido muchos en estos últimos meses.

—Pero no todos de confiar, Alicia —remata la Cárdenas—. ¿Tú crees que Fidel tiene un pelo de tonto? Él ha mandado para afuera de todo: espías, delincuentes y los menos, son la gente que vale. Nosotros tenemos la política de ayudarlos a todos, pero yo en particular no les doy mucha confianza.

—Ya va a empezar el discurso —dice Adriana bajito.

José Rodríguez Iturbe, joven diputado socialcristiano, es uno de los más ardientes oponentes del gobierno socialista de Cuba y de su presidente Fidel Castro. Los exiliados cubanos radicados en Caracas tienen en él un vocero fiel de sus campañas, protestas y acciones tendentes a derrocar a Fidel Castro del poder. En esta ocasión, Rodríguez Iturbe ha hecho un encendido discurso, donde manifestó, además de su acostumbrada solidaridad con los cubanos del exilio, el compromiso

del gobierno copeyano recién elevado a la presidencia de la República, de cooperar en todo lo que esté a su alcance.

—¡Qué bien habló! —exclama Adriana Delgado, como contagiada por la euforia general. Después baja la voz y me dice casi al oído—: ¡Qué ingratitud!, a Tebelio no se le ocurrió ni siquiera sugerirle a los oradores que expresaran algo a favor de Orlando.

María Teresa de Cárdenas me toca el brazo e invita a que nos paremos a dar una vuelta para presentarnos a algunas personas.

—¡Ay, sí! —contesta Adriana alborotada—, a mí me interesa porque a nosotros nos hace falta hacer contactos para el futuro, porque cuando Orlando salga hay que cultivar muchas amistades, para que den su aporte a la causa.

—Hay cubanos medio agarrados —asevera María Teresa—, pero eso no tiene importancia, pues más adelante se conseguirán otros que colaboren con buen dinero; lo principal ahora es que Bosch salga de la prisión y eso como que está listo, según sé por los comentarios.

—Cuenta, cuenta —se apresura Adriana.

—No sé nada que tú no puedas saber. Tengo entendido que ustedes lo que están esperando es que les digan el día exacto, más nada. Me imagino que el doctor Bosch se irá a Venezuela mientras pasa el bullicio de la excarcelación, porque después podrá regresar muy tranquilo, ya que Copei va a gobernar bien y no habrá esa inseguridad que hubo con los adecos.

Fuimos conociendo cubanos que nos presentaba María Teresa y, por supuesto, Adriana aprovechaba para regalar la postal pintada por su marido y hablar de los sufrimientos que él pasaba en la cárcel.

De pronto, estamos cerca de un grupo donde los dirigentes de la Cocpac conversaban animadamente y María Teresa nos llama la atención para señalarnos que ahí están el viceministro

del Interior, doctor Aristiguieta Gramcko, y otros funcionarios. Sugiere de inmediato que nos acerquemos para que Adriana pregunte por el caso de Bosch.

—¡Ay, sí, qué buena idea! —acogió con gusto Adriana.

Y nos acercamos al viceministro, y la mujer de Orlando Bosch le planteó sus preocupaciones, sobre todo le preguntó cuándo quedaban en libertad los presos del caso del avión cubano. El funcionario le respondió:

—Yo no he visto ese expediente, pero tampoco está considerado el sobreesimiento de la causa. Sin embargo, no se preocupe que todo se solucionará a su debido tiempo.

Después de esta respuesta, Adriana razonó en voz alta que era verdad que Bosch no saldría tan pronto como ella quería, pero que todo el que hablaba del problema se refería a su inminente solución.

La mano de Bosch en el sabotaje

Cuando salió publicada la noticia de que Huber Matos visitaría a Caracas, el comisario de la Disip, Tomás Colmenares, me llamó por teléfono a mi oficina de la Torre de la Prensa, para comentarme la noticia que salía en el vespertino *El Mundo*.

—Doñita, la estoy llamando por si acaso su amigo Bosch quiere una entrevista con Huber Matos, yo estoy en capacidad de concertarla.

Me lució un poco extraño en aquel momento que Colmenares estuviera propiciando este encuentro, pero me doy cuenta que era otra patraña urdida por los interesados en que la voladura del avión cubano quedara como un acto de lucha y no como lo que realmente era: un crimen.

La sugestión del comisario se la llevé a Bosch, quien me dijo tajantemente:

—Si Huber Matos me quiere ver, que sea él quien venga.

—Así es —agrega Adriana—, yo opino que tú no le debes de dar importancia a Huber Matos.

—Nada, yo mejor espero que se desenvuelvan las cosas. Como luchador y hombre de honorabilidad, le hice una carta cuando salió de las cárceles comunistas de Cuba. Ni una palabra he recibido como respuesta, pero yo tengo mis hombres que me informan y sé perfectamente qué es lo que pasa.

Seguidamente se levantó y estiró su franela blanca. Fue hacia la cocina, donde hervía el café que nos había ofrecido a Raimundo y a mí, y nos sirvió. Luego, en su acostumbrado vaso, ligó café con Coffee Mate, y mientras lo revolvía decía:

—Ahora les voy a contar algo muy secreto, que solo por la confianza que tengo depositada en ustedes lo cuento. Resulta que un hombre de mi grupo, un seguidor mío de los más fieles, habló con Meza y con Vicente, dos personas también incondicionales, y Vicente, que está ahora con Hubert, le contó que él mismo le leyó la carta a Matos y que la reacción de este fue muy fría, no opinó nada en absoluto.

—¡Increíble! —expresé con tono de asombro.

—Así es —repuso Bosch—, porque tanto Vicente como Meza son hombres de mi confianza desde hace diez años, por lo tanto no me van a venir con mentiras. Vicente fue el “relojero” de mi grupo en todas las acciones donde hubo bombas de por medio. Parece pues que Hubert Matos está fallando, porque si unimos su imagen de patriota martirizado con la aguerrida e invencible que yo tengo, sería un impacto muy grande, pero me da la impresión de que está sirviendo a otros intereses que no son los del destierro.

—Orlando, ¿es que a ti se te olvidó lo que nos contó Avignon?

—Es verdad, la chilena tiene memoria. Avignon nos contó que cuando Hubert llegó a Miami, fue recibido con mucha frialdad. En su discurso hablaba de una lucha que pasó a la historia, porque a Castro no se le puede tumbar con conferencias,

ni entrevistas por la televisión. Dice Avignon que la gente gritaba: ¡Guerra, guerra!... ¿Y qué indica esto? ¡Que los cubanos están deseosos de que nosotros, los verdaderos revolucionarios contra el comunismo, emprendamos acciones que se sientan!

—Pero yo creí que usted y Matos eran amigos desde Cuba —le comenta Raimundo.

—No exactamente. Vaya, sí lo conocí allá, supe todas las cosas que él hizo. Mira, chico, si Hubert Matos tiene una actitud negativa hacia la manera de hacerle la guerra al comunismo, si Hubert “se quiere correr”, yo me voy a gastar todo lo que tengo publicándole remitidos en Miami, Puerto Rico y Caracas, incluyéndole todos los crímenes y atrocidades que cometió en Cuba a cuenta de comandante de la Revolución... En el fondo, Hubert Matos lo que viene siendo es un fidelista.

—Me gustaría entrevistar a este hombre —digo.

—No, Alicia, para qué te vas a molestar, Hubert Matos no lo merece —salta Adriana.

—En realidad, Hubert no es nada interesante como personaje —refiere Bosch—, lo que él ha hecho hasta ahora es contar la misma bobería de la cárcel, que si hizo huelgas, que si durmió en cueros..., todo lo está abultando. Lo que puede interesarte a ti como periodista es cómo enfrentará la guerra este hombre, qué relaciones va a establecer con nuestros aguerridos grupos. Pero todo esto lo tiene a él sin cuidado, sus asesores parece que le prohíben hablar del tema, por lo tanto, ni te molestes en entrevistarlo.

Esta conversación se efectuó un poco antes de llegar Hubert Matos a Caracas, precedido de una gran publicidad y de un recibimiento especial por parte de connotadas personalidades copeyanas y gente de derecha, incluidos los cubanos anticastristas.

—Oye, lo recibieron como un primer ministro —comenta Adriana mientras lee el periódico.

—Ya está bien, Adriana, va a parecer que uno le tiene envidia a este hombre y en realidad lo que yo siento es rabia, porque un tipo vendido como este, que se ve que la CIA lo está manejando, no debería de ser tan homenajeadado... ¡Es un fraude!

—Vamos a ver si toma la iniciativa de venirlo a ver a usted, doctor —le asomo a ver qué opina.

—Mira, Alicia, si él viene es porque le da la gana, porque lo que soy yo, no tengo por qué decirle que venga, ni que se acerque hasta mi prisión. Si te pones a ver, el preso soy yo, el que está sufriendo el cautiverio por la causa de la Patria desgraciada soy yo. Él anda por ahí, bien comido y bien vestido, dando conferencias, paseando por el mundo.

—Sí, pero estuvo también encerrado una cantidad de años —argumenta Adriana—, y te recuerdo esto para que no te olvides porque habrá quien no te catalogue de inhumano.

—¡A mí qué me importa eso, coño! —grita Bosch— Yo hubiera salido después de tanto tiempo de la cárcel a pelear, a enfrentarme al dictador, y no a dedicarme a dar charlas que no conducen a nada.

Había pasado varios días en Caracas y el comentado excomandante guerrillero Hubert Matos no había ido al Cuartel San Carlos, y mucho menos se había referido en sus declaraciones a la prensa a los implicados en el sabotaje al avión cubano en Barbados.

—Estuvo ahí cerquita —decía Adriana con rencor—, fue al Panteón Nacional y no se le ocurrió llegar hasta aquí.

—A él no le interesa, Adriana. Tú no ves que teme que yo le pueda opacar su visita a Venezuela. Él sabe que el líder soy yo, que él es un hombre sin mucha instrucción... ¿Qué puede saber un maestro de escuela, chica?... ¡Eso es lo que Hubert es, un simple maestro, sin ninguna preparación política! ¡Hay que ser bruto para no aprovechar estos momentos en que la dictadura de Castro está tambaleándose!

Orlando Bosch enciende su tabaco dándole vueltas lentamente. Adriana se retira a arreglar algunos víveres en la cocina.

—Él ha querido humillarme —dice Bosch con rostro pensativo—. Pero yo soy muy hombre, muy cubano íntegro y moral para caer en esas bajezas. Yo no le perdono a Ignacio Castro el papelazo que está haciendo.

—¿Y qué es lo que ha pasado, doctor?

—Te lo cuento a ti, Alicia, para que veas hasta dónde llega la traición de Hubert Matos. Antes de irse de Caracas, por fin se acordó de que yo estaba preso y me manda de alabardero a Ignacio para que me diga que Hubercito, su hijo, viene a visitarme.

—¿Y por qué vino Ignacio?, ¿qué tiene que ver con este asunto?

—Bueno, es que Ignacio ha estado correteando con Hubert, llevando fotos a los periódicos, haciendo las relaciones públicas de la comitiva... Metido como siempre, porque cree que puede sacar algún provecho. Bien, pero ese no es el asunto. Sabiendo Ignacio cuál es mi posición, se vale de nuestra amistad y me aconseja que lo mejor es que yo reciba al hijo de Hubert. Yo me negué.

—Pero Adriana me dijo que, al fin, había venido...

—Sí, vino, es verdad. Pero estuve a punto de echarle una broma. Antes de la hora acordada, me tomé varias pastillas de Valium para quedarme dormido y no recibirlos, pero ellos se me adelantaron.

—¿Qué recado le mandó Hubert Matos, doctor?

—Basura, pura basura. El hijo es quien lo maneja. Ellos piensan que van a tumbar a Fidel con esa actitud de líderes de salón que los americanos, seguro, le han pedido que mantenga. Pura hipocresía, vieja. Yo no hablé casi nada ni reclamé ni mandé ningún tipo de mensaje.

—Entonces, ellos vinieron a perder su tiempo con usted.

—Desde luego que sí: yo sé respetar el puesto que la historia me tiene reservado. Yo creo, y eso he jurado ante el altar de la Patria, que el luchador no debe doblegarse ante ningún interés que no sea el de sacar a Cuba de manos del terror comunista. Hubert me manda a su hijo como si él fuera el que está arriba y yo en el piso... ¡Que no sea tan cabrón él, que se quede con su traición!

Se levanta del asiento y comienza a pasearse como una fiera enjaulada. Bosch está irritado y habla muy alto, como si estuviera solo:

—Hubert Matos no merece tanta publicidad ni tanta mierda, es un hombre incapaz de emprender una lucha como la mía, cargada de sacrificios, cárceles e incomprensiones... ¡Coño, no es capaz de meterle mano a un avión cargado de comunistas, como yo lo hice en Barbados y como lo tendré que seguir haciendo!

Me quedé petrificada... Había oído bien, Bosch se declaraba autor del crimen de Barbados. Tuve temor de que él pudiera notar en mi cara alguna señal, algún color que denotara el impacto que acababa de recibir.

—Porque es así, Alicia, la guerra no puede hacerse con palabras. Hubert Matos estuvo en la cárcel, es cierto, pero él no me puede desconocer a mí como el líder auténtico del exilio, al líder a quien siguen los verdaderos patriotas.

—Es verdad, doctor, pero cálmese un poco, porque si usted cayó preso por lo de Barbados, ya está a punto de salir.

—¿Pero tú consideras justo que un individuo como este se esté dando lija a costa de un presidio?... Porque hasta el momento no ha demostrado resolución de combatir a Castro. ¿Tú crees que es justo que Hubert Matos me ignore a mí que no he hecho otra cosa que pelear denodadamente y con coraje contra Castro y su pandilla de rojos ladrones?

—La verdad que es muy extraño que él mismo no se haya presentado aquí —le respondo con mucho tacto, hilvanando

todo muy bien, tratando de llevarlo nuevamente hacia el tema del avión cubano.

Enciende su tabaco que yacía apagado en el cenicero de peltre azul y con un poco de más calma relata:

—Ignacio tuvo la osadía de venirme a ver después de este episodio y trató de convencerme de que Hubert consideraba correcto lo que había hecho con respecto a mí, porque él tenía otra forma de plantearle la oposición a Castro.

—Pero lo cortés no quita lo valiente, como reza el dicho popular —le digo.

—Oye —salta Bosch—, tú me vas a hacer un favor, Alicia: escribe un artículo acerca de este acto de deslealtad de Hubert Matos, ponle el título de ese refrán, no puede ser mejor. Quiero demostrarle a ese pobre hombre qué es él, que yo tengo mis influencias, que yo me hago valer. Ignacio me dice que Hubert no está de acuerdo con acciones como las del avión... Está bien, pero eso no quiere decir que no sea lo suficientemente político para sentarse a conversar conmigo, para plantear con sentido de unidad patriótica esta guerra.

—Pero si tú no estuvieras preso, seguro que te habría buscado y hasta se alista bajo tus órdenes —opina Adriana.

—Me hubiera negado, yo no trabajo con blandengues. Yo conozco a todos los capitanes de Matos, y muchos de ellos dicen que este hombre no da la talla políticamente, que donde habla parece un viejo lastimero que solo dice lo que vivió en la cárcel, que si las huelgas, que si los chícharos que le daban de comer..., puro lamento.

—Bueno, mi amor, cuando tú salgas, él tendrá que quitarse del medio y ya está, no te sigas disgustando porque te hace daño para los nervios.

Bosch no le hace caso a su mujer y sigue hablando. Ahora se refiere a que también lo tiene contrariado el problema de su salida de la cárcel.

—No hay día en que no maldiga a Hernán Ricardo, qué descardo es este muchacho, si él no arma todo este lío, si él no se va de boca y empieza a decirlo todo, yo estoy seguro de que no nos hubieran agarrado a nosotros.

— Pero, bueno, Orlando, ¿tú crees que ese es tan tonto como para dejarse poner preso solo?... Tampoco Lugo se lo iba a aceptar. ¡Son unos mediocres, no están por la lucha ni por el compañerismo!; si hubieran sido otros se quedan callados y no te acusan a ti ni a Luis.

—Pero si a veces pienso que ni ellos mismos se dieron cuenta de lo que estaban haciendo. Cuando hacen las llamadas, se nota que están cagados, y en lugar de pedir a los nombres que les habíamos dicho, a Hernán, que fue quien llamó, no se le ocurrió otra cosa que llamar a Luis por su nombre y dejarme un recado a mí, con el apellido del pasaporte con que había entrado a Venezuela, que era Paniagua.

—¡Pero qué locura! —acoto.

—Eso no es nada —agrega Bosch—. Hernán, en el hotel de Trinidad, se pone tan nervioso, que todo el mundo se da cuenta, llama la atención. De manera que cuando las autoridades de allí los van a detener a los dos, Hernán cae en otro error tremendo: en un acto de prepotencia le dijo a los policías que él era miembro de la Disip y le da un nombre que no era el que tenía en la documentación. Lo detienen y se dan cuenta del pasaporte falso que portaba.

—¡¿Pero cómo se lo pudo ocurrir decir otro nombre?! —comenta Adriana—; ya con el que tenía en el pasaporte, que no era el suyo, resultaba suficiente. Figúrate, tres nombres, porque después tuvo que decir el verdadero.

—Hernán llevaba un tremendo pasaporte —dice Bosch—. Estaba todo tan bien combinado, que cualquiera podía llamar a Venezuela y confirmaba que ese pasaporte servía. Sin embargo, lo primero que sale en la prensa es que Hernán Ricardo

se dejó agarrar por el pasaporte y por estar hablando con un taxista de la explosión del avión.

—¿Usted no conocía bien a Ricardo, doctor? —pregunta Raimundo.

—Sí, como no. Sucede que a mí no me hace falta pasar la vida al lado de alguien para saber cómo es. Desde septiembre que llegué aquí a Caracas, Luis me puso en manos de Hernán. Él me llevaba a hacer diligencias, a reuniones y le vi condiciones, y además, ya Luis me había dicho que era el individuo para lo que nosotros queríamos hacer en el avión. Hernán ya había realizado unas cuantas acciones a favor de la causa, dirigido por Luis, quien le tenía un sueldo de dos mil quinientos bolívares como empleado de la ICI, la oficina de investigaciones que él tenía.

—¿Pero Lugo no trabajaba con Posada, creo?

—No, chica, él andaba ayudando siempre a Hernán y es a lo último cuando este nos lo recomienda. Posada me dijo que podía confiar en él. Después vi a Lugo en varias partes, pero estreché relaciones con él cuando ya se daban los últimos toques a la acción.

Hace una pausa Bosch y asume una actitud meditativa.

—Parece mentira que Hernán nos haya hecho tanto daño. Las primeras declaraciones que hizo, que quedaron registradas en Trinidad, fueron una verdadera denuncia, nos comprometió a todos... Por Hernán cayeron en la cárcel diecisiete personas.

—Usted ya no contará con ellos para la lucha futura, me imagino.

—Imaginas bien, yo no puedo trabajar con este tipo de elementos; además, él y Lugo son muy mediocres, de nada me van a servir.

—Mira, no hables así, ya eres de nuevo amiguito de Lugo —le dice Adriana en tono de juego.

—Eso qué importa. La chilena cree que yo olvido fácilmente. Yo no, Alicia. Tú, por ejemplo, me haces favores, estás pendiente de darte una vuelta por aquí, en fin, Raimundo también... ¡Eso yo no lo olvido nunca, pero tampoco se me olvida la gente que me hace algo malo!

Cuando Adriana se disponía a limpiar la mesa para servir, llegó Ginjaume a la celda.

—¿Cómo tú andas, viejo? —lo saluda Bosch—. Yo creí que ya no venías hoy. ¿Qué se dice por ahí?

—Lo mismo, se habla todavía de la visita de Hubert Matos, tú sabes, cubanos que se creen que porque este hombre estuvo preso ha dejado de ser comunista. Para mí Hubert Matos es rojo: ¡hay que ver toda la gente que mató en sus días de gloria y la cantidad de propiedades que nacionalizó! Hay muchos cubanos que se humillan llamándole comandante.

Adriana llama la atención porque el almuerzo está en la mesa. Yo me despedí aquel sábado rápidamente, negándome a almorzar porque sabía muy bien que, después de la gran impresión recibida durante ese rato con Bosch, no podría pasarme un bocado de comida compartido con él.

Había logrado llegar a la verdad, había persistido..., hice todo lo que estaba en mis manos para llegar al fondo del caso. Y aunque estaba preparada para oír cualquier monstruosidad, tuve una reacción de inquietud extraordinaria, me dieron náuseas, tuve miedo, mucho miedo. Sin embargo, el mayor miedo era que estos hombres salieran de nuevo a la calle, a la libertad, como todo parecía indicar.

IX

El otro expediente

—Le he comprado regalo a todo el mundo, se van a quedar asombrados con las cosas que llevo porque no son boberías, son regalos caros y bellos —comentaba Adriana Delgado mientras hacía los últimos preparativos de su viaje a Chile para visitar a su familia después de casi cuatro años.

El viaje a Chile había sido motivo de discusión entre Adriana y Bosch. Ella pensaba aplazarlo porque creía que en esos días quedaría su marido en libertad y no iba a estar presente. Le preocupaba mucho que él saliera hacia otro país y luego no pudiera localizarlo. Sin embargo, más importante era para Orlando Bosch la misión que le había encomendado a su mujer: Adriana debería hacer diversos contactos en Santiago de Chile para preparar las condiciones de un posible regreso de su marido hacia esa capital una vez quedara fuera del Cuartel San Carlos.

—Yo quisiera quedarme en Caracas —aspiraba Bosch en aquel entonces—, pero no sé todavía qué va a decidir el gobierno hacer con nosotros. Brasil, que era otra buena posibilidad, ya no puede ser. A Estados Unidos, ni hablar, ahí no me dejan entrar. España está muy lejos y lo más seguro para mí es Chile..., está también lejos, pero es un país donde tengo amigos y apoyo para seguir adelante con esta guerra.

La noche anterior al viaje estuve en casa de Adriana por solicitud de ella. Me había pedido que la ayudara con el peinado que se quería hacer, porque no había tenido tiempo de ir a la peluquería y quería dar una buena impresión al llegar a su país.

—Si llego mal arreglada van a pensar que me estoy muriendo de hambre o que mi marido me tiene mal, y como eso no es verdad...

—Me consta —le contesto.

—Tú lo dirás jugando, pero para ir a Chile he reunido bastante plata. Orlando me ha pasado todo lo que últimamente ha recibido, más lo que yo tenía guardando: suficiente para pasarme un mes o más allá, si yo quisiera.

—Me imagino que el gasto grande es el de los pasajes, ¿verdad?

—Sí, están carísimos, pero yo no tuve que hacer ese gasto, tenía un ofrecimiento de Salvador Romaní y lo aproveché. Él me había dicho, hace un tiempo, que cuando necesitara pasajes para ir a Santiago me los regalaría, así que sin pensarlo mucho lo visité y se lo recordé.

Mientras conversábamos, Adriana arreglaba dos maletas al mismo tiempo. Decía que le había comprado muchas cosas a su hermana porque era joven y le gustaba presumir, que además llevaba mucha ropa de ella y de la niña que ya no usaban, para repartirla entre sus familiares.

—Es que ha pasado tanto tiempo que no los veo, que no puedo aparecerme con las manos vacías. Además, ellos saben que estoy con Orlando, que es un hombre importante, un líder famoso, y lo menos que puedo hacer es llevar dinero y regalos.

La cantidad de cosas que está poniendo Adriana en la maleta me hace pensar que se quedará mucho tiempo en Chile. Ella me ha sacado de mi duda y dice que no se quedará más de un mes, porque está pendiente la salida de Bosch.

—Oyeee, yo quería pedirte un favor —me dice con expresión de ruego—: no dejes de pasar por el Cuartel a ver a Orlando, que se va a sentir muy solo en todo este tiempo. Yo sé que a él lo va a visitar mucha gente, pero estoy segura de que si tiene urgencia de algo, solo podrá acudir a personas de su confianza, como ustedes.

Repica el teléfono y Adriana va a atenderlo rápidamente. Me hace una señal para indicarme que es Bosch quien la llama. Conversan generalidades. Ella le hace miles de recomendaciones, entre otras, que acuda a nosotros para lo que necesite. Cuando ya se van a despedir Adriana Delgado hace el esfuerzo por saltar una lágrima: puchero tras puchero, y no le sale. Por fin desistió de la comedia sentimental y se despidió de su marido.

—Orlando está preocupado por mi viaje, dice que tenga cuidado, que no hable con personas extrañas y mil tonterías más. Menos mal que el coronel le permite usar el teléfono del Cuartel hasta de noche, porque ¿tú te imaginas lo que sería de él si no me puede llamar?

—Sí, entiendo, pero el teléfono también se lo prestan a Freddy Lugo... Me ha llamado dos veces a mi oficina de la Torre de la Prensa.

Se interesó Adriana por saber por qué Lugo me había llamado tanto, opinando que era un atrevimiento de su parte molestarme en mi trabajo.

—No, Adriana, era que me había pedido el favor de que le entregara una carta al director de *El Mundo* y quería estar seguro de que yo lo había hecho.

—Seguro que le estaba pidiendo dinero a Romero —exclama Adriana con mala intención—. Ahora todos se están aprovechando del caso.

—Pero si los cuatro están metidos en lo mismo, tienen derecho de aprovecharse por igual, ¿no crees tú?

—Sí, pero ellos a veces se olvidan de que Orlando es el jefe, de que si no es por Orlando ellos estarían limpios, sin un centavo. Después de todo, mi marido fue el cerebro del asunto de Barbados, fue quien preparó todo junto con Luis lo que se hizo... tú sabes porque él te lo contó la otra vez.

Desde que Bosch se me había revelado como culpable del atentado al avión de Cubana de Aviación, su mujer hablaba del hecho con frecuencia y con el mayor desparpajo; daba la impresión de que ella necesitaba rememorar la “hazaña” de su marido, para sentirse importante... ¡Hacía falta ver la expresión de su cara!

—Yo no creo que Lugo esté escaso de dinero —le explico—, porque me estuvo diciendo hace poco que con el sueldo de la Disip y otras entraditas que tiene está tranquilo.

—¡Ay, chica, eso dicen todos!, pero cuando ven la posibilidad de pedir un poco más, lo hacen.

Adriana sigue organizando su equipaje. Lleva también un pequeño bolso para los cosméticos, los cuales no le caben y está decidiendo qué hacer cuando la niña rompe algo en el baño y sale a poner el orden.

—Eso de las contribuciones es todo un lío —dice al regresar—; yo, por ejemplo, recibo algunas, pero la mayoría de lo que mandan va directamente a manos de Orlando, claro, es lógico que los cubanos se quieren congradar con él. Hay gente como Hildo Folgar que, yo creo que te he dicho, es muy espléndido conmigo. La última vez que estuve en la consulta fue cuando el aborto, ¿te acuerdas?

—Sí, cómo no, me dijiste que te había regalado dinero.

—Sí, mil bolívares. Yo, la verdad, estaba apenadísima; era el segundo aborto que me iba a hacer con él, pero no me quedaba más remedio. En este país hacerse un aborto es ilegal, y teniendo a Hildo, yo no me iba a poner a inventar buscando una clínica por ahí.

Nos interrumpe el teléfono nuevamente. Habla la mujer de Bosch pocas palabras, de una manera formal y respetuosa, pero al terminar, brinca de la alegría y grita:

—¡Qué suerte, qué suerte!

—¿Qué pasó? ¿Hay buenas noticias?

—Buenísimas, ¿tú sabes quién llamó?

—Ni que fuera adivina...

—Nada menos que Gerardo Edmundo Dámaso, está en el hotel Hilton, donde siempre tiene una *suite* a su disposición.

En vista de que yo no tenía idea acerca de quién era el personaje que la había alborotado tanto, Adriana me explicó que se trataba del mismo que le había estado mandando pollos y huevos, que era un íntimo de Bosch.

—Sí, ya sé quién es —le aclaró—, solo que tú ahora has recitado todos los nombres de esta persona y antes solo hablabas de Gerardo el de los pollos... pero, bueno, ¿qué noticia te dio, es algo de la salida del doctor?

—No, chica, qué va a saber él de eso. Nada, que me anunció que vendría por aquí esta misma noche una persona de su confianza a traerme algo, no me dijo qué, ¡espero que no sean pollos!

—¿Él sabe de tu viaje a Chile?

—Sí, Orlando le contó. Ellos son muy buenos amigos. Figúrate que cuando mi marido vivía en Santiago, Gerardo lo llamaba por teléfono desde su *suite* del Caracas Hilton. Es una gente que no escatima dinero, siempre coopera a manos llenas.

—Entonces, yo creo que te mandará dólares esta noche...

—¡Ay, chica, ojalá! Estoy loca por saber qué será o cuánto será, porque tú tienes razón, eso que viene es plata. Me voy a dar gusto en este viaje, ya está bueno de ser la pendeja, la sacrificada esposa de Bosch... Que hablen lo que quieran los cubanos envidiosos.

Cuando tocaron el timbre de la puerta, Adriana se paró como impulsada por resortes. Habló brevemente con un

hombre que le entregó un sobre blanco. Cerró la puerta y comenzó a brincar.

—¡Mil bolos, son mil bolos, qué bueno!

Nunca antes había visto tanta avidez en Adriana por el dinero. Se refería atropelladamente a todo lo que se compraría, a la suerte de tener la Tarjeta Bosch, a sus ahorros y “otro dinero que me tienen por ahí”.

—Si Nieves sabe que me enviaron dinero a mi propia casa se muere de rabia —refería con su rostro alterado, rojo por la emoción que le proporcionaron los mil bolívares—. Aquí entre nos, los cubanos no se molestan mucho por complacer a Luis, en cambio a mi maridito lo tienen en cuenta para todo. Luis recibe mucho dinero, pero de gente ligada a la política, a Copei y a la Disip. Yo cada vez que veo a Colmenares en el Cuartel San Carlos, me hago la idea de que va a llevarle plata a Luis. Nieves me ha dicho que este Colmenares es la mano derecha de Remberto Uzcátegui y es así, porque de lo contrario no estaría tan atento al juicio, a llevar y traer noticias, dinero... A mí él no me termina de caer bien, no sé, lo noto parcializado por ayudar a Luis... Es un negrito pedante.

Le respondo a Adriana que yo a Tomás Colmenares lo conozco poco para dar una opinión de él, pero que desde que Bosch nos lo presentó a mí y a mi esposo, él ha llamado varias veces por teléfono y que, como ella recordaría, cuando Hubert Matos visitó a Caracas, el comisario me pidió que tratara de concertar una entrevista entre Bosch y Matos.

—¡Ah!, sí es verdad que tú lo comentaste. Pero, ¿Raimundo le compró por fin lo que él quería?

—Sí, le traje de Miami unas cartucheras y no sé si un perfume, algo así. Él fue a recibirlo al aeropuerto y después Raimundo lo invitó a subir a la casa donde se tomó un trago con nosotros.

—¡Qué metido es ese hombre! Como sabe que tú eres periodista y que tu marido tiene negocios está buscando la manera de

hacer amistad con ustedes. Tengan cuidado con ese Colmenares, que no es hombre de fiar.

Para hacerle algo en el cabello a esta mujer hay que ser muy buena peluquera y yo de la materia sabía poco. Apenas le hice los rollos ya se le estaban cayendo.

—Es que ese pelo mío es muy lacio, además, como no me lo pude cortar se me paran las puntas como un erizo —se lamenta Adriana.

—Adriana —le cambió la conversación—, ¿tú crees que puedas conseguir la permanencia del doctor en Chile?

—Sí, yo sí lo creo, allá a él le sobran buenos amigos en el gobierno. Yo nada más llegue, voy a gestionar unas cuantas entrevistas y de los resultados veremos qué se puede hacer.

Hace una pausa y comenta con cierta preocupación que a ella no le gustaría volver a vivir en Santiago, que solo si su marido no podía conseguir lugar en otro país, ella hará ese esfuerzo.

—Pero ese es tu país, mujer, ¿cómo es que no te gusta?

—Está bien, claro que es mi país y por eso lo adoro. Pero no me imagino viviendo allá otra vez con la vida tan cara como está, figúrate, más que aquí en Caracas. Allá tenemos amistades que nos pueden pasar dinero, pero nunca como aquí, que nos sobra. Tú pensarás que yo podría trabajar, pero yo creo que no vale la pena, los sueldos son muy bajos y no alcanzan para nada.

—Entonces, la situación del país no es muy atractiva...

—Bueno, desde el punto de vista de la gente que vive allá no es problema, porque están adaptados y no les fastidia tanto, pero yo en cambio no podría, estoy acostumbrada a disponer de chequera, a manejar el dinero que le entra a Orlando... ¡Me muero, no podría vivir de un sueldito!

—Adriana, y si el doctor queda libre en tu ausencia, ¿qué va a pasar?

—No seas mala, no me pongas nerviosa —dice con tono aniñado—, ¿cómo crees que voy a tener tan mala suerte? Esto

lo he discutido cantidad con Nieves. Está claro que la libertad de ellos es para principios de año, pero ese es un proceso que se lleva su tiempo; ya Orlando está informado de que se debe de aguantar dos o tres meses mientras se termina de arreglar todo.

Le digo que eso mismo debería de contárselo a Nieves para que se tranquilice, pues yo la había notado sumamente excitada con motivo de la segura excarcelación de Posada. Adriana se ríe y me señala que Nieves está sorda a cualquier advertencia o consejo, que está fuera de control.

—Imagínate ahora está dedicada a hacer una lista de las personas que invitará para la fiesta que pondrá para celebrar lo de Luis... ¡Está loca!

—Eso de la fiesta sí lo sabía, ella me llamó el otro día y me invitó. Nieves es muy simpática conmigo, tú sabes que me regaló una pintura de Posada dedicada por él, eso fue para Navidad.

—¡Ah, por fin te dio el cuadrito, ya era hora!

Adriana se había marchado a Chile un poco inquieta. Le había dejado un número de teléfono a Nieves para que la llamara en caso de emergencia, y a Raimundo y a mí nos recordó que estuviéramos pendientes de Bosch, que no dejáramos de pasar a verlo por el Cuartel San Carlos.

Entre terroristas

Una noche, como a las ocho y media aproximadamente, Orlando Bosch me sorprendió con una llamada telefónica desde su prisión del Cuartel San Carlos. Quería saludarnos y saber si íbamos a visitarlo. Aún no había regresado Adriana de Chile y él estaba empeñado en averiguar si ella me había hablado de la fecha exacta de su retorno, a lo que yo le informé que, según me había dicho, estaría en tres o cuatro días más en Caracas.

—Eso mismo me dijo a mí. Yo en realidad quería saludarlos y saber si vienen para esperarlos, pero por favor, no se sientan obligados.

Era el colmo. A ese extremo habían llegado los privilegios que tenían los inculpados en el crimen de Barbados dentro del Cuartel San Carlos. Usaban el teléfono a la hora que quisieran, sin importar si era de noche o de día y, como decía Adriana Delgado, con el permiso del coronel.

Poco después, en una visita a Orlando Bosch, junto con mi esposo, él mismo se refería con orgullo a las ventajas que tenía en los últimos tiempos.

—Y mi gente de Miami y Puerto Rico pueden venir cuando quieran, cualquier día. Antes me tenían restringido a miércoles y sábados, de manera que cuando venía alguien de afuera tenía que hacer el esfuerzo de coincidir con esos días o esperar.

—Yo vine hasta un jueves —agregaba Adriana—, ¿te acuerdas, después de que regresé de Chile? Bueno, me acerqué hasta acá, tú me diste la cola, Alicia, vine y le hablé al coronel, le regalé una botella de pisco y me dejó pasar.

—Oye, y no registran tanto como antes —comentó uno de los amigos de Bosch que ese día lo visitaban.

En la celda había un ambiente de conspiración. Alberto Marrero y Rafael Carrera eran el público atento de Orlando Bosch quien contaba, como de costumbre, sus peripecias como terrorista, matizadas con chismes de sus otros “compañeros de guerra”.

—Barandella, Pulido, son gente que tiene poco o ningún nivel político, yo los conozco de sobra porque han sido de mi grupo. Lo que pasa es que como líder, me tengo que agarrar del que quiera pelear. Muchos grupos han fracasado por estar seleccionando tanto a sus miembros, ahí tenemos el grupo Abdala... No ha servido de nada, se disolvió por eso, por la personalidad de su jefe Gustavo Marín. Pero en cambio,

Omega 7 es un grupito de diez muchachos muy bueno, solo que les hace falta más dinero para actuar fuera de los Estados Unidos. Omega va directo a su objetivo, no anda poniendo bombitas... Se lleva por delante a cualquier comunista, eso es lo que hay que hacer, es la única manera de que allá en la isla se convenzan de que el exilio está peleando.

—No esté muy seguro de eso —le respondió Rafael Carrera, quien había estado preso unos cuantos años en Cuba y había llegado hacía poco tiempo—. En Cuba no se sabe nada, pero nada, de lo que ustedes hacen por aquí, el pueblo desconoce que existen agrupaciones que se juegan la vida, ni saben quiénes son los líderes. La cosa allá, por lo tanto, es más difícil que lo que algunos se imaginan.

—Pero, viejo, ¿qué vas a saber tú si estabas metido en la cárcel? —responde Bosch con tono profesoral— Para luchar hay que tener constancia y acometer acciones de impacto, que tiemble la isla, como ocurrió con lo de Barbados. Esa vez el pueblo pudo darse cuenta de quién era Orlando Bosch, qué éramos o qué somos capaces de hacer para restituir la democracia y la felicidad en la Patria.

Bosch se para y va hacia el armario con la intención de buscar una caja de tabaco. Voltea y mira hacia el grupo:

—Deja que yo salga de aquí para que veas la guerra que voy a hacer. Este encierro me ha servido para pensar, para prepararme y convencerme más que nunca de que el rescate de la democracia es una tarea que me corresponde dirigir a mí. No voy a tener ningún escrúpulo en liquidar a todo aquel que le haga daño a nuestra causa, a todo el que pretenda pararse delante para entorpecernos en nuestra batalla por la libertad.

—Ya los adulantes de Castro están asustados —dice Marrero—, después de lo de Muñiz, en Puerto Rico, ¡no digo yo!

—Sí, porque no aprenden la lección. Una parte del exilio se ha dejado engañar por los comunistas; son traidores

simplemente, están entregados a hacerle propaganda a la oprobiosa dictadura comunista de Castro. A esos hay que darles duro, lo de Negrín y el de la agencia de viajes Carlos Muñiz, es un avisito nada más, nosotros estamos en condiciones de barrer con todos ellos.

De pronto Marrero, con su mirada maliciosa y un tono de odio, plantea:

—¿Tú sabes a quién me gustaría que le metieran un susto o que le dieran su merecido? Vaya, al embajador de Cuba en Panamá. ¡Ese “gallo” es un comunista de los más malos! Yo lo conozco desde Cuba, es un comunista maldito.

—No te preocupes, viejo —acota Bosch chupando su tabaco—, yo lo que voy a hacer es mucho, no hace falta casi nada para que se termine de modificar el otro expediente para nosotros quedar libres.

—¿Y qué hay de ese expediente? —le pregunto interesada.

—Bueno, esto es para la amiga, no para la periodista: resulta que ya todo el trabajo de citar a los testigos de nuevo para que declaren a favor nuestro está terminado. Eso camina, después te cuento.

—¿Cómo es la cosa? —indaga Marrero, al darse cuenta que Bosch se dirige a mí en voz baja.

—Nada, que las cosas van caminando bien y aquí la periodista está curioseando. Tú sabes que ella fue quien hizo el artículo de Hubert, en *El Mundo*, ustedes lo vieron, ¿verdad?

—Sí, como no, estuvo muy bueno que le diera esa lección a Hubert Matos, él se está creyendo que Orlando Bosch no es el líder porque está preso y se da el lujo de no tomarlo en cuenta.

—Es un pobre hombre, Alberto, no hablemos de él, no vale la pena —remata Bosch.

—Chico, lo importante es tener amigos periodistas. Yo aquí en Venezuela cuento con gente que de verdad es de prestigio en la prensa: Olavarría, que siempre me ha ofrecido las

páginas de *Resumen* para que yo diga lo que quiera. Carlos Romero, que me publica todo lo que le mando en *El Mundo*, además de que es un viejo amigo personal. Poleo, que es un soldado de la causa de Cuba, un anticomunista de los más decididos, y en su revista *Zeta* siempre tengo mi apoyo. Mucha gente de la prensa, como Alicia, me ayuda. Chao Hermida, Romani, Luis Manuel Martínez. Gustavo López, que escribe también de vez en cuando.

—¡La prensa en pleno! —exclama Carrera.

—¡Ojalá! Estos son los amigos, pero los enemigos son más, así que por eso yo cuido mis relaciones con los periodistas que hoy tengo de mi parte.

Se suspende la charla momentáneamente porque hay recibimiento para nuevas visitas. Llegan José Ginjaume y Lauro Blanco.

—Está buena esta reunión —comenta Ginjaume con su sonrisita—. ¡Quién sabe qué se está planeando aquí! Cuéntenme...

—Nada viejo —le contesta Bosch—, es que cuando uno se reúne con hombres como estos, se entusiasma. Yo siempre he criticado a los visitantes que llegan con un tono de llanto, reñgando de todo cuanto inconveniente tienen para luchar contra Castro. Como líder, yo estoy convencido de que las quejas y las actitudes pusilánimes no sirven para nada en una guerra como la que libramos los patriotas decentes en el destierro. En cambio, si uno recibe el optimismo, la resolución y el deseo de seguir como sea, es distinto.

—Es que aquí viene mucho cubano politiquero —opina Adriana.

—Eso es lo que sobra en Caracas —aporta Ginjaume.

—Asimismo es —sale al paso Bosch—, son políticos y nada más, porque nunca han tomado un arma en la mano para defender el honor de la Patria, no han guardado cárcel, no han sufrido persecuciones... Forman parte de ese exilio

cómodo que no deja nada. Ninguno de ellos ha pasado los sufrimientos, digamos, de Lauro, que estuvo media vida preso en las mazmorras de Castro —y le pone la mano en el hombro a Lauro Blanco para continuar refiriéndose a él:

—Este hombre sí sabe lo que es el sacrificio de nuestra lucha, nadie lo ha doblegado nunca y aquí está junto a nosotros, dispuesto a ayudar en lo que sea para acabar con el tirano.

—Sí, de la cárcel ha salido mucha gente buena —agrega Carrera—, pero también ese “diálogo” ha sido una trampa de Fidel, porque entre tantos, nadie sabe quién viene de espía.

—Eso lo sabemos todos, el diálogo es un fraude —acota Bosch—. ¿Tú crees que Acosta Rubio, ese viejo batistiano, puede ser un representante del exilio decente, o que ese otro perro faldero de Batista, el periodista Suárez Núñez, pueda considerarse como una personalidad del destierro?... ¡Son unos vendidos, eso es lo que son!

Tiene al auditorio hipnotizado, nadie lo interrumpe, él dirige sus palabras con fuerza, como si estuviera en un mitin político-electoral.

—¡Hay que ver los discursos que se lanzaron estos elementos en Cuba, todo para halagar a Castro! Yo no descansaré hasta que no les dé su merecido a unos cuantos de estos dialogueros. ¿Qué se habrán creído ellos, que en el destierro no hay hombres con vergüenza y dignidad? ¿Que también hemos claudicado, como ellos, y nos vamos a entregar a la patraña castrista de la reunificación de la familia cubana?... ¡Al carajo con eso!

—Y lo que escribieron en la prensa después del “diálogo” es de lo más adulante —atiza Adriana.

—Es la verdad —apunta Ginjaume—, se pasaron de traidores. Este tipo de cubanos está solo por sus intereses personales, por buscar notoriedad. Al principio parecían muy resueltos de encararse a Castro, pero cuando lo tuvieron delante se volvieron unos títeres en sus manos.

Interviene Rafael Carrera, el expreso, para afirmar que él sabe por experiencia propia que Fidel Castro está mandando espías para el exterior:

—Habrán presos políticos, pero no son la mayoría, lo que más salen son comunistas que vienen a espiar al exilio. Yo le he dicho a todo el que he podido que hay que tener cuidado.

—¡Qué desgracia, con lo bien que están recibiendo en este país a esos espías! —expresa Bosch subiendo el tono— Yo por eso tengo mi posición, no cedo ante las maniobras de Castro. Yo no permitiría la entrada de esa gente a ningún país, al contrario, los liquidaría a todos, los exterminaría para que no contagiaran a otros pueblos. A mí por eso no me ofende que me llamen fascista, en ese caso sí lo soy. Pero, ¿cómo se va a permitir semejante riesgo de que otros países de América caigan en la desgracia de Cuba? ¡Yo no creo por eso ni en diálogos ni en brigadas ni en comité de los 75 ni en casas de amistad... eso es pura mierda, no sirve sino a los intereses deleznable de Castro!

Adriana ofrece café y jugo. Todos aceptamos gustosos. Bosch aprovecha el intervalo y se dirige al baño.

—Lo que dice Orlando es la verdad —comenta Ginjaume—. ¿Ustedes creen que si a Castro se le pusiera mano dura por todas partes, él se iba a salir con la suya? ¡Qué va! Lo que sucede es que hasta los Estados Unidos se han rendido, bueno, los americanos cada día están peor. Fíjense ustedes lo que el demente este Khomeini le ha hecho... ¡¿Cuándo en la vida se le habían metido así los enemigos en una embajada, como en Irán?!

—Castro es muy inteligente —agrega Alberto Marrero—, él sabe que le tienen cierto miedo y por eso juega con todo el mundo.

—¡Es un descarado! —dice Bosch ya integrado— Pero Castro tiene suerte también, ahí ustedes tienen la comedia que ha montado el reverendo Espinosa... Ese es un espía castrista, ¿quién le va a creer lo que está diciendo? Él hasta hace poco

estuvo en contubernio con la dictadura comunista de Cuba, recibiendo estipendios, ganando dinero por la libre, con negocios que Castro le proporcionaba.

—Pero Espinosa te nombró a ti, dice que te conoce —bromea Ginjaume.

—¡Qué me va a conocer, viejo! Simplemente se llena la boca con mi nombre porque él no tiene ningún prestigio, y cree que mencionando al líder de la beligerancia cubana, a un hombre incorruptible, ineludible, dispuesto a pararse firme y combatir la perversa doctrina comunista, cree que con eso le van a dar crédito a su hipócrita y villana posición.

—Hay muchos que están con él en Miami, mucha prensa cubana lo apoya —informa José Ginjaume.

—Esos son los eternos fidelistas —aclara Bosch—; hay muchos que han degenerado a ese extremo... ¡Son dignos de guindarlos en un poste! Yo no sé cómo pueden entregarse a la adoración del tirano que ha sometido a la patria a la barbarie y al despotismo.

Orlando Bosch manifiesta un odio terrible por todos aquellos cubanos que en los últimos meses habían viajado a Cuba para reunirse con sus familiares después de largos veinte años de separación.

—Yo no iría a Cuba en esas condiciones —comenta Adriana—. Solo si mi marido puede entrar en su patria, libre de los comunistas, iría...; pero aquí en Venezuela se vive muy bien.

—Y quizás tengas la oportunidad de vivir mejor —le digo yo, que no había hablado mucho en aquella reunión de terroristas—. Si al doctor le dejan quedarse, me refiero.

—¿Pero ya es seguro? —pregunta Ginjaume intrigado.

—Bueno, Pepe, tú sabes cómo son estas cuestiones —le explica Bosch—. Hay una cantidad de diligencias que ya se han hecho, los amigos de la Disip se han movido bastante y me

han dicho que ahora eso está en manos del presidente Herrera Campins, que solo hace falta que él dé la orden.

—Entonces es seguro que te darán asilo aquí en Venezuela —dice Ginjaume con optimismo.

—No sé, viejo, porque también hay que tomar en cuenta las presiones que hacen los comunistas aquí.

Comenzó a bajar el tono de la reunión y llegó el momento en que los terroristas, amigos del preso, se despidieron en masa. Se van y en la celda solo queda José Ginjaume, quien me sugiere que escriba un artículo acerca del asunto del asilo de Orlando Bosch, que hacía falta que alguien lo propusiera públicamente.

Yo inmediatamente pensé: no que lo propusiera, sino que denunciara lo que se estaba fraguando para darle oportunidad a un asesino de tener una madriguera segura en mi país.

Bosch desaprobó la idea de Ginjaume recordando que a nadie le gusta que lo presionen.

—Ustedes no se dan cuenta de que las cosas vienen solas, hay que dejar al gobierno que resuelva. Yo espero que todo salga bien, ya ustedes ven lo del expediente, eso se dio sin mucha presión.

—Es verdad, mi amor, tú tienes razón. Si ustedes se hubieran puesto pesados pidiendo que no tomaran en cuenta las experticias que los denunciaban, seguro que esto no hubiera progresado.

—Seguro —añade Bosch—, hubiera sido un fracaso. A nadie le puede gustar que lo estén apurando. Fíjate que ellos mismos diligenciaron para que los testigos declararan lo que hacía falta. Es más, lograron que lo hicieran de manera favorable a nosotros y que acusaran a Orlando García de haberlos hecho declarar la primera vez en contra de su voluntad.

—¿Y qué se está haciendo para demostrar que no hay pruebas, doctor? —hago mi pregunta con mucha suavidad.

—Primero que nada, olvidarse del episodio de Trinidad, no tomar en cuenta lo que confesaron Hernán y Lugo allá, que tanto daño nos hizo. El expediente va a demostrar que somos inocentes e incluirá una experticia de un inglés en la que expone que hubo una explosión en el avión, pero en el compartimiento de equipaje, y allí no tuvieron acceso Lugo ni Hernán.

—Lo demás será puro formulismo —considera Adriana—, porque figúrate, con sostener que la bomba iba entre el equipaje es suficiente: no quedará la menor duda de que todos son inocentes.

Bosch enciende su tabaco, no ha descansado de fumar, y habla con vehemencia:

—Eso era lo que yo quería, eso era lo que yo necesitaba: salir inocente por falta de pruebas... A mí nunca me gustó la idea de que nos dieran un perdón presidencial ni nada parecido, porque entonces no iba a quedar clara la cosa, en cambio, con este arreglo del expediente es muy distinto.

—Para que tú veas, a mí me parecía que lo que te dieran habría que aprovecharse. ¿Qué te importa a ti que los comunistas digan que eras un terrorista o que mandaste a volar ese avión?

—Esta chilena no aprende —dice Bosch moviendo la cabeza—. Tú estás muy equivocada, Adriana, hay que ser político, yo tengo que buscar la manera de que mi nombre salga limpio, tenga más fuerza. Si salgo sin pruebas es mejor, así los cubanos verán el gran sacrificio que he hecho, la gran injusticia cometida conmigo y, sobre todo, Carlos Andrés Pérez quedará desprestigiado políticamente.

Una secretaria para el expediente

Los días habían estado nublados, no eran muy apropiados para ir a la playa. Pero en la primera oportunidad que el tiempo

lo permitió, organizamos nuestro fin de semana en el apartamento de Los Corales con Nieves, Adriana y sus respectivas familias como invitados de siempre.

Ya era una norma quedarnos alrededor de la piscina en lugar de ir a cualquier playa porque, además de estar literalmente llenas de bañistas, no lucían muy limpias y la mayoría de ellas estaban contaminadas.

—Es que esas playas se llenan de negros y yo no los soporto —decía Nieves de Posada, una racista consumada.

—¡Ay, sí! Además, no hay la comodidad que tenemos aquí, esto es más elegante, más rico —responde Adriana.

—Tú siempre con la elegancia —ataja Nieves—, parece mentira que confundas una cosa con la otra. Cualquiera que te oiga puede creer que a ti solo te importa la pantalla... ¡Bueno, a ti te está gustando!

—Chica, digo que es elegante porque es la verdad, ¿tú has visto gente chusma aquí?

Como siempre, Nieves y Adriana estaban en permanente pique. No había una oportunidad en la cual ambas no aprovecharan para discutir y contradecirse. No obstante, en los últimos tiempos, Nieves de Posada tenía a Adriana en la raya. Como esposa de Luis Posada Carriles, el hombre que iba a permitir por su influencia que los implicados en el caso del avión cubano quedaran en plena libertad, se hacía sentir. Controlaba a Adriana, quien no se atrevía a llevar las discusiones demasiado lejos aún molesta y con los ojos casi fuera de sus órbitas por la rabia.

Raimundo vino hacia donde estábamos las tres y me dice que si no le conté a Nieves acerca de los flamantes apartamentos que venden cerca del Teatro París. Yo le digo que no y empiezo a detallar dónde están ubicados exactamente:

—Viniendo del este, cruza a la derecha, al final de la callecita está un edificio altísimo, nuevo, todavía no se ha

mudado nadie. A mí me gustó y nos dijeron que su costo era un millón de bolívares.

—Más o menos el precio que tú andas buscando, Nieves —manifiesta Adriana solícita—, es un buen lugar y está cerquita de mi casa, a lo mejor podemos ser vecinas, ¿no te parece?

Nieves no se da por aludida y dice que ella anda loca buscando algo que le guste a su esposo. Acto seguido me pregunta que si ese edificio tiene piscina y le digo que sí, entonces decide que, aunque el lugar le parece céntrico, ella va a pasar a verlo.

—Yo estuve viendo varios edificios por el Este y la verdad que hay bellezas, pero pasan del millón. Luis lo que quiere es privacidad, digamos dos apartamentos por piso, con ascensor particular.

—Pero eso es ya más caro, tú sabes que mientras más privado es más alto el precio.

—Sí, Adriana, pero nosotros podemos comprarnos uno bueno, porque la idea es vender la casa y completar lo que haga falta.

—Ustedes se están preocupando demasiado, Nieves, ¿cómo van a cambiar esa casita que está tan buena por un apartamento?

—Por mí no lo haría, porque tú que has vivido con Bosch de un lado para otro, no te puedes imaginar lo que es encariñarse con un lugar. Mírame las manos como las tengo de destruidas, pues estuve pintando paredes en estos días, para que cuando salga Luis la encuentre bella a ver si se decide a no cambiarla, porque todo lo que él desea es estar seguro, donde los comunistas no puedan alcanzarlo.

—Oye, si a alguien van a buscar los comunistas de primero es a Orlando, eso dice él, y sin embargo, no creo que se atrevan. Por favor, no se vayan a poner paranoicos como Hernán.

Nieves la mira con el ceño fruncido, como si le molestara el sol, y le acusa de que a ella no le importa nada la vida de Bosch, que no le interesa que le pase algo grave. Adriana reacciona airadamente y se para de la silla de extensión accionando con las manos:

—Tú estás loca, Nieves, ¿de dónde sacas esas barbaridades? Nosotros también tomaremos muchas medidas para evitar problemas, pero no somos tan gafos para no darnos por enterados de que los comunistas saben de todas maneras que ellos volaron el avión. Algo harán para vengarse; pero Orlando, que tiene experiencia en estos asuntos, dice que no se atreverán a matarlo porque esto les daría mala imagen.

—Oye, Adriana —reclama Nieves con un tono de angustia y los colores subidos a la cara—, ¿tú te das cuenta de lo que dijiste?

—No vengas con boberías ahora, yo no soy ninguna niña. Si dije eso es porque Alicia es persona de nuestra entera confianza. Orlando les contó todo y ella está al tanto de cómo fue la cuestión.

—No te alteres, yo no lo sabía... En ese caso está bien, porque yo sé sin que me lo digan, que Alicia y Raimundo son personas serias y responsables.

Nieves se acomoda en su silla y se pone a explicar la participación de su esposo en el horrendo crimen: se sintió obligada a hacerlo después que Adriana se reveló con lo anterior.

—Luis, mi marido, es una persona muy concentrada, sabe lo que quiere y no descansa hasta conseguirlo. Cuando se metió en esto de Barbados, yo sabía que tendría éxito, porque el pobre le dedicó tanto esfuerzo, lo hizo con tanta pasión, que sin necesidad de que me contara detalladamente, yo sabía que saldría adelante, que no iba a fallar.

—¿A ti no te dio un poco de temor que estuviera metido en una cosa como esta?

—No, qué va, yo sabía que se formaría un escándalo y todo lo demás, pero estaba muy confiada en que nadie los descubriría. Pero, bueno, también creo que no se puede seguir siendo tan complaciente con Fidel, ese hombre está matando de hambre y de necesidad a ese pueblo —hace una pausa y dice después de pensarlo—: Estoy muy orgullosa de que mi marido combata el comunismo, y por eso me esmero haciendo todo lo mejor, para que la cárcel no se le haga tan pesada.

—Sí, pero tú a veces andas bravísima y hasta hablas de divorciarte y todo —le recuerda Adriana.

—Sí, chica, pero es que a mí me ha puesto muy mal toda esta espera, y es natural que explote de vez en cuando. Es que tú no has pasado por tantos malos ratos como yo. Luis, toda la vida, ha sido muy descuidado con la familia: entra y sale de la casa sin decir cuándo regresa, pero ahora que ya tiene cuatro años que falta, yo estoy agotada, he cargado con todas las responsabilidades, y claro, cuando me desespero hablo boberías.

—Bueno, yo creo que aquí nadie tiene por qué sentirse mal, ya pronto las dos tendrán a sus esposos libres —intervingo conciliadora.

—Eso espero, porque ya esto va para largo —contesta Adriana.

—Sí, pero es que se trata de un caso complicado, figúrate que el propio Remberto Uzcátegui mandó a poner una secretaria, pagada por la Disip, para que ayude a pasar en limpio el expediente, y según mi marido, ahora sí va a adelantarse el juicio.

—Es que es hacerlo todo desde el principio, Nieves, yo no quiero ni pensar cuánto tardarán en sacar semejante trabajo.

Nieves de Posada explicaba que lo de la secretaria era una suerte, puesto que las últimas demoras habían sido originadas, justamente, porque los tribunales tenían exceso de trabajo. Dicho todo esto alrededor de una piscina, tomando

refresco y en un ambiente por demás agradable, podría creerse que pasaba como algo normal. Pero no, a mí me habían alarmado sobremanera las referencias que venía oyendo no solo a estas mujeres, sino a Bosch y a Lugo, de que el expediente estaba siendo falsificado, que se estaban obviando las pruebas que los acusaban y que permitieron que se les diera para seguirles juicio.

Adriana se fue a bañar y estuvo un buen rato en el agua. Nieves y yo nos quedamos tomando el sol, mientras leíamos la prensa que el aire intentaba arrebatarlos a cada rato. Cuando de nuevo estuvimos las tres, yo le pregunto a Adriana que si por fin el señor Mendoza, el que me llamó del Hotel Caracas Hilton, se había puesto en contacto con Bosch.

—Sí, estuvo a verlo en el Cuartel. Como tú le diste el teléfono de la casa, me llamó y yo se lo dije a Orlando para que lo pusiera en la lista, después se regresó a Miami.

—¿Quién es ese Mendoza, Adriana?

—Yo no sé si tú lo conoces, Nieves, su nombre es Rolando Mendoza, un amigo de mi marido, gente que ayuda en la lucha. Creo que fue Bernardo quien le dio el teléfono de Alicia para que me localizara a mí..., como todavía yo no les había dado mi número a los Viera. Rolando vino a hablar con mi marido de sus cosas, tú sabes que Orlando está en plena producción, como ya se siente en la calle, está pensando dónde va a dar el primer golpe.

—Bosch es un problema serio, él debería quedarse quieto unos meses, porque si no lo sacan de Venezuela, olvídate.

—Esa es la vida de Orlando y yo lo apoyo, igual que tú apoyas a tu marido. Si me pongo a darle consejos va a creer que yo estoy cansada o acobardada, tú sabes cómo son los hombres, Nieves.

—Lo que yo sé es que aquí en este país no le van a permitir hacer atentados grandes, ni nada por el estilo.

—Bueno, chica, no te adelantes tanto, todavía no es nada seguro que le den asilo. Además, Orlando no está loco, él sabe muy bien lo que puede y no puede hacer.

Yo propuse que subiéramos al apartamento para tomar algo. Como siempre, la gente menuda se resistió a darle fin al baño en la piscina y se quedó, no sin antes pedir cada quien refrescos y algo de comer.

Ya instaladas en la sala, se inició una plática cuyo personaje central era el expresidente Carlos Andrés Pérez. Nieves es la primera que dice que CAP tendrá que agarrarse duro, que él no sabe lo que le espera. Mientras Adriana repite palabras de Bosch en contra del expresidente, y yo pregunto qué es lo que se traen entre manos.

—Bueno, esto es secretísimo —dice Nieves.

—Ay, chica, tú siempre con tus secretos y advertencias.

—Adriana, tú deberías comprender que hay cosas delicadas y que es natural que uno recalque para que no sean repetidas — Nieves hace un alto y se acomoda en la butaca cómodamente—. Bueno, hay un plan fantástico para meter en la cárcel a Carlos Andrés Pérez y a todas las personas que colaboraron para que el caso del avión fuera investigado con tanta minuciosidad. Resulta que Luis recibió la visita de Arpa Bango, un húngaro de la Disip de lo más importante, dedicado a cuestiones muy especiales: este señor fue de parte del doctor Remberto Uzcátegui y le expuso a Luis el plan para meter en la cárcel a Carlos Andrés Pérez, Delia Estaba, Orlando García, Rivas Vázquez y a otros más que ahora no recuerdo.

—¡Eso está buenísimo! —exclama Adriana— Cuando Orlando se entere se va a morir de la risa. Me imagino que Raymond será el abogado.

—Sí, dice Luis que Raymond Aguiar y Pepe Vázquez deberían ser los abogados del caso.

—¿Y cómo se va a hacer este juicio?

—Bueno, como cualquier otro, es una acusación privada. Mira, Adriana, yo de abogacía no sé nada, lo único que sé es que este plan que le llevó Bango a Luis, me parece magnífico porque es una buena manera para cobrarles las cuentas a Carlos Andrés Pérez y a la negra esa Delia Estaba.

—A esa mujercita le va a meter su buen susto Orlando, ya me lo dijo. Orlando la odia por descarada, porque ese expediente que ella instruyó tomó en cuenta el más mínimo detallito para culparlos a todos. Lo de ella era publicidad, todos los días estaba diciendo algo en los periódicos.

—Seguro, esa lo que andaba buscando era publicidad, en este país no la conocía nadie, si no es por lo del avión, no se hubiera hecho famosa.

Nieves de Posada hace una pausa y a continuación me pregunta si yo voy a publicar algún artículo acerca del caso cuando los presos sean liberados. Le contesto que probablemente y ella se entusiasma.

—Sí, tienes que poner toda la historia, las calumnias de que fueron víctimas nuestros maridos, su lucha por sacar a Cuba del comunismo. Bueno, a lo mejor tú no puedes hacer nada tan largo, porque el espacio donde tú escribes es pequeño. Pero en cambio Luis Manuel Martínez me estuvo preguntando acerca de lo que yo sabía, porque Poleo le encargó un reportaje. Eso quiere decir que lo de la absolución viene pronto: si Poleo se está preparando es porque sabe algo y él tiene muchos amigos que le pueden decir con seguridad las cosas.

Dios los cría y ellos se juntan

Llegamos muy temprano al Cuartel San Carlos. Había poca gente y el chequeo se hizo muy rápido. Al irrumpir en la celda de Orlando Bosch lo encontramos leyendo la prensa. Estaba solo, no había llegado su familia todavía.

—Pasen, qué bueno que se adelantaron hoy, así hablamos un poquito más tranquilos, aunque Manolo Pérez anunció que pasaría sobre esta hora. Ustedes saben quién es Manolo, ¿verdad? Es de los cubanos buenos. Conmigo es muy servicial, hasta a manejar me enseñó a la mujer.

De pronto abre *El Nacional* y nos muestra:

—¿Ustedes vieron esto de la Embajada del Perú en Cuba?... ¡Qué espectáculo! Este es el momento en que, si yo estoy afuera, le asestaría un golpe a Castro para terminarlo de desmoralizar. La cosa se le está poniendo mala ahí adentro de la isla. Ya son más de diez mil personas las que se le han metido en esa embajada.

—Y dicen que hay más, doctor —agrega Raimundo.

—Sí, el pueblo entero si pudiera embarcarse, se iría de Cuba, huiría del hambre, del terror y de las enfermedades. Sucede que ya la rebelión interna no la pueden contener, esta es la muestra. Lo más oprobioso es que el tirano llama delincuentes comunes a estos pobres y sufridos compatriotas que buscan ansiosos el camino de la libertad. A muchos los acosan para que no se asilen en la embajada, pero aun así exponen su vida y entran.

—El periódico de ayer decía que estaban montados hasta en los árboles —le digo yo.

—No, aquello debe ser “de madre”. Para que haya salido la noticia al exterior tan rápido y con tantos detalles es que no se puede ocultar el debilitamiento de la tiranía castrista. Yo digo que la cosa debe de ser más grande, lo que pasa es que hay periodistas que minimizan todo lo que pueda afectar a Fidel Castro. Tú me perdonas, Alicia, pero en tu gremio hay una cantidad de timoratos, verdaderos bastiones de la dictadura comunista de Castro.

El visitante de rigor, José Ginjaume, hizo su entrada.

—¿Y qué? —saludó de inmediato— ¿Vieron lo de la Embajada del Perú en Cuba?

—Sí, estábamos comentando acerca de eso —responde Raimundo.

—Nada, Pepe, que Castro ya está acabado, la gente no le va a seguir oyendo sus discursos mentirosos, no le puede seguir creyendo ante tanta sangre y sudor derramado. ¿Qué respuesta puede tener un tirano de un pueblo que está muerto de hambre y sometido a una constante y brutal represión?... ¡Ya era hora de que se le alzarán!

Ginjaume le interrumpe y relata que vio a la entrada a Ignacio Castro que iba a ver a Posada y había mandado a decir que luego pasaría a ver a Bosch.

—Seguro que pasa —dice Bosch—. Él desde hace un tiempo puede caminar de un lugar a otro, meterse en la celda que quiera... Así no tiene gracia que venga... Yo sé, y además me parece muy bien, que el interés de Ignacio es estar pegado de Luis, porque como está seguro de que este va a funcionar en un buen puesto en la Disip...

—Sí, pero Ignacio se va para el exterior a trabajar en una empresa española —afirma Raimundo.

—Esa es la misma empresa española de siempre —ríe maliciosamente Ginjaume—. Él jamás tiene trabajo y siempre anda regando que va para el exterior.

—Estaba diciendo, Pepe —sigue Bosch—, que lo bueno sería golpear a la tiranía precisamente en estos momentos en que se tambalea. Algo se puede hacer todavía, pero es que esa ocupación de la embajada peruana es un escándalo tan grande, que ni que pongamos mil bombas va a dejar de ser noticia. Por eso yo me angustio y deseara salir rápido de aquí: en estos momentos históricos hay que tener resolución y coraje para aprovecharse al máximo.

—Bueno, viejo, ya vas para afuera, ¿de qué te quejas? —le anima Ginjaume.

—Sí, pero hay que hacer tantas tareas, preparar las condiciones, hacer grandes colectas, reunir más recursos. Hago falta yo. Sin ánimo de inmodestia, yo soy un símbolo: toco una puerta y se abre, pido dinero y consigo, reúno: los cubanos no quieren quedar mal con Orlando Bosch.

—Eso es cierto, nadie te va a negar a ti el liderazgo —asiente Ginjaume—, no se puede negar tampoco que te dedicas a hacerle la guerra al comunismo y con acciones: no como Hubert Matos, que solo habla de su problema personal.

De nuevo se abre la reja y es Adriana, pero también entran con ella Bernardo Viera y Salvador Romaní. Exclamaciones y saludos, preceden la inmediata invitación de Bosch a compartir un cafecito que había preparado antes y aún estaba caliente.

—Hay que celebrar estas visitas —decía, mientras preparaba las tazas junto con Adriana.

Y otra vez se oye que abren la reja y es Ignacio Castro, quien entra y saluda con suspicacia:

—Qué interesante esta reunión...

—Estábamos viendo el periódico con todo lo que trae de Cuba —acudió Bosch para tomar la delantera en los comentarios.

—Sí, las cosas están duras para Fidel —responde Romaní—, de esta es capaz de caerse.

—Como tú, piensan muchos cubanos, pero eso no es tan fácil. Fidel Castro no puede caer así nada más, tiene muchos años en el poder, posee su fuerza interna. Yo soy de los que quisiera que se cayera ahora mismo, pero no caigo en esa ingenuidad —es Viera quien se ha encargado de rebatir a Romaní, con cierto aire de desprecio.

—Pero estos son momentos críticos para Castro —añade Bosch—. Si fuera posible hacer algo dentro de la isla, se la vería

muy mal el tirano. Él no ha podido contener a las miles y miles de personas que quieren escaparse de esa isla-prisión —chupa el tabaco que recién ha encendido y continúa—. Oigan, lo que está saliendo de allá no son pendejos, son gente preparada, médicos, maestros, profesionales universitarios, gente que se suponía eran comunistas, pero ya ustedes ven, huyen del terror, de la vida mísera e inhumana que existe en Cuba.

Salvador Romaní comenzó a exaltar la cantidad de manifestaciones de repudio que había recibido el gobierno cubano por parte del destierro en muchas capitales de Europa y América:

—Venía a verte justamente —decía Romaní— para comentarte que los cubanos aquí en Caracas tenemos el deber de hacer una marcha de solidaridad con la gente de la Embajada del Perú.

—Ya era hora de que hicieran algo —añade Viera sarcástico.

—Bueno, Bernardo, en eso estamos, no es tan fácil poner de acuerdo a la colonia nuestra en Caracas, cada quien está en lo suyo y Cuba no les interesa para nada.

—Eso sí es verdad —dice Ginjaume—, yo nunca vi tan desunida a nuestra gente como lo están aquí.

—Bueno —sigue Romaní—, yo pienso reunir unas cuatrocientas personas.

—Bien malo como dirigente del exilio serías tú, si no llegas a reunir, por lo menos, ese número de cubanos —ataja Viera con ironía.

Orlando Bosch se da cuenta del choque que hay entre sus dos amigos y trata de suavizar la conversación:

—Es muy importante que se haga la manifestación frente a la embajada y aprovechar para pintarles las paredes con letreros combativos.

Se siguió hablando de aquellos preparativos y muchos otros planes. Bosch había logrado también que Romaní le

prometiera imprimirle unos miles de ejemplares de su ensayo “La guerra por los caminos del mundo”. Todo concluyó con la despedida de los visitantes de aquel día.

Para mí había sido una experiencia muy grande ver cómo entre ellos mismos se combatían. Orlando Bosch, nada más quedar libre de sus amigos, comenzó a criticarlos agriamente.

Esta fue una visita corta. También nosotros decidimos marcharnos. Ya había llegado al fondo de todo el asunto, en mis manos tenía una inmensa responsabilidad: tenía que hacer una denuncia. Aparte de los innumerables atentados que Bosch me había confesado, incluyendo el espeluznante crimen de Barbados, conocía los planes de este terrorista para el futuro, los cuales no se limitaban a su odio anticastrista, sino a su condición de asesino, dispuesto a arreglar el mundo de acuerdo con sus ideas fascistas.

—Ya para finales de este mes estaré en libertad —nos confió Orlando Bosch—, entonces yo me encargaré de dirigir toda esta lucha contra Castro; no habrá blandengues como estos metidos en nada y, por supuesto, ustedes estarán conmigo, a mi lado..., para eso son de mi grupo, ¿verdad?

Epílogo

La vergonzosa decisión

Caracas, sept. 26 (EFE).- Un tribunal militar venezolano absolvió hoy viernes, en Caracas, a cuatro personas, dos cubanos y dos venezolanos, acusados de hacer estallar en 1976 un avión cubano en pleno vuelo; accidente en el que murieron 73 personas.

El presidente del Consejo de Guerra, coronel José Ramón Bastidas, dijo que se exoneraba de culpa a los cuatro individuos. Los sospechosos que hoy fueron absueltos son los cubanos Orlando Bosch y Luis Posada Carriles, y los venezolanos Hernán Ricardo y Freddy Lugo.

Mi espera, mi silencio, mi disposición de mantenerme de manera anónima fuera del país, aguardando los resultados de este proceso, los cuales ya conocía por boca de los mismos inculpa-dos, fue en vano.

Al leer el cable que traía la noticia sentí rabia, vergüenza y una profunda decepción de la justicia que dejaba muy desacreditado el prestigio internacional de Venezuela y que, a la vez, en el orden interno, la desamparaba moralmente.

El fiscal militar II Antonio José Moro González, que dos años antes había pedido penas de hasta veintiséis años para los cuatro asesinos de Barbados, tuvo la osadía de pedir la absolución, al mantener que en la fase final del juicio fueron destruidas las pruebas que le sirvieron de base para formular la acusación.

Ese era el resultado que por más de un año estaban esperando confiados, en su prisión del Cuartel San Carlos, Orlando Bosch, Freddy Lugo, Luis Posada Carriles y Hernán Ricardo. No estaban a la espera de un milagro, ellos tenían la promesa hecha de que saldrían en libertad por falta de pruebas, ya que

se estaban haciendo todas las triquiñuelas jurídicas para arreglar el expediente.

Orlando Bosch mismo decía que él, por su experiencia, no se angustiaba, ya que de todas maneras iba a quedar libre. Varias veces, en efecto, estuvieron listos los cuatro presos, con sus maletas recogidas, para dejar la cárcel; en mayo, octubre y diciembre de 1979, y después, con más seguridad, en enero y finales de abril o comienzos de mayo de 1980.

—El expediente no termina de arreglarse —explicaba Bosch en mi presencia—, pero yo no me apuro porque prefiero salir inocente que por perdón del Presidente.

Él tenía razón. El gobierno socialcristiano de Luis Herrera Campins le iba a permitir salir de la cárcel “inocente” y continuar su carrera de crimen y horror impunemente, avalado ahora por una de las democracias más sólidas de América Latina.

¿Cómo quedarme callada teniendo en mi poder toda la verdad? ¿Cómo, si conociendo la gestación y ejecución de la voladura del avión cubano, iba a permitir esta provocación a los sentimientos nacionales de justicia y dignidad? Ante tanta desvergüenza, ya no podía silenciar la confabulación de la administración copeyana con los terroristas.

Había pasado varios meses fuera de mi patria esperanzada en que no habría necesidad de que yo denunciara a los asesinos porque, finalmente, se haría justicia. Pero demostrada la criminal intención de exonerar completamente de culpas a los elementos que cometieron el abominable sabotaje de Barbados, decidí denunciarlos ante la opinión mundial.

Como se conoce, ofrecí dos conferencias de prensa ante periodistas de distintas agencias de prensa del mundo, en Ciudad de México y Ciudad de Panamá, respectivamente. Los resultados de ambas iniciativas fueron reflejados en esas capitales, en algunos países del área, y tuvieron especial resonancia en Venezuela, donde entre otras cosas, los voceros de la

reacción y la desvergüenza nacional, me acusaron de espía de Cuba, agente de la CIA o agente del expresidente venezolano Carlos Andrés Pérez.

Se estaba buscando cubrir con un manto, hacer desaparecer de los medios de comunicación el escándalo de la absolución, cuyos protagonistas máximos eran ciertos representantes del gobierno socialcristiano. Por eso se me difamó, se trató de desviar el curso de la noticia cubriéndome de calumnias. Pero tuvieron que conformarse con la difamación, porque si esta denuncia se origina en Venezuela, no hubiera podido conocerla el pueblo, me hubieran detenido y, con la política marcadamente represiva de los cuerpos policiales de esta administración, hasta me hubieran matado.

Y es que hace algún tiempo me estaban siguiendo, siempre tenía cerca a un extraño mirón de mis pasos, se preguntaba por mí o por mi esposo en la conserjería del edificio donde residíamos y de otros donde alguna vez vivimos.

Ya al final me sentí verdaderamente acosada por amenazantes llamadas telefónicas en las que se me prometía la muerte “si divulgaba lo del avión”: Ellos sabían lo que yo sabía, por eso estaban tratando de hacerme desaparecer de alguna manera.

Pero, ¿de qué les sirvió semejante manejo?... ¡De nada! No era la periodista Alicia Herrera la única voz que se hacía escuchar en defensa de la decencia del país. Muchas voces, el pueblo venezolano entero, demostraron que esa decisión no tiene nada que ver con su sentido de justicia, que esa maniobra política del gobierno de Copei solo tiene que ver con el carácter reaccionario, imperialista y antipopular que lo ha distinguido desde que arribó al poder.

Ya a mitad del año 1980, en el discurso inaugural de la Convención Nacional de Periodistas de Venezuela, el doctor Luis Herrera Campins habló como colega de profesión y aludió a “uno o dos de los nuestros” que pronto verían resueltos

sus casos. Así lo refirió el periodista Pablo Azuaje, en su crónica de *El Nacional*:

No dábamos pie con bola, hasta que alguien con una sagacidad increíble apuntó: “¿Y no se habrá referido a los del avión cubano?”. Ahí fue mayor nuestro asombro. Incluso la Convención tomó un acuerdo señalando que el Colegio no había pedido la libertad de ningún periodista. ¿Cuándo fue eso? Creo que en julio. Bastaron dos meses.

Un gran repudio, una ola de rechazo de parte de los sectores más representativos de Venezuela y el mundo comenzó a inundar los medios de comunicación social en todas partes; nadie se quiso hacer cómplice de tan infame decisión de absolver a cuatro criminales convictos y confesos.

Repudio a la absolucón

VENEZUELA

José Vicente Rangel (excandidato presidencial): “Inexplicable la actitud del fiscal militar que en dos años cambió su postura de pedir treinta años de prisión a los inculpados, a la de solicitar su absolucón”.

Carlos Andrés Pérez: “Tengo la convicción moral de la culpabilidad de quienes están enjuiciados. Como Presidente de Venezuela tuve la información fidedigna y precisa sobre este abominable crimen”.

Jesús Ángel Paz Galarraga (secretario general del Movimiento Electoral del Pueblo, MEP): “Sería una vergüenza para Venezuela que el sabotaje contra el avión cubano quedase impune. La desfachatez ha llegado hasta el camino de transmitir por televisión la justificación de tan repudiable acto terrorista, por parte de uno de los enjuiciados”.

Marco Tulio Bruni Celli: “Lo importante en este doloroso hecho, donde murieron decenas de jóvenes, es que la justicia logre determinar quiénes son los culpables”.

Noel Sirit (secretario general de la Juventud Comunista de Venezuela): “Si esta oscura maniobra cristaliza, se estará dando una bofetada a la justicia y sería una afrenta al pueblo de Cuba, un nuevo y gravísimo paso en la política de provocaciones hacia ese gobierno”.

Delia Estaba Moreno: “Cuando decreté la detención de esas personas, había fundados indicios contra ellas; ahora bien, después de que el expediente salió de mis manos, no sé qué pasó con él”.

Comando Juvenil de Izquierda. Integrado por el Movimiento al Socialismo (MAS), Partido Comunista de Venezuela (PCV), Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), Movimiento Electoral del Pueblo (MEP) y la Liga Socialista: manifestaron su repudio a la absolución.

David Morales Bello (AD): “Esto nos hace sentir como un país incapaz de aplicar la justicia”.

Luis Bayardo Sardi (MAS): “Un hecho jurídico bochornoso e ignominioso para la justicia venezolana y la justicia militar”.

David Nieves (Liga Socialista): “El fallo de Consejo de Guerra reivindica al terrorismo internacional”.

Moisés Moleiro y Héctor Pérez Marcano. A nombre de la Dirección Nacional del sector del MIR que liderizan, expresaron: “Es una provocación a la justicia”.

Eduardo Gallegos Mancera (miembro del buró político del PCV): “Evidentemente se trata de una decisión política de graves implicaciones nacionales e internacionales, tomada al más alto nivel y que involucra, sin duda, al propio Presidente de la República, a quien la Constitución le atribuye la máxima autoridad en lo que a justicia militar se refiere”.

Ricardo Molina (vicepresidente del Consejo Venezolano por la Paz y los Derechos Humanos. Miembro del Consejo Mundial de la Paz): “Esto forma parte de la campaña anticubana que los sectores más reaccionarios de mi país y de los Estados Unidos vienen realizando”.

Pedro Mena (MEP): “Un exabrupto jurídico”.

Radamés Larrazábal (PCV): “Con la cobertura de la hipocresía jurídica se ha cometido una monstruosa decisión política que por un lado significa la ruptura de relaciones con Cuba y, por el otro, el estímulo y la glorificación del terrorismo contra la democracia”.

Jesús María Machín (exembajador en la OEA): “La justicia debería profundizar en el caso”.

José Herrera Oropeza, Domingo Maza Zavala y Joaquín Gabaldón Márquez. Firman una declaración a nombre del Instituto Venezolano-Cubano de Amistad: “Causa estupor que se considere inocentes a los responsables de la acción terrorista del avión cubano, que costó la vida a setenta y tres personas”.

Teodoro Petkoff (MAS): “Es una monstruosidad jurídica, política y moral”.

Freddy Balzán (vicepresidente de la Federación Latinoamericana de Periodistas, Felap): “El fallo de la Corte es tan criminal como el propio atentado que costó la vida a setenta y tres personas”.

Parlamentarios venezolanos. Publicaron una declaración de rechazo a la absolución de los criminales de Barbados. Firmaron: Teodoro Petkoff y Germán Lairé (MAS); Siuberto Martínez, Salom Mesa Espinosa, Pedro Mena y Pedro Salazar (MEP); Américo Martín (MIR), Moisés Moleiro y Héctor Pérez Marcano (MIR), Alonso Ojeda Oleachea (PCV), David Nieves (Liga Socialista), Guillermo García Ponce (Vanguardia Unitaria); además el diputado Rómulo Henríquez.

Rafael Díaz Marcano (delegado de los Trabajadores de Venezuela a la I Soldadura Internacional de la Amistad-La Habana): “El pueblo de Venezuela no está de acuerdo con las maniobras para absolver a los autores del crimen de Barbados”.

Gilberto Alcalá (Colegio Nacional de Periodistas): “No deja de ser sorpresiva esta sentencia absolutoria si se toma en cuenta

que en ese mismo tribunal se enunciaron méritos suficientes para el encausamiento”.

Pompeyo Márquez (MAS): “Es insólita esta decisión del tribunal militar, tomando en cuenta que los absueltos estaban convictos y confesos”.

Intelectuales venezolanos en el exterior. Repudiaron la exoneración de culpas de los criminales, a través de una declaración firmada por: Carlos Cruz Diez, Juvenal Ravelo, José Berroeta, Gustavo Pereira, Carlos Díaz Sosa, Elizabeth Burgos de Debray, Mariana Otero, Asdrúbal Colmenares, Julio Pacheco, Héctor Mujica, Luis Britto García, Teresa Espar, Héctor Fuenmayor, Octavio Herrera, Pedro Sosa, Yolanda Osuna, Carol Prunhuber, Ricardo Ruiz Caldera, Jonás Mendoza, Silvio Villegas, Gustavo Morales, Antonio López Ortega, Mayra de Mendoza, María Elena Ascanio, Rubén Márquez, Manuel Dáger, Mario Guacarán, Irene Martínez, José Finol, Darsy Alvarado y Leopoldo Puchi.

Editorial Nuevo Venezolano. Responsabiliza a Luis Herrera Campins y al ministro de la Defensa de la decisión de liberar a los criminales.

Reinaldo Cervini (presidente de la Asociación Pro-Venezuela): “Confunde y sacude a la opinión pública la posición asumida por el fiscal militar”.

Comités Regionales PCV (estados Bolívar, Anzoátegui y Miranda): en mensajes dirigidos al presidente Herrera Campins exigieron castigo a los culpables.

Asociación de Empleados Administrativos de la Universidad Central de Venezuela (Núcleo Estado Aragua). Rechazó públicamente la absolución.

Domingo Alberto Rangel: “Es una agresión a Cuba y defrauda a la comunidad internacional”.

Sindicato Nacional de Trabajadores de la Prensa (SNTTP): “Unimos nuestra voz a la de todo el pueblo venezolano para

exigir de la Corte Marcial la revocatoria de esa decisión y la condena de los acusados”.

Víctor Hugo Morales (capitán retirado): calificó la decisión de “deleznable”.

Tribuna Popular (órgano oficial del PCV): Denunció que los saboteadores han sido absueltos por órdenes del presidente Luis Herrera Campins y la abierta presión de círculos vinculados a la CIA.

Profesionales, intelectuales y obreros. Condenaron la absolución en documento firmado por: Darío Nieto, León Levy, Arturo Cardozo, Gonzalo Carrero, Aníbal Nazon, Freddy Melo, León Córdova, Manuel Isidro Molina, Luis Aponte Castro, Víctor Paiva, Carlos Castillo, Haideé Inojosa, Gloria García Delgado, Pedro Elías Cruz, Luis Rodríguez, Oscar Castañeda y Fernando Balán.

Colegio Nacional de Periodistas de Venezuela. Rechazó la sentencia absolutoria.

Sindicato de Radio, Televisión y Afines: en un documento público, exige a la Corte Marcial una revisión exhaustiva de todo lo actuado.

Asociación de Empleados Administrativos de la Universidad Central de Venezuela. Hace una declaración de repudio firmada por Rebeca Hackett y Héctor Falcón.

Elio Gómez Grillo (abogado y profesor en la UCV): “La sola acusación es una vergüenza que se agrava con una sentencia virtualmente absoluta..., que luce sencillamente escandalosa”.

Beltrán Haddad (abogado). Indicó que el fiscal no solicitó la ratificación o confirmación de las actuaciones practicadas en el exterior, que eran necesarias para el cumplimiento de las formalidades de la ley.

Juventudes políticas y organismos estudiantiles. En amplio remitido condenaron la absolución. Firmaron: Pastor Mujica (MAS), Makario González (MIR-Moleiro), Verneel Castro

(MIR-Américo), José Antonio Martínez (MEP), Noel Sirit (PCV), Edgar Ortiz (Liga Socialista), Héctor Guarimán (GAR), Francisco Rodríguez (EPA), Tamanaco de la Torre (Primero de Mayo).

Federación de Centros Universitarios. UCV: Eladio Hernández y Roberto López; ULA: Caracciolo León; LUZ: Alexis Quiñones; UC: Leo Pineda; Ucola: Martín Valero; UDO: Pedro Sassone; Instituto Pedagógico Nacional: Alfredo Rodríguez; Centro de Estudiantes de USB: Carmen Smith; IUPM: Didalco Bolívar; CUF de M: Antonio Bastos.

Personalidades del deporte. Un documento firmado por sesenta personas ligadas al deporte venezolano destaca entre otras cosas: “Esas decisiones avalan acciones terroristas contra países que históricamente han estado ligados al nuestro, y en ese sentido expresamos a los hermanos deportistas cubanos nuestro más decidido apoyo”.

Partido Revolucionario Venezolano: “Expresamos nuestra condena en relación con la absolución de los responsables”.

Roberto Hernández (abogado): “La decisión del fiscal no se ajusta a la ley militar, esta ley solo faculta al fiscal para abstenerse de formular cargos, en caso de haber quedado destruidos los fundamentos del auto de detención”.

Personalidades venezolanas. Suscribieron una declaración en la que exigen en nombre del pueblo, del derecho y la moral, castigo para los responsables. Firman: José Herrera Oropeza, D. F. Maza Zavala, Héctor Malavé Mata, Pedro Rincón Gutiérrez, Héctor Silva Michelena, José Vicente Rangel, Aníbal Nazon, Domingo Miliani, César Rengifo, Mateo Manaure, Ludovico Silva, Simón Sáez Mérida, José Luis Briceño, Antonio José Herrera, José Agustín Silva Michelena, Arturo Cardozo, Alexis Márquez Rodríguez, Luis Guevara Moreno, Rafael Enrique Salazar, Lilia Vera, Víctor Sánchez Flores, Esperanza Márquez, Roberto Todd y Ramón Aldana.

REPUDIO INTERNACIONAL

Personalidades, organizaciones sindicales, instituciones, partidos políticos, deportistas, abogados, pilotos, en fin, la protesta mundial se hizo sentir para condenar la maniobra política que se ha esgrimido para absolver de culpas a los responsables del sabotaje del avión cubano en Barbados, en octubre de 1976.

Cap. Fernando García Velázquez (vicepresidente de la Federación Internacional de Pilotos, Ifalpa): “Estamos muy interesados en que la libertad prometida a los asesinos de Barbados no se consuma”.

Dr. Assad Kotai (presidente de la Organización de Aviación Civil, DACI): reiteró su condena por el sabotaje del avión cubano en Barbados.

Kestor Alves (asesor político del premier de Guyana): manifestó su repudio.

Omero Flores (vicepresidente de la Organización Iberoamericana de Pilotos): “Condenamos este criminal atentado”.

Joshua Choritmootoo (ministro regional de Guyana): repudió la absolución ante millares de personas reunidas con motivo del cuarto aniversario de la voladura del avión cubano, donde perecieron jóvenes de su país.

Asociación por los Derechos Humanos (Quito, Ecuador): protestó la absolución.

Eduardo De Habich (exembajador de Perú en Cuba): calificó el fallo de “engendro inadmisibles”, y dijo que tras este está seguramente la mano de la CIA.

Daily News (Jamaica). En un editorial dice: “La absolución coloca a Venezuela en una posición de culpabilidad”.

Uno más uno (periódico de México). Titula un editorial así: “Venezuela avala el terrorismo”.

Diario Marka (Perú). Lanzó un artículo titulado “¿Por qué Copei perdona el crimen de Barbados?”.

Profesionales dominicanos: dirigieron una carta al presidente Herrera Campins cuando visitaba Santo Domingo, mostrando su desacuerdo por la absolución de los culpables del sabotaje al avión cubano.

Cap. Jorge Terraba (Asociación de Pilotos de México): “Los pilotos mexicanos reprobamos enérgicamente tan criminal sabotaje”.

Richard Small (presidente de la Asociación Americana de Juristas, AAJ): dirigió una carta al primer mandatario venezolano demandando a su gobierno que “ponga en disposición de una comisión de los juristas de la AJJ, las actuaciones del proceso que se sigue en contra de los autores del sabotaje”.

Partido de los Trabajadores de Jamaica (PTJ): expresó su repudio.

Diario Quand Doi Nhan (órgano del Ejército de Vietnam): se hizo eco de la repulsa mundial.

Federación Latinoamericana de Periodistas (Felap): “No se puede dirigir democráticamente una nación y convertirse en padrino, incitador y cómplice de feroces asesinos, convictos y confesos”.

Intelectuales latinoamericanos. En documento conjunto repudiaron el fallo. Firman: Gabriel García Márquez, Roberto Matba, Jorge Enrique Adoum, Daniel Leyra, Ángel Parra, Gontrán Nieto, Alicia Miranda, Julio La Parc, Roberto Armijo, Olver de León, Miguel Rojas-Mix, Pisa, Saúl Yorkievich, Rubén Bareiro Saguier, Alfredo Bryce, Isabel Parra, José Balmes y Francisco Marín.

Brigada Maceo (México): manifestó su condena a la absolución de los responsables de volar el avión cubano en Barbados.

Edgardo Condessa (máximo dirigente del Centro de Estudios Latinoamericanos, CELA): consideró “aberrante” la absolución.

Congreso Permanente de Unidad Sindical de los Trabajadores de América Latina: firmó una declaración conjunta con la

Central de Trabajadores de Cuba, condenando las maniobras del gobierno venezolano para absolver a los saboteadores.

Rosendo Canto (director de la Casa de Cuba, en Madrid, España): repudió el fallo a través de un mensaje enviado al presidente Herrera Campins.

Partido Comunista de Perú: condenó la maniobra.

Comité Sindical Internacional (Praga): envió cablegrama al presidente Herrera Campins repudiando la absolución.

Partido Comunista de Chile: rechazó el fallo del tribunal militar venezolano.

Unión Internacional de Estudiantes (sede Praga): cursó cablegrama al Presidente de Venezuela exigiendo castigo a los culpables.

Apolinar Díaz Callejas (presidente de la Asociación Colombiana de Juristas Demócratas): calificó como “acto de gobierno” la absolución de los asesinos de Barbados.

Mario Benedetti (escritor uruguayo): “La mayor demostración de la injusticia es la ola de indignación que los intentos de liberar a los asesinos ha provocado en todo el mundo, especialmente en Venezuela”.

III Encuentro Internacional de Escritores (Bulgaria): manifestaron su repudio.

Consejo Nacional Estudiantil (Granada): “Constituye un insulto directo al pueblo y a la Revolución Cubana”.

Volodia Teitelboim (Comité Central del Partido Comunista de Chile): calificó de funesta la decisión de absolver a los culpables del crimen de Barbados.

Sociedad de Amistad India-Cuba (India): condenó la exoneración de culpas a los responsables del sabotaje del avión cubano y aseguró que mil setecientos intelectuales de la *Universidad Hindú de Benarés* (India): repudiaron unánimemente la medida tomada por las autoridades venezolanas.

Partidos políticos de Costa Rica: Vanguardia Popular, Partido Socialista Costarricense y Movimiento Revolucionario del Pueblo de Costa Rica manifestaron su repulsa a la absolución de los culpables del homicidio colectivo.

Diario L' Unita (Roma): afirmó que “la próxima liberación de los cuatro terroristas que sabotearon un avión cubano en 1976 es deseada por el presidente venezolano democristiano, que mira hacia el aislamiento de Cuba”.

Semanario Universidad (Costa Rica): “Es imposible para una corte imparcial liberar a quienes todo el mundo reconoce como los asesinos de Barbados”.

Jorge del Prado (senador comunista peruano): “No solo se trata de una actitud reaccionaria de Luis Herrera Campins contra la Revolución Cubana, sino también de una justificación del terrorismo perpetrado en la forma más bárbara por asesinos dirigidos por la Central de Inteligencia de Estados Unidos (CIA)”.

Unión de Trabajadores por la Salvación de Kampuchea: demandó el severo castigo para los culpables.

Diario El País (México): editorializa sobre la condenada absolución.

Romesh Chandra (presidente del Consejo Mundial de la Paz): “Este hecho no solo es un crimen horroroso contra Cuba, sino también contra todas las fuerzas de la paz”.

Unión de Periodistas Democráticos de México: rechazó las maniobras del gobierno venezolano para liberar a los culpables.

Consejo Nacional de la Paz (Panamá): manifestó su indignación por la “canallesca decisión del tribunal militar de Venezuela y sus cómplices patrocinadores del actual gobierno copeyano, de absolver a los autores del horrendo y monstruoso crimen que costó la vida a setenta y tres personas”.

Alianza de Mujeres Costarricenses: “Sería imperdonable una sentencia absolutoria para los responsables de un crimen en masa cuando existen muchas pruebas en contra de los autores”.

Federación de Estudiantes (Panamá): “Cualquier intento por impedir el curso de la justicia es un acto de complicidad con el atentado terrorista”.

Diario El Espectador (Bogotá, Colombia): en amplio reportaje, en dos entregas, firmado por Patricia Lara, advierte que el crimen de Barbados podría quedar impune.

Agencia Central de Noticias (India): “Al liberar a los criminales, las autoridades venezolanas han corroborado que están actuando bajo las indicaciones de la Agencia Central de Inteligencia (CIA), en los Estados Unidos”.

Federación Democrática Internacional de Mujeres (Berlín): En un comunicado de prensa dice “la explosión ocurrida en la nave cubana y su caída al mar en Barbados con el saldo de setenta y tres muertos es uno de los crímenes mayores que ha conocido la humanidad”.

Partido Socialista Revolucionario (Perú): expresó su más enérgico rechazo ante los propósitos de absolver a los cuatro terroristas que sabotearon el avión cubano.

Federación de Trabajadores (Tungurahua, Ecuador): pide al presidente Herrera Campins que se revise el fallo absolutorio.

Comisión Pro-reunificación de la Familia Cubana (México): “La absolución a los autores del sabotaje del avión de Cubana de Aviación es un atentado a la justicia por parte de las autoridades venezolanas. Los hechos han demostrado las numerosas maniobras por amañar los expedientes para justificar la absolución”.

Movimiento de Liberación Nacional (Barbados): condena “la ultrajante decisión del gobierno venezolano”.

Miles Fitzpatrick (abogado guyanés): “Toda la historia del proceso contra los cuatro implicados en la voladura del avión cubano revela una manipulación de la maquinaria judicial para asegurar que los culpables del hecho no sean llevados ante la justicia”.

Asociación de Amistad Trinidad-Cuba: “El pueblo revolucionario y progresista de todo el mundo manifestará en sus respectivos países su inconformidad con la decisión del tribunal militar venezolano de absolver a los cuatro culpables”.

James Millette (conferencista de la Universidad de las Indias Occidentales): señaló que “después del arresto de los implicados en Trinidad-Tobago, quedó claro que algunos gobiernos regionales se dejaron intimidar por temor a las represalias y no asumieron una actitud severa ante los hechos”.

Francis Belle (Movimiento para la Liberación Nacional de Barbados): “La evidencia de la culpabilidad de los terroristas acusados sigue siendo completamente diáfana y su liberación contribuiría a empeorar la imagen de Venezuela en el Caribe”.

Partido Progresista del Pueblo (Guyana): hizo patente su repudio.

Juventud de Vanguardia (Movimiento del pueblo Unido, San Vicente): “Venezuela solo complace los deseos de la CIA y de las organizaciones contrarrevolucionarias que operan en esa nación y en Estados Unidos”.

Laurence Poyorre (Movimiento Revolucionario de los Trabajadores Santa Lucía): declaró que la Asociación de Amistad Santa Lucía-Cuba “también envió una carta al Ministerio de Justicia de Venezuela que expresa su condena al anuncio de que serán puestos en libertad los culpables del sabotaje a un avión cubano el 6 de octubre de 1976”.

Asociación de Amistad San Vicente-Cuba: advirtió que este hecho podría ocasionar la ejecución de nuevos actos terroristas contra el gobierno cubano.

Abogados peruanos: un documento firmado por abogados peruanos, encabezados por Laura Caller y Genaro Ledesma, afirma que “subordinar cuestiones que importan a la humanidad entera, como es la piratería aérea a intereses políticos,

resulta un atentado contra la humanidad y está muy alejado del espíritu de Simón Bolívar”.

Comité de Defensa de los Derechos Humanos de El Salvador (México). En su declaración dice: “La irresponsabilidad y complicidad del gobierno venezolano en la liberación de los culpables ha provocado la indignación y el repudio de todos los hombres honestos de la tierra”.

Diario Journal de Angola (Luanda): Responsabilizó al gobierno de Venezuela de absolver a los responsables del crimen de Barbados.

Partido Progresista del Pueblo Trabajador de Chipre (Nicosia): en mensaje dirigido a Luis Herrera Campins, condena enérgicamente la absolución.

Seminario Bautista (México): Expresó “su consternación por el acto de irresponsabilidad y parcialidad demostrado por el gobierno de Herrera Campins”.

Secretario Latinoamericano de la Federación Universal de Movimientos de Estudiantes Cristianos (México): envió mensaje a Herrera Campins deplorando la decisión de liberar a los criminales.

Comisión para Estudio de la Historia de la Iglesia Latinoamericana (México): Treinta sacerdotes, monjas y laicos de varios países latinoamericanos, asistentes a un curso patrocinado por esa comisión de estudios, manifestó su condena por la absolución de los “cuatro detestables saboteadores”.

Comité de Solidaridad con los Pueblos de América Latina (Lima, Perú): veinticuatro organizaciones sindicales, partidos políticos de izquierda y numerosas personalidades firmaron un documento condenando la decisión del gobierno de Venezuela de absolver a los culpables del sabotaje a un avión cubano.

Asociación de Amistad Suiza-Cuba (Berna): difundió un comunicado donde asegura que el pronunciamiento del tribunal militar venezolano constituye una burla a todo sentimiento de

derecho y justicia, le hace el juego a Estados Unidos y, sobre todo, a la Agencia Central de Inteligencia (CIA)”.

CUBA

El pueblo cubano, a través de su gobierno, partido, organizaciones de masas y demás instituciones de la sociedad socialista, ha manifestado su más decidido rechazo a la decisión tomada por el tribunal militar venezolano de absolver a los cuatro criminales que hace cuatro años volaron un avión de la línea Cubana de Aviación, privando de la vida a setenta y tres personas, entre ellas cincuenta y siete cubanos.

Apéndices

Apéndice A

Preliminar

Desde que inicié la investigación periodística para desenmascarar y denunciar a los autores de la voladura del avión cubano cerca de las costas de Barbados, el 6 de octubre de 1976, viví momentos muy duros que de alguna manera reflejé en este libro.

Sin embargo, después de veinticinco años de la denuncia, me aguardaba una conmoción mayor, producida por algo impensable, inesperado: la aparición de un grupo de documentos que, en su momento, fueron sustraídos del expediente del caso del avión cubano, para absolver a los cuatro terroristas inculpa-dos en esa acción criminal.

No había lugar para las dudas, estas eran las pruebas que dejaban definitivamente establecido que Luis Posada Carriles, Orlando Bosch, Hernán Ricardo y Freddy Lugo eran los autores del sabotaje al avión de la línea aérea Cubana de Aviación.

El periodista venezolano Ernesto Villegas presentó los mencionados documentos el martes 26 de abril de 2005, en su programa *En confianza*, que transmitía Venezolana de Televisión (Canal 8).

Villegas me había invitado un día antes a su programa, con motivo de la denuncia que yo estaba haciendo acerca de la presencia del terrorista Luis Posada Carriles en territorio norteamericano y su pretensión de pedir asilo en Estados Unidos

para evadir la justicia venezolana, de la cual es prófugo. Pero ese mismo día, por la noche, me llamó para pedirme que interviniera, vía telefónica, en su programa del miércoles donde tendría un material especial sobre el tema del avión.

Los papeles presentados por Villegas, y que dos días después consignó en la Fiscalía General de la República de Venezuela, confirman mi denuncia, mi testimonio recogido en *Pusimos la bomba... ¿y qué?*, publicado en 1980.

Estamos frente a un hecho de gran trascendencia no solo desde el punto de vista legal, sino también desde el punto de vista ético. Esta persona que hizo llegar los documentos a Villegas, en un conmovedor gesto de humanidad, los mantuvo por todos estos años, quizás a la espera del momento indicado para darlos a conocer. Y ese momento llegó.

La fuerza y la contundencia de estas pruebas, que tienen el valor de proceder del expediente del caso que fue falsificado por los amigos de los terroristas en los gobiernos de los presidentes Carlos Andrés Pérez y Luis Herrera Campins, son respaldadas por otras que aparecen en documentos desclasificados recientemente por el gobierno de Estados Unidos.

Es un acto de justicia que los terroristas paguen por sus crímenes. Que Luis Posada Carriles sea extraditado para ser juzgado por tribunales de Venezuela, como lo exigió el gobierno del presidente Hugo Chávez Frías. Y de igual manera, que se juzgue también al connotado terrorista Orlando Bosch, absuelto de su responsabilidad en el crimen de Barbados por jueces venezolanos corruptos.

Es increíble cómo los verdaderos “padres” de este crimen clasificaron cientos de documentos para ocultar que sabían todo acerca del sabotaje al avión cubano, pero sus autores intelectuales y materiales “se desclasificaron en los mismos”, contándome cómo lo hicieron en la prisión del Cuartel San Carlos, en Caracas.

A continuación ofrecemos varios anexos que contienen la información de los documentos citados¹ con los siguientes títulos:

- Anexo 1. Interrogatorio del comisario “Francisco” a Hernán Ricardo.
- Anexo 2. El pacto del expresidente Carlos Andrés Pérez con Orlando Bosch.
- Anexo 3. Diligencias y actuaciones de la Disip.
- Anexo 4. Documentación desclasificada por el gobierno de Estados Unidos.
- Anexo 5. Fragmentos de las cartas de Bosch.
- Anexo 6. Fichas criminales.

¹ En los casos en que hemos transcrito los documentos, conservamos la ortografía y redacción de los originales.

Anexo 1

Interrogatorio del comisario “Francisco” a Hernán Ricardo

Uno de los documentos más valiosos de este paquete es el interrogatorio que le hace “Francisco”, presunto comisario de la Disip, a Hernán Ricardo, uno de los autores materiales del crimen de Barbados, posiblemente en Caracas, el 25 de octubre de 1976, a menos de tres semanas de la voladura del avión de Cubana de Aviación.

El documento no tiene encabezado, de lo que se deduce que era o más extenso o que lo precedían otros materiales, consta de veintidós páginas. Este catálogo de revelaciones terribles refleja, en primer lugar, que el interrogador “Francisco”, era un personaje de máxima confianza del gobierno del presidente Carlos Andrés Pérez.

Asimismo se desprende que este personaje fue comisionado especialmente para borrar todo tipo de pruebas que dejaran al descubierto que Pérez conocía, apoyaba y permitía la preparación de acciones de los grupos terroristas anticastristas, bajo la jefatura de Orlando Bosch y Luis Posada Carriles.

Está muy claro que “Francisco” tenía la tarea de eliminar cualquier vínculo oficial con el crimen de Barbados. Incluso, en este interrogatorio aparece diciendo que asistió a una conferencia en Trinidad, aunque no se sabe si formó parte de la

misión del gobierno venezolano que estuvo al frente de las primeras diligencias del sabotaje u otra “comisión”.

En las primeras páginas del interrogatorio, Ricardo le responde a “Francisco”:

Ricardo: Pero ya no vamos a estar mezclando más gente en esto, porque si vamos a poner el caso que va a caer todo el mundo, *va a caer un gentío grande*.

Francisco: Yo lo que necesito saber precisamente por dónde yo tengo que cortar esto *para que no caiga la gente esta*. (sic)

Ricardo: Pero imagínese que hay tanta gente, pero gente, pero gente, el problema es la vaina de que *yo lo sé todo*, yo andaba pa’ arriba y pa’ abajo con todo el mundo y hacen años que estoy metido en esto [...].

De igual manera se puede inferir que el temor más grande que tenían los cómplices gubernamentales de los terroristas, era que se descubriera cómo llegaron a Venezuela los explosivos que se utilizaron en la voladura del avión, lo que pondría en evidencia, además, el intenso tráfico de armamentos y explosivos que existía, y la complacencia de las autoridades venezolanas, como se registra en este interrogatorio.

Estos explosivos se encontraban escondidos en casas y lugares clandestinos en Caracas y sus alrededores. En este sentido aparecen nombres y sobrenombres diferentes, todos comprometidos en criminales atentados terroristas.

Francisco: “Tú crees que yo al hacer esto, tengo la intención de *cortar una serie de vinculaciones comprometedoras*, cuestiones, a mí me hacía falta extraoficialmente *no allanar sino recuperar* algunos explosivos y armamentos *y decir que todo lo conseguí en cualquier otra parte*”.

Aquí está demostrada cuál era la verdadera intención de los protectores de Bosch, Posada, Lugo y Ricardo. Es más, muestra

la evidencia de que en ocasiones anteriores habían procedido a realizar este tipo de “limpieza”; como ocurrió cuando Orlando Bosch fue detenido, por primera vez en Caracas, en el año 1974.

A través de todo el interrogatorio, “Francisco” presiona a Ricardo para sacarle información sobre el paradero de los explosivos, armas y municiones.

Francisco: “Para cubrir las apariencias *tiene que aparecer* cualquier tipo de explosivo, inclusive *que no sean encontrados* en ninguna casa [...]”.

Más adelante agrega:

“*Cuando Bosch cayó* la otra vez se me permitió entregar dinamita militar, plástico, cordones, detonantes, detonadores eléctricos y mechas que estaban encaletadas cerca de la pensión donde estaba viviendo y *con eso finiquito la investigación*”.

A lo largo del texto, el lector encontrará distintas referencias de Hernán Ricardo en torno a los atentados donde participaron él y los otros tres integrantes del grupo, así como muchos terroristas cuyos nombres o alias aparecen en este interrogatorio.

Francisco: “Y quiénes pusieron *la de Barbados (100776)*”.

Ricardo: “*A Barbados fuimos Freddy y yo [...]*”.

De inmediato, Ricardo menciona otra acción terrorista realizada en Barbados en julio de 1976, alusión que hacemos para que no se confunda con la voladura del avión, en octubre de ese año.

Según el criterio expresado por Hernán Ricardo durante su conversación con Francisco, “*se decidió a última hora que el avión se iba a volar en el aire*”.

1 Se refiere al sabotaje, puesto que la pregunta de Francisco incluye la fecha del hecho: 10-07-76.

Este valioso documento deja al descubierto todas las vinculaciones de los terroristas, incluidas las de la CIA, así como los lazos políticos y financieros que coexistían en las altas esferas del gobierno de Carlos Andrés Pérez y empresarios venezolanos y cubanos, con el objeto de apoyar los crímenes de asesinos como Bosch y Posada Carriles.

Estas complicidades se mantuvieron siempre y se prolongaron con la llegada al poder del presidente socialcristiano Luis Herrera Campins, quien continuó “el trabajo” de Pérez, hasta absolver a los terroristas.

La manipulación de este caso es también una muestra de la corrupción moral que terminó por minar la “democracia” de los partidos políticos venezolanos Acción Democrática y Copei. Durante cuarenta años estas organizaciones políticas gobernaron a favor de un pequeño sector de la población integrado por la oligarquía empresarial y por una dirigencia política enriquecida ilegalmente, que son los responsables de la pobreza que padece hoy la mayor parte del pueblo venezolano.

Documento del interrogatorio

Francisco: Mira este papel que se encontró en el escritorio tuyo es comprometedor

Ricardo: Si es comprometedor es el único que tenía. El informe que estaba sellado pero no en inglés tenía los sellos de "Secret" (Secreto).

Francisco: Hay un informe en inglés sobre Guyana

Ricardo: Donde esta ese Informe?

Francisco: No, no ese no esta ahí

Ricardo: Un informe de Guyana hecho a mano dice Ud?

Francisco: Si esta conjuntamente con unos papeles de una conferencia.

Ricardo: Coño, no, el caso es que me arrecha que esa no es mi letra, eso me lo entregó "Jorge" en el informe me sacó un poco de papeles allá abajo, pero si yo sabía que ese informe andaba rodando por allí, por que Luis me lo había dicho, que tenía Conferencia de los chinos.

Francisco: Si de los Chinos

De donde salió el informe ese

Ricardo: Cuál?

Francisco: El de los Chinos y el de Guyana

Ricardo: Ese fue un informe que yo tuve que hacerle a Rene de un trabajo que se hizo aquí, que fue de la A. V. P., pero el informe de Guyana no dice si no algo de unas fotografías que yo tengo que enviar y una cuestión de esas. Por que el informe es de Rene, para la D. 54 y darle para acá pá Rene, ya es una cosa de trabajo que no se ha mencionado. Tiene una fotografía de un viaje, es decir fotografías que ya venían, que era cuando el asunto de Estado, estaba pendiente.....

FRANCISCO : Mira este papel que se encontró en el escritorio tuyo es comprometedor

RICARDO : Si es comprometedor es el único que tenía. El informe que estaba sellado pero no en inglés tenía los sellos de "Secret" (Secreto).

FRANCISCO : Hay un informe en inglés sobre Guyana

RICARDO : Donde esta ese informe?

FRANCISCO : No, no ese no esta ahí

RICARDO : Un informe de Guyana hecho a mano dice Ud?

FRANCISCO : Si esta conjuntamente con unos papeles de una conferencia.

RICARDO : Coño, no, el caso es que me arrecha que esa no es mi letra, eso me lo entregó "JORGE" en el informe me sacó un poco de papeles allí abajo, pero si yo sabía que ese informe andaba rodando por allí, por que LUIS me lo había dicho, que tenía Conferencia de los chinos.

FRANCISCO : Si de los Chinos

De donde salió el informe ese

RICARDO : Cual?

Facsímil de una de las páginas del original del interrogatorio.

Pues yo tengo pensado lo siguiente el asunto del Pasaporte en cierto modo ya ese es un delito que ya eso no me lo puedo quitar de encima en cierta parte haberme hecho pasar por Jose Vasquez García que no es mía ni las huellas dactilares, las huellas dactilares son de Gustavito.

Francisco: Quien es Gustavito?

Ricardo: Gustavo Castillo

Francisco: A ese no lo hemos detenido, no apareció

Ricardo: El esta aquí escondido, sabe

Francisco: Y la letra?

Ricardo: Es de él y las huellas digitales y el comprobante de Cédula que no se si apareció, en su pasaporte yo puedo decir, no ve, el mismo cuento eso de Extranjería.

Francisco: De que lo compraste

Ricardo: Okey, si correcto que fue una cosa de apuro. Ahora el problema que se basa es que yo el unico problema que veo es que me pregunten a mi y donde me pueden agarrar contradicciones y cuestiones de ese tipo, el viaje de nosotros..... Hay una cantidad de explosivos que tenía Francisco Nuñez Villavicencio que lo detienen también, esta preso, que lo tenía en su casa escondido por allá, entonces como iba a viajar antes Frank, lo fué a buscar fuimos los dos (2) a buscarlo el explosivo ese, entonces lo llevamos para entregarselo a Bosch, Okey, entonces llegamos y lo trasladamos yo no sabia que había ahí, me dijo no esos que están ahí para cuando Luis te los pida, era para que Luis no se quemara por que él no podía quemarse en este trabajo, Okey, entonces cuando llega-

mos allá al Club Patriótico entonces Orlando Bosch uno que creo que era el Gallego, que no mas o menos sabia quien era, a quien después yo tenia que pedirle todo, por que al único que podía entregar era a mí, entonces “El Gallego me dices tu sabes como es la vaina de los explosivos, le dije si no te preocupes pero yo lo tengo ahí..... bueno pero sácalo despues, no, yo tengo una llave espérate entonces lo que había era una caja de detonadores de todo tipo con mechas, booby traps (cazabobos), cartones de detonadores, pero en la otra si creo que habia Pentolita C-4, había Dinamita y sacamos un poco de dinamita, Orlando Bosch, decía que estaba muy mala y no quisieron coger, yo creo que los botaron, eso lo eliminaron por que eso estaba peligroso, estaba muy babozo; entonces ese explosivo estaba ahí; ahí se quedo mi motocicleta, allí tenía que estar todavía yo lo cargaba si no que yo la tenía ahí y alla había dormido yo varias noches es decir no dormía si que yo iba y dormía una noche allí, y después venia y no dormía por que no me gustaba andar con ellos entiende por que habia un cierto, yo me iba para mi casa.

Francisco: Espérate un momentito. Y del exterior trajeron explosivos?

Ricardo: Del exterior? Si se supone que del exterior que traigan explosivos por que fijese, el explosivo estaba corto aquí pero ponerse que el explosivo baja en porque Ramoncito

Velasquez, tiene un pocote también. El viaje ese como se llama? El día ese después de la operación iba a venir un armamento grande que lo iba a recoger el “Mono” Morales no se que paso con eso, pero era un armamento grande

La Guaira y toda vaina no se como era el asunto

Francisco: De Inglaterra?

Ricardo: Inglaterra, aja eso que tienen ahí, no se que paso con eso, pero lo que si se necesitaron era lapiceros, cuestiones de esos que ya estaban combinados como sacarlo de allí y los tenían guardaditos ahí.

Francisco: Y entonces?

Ricardo: Pero ya no vamos a estar mezclando más gente en esto por que sí vamos a poner el caso que va a caer todo el mundo, va a caer un gentío grande?

Francisco: Yo lo que necesito saber precisamente por donde yo tengo que cortar esto para que no caiga la gente esta.

Ricardo: Pero imagínese que hay gente, pero gente, pero gente, el problema es la vaina que yo lo sé todo, yo andaba pá arriba y pá abajo con todo el mundo y hacen años estoy metido en esto y usted sabe como es la cosa como lo sabía ya Jorge y Jorge esta al día el sabía como iba la vaina y como era la cosa de las fotos de los cubanos, usted, lo sabía porque eso era una cosa que lo tenia y el día que usted renunció yo dije bueno chico pal carajo, ya usted lo sabe

Francisco: Bueno pero espérate los explosivos salían de aquí?

Ricardo: En cierta forma, iban a seguir saliendo por que este “Fabri” esta cogiendo un curso de paracai-

dismo, un paracaída se lo prestaron un paracaída que era de “Oterito” después se lo pasaron, se lo paso cierta persona que es Hermes el explosivista.

Francisco: Hermes Rojas (a) “Fernando” ex-funcionario detenido en marzo de 1974, muy amigo de Carlos Fabri)

Ricardo: Hermes Rojas le pasó ese paracaída, entonces ya estaba combinada la vaina “Calladito” paso la cuestión pero eso tenia nada que ver porque si hay unas cuestiones es decir, pero el problema es que había cosas que no eran casos de Seguridad, pero ya se estaban instalando, tenían ametralladoras por alla, pero no era para operar aquí, porque ya todo esta hablado es decir que aquí no se iba a hacer nada, los silenciadores quien los estaba haciendo y todas esas cuestiones, no es un lío grande

Francisco: Pero afuera que explosivos se quedaron o sacaron?

Ricardo: C-4 lo dejaron aquí para esta área, para el cono sur para que trabaje toda esa área, por arriba parece que estaba un poco escaso, lo único que faltaba aquí era que iba atraer un armamento calibre 22 para poderles acomodar el silenciador para poder tener 6 ó 7 bichos de esos aquí

Francisco: Que tipo de metralletas había?

Ricardo: Hay Madsen Beretta, Z.K., M-1 y M-3 con silenciador hay varios bichos de esos él que no tenía armamento para elaborar, lo ponía, yo tengo un revolvito y lo pongo y asi era que llegamos

Francisco: Tu crees que yo al hacer esto, tengo la intención de cortar una serie de vinculaciones comprometedoras, cuestiones, a mí me hacía falta extrao-

ficialmente no allanar sino recuperar algunos explosivos y armamentos y decir que lo conseguí en cualquier otra parte

Ricardo: Imagínese ya con esta gente para que digo, lo que a mi me duele de todo esto el que se esta favoreciendo es Trinidad con toda esta vaina

Francisco: Para cubrir las apariencias tiene que aparecer cualquier tipo de explosivo, inclusive que no sean encontrados en ninguna cosa, por que esa puede incriminar a una persona directamente. Cuando Bosch, cayó la otra vez me permitió entregar dinamita militar, plástico, cordones, detonantes, detonadores eléctricos y mechas que estaban encaletadas cerca de la pensión donde estaba viviendo y con eso finiquito la investigación

Ricardo: Si, pero ya era cuestión mas o menos de arriba (Presidencial)

Francisco: Le estoy diciendo no allanar

Ricardo: Ahora usted cree que ese explosivo todavía lo tengan en ese sitio

Francisco: Yo no sé?

Ricardo: Ahora Ramoncito, si es verdad que tiene el explosivo que da miedo. Como lo va a allanar, como lo va a buscar, ese tiene que da miedo? Que jode, tiene cajas de C-4, que es explosivo que más se utiliza para ese tipo de operación

Francisco: Ese explosivo es de aquí de la Disip o traído de afuera?

Ricardo: De aquí y de afuera, tiene explosivos de los tiempos viejos (C-4) pero en perfectas condiciones y lo otro un cargamento de armas, no se si resultó por que de eso hace ya 20 días

- Francisco: Lo tiene Ramoncito en su casa, para entonces yo hablar con él y que me entregue parte de eso
- Ricardo: Si, en su casa o en una hacienda, creo que también lo tenía fuera de aquí, y López, el “Gallego”, ó esta la Asociación “José Martí”, tenía una cantidad de cajas, como cinco (5) cajas
- Francisco: Quien es “El Gallego” López?
- Ricardo: Es un miembro de la Asociación Patriótica José Martí, encargado de los explosivos pero se suponía que ese explosivo se le llevara para su casa tenia como tres (3) cajas, la caja en que estaba el Control Remoto que es el único que hay aquí, lo íbamos a utilizar cuando viniera Fidel Castro, para volarlo pá el carajo, ahora yo no sé Comisario en que me puede agarrar los Fiscales
- Francisco: Yo, personalmente después del planteamiento que yo hice a Luis y a Orlando, yo primero para poder defender o para poder precisamente de una manera táctica llevar las cosas, yo tengo que saber eso, es lo que hice antes de ir a Trinidad.
- Ricardo: Y Luis que dijo? Por que él lo sabe todo?
- Francisco: Que tu lo sabias todo, por que en ese momento a mi me interesaba salir para Trinidad, a las negociaciones
- Ricardo: Ah, pero Luis le dijo que yo sabía todo?
- Francisco: No, el me dijo que tú sabia mas o menos, de manera que no me pudieran tomar de sorpresa en la Conferencia
- Ricardo: Bueno allá sabía ciertos detalles que lo sabían ellos, de reuniones en Santo Domingo, es más, decían que yo estaba allí, pero era la policía, no era una cosa escrita
- Francisco: Pero él que asistió a esas reuniones fué Luis?

- Ricardo: No ellos decían que era yo, en Santo Domingo hubieron dos (2) reuniones una de carácter general y otra de los “Bélicos” que era mas secreta y asistieron cinco personas: Luis, Frank Castro, Orlando Bosch, Armandito López Estrada Jefe de Operaciones de la Brigada 2506 y otro cuyo nombre no recuerdo
- Francisco: Por cierto mataron a Aldo Vera en Puerto Rico ayer
- Ricardo: No me diga eso, eso quiere decir que ya empezó la guerra, ahora viene un guerrillero de esos y coje una Avenza y se lo lleva pal carajo, eso es seguro
- Francisco: Ahora una cosa, por que tu crees que te mencionen a ti en la reunión de Santo Domingo y no mencionan a Luis
- Ricardo: Y me decían a Luis si, pero decían que me habían visto a mi, me metieron en Jamaica y decian usted estuvo con pasaporte falso en Jamaica que me habían visto entrevistandome en Trinidad y Barbados con funcionarios de la Embajada Nor-te Americana, me preguntaron por Leo, Ritchie y por otros y yo a todos les dije que si para que pensarán que yo era un agente de la CIA, incluso les dije tu quieres que te diga que yo soy de la CIA? Pues si yo soy de la CIA? Ellos me jodieron a mi que jodes pero cuando les dije esto cambio todo, cambiaron el trato conmigo
- Francisco: Y ellos sabian lo de Panama, lo del otro DC-8 (lo del C-3)
- Ricardo: Ellos sabian como no lo van a saber si eso era una cosa pública, que lo decían los periódicos que fue un C-3 que se lo metió en Jamaica en una maleta, ahora los detalles de como pusieron

la “Bomba” en la maleta eso no lo saben ellos eso lo se yo, lo sabemos un poco mas

Francisco: Los de Jamaica fueron otros?

Ricardo: Claro, ellos decían que yo era el Jefe del Area del Caribe, pero el trabajo fue en el Area del Caribe, pero eso esta compartimentado, y Ud. sabe por que usted tiene los papeles y yo no lo voy a estar engañando

Francisco: Gueton fué contigo a Panamá y Trinidad?

Ricardo: A Panamá y a Trinidad, a esas dos cosas, En Trinidad, si me salvé por que cuando tiramos la operación el único que se disfrazó fui yo

Francisco: Hermes Rojas, fue con ustedes a Trinidad?

Ricardo: No, él donde fué, fué a Colombia donde fuimos Luis, Yo y una pata completa fuimos como diez (10) un bojote de gente pero no hicimos nada, es decir no pudimos hacer algo grande. A Panamá fuimos Gueton y yo y reventamos las dos oficinas (2) de la Cubana, sin muertos ni nada. En Trinidad pusimos la Bombita y pal carajo y tampoco paso nada, el único peo fué el de la Visa en el Pasaporte

Nota:

Ricardo: Paso a relatar como Joe Leo representante del F.B.I. en la Embajada Norteamericana, en Caracas, lo detectó y lo vinculó como presunto autor de la Bomba en el Consulado de Guayana en Trinidad, el 010976 y como resultado de esta le negaron la Visa para Puerto Rico que iba a ser utilizado como vía de escape después de la operación del Avión (061076) Leo lo comunico a Disip, para procesamiento y así se encontraba el caso cuando ocurrió el accidente

Francisco: Y quienes pusieron la de Barbados (100776)?

Ricardo: A Barbados fuimos Freddy y Yo, si a Barbados la primera vez fuimos Freddy y Yo, pusimos nuestro “regalito”, no hubo testigos, esa fue una cosa bien hecha y nos devolvimos

Francisco: Y lo de Jamaica?

Ricardo: Eso lo hicieron por arriba, Gustavito con Frank y esa gente, esa era otra zona nosotros teníamos que actuar de Venezuela para bajo, solamente en casos extraordinarios nosotros actuábamos para aca o en cualquier área donde estimásemos conveniente porque hay muchos venezolanos y sin embargo los que tienen pasaportes Norteamericanos pero son Cubanos tienen problemas, incluso había un viaje, un viaje para Hong Kong por que hay una Embajada que está jamón y le íbamos a dar, ya todo estaba listo y entonces se presentó lo de Trinidad y Ramoncito nos dijo “aquí tienen el pasaporte y lo que quieran” entonces a todo el mundo se le abrieron los ojos. Teníamos dividido todo por áreas, pero el área que más se presta es está porque se mueven muchos venezolanos

Francisco: Y la operación de Argentina contra el carro del Embajador Aragonés?

Ricardo: Eso lo hizo personalmente Orlando Bosch y Luis también lo sabía. El atentado de aquí lo hicimos nosotros

Francisco: Y las cartas bombas?

Ricardo: Al principio yo no sabía nada y me hablé con Felix Martínez Suarez y le dimos un vuelco a la cosa por la prensa, pero después me enteré que era un proceso que había sido por fuera que

había un programa grande con cartas bombas utilizando unas laminitas

Francisco: FLEX – EX?

Ricardo: Si el fino por que era para cartas pequeñas. En explosivos estabamos bien

Francisco: El que sabe sobre esos explosivos es Fabri?

Ricardo: No, pero, no crea que las cartas las preparó Fabri porque Luis me lo dijo

Francisco: Pero Hermes también sabe de explosivos?

Ricardo: Sí, per Hermes sabe donde esta todo. Es que después ellos no querían tener nada en el sitio donde ellos tenían sus cosas, entonces yo no podía por que el que operaba no puede tener explosivos Entonces vamos a empezar a buscar con toda esa gente, y como yo andaba con todos los cubanos, todo el mundo iba guardando, entonces iban a empezar pero cuando yo viniera, por que todos pensabamos hacer las cosas tan perfectas que nos iba a salir bien, o sea al contrario por que eso de la voladura del avión fué una loquera

Francisco: Mira, y la Camioneta de Operaciones Técnicas?

Ricardo: Cuál Camioneta?

Francisco: La que estaban equipando

Ricardo: No, esa es una camioneta mía que yo pensé comprar para equipar y todo eso pero para fotografía Operativa que esa era una cosa muy distinta

Francisco: Ustedes no fueron a Estados Unidos?

Ricardo: El Americano si esta aquí ya, esta residenciado aquí y todo, esta viviendo por que le obtuve el pasaporte y es de origen Cubano

Francisco: Y que aporta él?

RICARDO : Al principio yo no sabía nada y me hablé con FELIX MARTINEZ SUAREZ y le dimos un vuelco a la cosa por la prensa, pero después me enteré que era un proceso que había sido por fuera - que había un programa grande con cartas bombas utilizando unas laminas

FRANCISCO : FLEX - EX?

RICARDO : Si el fino por que era para cartas pequeñas. En explosivos estabamos bien

FRANCISCO : El que sabe sobre ~~exp~~ explosivos es FABRI?

RICARDO : No, pero, no crea que las cartas las preparó FABRI porque LUIS me lo dijo

FRANCISCO : Pero HERMES también sabe de explosivos?

RICARDO : Sí, per HERMES sabe donde esta todo. Es que después ellos no querían tener nada en el sitio donde ellos tenían sus cosas, entonces yo no podía por que el que operaba no puede tener explosivos. Entonces vamos a empezar a buscar con toda esa gente, y como yo andaba con todos los cubanos, - todo el mundo iba guardando, entonces iban a empezar pero cuando yo viniera, por que todos pensabamos hacer las cosas tan perfectas que nos iba a salir bien, o sea al contrario por que eso de - la voladura del avión fué una loquera

Facsímil de una de las páginas del original del interrogatorio.

- Ricardo: El es técnico, inclusive está montando la Oficina en el C. Díaz; un laboratorio, esa es su profesión, eso no tiene que ver con revoluciones ni con nada yo mas bien pensaba retirarme de donde Luis y montar mi negocio ese era mi deseo inclusive si la Disip no queria nada ni la P.T.J., yo sabia que ibamos a conseguir gente y si no trabajabamos pura publicidad por que ibamos a tener sistemas en revelados a colores que no lo tienen la Kodak por que no les conviene
- Francisco: Ahora fijate, para la cuestión de evitar las complicaciones internas en cuanto a sacar explosivos? De donde se puede de la calle rastrear hacia la Disip la sacada de explosivos?
- Ricardo: Fabri iba a entregar ó estaba entregando eso no me consta pero si estaba seguro ya (explosivos)
- Francisco: Bueno y el paracaída de “Oterito” o no hubo relación
- Ricardo: Parece que había algo convenido, yo no sé si se lo dijo Luis
- Francisco: Orlando dice que tiene una cuestión en el paracaída?
- Ricardo: El lo tenía en casa de Morales Navarrete, entonces aquí se penso en un paracaídas y lo iba a comprar Frank, entonces Orlando no se lo pidio por que eso era un problema entonces el paracaídas se lo entregaron a él, a (Frank) tanto; incluso hubo una vez una operación que no se pudo hacer por que no habia lapiceros
- Francisco: Pero había colaboración por ejemplo de Gaszo ni de Bango ni nada
- Ricardo: De esa gente no, de Gaszo, interesa esa gente como le digo o cubanos propiamente dicho

- Francisco: No te digo por que se sacudieron ellos en vez de ayudarlos
- Ricardo: Bueno yo nunca vi que yo sepa hasta estos momentos de que ellos hayan metido la pata en algo con nosotros y en el orden publicitario nadie metió la pata, ni Luis, mas bien era un problema por no vamos a estar exponiendo la vida
- Francisco: Y tu conocias a Dimas?
- Ricardo: A Dimas, Dimas, Dimas, un viejito él, si lo conocí aquí hace cinco (5) años
- Francisco: El nunca les dió nada, él tenía C-4 y tenía lapiceros
- Ricardo: Ah, bueno esa es otra cosa, pero por compartimentación hay cosas que yo no sé, por ejemplo yo no se donde esta el armamento de Luis y Bosch conoce la situación de allá
- Francisco: Pero él no tiene información de aquí?
- Ricardo: Sí, pero de aquí tenía la información más importante, que no era la Bélica, que es quienes aportan el dinero que es lo más clave, y que yo sé por que desde que llegó aquí, yo no me lo separé ni un momento por que con la excusa de darle protección Luis me puso en contacto con Orlando Bosch y yo era quien lo llevaba para todas partes
- Francisco: Y que carro utilizaban?
- Ricardo: Un carro que alquiló Luis Miguel Martinez un socio de Francisco Nuñez y yo aparecía como el que lo iba a manejar, estuvimos quince (15) días con el carro de Luis para arriba y para abajo y él utilizaba el de la mujer. El carro nos lo chocaron, era un Nova, entonces fuimos a cambiarlo al mismo sitio el de unos cubanos, la misma gente, cambiarlo por uno mas moderno y sacamos un Malibú 76, azul y fué el último carro

que tuvimos acá hasta el día de la operación. Ese carro estaba alquilado por Luis Miguel Martínez y yo aparecía como conductor. Yo no se que ha pasado con ese carro pero lo cargaba Gustavito

Francisco: Que estimado tienes tu de cuantos libras de C-4 habrá en la calle?

Ricardo: Unas 40 libras fácil pero repartidos, ahora Ramoncito si tiene bastante; yo creo que tiene más de la mitad y por ahí tiene que haber cinco taquitos que tenga Hermes y un poco de Pentolita detonadores eléctricos y poco de cosas; Hermes si tiene todos los accesorios viejos, lo que le ponen delante a las mechas para no prenderlas. Bueno accesorios de todos esos tipos. Yo tenia ahí que me quedo mechas, reloj y el control remoto

Francisco: Ese se quedo en el Club Patriótico?

Ricardo: Ese esta ahí, esos son las tres (3) cajas que estan, una que tiene nada mas que control remoto una que tiene Booby – Traps (Caza bobos) otro que tiene la pentolita, son tres (3) cajitas que estan ahí no se si las sacaron

Francisco: Y total de Armamento cuanto tu crees que hay, metralletas y eso

Ricardo: Bueno metralletas habrán como cinco (5) ametralladoras, el armamento que le decomisaron a Bosch fue una Beretta creo un Magum y (2) 38 si acaso y alguna pistola por ahí y el armamento que venía que no sé que paso con ese armamento ahí está implicado todo el mundo no se si eso lo decomisaron a que, lo interesante era el dinero, sin dinero no hay nada

Francisco: Quien hizo la operación esa?

Ricardo: La operación fue un error de todo esto tipos por que se decidió a última hora que el avión se iba a volar en el aire lo que sabia todo el mundo, lo que sabíamos la cosa, que eramos pocos pero una cosa, después decidió una noche antes de la operación se decidió volarlo en tierra y Luis insistió en darle la seguridad del hombre que iba a quedar en la isla no lo sabia nadie, por que al principio yo programé con Frank tener una Avioneta, que lo tirará a uno por ahí en una isla en paracaída, es decir, una cosa bien hecha. Después estaba lo de Freddy por que él era quien llevaba la vaina en la cámara, en el maletín

Nota:

A continuación “Ricardo” relató las dificultades en obtener concesiones en vuelos comerciales que le permitieron regresarse a Venezuela a las 19:00 Hrs. del día 061076 fue que lograron viajar de Barbados a Trinidad encontrando que no habia Vuelo en Puerto España hasta Maiquetia.

Asi mismo esa noche no logro establecer contacto con una contrabandista que poseía una lancha y fueron detenidos por las autoridades locales a las 07:00 Hrs, del día 071076 al salir de la habitación del Holaday Inn de Trinidad.

Ricardo: Yo al montarme en el avión hice un analisis completo de todos los tipos del G-2 de los perros yo los estube viendo a todos eran como diez (10)

Nota:

Ricardo relata Inspección del equipaje en Trinidad, así como el hecho que se le hizo sospechoso a los tripulantes del Avión por haberse quedado trabado en el baño, parte de la tripulación desembarcó en Barbados y permaneció en dicha isla pues aparentemente habían dos tripulaciones a bordo de la aeronave, Así mismo refirió otra pregunta con relación al viaje y otras preguntas que le hizo la policía de Trinidad.

También refirió su preocupación en cuanto a justificar las llamadas telefónicas y otros aspectos del caso e igualmente la cuestión jurídica, Mencionó y comentó la correspondencia entre él y Martines Vegas Urbina. Posteriormente paso a explicar las medidas de seguridad tomadas por los integrantes del grupo en cuanto a limpiar sus casas de cualquier material comprometedor, tal como explosivos armamento, etc.

Indicó la existencia de un poderoso explosivo líquido no militar que se encontraba en poder de Francisco Nuñez depositado en sus Oficinas en las Mercedes en una temperatura especial, este producto químico, genera un gran calor y es altamente peligroso. Las tres (3) cajas depositadas en el Club Patriótico fueron sacadas el 031076 de un Galpón adyacente a la residencia de Francisco Nuñez en Baruta. También indico que iban a obtenerse unos morteros 351.

Francisco: Que hay sobre la cena con Hildo Folgar?

Ricardo: Si, Orlando lo visitó. El hombre clave en toda la vaina es Hildo Folgar, porque Hildo Folgar pidió eso, no la cena las miles de cenas, el billete que le pidió a muchos incluyendo a Acción

Nota:

RICARDO relata inspección del equipaje en Trinidad, así como el hecho que se le hizo sospechoso a los tripulantes del Avión por haberse quedado trabado en el baño, parte de la tripulación desembarcó en Barbados y permaneció en dicha isla pues aparentemente habfan dos tripulaciones a bordo de la aeronave. Así mismo refirió otra pregunta con relación al viaje y otras preguntas que le hizo la policía de Trinidad.

También refirió su preocupación en cuanto a justificar las llamadas telefónicas y otros aspectos del caso e igualmente la cuestión jurídica.

Mencionó y comentó la correspondencia entre él y MARINES VEGAS URBINA. Posteriormente paso a explicar las medidas de seguridad tomadas por los integrantes del grupo en cuanto a limpiar sus casas de cualquier material comprometedor, tal como explosivos armamento, etc.

Indicó la existencia de un poderoso explosivo líquido no militar que se encontraba en poder de FRANCISCO NUREZ depositado en sus Oficinas en las Mercedes en una temperatura especial, este producto químico, genera un gran calor y es altamente peligroso. Las tres (3) cajas depositadas en el Club Patriótico fueron sacadas el 031076 de un Galpón adyacente a la residencia de FRANCISCO NUREZ en Baruta. También indicó que iban a detenerse unos morteros 351.

Facsímil de una de las páginas del original del interrogatorio.

Democratiza por debajo. Cuando Orlando visita a Hildo ¿Ricardo pasa a detallar que conocía todo esto por la misión que le encomendó Posada de acompañar a Bosch a todas partes y a la vez señala sus vinculaciones con la Prensa como con Poleo, Felix Martinez Suarez y otros. Indica, se había obtenido la colaboración de integrantes de los sectores económicos tales, Venecisión, Los Cisneros, Cada, y otros) Hildo le manifiesta a Orlando que le diga cuanto necesita para evitar que tenga que andar por la calle solicitando pequeñas sumas, Hildo se comprometió a recaudar 100.000 dolares, basado en sus vinculaciones profesionales (como médico) y políticas. Así mismo de gestionar una entrevista con el Presidente para solicitar ayuda y negociar el asunto de Costa Rica, Hildo también le ofreció a Orlando Bosch entrevistas con Armando de Armas y con Capriles.

Anexo 2

El pacto del expresidente Carlos Andrés Pérez con Orlando Bosch

Cuando vi este documento comprimido en dos páginas caí en cuenta de por qué Orlando Bosch, en muchísimas ocasiones, hablaba con odio y rencor del expresidente venezolano Carlos Andrés Pérez. Quería vengarse de él y tramaba todo tipo de acciones, incluidas veladas amenazas de muerte. Pero yo no entendía, en aquel momento, cuáles eran sus verdaderas motivaciones.

Para mí, Pérez estaba actuando correctamente en el caso del avión cubano. Él hizo todos los esfuerzos para que los responsables fueran juzgados en Venezuela y, hasta en diferentes foros internacionales, se pronunció contra el terrorismo y en contra de este abominable crimen en particular.

Para Bosch y el resto de los inculpados, Pérez era el enemigo. Recuerdo que Bosch profería todo tipo de amenazas durante las visitas sabatinas que le hacíamos en la prisión del Cuartel San Carlos, como se puede constatar en capítulo VI de este libro: “[...] mis muchachos están furiosos, quieren actuar rápido, solo esperan que yo les diga dónde y cuándo deben hacer la acción. ¡Carlos Andrés Pérez no sabe los susticos que le puedo dar todavía!”.

Este documento reúne detalles del periplo que hizo Orlando Bosch a partir de junio de 1974, que lo conduciría

a Caracas, donde entra en contacto con Orlando García, otro personaje de oscura actuación en el caso del avión cubano. García era asesor de Inteligencia del gobierno y jefe de la seguridad personal de Carlos Andrés Pérez.

Precisamente, este era el intermediario entre Bosch y Pérez, quien había mandado a llamar al terrorista “porque tenía necesidad urgente de hablar con él”. Precedido justamente de estas insistentes llamadas, Bosch aterriza en Maiquetía el 8 de septiembre, procedente de Guatemala, y es recibido en el aeropuerto de Maiquetía por Orlando García, Luis Posada Carriles y Ricardo Morales Navarrete.

Poco después, se sella el pacto donde se pueden ver claramente todas las ventajas que ese gobierno ofrecía a los terroristas para moverse libremente en Venezuela y planificar sus actos vandálicos, amparados por la Disip.

En varios documentos desclasificados por el gobierno de Estados Unidos aparecen algunos de los puntos de este pacto que se mantuvo secreto por veintinueve años.

Sin embargo, en enero de 1979, cuando asume la presidencia de Venezuela Luis Herrera Campins, no hacía falta ningún pacto. Llegaban al poder los comisarios cubanos de la Disip, que con la bendición presidencial comenzaron a desaparecer las pruebas que incriminaban a Bosch, Posada, Lugo y Ricardo en la voladura del avión cubano.

Documento del pacto

- En junio de 1974, Orlando Bosh llega a Venezuela con Pasaporte Dominicano a nombre de Pedro Peña, entra clandestino por Maiquetía y se establece en Caracas.
 - El 12 de octubre, comandos anticastristas hacen un atentado dinamitero, esta vez en contra del Instituto Cubano Venezolano de la Amistad cuando iba a efectuar un discurso el señor Escandal, Secretario General de la CTC (Confederación de Trabajadores Cubanos).
 - Días después el Comisario _____ de la DSIP me invita a un almuerzo en el Restaurant Corralito, Avenida Libertador, donde asiste el Subcomisario Camilo Cussati (Franklin) y donde se me pide que haga o trate de hacer contacto con O. Bosh para poder llegar a un entendimiento con él.
 - Días después mientras yo trato de establecer contacto con él éste cae preso en la DSIP.
 - Estando preso O. Bosh la noticia se filtra a la prensa y los periódicos la publican siendo desmentida por el Ministro del Interior, para aquel entonces Pinerua Ordaz.
 - Cinco o seis días después el Gobierno por voz de Orlando García y de _____ llegan a un acuerdo con O. Bosch.
 - En el pacto O. Bosh se compromete a no atacar a ningún enemigo en territorio venezolano así como también ordenar a sus comandos que no ataquen propiedades de Venezuela, a cambio de esto no se le señalarían cargos por los atentados de la Embajada de Panamá y del IVEC, además no se le deportaría a Estados Unidos donde estaba siendo solicitado por violación de “libertad bajo palabra”, también se le aseguró que Venezuela no establecería relaciones con Cuba.
- O. Bosh fue puesto en libertad, se le devolvió el pasaporte a nombre de Pedro Peña y se le condujo a Maiquetía para

tomara un vuelo para Curazao. Fue acompañado a Maiquetía por el propio Orlando García, _____ y varios miembros de la DSIP, también fue en la comitiva el Dr. Tebelio Rodríguez, médico cubano. La DSIP por mediación de _____ entregó un pasaje y dinero al Dr. Bosch.

En Curazao el Dr. Bosh se alojó en el Hotel Framboyan.

- A los diez días aproximadamente O. Bosh pasa por Caracas vía Chile y esperado de nuevo en el aeropuerto por Orlando García, _____ y otro miembro de la DSIP, permanece un día en Caracas y continúa viaje a Chile.
- El pacto con referencia a O. Bosh se cumple cabalmente no así por parte del Gobierno de Venezuela que reanuda relaciones con Cuba.
- O. Bosh llega a Costa Rica alrededor del mes de enero de 1976 por gestiones del Ex-Presidente Jose Figueres quien consultó con el Presidente Oduber.

En su entrada a Costa Rica, O. Bosh usa el pasaporte chileno a nombre de Hector Emilio Davanzo Sintoleci, a los cuarenta días es detenido permaneciendo preso unos treinta días.

El Gobierno de Costa Rica también hace un pacto con Bosh en las mismas condiciones que el Gobierno de Venezuela, deja en libertad a Bosh y lo provee de un Pasaporte Costarricense a nombre de Carlos Luis Paniagua. Con este Pasaporte viaja a Santo Domingo, le comunica al Gobierno Dominicano que está en su territorio y éste le autoriza su permanencia.

- En el mes de agosto Bosh recibe dos llamadas telefónicas de Orlando García, donde le pide que se traslade a Venezuela que el Presidente Pérez tiene necesidad urgente de hablar con él.
- Bosh sale para Venezuela en los primeros días del mes de septiembre vía Nicaragua. Permanece en Nicaragua durante dos días, donde se aloja en un hotel cuyo nombre no recuer-

da pero que esta frente al aeropuerto. Aquí recibe dos llamadas más de Orlando García donde le insiste la urgencia de su viaje a Caracas.

- El día 8 de septiembre llega un cable de Extranjería al Consulado de Venezuela en Nicaragua autorizando visa de turista a nombre de Carlos Luis Paniagua, cuyo cuño consta en el pasaporte Costarricense que está en el expediente del Caso del Avión Cubano.
- Bosh viaja ese mismo día a Venezuela vía Guatemala en un vuelo de PAA, llegando a Caracas aproximadamente a las diez de la noche. En el aeropuerto lo esperan, L. Posada, O. García y Ricardo Morales Navarrete, de aquí salen a cenar al Restaurant La Hacienda.
- Se aloja en el Caracas Hilton. El 11 de septiembre se aloja en la habitación 12S del Anauco Hilton, para ese tiempo Morales Navarrete ocupa la habitación 8N y Orlando García la 5Q.
- Orlando García le comunica que el Presidente quiere pactar con los combatientes anticastristas a través de la persona de Orlando Bosh. Las condiciones del pacto son:
 1. Garantizar su permanencia en Venezuela
 2. Proveerlo de protección adecuada por miembros de la DSIP
 3. Proveerlo de armamento para su protección (lo cual se hizo)
 4. Proveerlo de un carnet de DSIP (a nombre de Sucre) para evitar dificultades con otras autoridades.
 5. Permitirle visitar, organizar y recabar fondo entre la colonia cubana para la lucha anticastrista de lo que hay miles de testigos
 6. Una entrevista personal con el Presidente Pérez que se iba a realizar el día 10 de octubre para discutir estrategias y otros asuntos de importancia.

Por parte de Bosh las condiciones del pacto eran:

1. No realizar actos bélicos en los países de Venezuela, Costa Rica, Panamá y Colombia. Panamá fue rechazada y aceptado este rechazo por el Gobierno.
 2. Que la lucha contra el castrocomunismo no se detendría en el resto del continente en especial en el Caribe.
 3. El Gobierno por mediación de Orlando García insistió en que se incluyeran en los ataques a Guyana, lo cual fue aceptado por tratarse de que este país ayudó como aliado de Castro en la invasión a Angola abasteciendo a sus aviones.
- Estas negociaciones se discutieron y revisaban en varios almuerzos entre Bosh y Orlando García en el Restaurant Ling Nam y en varias visitas que hizo Bosh a la DSIP.

Nota: Hernán Ricardo fue asignado por Posada como acompañante de Bosh a requerimiento de DSIP quien no quería ponerle uno “oficial”.

Pasaporte viaja a Santo Domingo, le comunica al Gobierno Dominicano que está en su territorio y éste le autoriza su permanencia.

- En el mes de agosto BOSH recibe dos llamadas telefónicas de Orlando GARCIA, donde le pide que se traslade a Venezuela que el Presidente PEREZ tiene necesidad urgente de hablar con él.
- BOSH sale para VENEZUELA en los primeros días del mes de septiembre - vía NICARAGUA. Permanece en NICARAGUA durante dos días, donde se aloja en un hotel cuyo nombre no recuerda pero que está frente al aeropuerto. Aquí recibe dos llamadas más de Orlando GARCIA donde le insiste la urgencia de su viaje a CARACAS.
- El día 8 de septiembre llega un cable de Extranjería al Consulado de Venezuela en Nicaragua autorizando visa de turista a nombre de CARLOS LUIS PANIAGUA, cuyo cufio consta en el pasaporte Costarricense que está en el expediente del Caso del Avión Cubano.
- BOSH viaja ese mismo día a VENEZUELA vía Guatemala en un vuelo de PAA, llegando a Caracas aproximadamente a las diez de la noche. En el aeropuerto lo esperan, L. POSADA, O. GARCIA y RICARDO MORALES NAVARRETE, de aquí salen a cenar al Restaurant La Hacienda.
- Se aloja en el CARACAS HILTON. El 11 de septiembre se aloja en la habitación 125 del ANAUCO HILTON, para ese tiempo MORALES NAVARRETE ocupa la habitación 8 N y ORLANDO GARCIA la 5 Q.
- ORLANDO GARCIA le comunica que el Presidente quiere pactar con los combatientes anticastristas a través de la persona de ORLANDO BOSH. Las condiciones del pacto son:
 1. Garantizar su permanencia en Venezuela
 2. Proveerlo de protección adecuada por miembros de la DSIP
 3. Proveerlo de armamento para su protección (lo cual se hizo)
 4. Proveerlo de un carnet de DSIP (a nombre de SUCRE) para evitar dificultades con otras autoridades.
 5. Permitirle visitar, organizar y recabar fondo entre la colonia cubana para la lucha anticastrista de lo que hay miles de testigos
 6. Una entrevista personal con el Presidente PEREZ que se iba a realizar el día 10 de octubre para discutir estrategias y otros asuntos de importancia.
- Por parte de BOSH las condiciones del pacto eran:
 1. No realizar actos bélicos en los países de Venezuela, Costa Rica, Panamá y Colombia. Panamá fue rechazada y aceptado este rechazo por el Gobierno.
 2. Que la lucha contra el castrocomunismo no se detendría en el reto del continente en especial en el Caribe.
 3. El Gobierno por mediación de Orlando GARCIA insistió en que se incluyeran en los ataques a GUYANA, lo cual fue aceptado por tratarse de que este país ayudó como aliado de CASTRO en la invasión a ANGOLA abasteciendo a sus aviones.
- Estas negociaciones se discutieron y revisaban en varios almuerzos entre BOSH y ORLANDO GARCIA en el Restaurant LING NAM y en varias visitas que hizo BOSH a la DSIP.

Facsímil de una página del documento.

Anexo 3

Diligencias y actuaciones de la Disip

Es posible que estos documentos formen parte de otros de este mismo perfil referentes al crimen de Barbados. A través de su lectura se encuentran una serie de datos que señalan como responsables del hecho a Luis Posada Carriles, Orlando Bosch, Freddy Lugo y Hernán Ricardo.

En un resumen informativo de la Disip, del 6 al 13 de octubre de 1976, están todas las señales de que Hernán Ricardo y Freddy Lugo habían puesto la bomba y estaban en serios problemas. Aparece Luis Posada Carriles coordinando el auxilio a sus cómplices tratando de enviarles dinero y documentos. De esta forma comisiona a alguien identificado como “Adolfo” para que busque un carnet en la casa de Freddy Lugo: “[...] que lo hagan en horas de la noche para que no lo vean, porque es de vida o muerte [...]”.

Otro detalle interesante son los movimientos migratorios de Ricardo y Lugo, que concuerdan con las fechas y lugares donde se produjeron actos terroristas específicos. Asimismo se detallan varias actuaciones de la Disip como citaciones, detenciones, declaraciones de presuntos involucrados, allanamientos, entre otras.

A continuación facsímil del documento secreto: Caso accidente aeronave Cubana de Aviación Barbados 016076.

REPUBLICA DE VENEZUELA
MINISTERIO DE RELACIONES INTERIORES
DIRECCION DE LOS SERVICIOS
DE INTELIGENCIA Y PREVENCIÓN

No. _____

CLASIFICACION : SECRETO
REFERENCIA : CASO ACCIDENTE AERONAVE CUBANA DE
AVIACION BARBADOS 061076
ASUNTO : ACTUACIONES DISIP
FECHA : 14 OCTUBRE 76

1. **DETENIDOS**

- 1.1. LUIS POSADA CARRILES (ICI)
- 1.2. OLEG GUETON RODRIGUEZ DE LA SERRA
- 1.3. GOLFREDO MASINI (ICI)
- 1.4. PEDRO A. KEMPIS (ICI)
- 1.5. CELSA TOLEDO (ICI)
- 1.6. JORGE SPITIA, Colombiano (visitó ICI)
- 1.7. GABRIEL FALCON, Uruguayo (visitó ICI)
- 1.8. RAFAEL CADALZO (ICI)

ORLANDO BOSEH
FRANCISCO NUÑEZ PRONUCA

2. **FOR DETENER**

- 2.1. PACO PIMENTEL
- 2.2. FRANCISCO NUÑEZ
- 2.3. ERNESTO BIONDI

No. _____

3. **DECLARADOS**

- 3.1. ROSA DE RICARDO
- 3.2. ROSA DAZA (ICI)
- 3.3. NORA GONZALEZ (ICI)
- 3.4. GRACIELA SAPENE (ICI)
- 3.5. MARINES VEGAS Recibió llamada HERNAN
- 3.6. ALFREDO AGUIAR ALVÁREZ (Telf. 71.39.16)
- 3.7. JOHNY A. VELAZQUEZ BRITO (amigo HERNAN RICARDO)

4. **DECLARACIONES Y RECAUDOS DE INTERES**

- 4.1. Informe Inteligencia Operativa Panamá-Barbados-Trinidad-Colombia, aparecido en ICI.
- 4.2. Mapa Aeropuertos Caribe, aparecido en ICI.
- 4.3. Declaración MARINES VEGAS acerca llamada HERNAN RICARDO desde Barbados 061076. Frase "Autobus lleno de perros" y "necesidad de un contacto" coincide con informe DGIM. Contacto NUÑEZ-POSADA.
- 4.4. Correspondencia de HERNAN RICARDO para MARINES VEGAS desde Panamá 170876, Trinidad 30-310876 010976, Bomba Em bajada Guyana; 020976.
- 4.5. Tarjetas Hotel Trinidad Hilton de HERNAN RICARDO y GUETON RODRIGUEZ, Habitación 903, 30-310876.
- 4.6. Sello Pasaporte FREDDY LUGO, Barbados 090776. Coincide con bomba BWIA en Barbados.

REPÚBLICA DE VENEZUELA
MINISTERIO DE RELACIONES INTERIORES
DIRECCIÓN DE LOS SERVICIOS
DE INTELIGENCIA Y PREVENCIÓN

No. _____

4.7. Inventario Equipos Electrónicos de ICI.

5. **FOR PROCESAR**

5.1. Movimiento Migratorio

HERNAN RICARDO y FREDDY LUGO para determinar coincidencias con:

- Enero - Febrero 76, Inteligencia en Guyana.
- Febrero -Marzo 76, República Dominicana: CORV.
- Junio 76, Panamá, Bomba DC-8.
- 090776, Barbados, Bomba BWIA.
- Agosto-Septiembre 020976, Trinidad, Bomba Emb. Guyana.
- 061076, Bomba DC-8, Barbados.

✓ 5.2. Información Agencias de Viajes: Boletos H. RICARDO y F. LUGO.

REFERENCIA:

CASO DC- 8 CUBANA DE AVIACION. EVALUACION DEL CASO.

FECHA:

14 OCTUBRE 76.

1. OPERACIONES REALIZADAS (12-141076: 12:00 Horas)

1.1. CITACIONES

MARINES VEGA URBINA	Declarada
ROSA LOZANO DE RICARDO	Declarada
JHONY ALEJANDRO VELASQUEZ BRITO	Declarado
MOISES SALTI MARCHELI	Declarado
JOSE VASQUEZ GARCIA	Declarado

1.2. DETENCIONES

JOSE RICARDO GUERRERO ZAMBRANO	Puesto en libertad
ALEJANDRO NYISTOR ALMASY	Puesto en libertad
ALFREDO AGUIAR ALVAREZ	Puesto en libertad
LUIS POSADA CAPRILES	
GUETON OLEG RODRIGUEZ DE LA SIERRA TRETIACOOFF	
GOLFREDO RAFAEL MASINI PEREZ	
GRACIELA MARIA SAPENE NAVARRETE	Puesto en libertad
CELSA MARY TOLEDO ALEMAN	
JOSE RAFAEL ZAPATA LANZ	Puesto en libertad
PEDRO ALEJANDRO KEMPIS	
ROSA ELENA DAZA CARDENAS	Puesta en libertad
DIEGO O. ARGUELLO LASTRES	

Facsímil de una página del documento.

NORA MARIA GONZÁLEZ	
RODRIGUEZ	Puesta en libertad
ARMANDO RODRIGUEZ	Puesto en libertad
ROGELIO ROLDAN	
GONZALEZ	Puesto en libertad
JORGE ALEJANDRO SPITIA TRIANA	
GABRIEL FALCÓN FERNÁNDEZ	

Nota: Todos estos ciudadanos rindieron declaraciones

1.3. ALLANAMIENTOS:

HERNAN RICARDO	(Habitación)
ALEJANDRO NYISTOR ALMASY	(Habitación)
FREDDY LUGO	(Habitación)
JOSÉ RAFAEL ZAPATA LANZ	(Habitación)
JOHNNY ALEJANDRO VELÁSQUEZ	
BRITO	(Habitación)
MOISES SALTI MARCHELI	(Habitación)
ROGELIO ROLDAN GONZALEZ	(Habitación)

Investigaciones Comerciales e Industriales, C.A. (I.C.I.C.A.)

1.4. INTELIGENCIA

Tarjetas del hotel “TRINIDAD HILTON”, de HERNÁN RICARDO y GUETON O. RODRÍGUEZ DE LA SIERRA, del 30 y 310876.

2.SINTESIS DE LAS DECLARACIONES

MARINES VEGA URBINA-Tenía amistad reciente con HERNÁN RICARDO, quien hizo viajes al exterior (Trinidad, Jamaica o Barbado). El martes, miércoles o jueves recibí llamada de RICARDO con el encargo de llamar a LUIS o GUSTAVO diciendo que necesitaban ayuda, que enviaran una persona, y que el autobús iba cargado de perros.

NORA MARIA GONZALEZ RODRIGUEZ	Puesta en libertad
ARMANDO RODRIGUEZ	Puesta en libertad
ROGELIO ROLDAN GONZALEZ	Puesta en libertad
JORGE ALEJANDRO SPITIA TRIANA	
GABRIEL FALCON FERNANDEZ	

Nota: Todos estos ciudadanos rindieron declaraciones

1.3. ALLANAMIENTOS:

HERNAN RICARDO	(Habitación)
ALEJANDRO NYISTOR ALMASY	(Habitación)
FREDDY LUGO	(Habitación)
JOSE RAFAEL ZAPATA LANZ	(Habitación)
JOHNNY ALEJANDRO VELASQUEZ BRITO	(Habitación)
MOISES SALTI MARCHELI	(Habitación)
ROGELIO ROLDAN GONZALEZ	(Habitación)

Investigaciones Comerciales e Industriales, C.A. (I.C.I.C.A.)

1.4. INTELIGENCIA

Tarjetas del hotel "TRINIDAD HILTON", de HERNAN RICARDO y GUETON O. RODRIGUEZ DE LA SIERRA, del 30 y 310876.

2. SINTESIS DE LAS DECLARACIONES

MARINES VEGA URBINA-Tenia amistad reciente con HERNAN RICARDO, quien hizo viajes al exterior (Trinidad, Jamaica o Barbado). El martes, miércoles o jueves recibí llamada de RICARDO con el cargo de llamar a LUIS o GUSTAVO diciendo que necesitaban ayuda,

Facsímil de una de las páginas del original del interrogatorio.

JOSÉ RICARDO GUERRERO ZAMBRANO.- HERNÁN RICARDO me manifestó que era miembro o líder de un movimiento contra-revolucionario cubano.

LUIS POSADA.- Me participó mi secretaria CELSA TOLEDO que había recibido una llamada del exterior de HERNÁN RICARDO, en horas de la tarde del día 061076.

NORA MARIA GONZALEZ RODRIGUEZ: Conozco a MARINES VEGA URBINA porque era secretaria de la empresa (I.C.I.C.A.), pero luego se retiró.

JOSE VASQUEZ GARCIA.- Nunca perdió su pasaporte. (El número del pasaporte utilizado por HERNÁN RICARDO coincide con el suyo; no así las huellas, digitales).

3. RECAUDOS:

3.1. INTELIGENCIA OPERATIVA

Incautada en allanamiento a I.C.I.C.A., sobre sedes relacionadas con actividades del Gobierno Cubano en Barbados, Colombia, Panamá y Trinidad.

3.2. Mapa con señalamiento de aeropuertos en el Área del Caribe.

3.3. Tarjetas postales de Panamá y Trinidad de RICARDO para MARINES VEGA, y carta de RICARDO para MARINES VEGA desde Trinidad.

3.4. Tarjeta del hotel TRINIDAD HILTON.

3.5. Movimiento Migratorio de HERNÁN RICARDO, FREDDY LUGO y GUETON OLEG RODRÍGUEZ DE LA SIERRA. Ver fotocopias anexas.

OBSERVACIONES: La bomba colocada en la BWIA, Barbados el 090776, coincide con la fecha de salida a Puerto España de FREDDY LUGO y HERNÁN RICARDO.

La bomba colocada en el Consulado Guyanés en Trinidad el 020976, coincide con la estadía en esta isla de HERNÁN RICARDO y GUETON OLEG RODRÍGUEZ DE LA SIERRA.

La presunta bomba colocada en el avión DC-8 de Cubana de Aviación en Barbados, el 061076, coincide con la fecha de salida de “JOSÉ VASQUEZ GARCÍA” (HERNÁN RICARDO) y FREDDY LUGO hacia Puerto España.

3.6. Equipo técnico y electrónico. Incautado en allanamiento al I.C.I.C.A.

Grabadores, transmisores, micrófonos, interceptor telefónico, estetoscopios.

4. RESULTADO OPERACIONES DE INTELIGENCIA.
CASO AVIÓN BARBADOS

PARTICIPANTES:

CELSA

LUIS POSADA

FRANCISCO NÚÑEZ

PACO PIMENTEL

ADOLFO

Fecha: del 06-10-76 al 13-10-76

- Se establece contacto entre sujeto no identificado y CELSA, quien le exterioriza que se encuentra en problemas y que le diga a LUIS POSADA que le llame urgente a Barbados al tel. 60888.
- LUIS POSADA, hace contacto con FRANCISCO NÚÑEZ para manifestarle que llame a Barbados a “ALFREDO” indicándole que él tiene el dinero encima y que le pregunte cuales son las condiciones para entregárselo que él está trabajando y que si consigue a otra persona que se lo ponga en contacto.
Asimismo la Fuente indica que FRANCISCO NÚÑEZ le exterioriza a LUIS POSADA lo siguiente:
 - Que el Autobús fué detectado y estaba lleno de perros, en tres horas de retraso.
 - Que estaban en emergencia y que mandara a una persona conocida por ALFREDO GUTIÉRREZ (quien se encuentra en la habitación 103, Telf 60888 en Barbados, ya que se

alojaron en el Hotel con el nombre de ALFREDO GUTTIÉRREZ) el sitio del contacto sería frente al Consulado de Venezuela en Barbados.

LUIS POSADA le pide a FRANCISCO NÚÑEZ que le consiga Mil Bolívares (\$ 1.000) para mandar a una persona a Barbados y que se los puede enviar a la I.C.I.C.A.

- PACO PIMENTEL, hace contacto con LUIS POSADA para manifestarle que él había hablado con HERNÁN RICARDO y que todo estaba bien. De igual manera le pregunta a Luis Posada que si volvía en la tarde para la Disip, respondiendo éste que sí. PACO PIMENTEL dice que va pero es en la noche.
- LUIS POSADA establece contacto con ADOLFO para indicarle que pase por la casa de LUGO a buscarle un carnet, que lo haga en horas de la noche para que no lo vean, porque es de vida o muerte, ya que tiene que rendir declaraciones en la DISIP; de igual manera le indica que HERNÁN, (el que trabaja en I.C.I.C.A.), está metido en un lío y ya todos saben que es él pero que el domingo a las 12 del día decidirá todo, porque están tratando de que no le consigan pruebas del asunto.

5. OPERACIONES-ACTUACIONES PENDIENTES.

5.1. DETENCIONES

- PAQUITO PIMENTEL

5.2. AMPLIACIÓN DE DECLARACIONES

- CELSA TOLEDO ALEMÁN
- GUETON O. RODRÍGUEZ DE LA SIERRA
- MARINES VEGA URBINA

que no lo vean, porque es de vida o muerte, ya que tiene que rendir declaraciones en la DISIP; de igual manera le indica que HERNAN, (el que trabaja en -- I.C.I.C.A.), está metido en un lío y ya todos saben que es él pero que el domingo a las 12 del día decidirá todo, porque están tratando de que no le consigan pruebas del asunto.

5. OPERACIONES - ACTUACIONES PENDIENTES.

5.1. DETENCIONES

- PAQUITO PIMENTEL

5.2. AMPLIACION DE DECLARACIONES

- CELSA TOLEDO ALEMAN

- GUETON O. RODRIGUEZ DE LA SIERRA

- MARINES VEGA URBINA

Anexo 4

Documentación desclasificada por el gobierno de Estados Unidos

Los documentos que se anexan fueron desclasificados por los Archivos de Seguridad de la Universidad George Washington, Washington DC, el 10 de mayo del 2005. Tomado del sitio web de la mencionada institución, se refiere entre otros temas, a la carrera de Luis Posada Carriles en la CIA y a la voladura del avión cubano en Barbados, en octubre de 1976.

Aquí ofrecemos algunas partes de estos materiales que evidencian la participación directa de Luis Posada Carriles y de Orlando Bosch en el crimen de Barbados.

El primer documento al que hacemos referencia iba dirigido al secretario de Estado norteamericano de la época, Henry Kissinger, y en el mismo se incluye un comprometedor comentario del terrorista Orlando Bosch, durante una cena de recaudación: “Ahora que nuestra organización ha salido bien parada del trabajo de Letelier, vamos a tratar de hacer algunas otras cosas”.

Un informante de la CIA, según los documentos, oyó por casualidad, cuando Posada Carriles decía, en septiembre de 1976, días antes del atentado: “Vamos a golpear a un avión cubano”.

El segundo documento desclasificado que presentamos aquí parcialmente es del FBI y data del 16 de agosto de 1978, confirma un pacto entre el expresidente venezolano Carlos Andrés Pérez y el terrorista Orlando Bosch. Se trata del que presentamos en versión completa en el anexo 2.

October 18, 1973

DRAFT
SECRET
SENSITIVE

MR WARREN
CIA/DDDL/WH

To: The Secretary
From: INR - Harold H. Saunders

Ray,
Please have this checked for accuracy
filling in missing parts and facts.
Hal Saunders wants to be able
to assure the Secretary that the
memo has your full concurrence

Moore
Deadline

Castro's Allegations

Trinidad

In his speech of October 15, Fidel Castro made the following allegations concerning CIA involvement in the bombing and crash of a Cubana Airlines plane on October 6 off Barbados:

- "Well-informed Venezuelan sources" had communicated to the Cubans that Hernán Ricardo Lozano (one of the men arrested in Trinidad in connection with the bombing of the plane) was a CIA agent and had handled reports from the CIA many times.
- Hernan Ricardo is an associate of Felix Martinez Suarez, who is reputed to be a CIA agent in Venezuela.
- "The recruitment of citizens and the utilization of other countries' territories to conduct such acts are methods characteristic of the CIA. At the beginning we were uncertain whether the CIA had directly organized the sabotage or had carefully prepared it through its covert organization formed

CIA HAS NO OBJECTION TO
DECLASSIFICATION AND/OR
RELEASE OF CIA INFORMATION
IN THIS DOCUMENT AS AUTHORIZED
BY
3111197

SECRET
Classified by *SP2/AM/CA*
Declassify on: OADR
DATE

2-2173

- 2 -

by Cuban counterrevolutionaries. Now we decidedly believe the first assumption is correct. The CIA directly participated in the destruction of the Cubana aircraft in Barbados."

The principal leaders of Cuban exile terrorist groups are closely linked through the CORU organization to CIA activities against Cuba.

In his speech, Castro did not make any specific allegations concerning a USG relationship with Orlando Bosch, or Luis Posada (two Cuban exile activists who were arrested by Venezuelan authorities in connection with the Cubana crash). However, the link with Bosch is implied since he is reported to be chief of CORU, the umbrella organization of Cuban exile terrorists.

Individuals Allegedly Involved

Hernan Ricardo Lozano

a. Involvement in the Crash: He was arrested in Trinidad on suspicion of having planted a bomb in the Cubana plane. Caracas radio announced on October 18 that he confessed to sabotaging the airliner. A ^(S) source in Caracas reports that Ricardo may have been trained in the use of explosives and investigative techniques by Luis Posada. [REDACTED]

*LB
per
CIA*

SECRET

"Hernán Ricardo Lozano:

- a. Involucramiento en el accidente: fue detenido en Trinidad bajo sospecha de haber colocado una bomba en el avión cubano. La radio de Caracas anunció el 18 de octubre que confesó el sabotaje del avión. Una fuente de (tachado) en Caracas informa que Ricardo puede haber sido entrenado por Luis Posada en el uso de explosivos y técnicas de investigación".

“Ricardo, ciudadano venezolano, está empleado como fotógrafo por Posada en su firma de seguridad. Una fuente de (tachado) dice que Ricardo es un empleado a medio tiempo de los Servicios de Inteligencia Venezolanos (Disip). Se ha informado que él fotografiaba grupos de individuos de interés para la Disip y el gobierno venezolano. Él fue empleado por la Disip cuando Posada era un oficial de esa organización. La fuente de (tachado) dice que al gobierno venezolano le preocupa y encararía serios problemas si estas conexiones llegan al dominio público.

(...)

b. Relación con nosotros:

Durante una visita, Ricardo trató de buscar sugerencias del *attaché* legal de las actividades que pudiesen ser dirigidas contra la Embajada de Cuba por un grupo anticastrista al cual él pertenecía. Leo dice que desalentó a Ricardo, señalando que el gobierno de los Estados Unidos estaba tratando de prevenir problemas y”...

LB
per
CDA

[REDACTED]

(S) Ricardo, a Venezuelan citizen, a photographer employed by Posada in his industrial security firm in Caracas. A source says that Ricardo is also a part time employee of the Venezuelan Intelligence Service (DISIP). He reportedly gathered photographic material on groups and individuals of interest to DISIP and the Venezuelan Government. He was hired by DISIP when Posada was official of that organization. The source says that the Venezuelan Government is concerned and would be faced with serious problems if those connections become public knowledge.

b: Relationship with US:

(S) The US Legal Attache in Caracas, Joseph Leo, says that he has had some dealings with Ricardo for help in expediting visa applications *small amount* and for Ricardo's *commit* *FOIA b7C b7D*

[REDACTED]

(S) Ricardo *at* During one visit, attempt to solicit suggestions from the legal Attache on activities which might be directed against the Cuban Embassy by an anti-Castro group to which he belonged. Leo says he discouraged Ricardo, pointing out that the US Government was attempting to prevent disruptive and

SECRET
SENSITIVE

“Freddy Lugo

a. Involucramiento en el accidente:

Lugo, ciudadano venezolano, está también empleado como fotógrafo por la empresa de Posada. De acuerdo con la fuente (tachado), también trabajó para la Disip bajo los mismos arreglos señalados anteriormente para Ricardo.

(...)

b. Relación con nosotros:

Leo dice que él no tiene contactos con Lugo y especula que su nombre y teléfono fueron entregados a Lugo por Posada”.

terrorist activities by anti-Castro groups in the US, and Ricardo never repeated the suggestion.

Freddy Lugo

a. Involvement in the crash: Lugo was arrested in Trinidad with Ricardo on suspicion of having planted the bomb aboard the Cubana plane. A [redacted] source alleges that Lugo apparently was only peripherally involved in the bombing and is not considered to be one of the leading participants.

1B
pac
cra

Lugo, a Venezuelan citizen, is also a photographer employed by Posada's company. According to [redacted] source, he also worked for DISIP under the same arrangements noted above for Ricardo.

b. Relationship with US: [redacted]

[redacted] The name and phone number of US Legal Attache Leo were discovered in Lugo's address book when he was arrested in Trinidad. Leo says that he has had [redacted]

contact with Lugo and speculates that his name and phone were furnished to Lugo by Posada.

Luis Posada Carriles

a. Involvement in Crash: Posada was arrested on October 14 in Venezuela along with Orlando Bosch and three others accused of conspiring to sabotage the plane. Posada, a Cuban exile who is now a Venezuelan citizen, is vehemently anti-Castro and is suspected of having been the main supporter of Bosch during the latter's stay in Venezuela prior to being

Luis Posada Carriles

“b. Relación con nosotros.

(...)

El *attaché* del ejército de EE. UU. también ha utilizado un amigo de negocios de Posada (también un exiliado cubano, cuyo nombre no tenemos) como informante (aunque no como un agente).

“Nuestro *attaché* legal (Joseph Leo) se relacionó con Posada durante su empleo en (tachado) y después de su renuncia, Posada continuó contactando a Leo en algunas ocasiones, usualmente para obtener servicios personales (...) Leo dice que ha visto a Posada alrededor de tres ocasiones desde 1973”...

SENSITIVE

- 5 -

arrested in November 1974. Posada was formerly chief of the counterintelligence division of the Venezuelan intelligence service, DISIP.

b. Relationship with US. X

[REDACTED]

[REDACTED] When he lost his position in DISIP in March 1974, CIA

[REDACTED] says [REDACTED]

[REDACTED]

[REDACTED] declined to assist Posada on a visa matter. (S)

IB
per
CIA

CIA

K3/2098

The US army attache has also used a Posada business partner (also a Cuban exile, whose name we do not have) as an informant (though not as an agent).

Our Legal Attache (Joseph Leo) became acquainted with Posada during the latter's employment [REDACTED] and after his resignation, Posada continued to contact Leo on rare occasions, usually in order to obtain personal service in regard to visa requests for relatives and business associates. the last being Ricardo on October 1, 1975. Leo says he has seen Posada on about three occasions since 1973, the last being in June 1976 when Posada inquired if the FBI had interest in a Venezuelan who had hired two of his "operatives" as body guards.

Chavez
1974

Chavez
1974

OTW
Code Chart

“Orlando Bosch

a. Involucramiento en el accidente:

(...) A finales de junio, una fuente de la CIA reportó que un grupo del exilio encabezado por Bosch planificaba poner una bomba en un vuelo de Cubana entre Panamá y La Habana. Una fuente del FBI ha alegado que se trató de hacer ya una vez, pero que la bomba no detonó. Una segunda intentona ocurrió en Jamaica en julio 9, pero que la bomba explotó antes de que la maleta que llevaba la bomba fuera puesta dentro del avión.

De acuerdo con (tachado), el presidente venezolano Carlos Andrés Pérez se dice que tiene simpatía pro Bosch y le ha permitido viajar libremente y solicitar fondos por todo el país con el entendimiento de que Venezuela no fuese utilizada como una base de operaciones o un lugar de refugio. Se reporta que Bosch prometió no involucrarse en actividades terroristas mientras estuviese en Venezuela y recibió un regalo contribución de \$ 500 por parte de Pérez.

(Tachado) reportó que después de la llegada de Bosch a Caracas en septiembre y durante una cena de recaudación de fondos dijo ‘Ahora que nuestra organización ha salido bien parada del trabajo de Letelier, vamos a tratar algo más’. Unos días más tarde, Posada supuestamente dijo ‘Vamos a golpear a un avión cubano’ y ‘Orlando (Bosch) tiene los detalles’”.

SENSITIVE

- 6 -

Orlando Bosch

a. Involvement in Crash: As noted above, Bosch was arrested in Venezuela for alleged involvement in the Cubana

crash. In late June, a CIA source reported that an exile group headed by Bosch planned to bomb a Cubana flight between Panama and Havana. An FBI source has alleged that one attempt was made but the bomb did not detonate. A second try occurred in Jamaica on July 9, but the bomb exploded before the suitcase in which it was carried was put aboard the plane.

According to (S) Venezuelan President Carlos Andres Perez is said to be sympathetic to Bosch and has permitted him to travel freely in the country and solicit funds with the understanding that Venezuela would not be used as a base of operations or place of refuge. Bosch reportedly promised not to engage in terrorist activity while in Venezuela and received a token \$500 contribution from Perez.

(S) reported that after Bosch's arrival in Caracas in September, he stated during a fund raising dinner that "Now that our organization has come out of the Letelier job looking good, we are going to try something else." A few days later, Posada allegedly said, "We are going to hit a Cuban airliner" and "Orlando (Bosch) has the details."

b. Relationship with US.

(S) The US is currently attempting to have Bosch deported from Venezuela

SECRET
SENSITIVE

HB
per
CIA

“Frank Castro

a. Involucramiento en el accidente:

(...)

(Tachado) afirma que García (Orlando) tenía instrucciones de proteger y asistir a Orlando Bosch durante su estadía en Venezuela. (Tachado) reportó que García y Posada recibieron a Bosch cuando arribó y lo llevaron a su hotel. Ambos, García y Morales supuestamente asistieron a una cena de recaudación de fondos en la cual se alega que Bosch hizo el comentario sobre el ‘trabajo Letelier’ y después del estallido, García pudo haber realizado algunos esfuerzos para sacar a Bosch de Venezuela. Es posible, por lo tanto que García y/o Morales pudiesen haber sabido de antemano acerca de la operación que culminó en la voladura del avión”.

SENSITIVE

- 7 -

to the US, where he is subject to immediate imprisonment for parole violation *(spelled out)*

Frank Castro

a. Involvement in Crash: Venezuelan officials reportedly believe that Castro, (head of the PLNC terrorist organization, a component group in CORU) is deeply involved in the crash, though we have no details of his supposed involvement. Frank Castro was in Venezuela in late September 1976 and in mid-October was back in Miami. Frank Castro has admitted to FBI agents that he met with Bosch in Caracas on September 26 or 27, but denies any personal knowledge of the bombing of the Cubana plane.

b. Relationship with US: [REDACTED]

[REDACTED] who is an American citizen with permanent residence in Santo Domingo. Orlando Garcia and Ricardo Morales Navarrete

*1B
Per
cat*

a. Involvement in Crash: Orlando Garcia is President Perez' security and intelligence advisor, and Morales is Garcia's deputy; both are Cuban exiles who are now Venezuelan citizens.

[REDACTED] claims that Garcia was directed to protect and assist Bosch during his stay in Venezuela. [REDACTED] reported that Garcia and Posada met Bosch upon his arrival and escorted him to his hotel. Both Garcia and Morales reportedly attended the fund-raising dinner during which Bosch allegedly made the remark about the "Lettler job," and after the Cubana

SECRET
SENSITIVE

SECRET
SENSITIVE

- 8 -

crash Garcia may have made an effort to get Bosch out of Venezuela. It is possible, therefore that Garcia and/or Morales may have known in advance about the operation which led to the bombing of the plane.

b. Relationship with US:

Felix Martinez Suarez

a. Involvement in Crash: None, except by the alleged association with Ricardo, contained in Fidel Castro's charges.

b. Relationship with US: [REDACTED]

16 per 5/20

Castro's allegation regarding CORU: With regard to Castro's charge on CIA links with CORU, an FBI report of September 17 states that "a confidential source abroad" claims to have been told by Roberto Carballo (leader of the Association of Veterans of the Bay of Pigs, AVEC, one of the component

in 5/11/05

SECRET

- 9 -

of the CIA who informed them that CIA was dissatisfied with all the acts of sabotage being carried out at random and ordered them to disassociate themselves from Bosch and CORU. The source alleged that during the week of September 12-18 Carballo and three other Cuban exiles were in Washington to confer with representatives of the CIA on plans to be carried out by the action arm of the AVBC, for which financing was to come from CIA. The FBI report concludes with a request that the CIA advise if it has "active operational interest in AVBC as described above."

CIA says that this report is false and the Agency has no active operational interest in the AVBC. According to CIA, a representative of a group of Cuban exiles did telephone into the Agency in September 1976 requesting contact for an unspecified reason, but the contact did not take place and the callers were discouraged from further attempts to telephone the Agency.

SECRET
SENSITIVE

SECRET/SENSITIVE

October 19, 1976

9:30 AM
Ballou
advised of
with Chery
10-20-76
TC

Additional Questions (answers and comments needed by late morning, October 20)

Cuba

1. Has CIA had any relationship with Posada's investigative agency or any other business he may have had?

2. [REDACTED] *28, 4*
24
10

IB
per CIA

3. [REDACTED] *24, 4*
8

4. Does the CIA believe that the source of TDFIR DB-315/10256 deliberately, delayed passing on Bosch's and Posada's remarks about hitting a Cuban plane until after the incidents?

5. Does the CIA have any additional relevant information on any of the people named in the draft memorandum, or any other information relating to the sabotage of the plane, which it has not yet disseminated in TDFIR form?

6. Would CIA please provide whatever information it has concerning Orlando Garcia and Ricardo Morales so that para b on page 8 of the draft memorandum can be completed?

CIA HAS NO OBJECTION TO
DECLASSIFICATION AND/OR
RELEASE OF THIS DOCUMENT
AS SANITIZED

2-2173
2-2173
3/13/98
75-10848
2-2173
NOT RECORDED
23 MAY 17 1977

CIA HAS NO OBJECTION TO
DECLASSIFICATION AND/OR
RELEASE OF CIA INFORMATION
IN THIS DOCUMENT. *AS SANITIZED*
on 4/14/97

File
6-222

ALL INFORMATION CONTAINED
HEREIN IS UNCLASSIFIED
DATE *11/13/97* BY *SP7/MLG/STP*

SECRET/SENSITIVE

70 MAY 19 1977



UNITED STATES DEPARTMENT OF JUSTICE

FEDERAL BUREAU OF INVESTIGATION

Miami, Florida

August 16, 1978

In Reply, Please Refer to
File No.

2-471

DATE

CLASSIFIED BY

DATE

BY

REASON

EXEMPT FROM GDS

DATE

BY

REASON

DECLASSIFIED BY 5668/SLO/JC
ON 6/24/91 86-0133

~~CONFIDENTIAL~~

COORDINACION DE ORGANIZACIONES REVOLUCIONARIAS UNIDAS
(COORDINATION OF UNITED REVOLUTIONARY ORGANIZATIONS)
(CORU)

NEUTRALITY MATTERS - CUBA (ANTI-CASTRO)

DECLASSIFY ON OADR

ALL INFORMATION CONTAINED
HEREIN IS UNCLASSIFIED
EXCEPT WHERE SHOWN
OTHERWISE

Coordinacion de Organizaciones Revolucionarias Unidas (Coordination of United Revolutionary Organizations) (CORU) is an anti-Castro terrorist umbrella organization integrated by 5 anti-Castro groups which united in the Dominican Republic on June 11, 1976, under the leadership of Dr. ORLANDO BOSCH. The 5 anti-Castro terrorist groups represented at the June 11, 1976 meeting were Accion Cubana, Cuban Nationalist Movement, Cuban National Liberation Front, Association of the Veterans of the Bay of Pigs Brigade 2506 and the 17th of April Movement.

Luis PANINQUA

Accion Cubana is a group headed by ORLANDO BOSCH XAVILA, a Cuban exile medical doctor previously tried and acquitted in Federal Court, Miami, on extortion charges. In 1968, he was convicted in a Federal Court for ship bombings and sentenced to 10 years imprisonment and paroled in December, 1972. In June, 1974, BOSCH admitted having sent package bombs to Cuban Embassies in Lima, Peru, Madrid, Spain, Ottawa, Canada, and Buenos Aires, Argentina. BOSCH is presently in jail in Caracas, Venezuela, held in connection with an investigation by that government of the October 6, 1976 bombing of a Cubana Airlines plane wherein 75 persons were killed.

FIA
Cuba RIA
NSC

Classified by 5668/SLO/JC
Declassify on OADR 5/2/85

Sources whose identities are concealed herein have furnished reliable information in the past except where otherwise noted.

ALL INFORMATION CONTAINED
HEREIN IS UNCLASSIFIED EXCEPT
WHERE SHOWN OTHERWISE

~~CONFIDENTIAL~~
Classified by 5668/SLO/JC
Exempt from GDS, Category 2
Date of Declassification Indefinite

This document contains neither recommendations nor conclusions of the FBI. It is the property of the FBI and is loaned to your agency; it and its contents are not to be distributed outside your agency.

ENCLOSURE

0002935

SECRET

“En agosto de 1976, el Dr. ORLANDO BOSCH pasó por el Aeropuerto de Maiquetía de Caracas, procedente de Curazao, con destino a Chile. En el aeropuerto lo entrevistó una comisión del gobierno venezolano.

Una vez en Chile, el Dr. ORLANDO BOSCH trabajó con JOSÉ “PEPE” FIGUERES FERRAR, expresidente de Costa Rica, y FIGUERES le consiguió un pasaporte falso con el nombre de HÉCTOR EMILIO BALANGO. Usando ese pasaporte, el Dr. BOSCH fue desde Chile hacia Costa Rica.

Por razones desconocidas, el gobierno de Costa Rica arrestó al Dr. ORLANDO BOSCH, y luego, accedieron a dejarlo en libertad, con la condición de que abandonara el país. Por ese motivo, se le dio otro pasaporte falso a nombre de LUIS PANIAGUA”.

~~SECRET~~

RE: CORU

~~CONFIDENTIAL~~

MM T-3 advised that a person named "PEPE", a friend of GUSTAVO VILLOLDO, very high ranking CORU member, visits Dr. ORLANDO BOSCH regularly and brings instructions from BOSCH to FRANK CASTRO and other CORU elements in Miami. [MM T-3] described "PEPE" as a white male, 5'6", 42-43 years old, brown eyes, short dark hair, medium to strong frame, no mustache. (S)(U)

On August 22, 1977, MM T-2 advised that "PEPE", friend of VILLOLDO, described above, is JOSE "PEPE" GOMEZ. GOMEZ has an import-export type business which involves Miami, Santo Domingo and Caracas. GOMEZ is also in the fishing and fish processing business from Santo Domingo to Caracas to Miami. Source does not know how extensive this business is. (S)(U) V6N FLN Dom Rep.

MM T-2 advise that JOSE "PEPE" GOMEZ is a very close friend of ORLANDO BOSCH as well as many other Cuban exile activists in Miami and Caracas. "PEPE" does bring letters and messages from BOSCH to people in Miami and "PEPE" does visit with BOSCH often. (S)(U)

On September 30, 1977, MM T-5 advised reliable newspaper sources in Miami received direct information from Venezuela, giving the form, means and reasons why Dr. ORLANDO BOSCH went to Caracas on September 8, 1976. The following is a summary of this information: (S)(U)

In August, 1976, Dr. ORLANDO BOSCH passed through Maiquetias Airport, Caracas, coming from Curacao, enroute Chile. At the airport he was interviewed by a commission from the Venezuelan Government.

Once in Chile, Dr. ORLANDO BOSCH worked with JOSE "PEPE" FIGUERES FERRAR, ex-president of Costa Rica, and FIGUERES got him a false passport under the name of HECTOR EMILIO BALANCO. Using this passport, Dr. BOSCH went from Chile to Costa Rica. (U) (S) (U)

For unknown reasons, the Costa Rican Government arrested Dr. ORLANDO BOSCH, and later, they agreed to set him free, on the condition that he leave the country. For this purpose, he was given another false passport in the name of LUIS PANTAGUA.

- 5 -

~~CONFIDENTIAL~~

~~SECRET~~

0002939

Desde Costa Rica, viajando con el nombre de LUIS PANIAGUA, el Dr. ORLANDO BOSCH fue a Santo Domingo, donde recibió una llamada telefónica de Venezuela, durante la cual un funcionario gubernamental le pidió que fuera a Caracas, donde necesitaban hablar con él con urgencia.

El Dr. ORLANDO BOSCH fue a Nicaragua, donde recibió otras dos llamadas de Venezuela, en las que le instaban a que fuera a Caracas lo antes posible.

El 8 de septiembre de 1976, el Dr. ORLANDO BOSCH llegó al aeropuerto de Maiquetía, Caracas, donde lo recibieron POSADA, ORLANDO GARCÍA, y RICARDO MORALES NAVARRETE. Todos son miembros de la Organización de la Policía de Seguridad Presidencial en Venezuela.

Esa misma noche, todos los hombres mencionados cenaron en el Restaurante La Hacienda. El Dr. ORLANDO BOSCH estaba alojado en la habitación 12-S del Caracas Hilton. En esos momentos, dos empleados del gobierno venezolano estaban alojados en las habitaciones 8-N y 5-Q del mismo hotel.

En esas circunstancias, el Dr. ORLANDO BOSCH, por conducto de esos miembros del gobierno venezolano, recibió la propuesta siguiente:

Recibiría adecuada protección policial en Venezuela.

Recibiría un arma para su defensa personal.

Se le permitiría recaudar fondos en Venezuela para la causa de Cuba.

Tratarían de conseguirle una entrevista el 10 de octubre de 1977 con un alto funcionario del gobierno de Venezuela. (Posteriormente ORLANDO BOSCH dijo que la entrevista sería con el presidente CARLOS ANDRÉS PÉREZ).

~~SECRET~~

RE: CORU

~~CONFIDENTIAL~~

From Costa Rica, traveling under the name of LUIS PANIAGUA, Dr. ORLANDO BOSCH went to Santo Domingo, where he received a telephone call from Venezuela during which a government official requested him to come to Caracas, where they urgently needed to talk to him. (S) (u)

Dr. ORLANDO BOSCH went to Nicaragua, where he received two more calls from Venezuela, urging him to come to Caracas as soon as possible. (S) (u)

On September 8, 1976, Dr. ORLANDO BOSCH arrived at Maiquetias Airport, Caracas, where he was met at the airport by POSADA, ORLANDO GARCIA, and RIGARDO MORALES NAVARETTE. All are members of the Presidential Police Security Organization in Venezuela. (S) (u)

That same night, all the above-mentioned men dined at La Hacienda Restaurant. Dr. ORLANDO BOSCH was staying at the Caracas Hilton, Room 12-8. At the same time, two Venezuelan government employees were staying in Rooms 8-N and 5-Q of the same hotel. (S) (u) VEN

Under these circumstances, Dr. ORLANDO BOSCH, through these members of the Venezuelan government, received the following proposition: (S) (u)

he would receive adequate police protection in Venezuela

he would be provided with a weapon for his personal defense

he would be permitted to collect funds in Venezuela for the cause of Cuba

they would try to get him an interview on October 10, 1977, with a top level person in the Venezuelan government. (ORLANDO BOSCH later said the interview was to be with President CARLOS ANDRES PEREZ)

- 6 -

~~CONFIDENTIAL~~

~~SECRET~~

0002940

“A cambio de todo esto, el Dr. ORLANDO BOSCH prometió que su grupo dejaría de realizar actividades terroristas en Venezuela, Costa Rica y Colombia, pero no en Panamá. Trataron de incluir a Panamá en esos países y añadieron a Guyana en la lista de países que podrían ser atacados.

Después de eso, fue saboteado el avión de Cubana, y más de setenta personas resultaron muertas. El Dr. BOSCH fue arrestado y acusado del crimen. En estos momentos se encuentra en la Cárcel Modelo de Caracas.

(...)”.

~~SECRET~~

RE: CORU

~~CONFIDENTIAL~~

In exchange for all this, Dr. ORLANDO BOSCH promised to stop terrorism by his group in Venezuela, Costa Rica and Colombia, but not Panama. They tried to include Panama among these countries, and they added to the list of countries which could be attacked the name of Guyana. (S) (u)

After that, the Cubana plane was sabotaged, and seventy-some people were killed. Dr. BOSCH was arrested and charged with the crime. He is presently in the Carcel Modelo in Caracas. (S) (u)

[On October 14, 1977, MM T-1] advised as follows: (S) (u)

One of the individuals who took boats to be used by ARMANDO LOPEZ ESTRADA's group in a raid against Cuba advised that aforementioned group had planned an important operation in Washington, D.C., or New York. This operation was cancelled because of law enforcement pressure and due to the arrest of PEDRO GIL. CORU members feel that LOPEZ ESTRADA has made himself too visible, attracting too much law enforcement interest. (S) (u)

LOPEZ ESTRADA was requested to explain his actions by a CORU committee. His answers were not adequate and some have concluded that he may be an informant. They know that someone within the inner circle of the cell has informed.

CORU has decided to maintain a low profile. They will not conduct any additional terrorist attacks in the near future.

[On November 7, 1977, MM T-6 advised that (S) (u)
E [redacted] are having very serious problems with Dr. ORLANDO BOSCH in Venezuela. BOSCH has been very arbitrary and demanding and continuously makes statements and issues conclusions on what at best is mere speculation, all of which has been most detrimental not only to BOSCH's cause and the other three jailed persons, but also to the anti-Castro exile community. In addition, the problem exists that if BOSCH is released in January, 1978, where could he go. The U.S. does not want him, the Dominican Republic does not want him, and Venezuela has to deport him. [redacted] admitted that this was quite a dilemma and was further complicated by BOSCH's inordinate declarations. (S) (u)

- 7 -

~~CONFIDENTIAL~~

~~SECRET~~

0002941

~~SECRET~~

RE: CORU

~~CONFIDENTIAL~~

President - Dr. CASTULO FERAUD
Vice President - Dr. RAFAEL ALOMA SABAS
Secretary - ELADIO VALDES
Organizational Secretary - BIENVENIDO CUETO
Treasurer - CELEDONIO PUERTO
Press Secretary - ISRAEL ROMERO
Public Relations Chairman - Dr. CARLOS DOMINICIS

NM T-8, on July 11, 1978, advised that on July 10, 1978, a CORU meeting took place at 152 N.W. 27th Avenue, Miami, Florida, with the following persons in attendance: (u)

At this last meeting the topic discussed was the plans for a meeting of CORU members from all over the U.S. and also representatives of other anti-CASTRO organizations, which will take place sometime during the month of September, 1978, in Miami. (u)

On July 11, 1978, source further advised that Dr. ORLANDO BOSCH is expected to be released from prison in Venezuela sometime in December, 1978. BOSCH is expected to remain in Venezuela after his release from prison. (u)

- 19* -

~~CONFIDENTIAL~~

~~SECRET~~

~~SECRET~~

0002953

Anexo 5
Fragmentos de las cartas de Bosch

3. a. Que el CORU declare traidor a Cuba, a América y a la democracia a Carlos Andrés Pérez.
- b. Que el CORU declare la guerra no al pueblo venezolano, sino a su gobierno y lo complemente con las acciones revolucionarias que *a posteriori* se sugieren y hacen referencias.
- c. Que el CORU enjuicie al señor Orlando García por estafa a la revolución cubana (todo lo que se robó y no aparece en el expediente lo sabe el “gatico negro” y está especificado en los documentos que están en posición de O.B. con instrucciones de entregarlos solo al “gatico”). Bajar por el cable también tan enjuiciamiento y su sentencia.

...

- e. Por supuesto, estas declaraciones y determinaciones serían Ridículas si no fueran avaladas, apuntaladas y respaldadas por la acción revolucionaria y propaganda relacionada a las mismas. Se comprenderá por tanto que es impostergable y necesario por lo menos dos fuertes ataques a consulados y embajadas venezolanas en el exterior y después una inteligente ofensiva publicitaria que está resumida en los documentos que están en poder de R., y que por nuestra parte enviaremos a Uds., copias tan pronto tengamos las direcciones de seguridad.

a. Que el CORU declare traider a Cuba, a América y a la democracia a Carlos Andrés Pérez.
 b. Que el CORU declare la guerra al pueblo venezolano, si no a su gobierno y lo complementa con las acciones revolucionarias que a posteriori se sugieren y hacen referencias
 c. Que el CORU enjuicio al señor Orlando García por estafa a la revolución cubana (todo lo que se cobró y no aparece en el expediente lo sabe el "genérico negro" y está especificado en los documentos que están en posesión de O.B. con instrucciones de entregarlos solo al "genérico"). --Bajar por el cable también tan enjuiciamiento y en sentencia.--
 d. Por supuesto, estas declaraciones y determinaciones serían RIDICULAS si no fueran avaladas, apuntaladas y respaldadas por la acción revolucionaria y propaganda relacionada a las mismas. --So comprenderá por tanto que es imperioso y necesario por lo menos dos fuertes ataques a consulados y embajadas venezolanas en el exterior y después una inteligentemente ofensiva publicitaria que está resumida en los documentos que están en poder de B. y que por nuestra parte enviaremos a Ud. en copias tan pronto tengamos las direcciones de seguridad.

En este fragmento, fotocopiado de una carta original de Orlando Bosch dirigida a sus "compinches", se pueden apreciar las maquinaciones que en ese momento hacía en la prisión para presionar al gobierno venezolano presidido por Carlos Andrés Pérez. Es muy grave que este terrorista estuviese planificando atentados en contra de personalidades y propiedades venezolanas.

(Aunque sus esternos son...
Te recomiendo leer mucho a Ortega y Gasset.
El príncipe, La revolución y su imagen, Mi lucha, de Adolfo Hitler...
Recuerdos y cariños de Luis para todos

Esta fotocopia es una prueba palpable de la ideología que “inspira” a Orlando Bosch, dice: “Te recomiendo leer mucho a Ortega y Gasset. *El príncipe, La revolución y su imagen, Mi lucha*, de Adolfo Hitler..., Recuerdos y cariños de Luis para todos”.

IMPORTANTE: El abogado doctor Mora no muestra nos trajo ningún mensaje especial de Udes. -- Aunque él hasta ahora ha actuado honestamente y ha llevado el proceso inteligentemente y lo ha dedicado muchas horas de su tiempo es necesario que Udes estén conscientes que su persona (quizás por inexperiencia política revolucionaria, por equivocada estrategia, por intereses políticos X u otros factores que no sería oportuno detallar en el papel) desea prolongar el proceso y es partidario del apaciguamiento, espera de la nominación del candidato presidencial del gobierno, rogamos políticos. etc. etc. etc.

Sin comentarios...

A handwritten signature in black ink, appearing to read "Orlando", enclosed in a light gray rectangular box.

Firma de Orlando Bosch

Anexo 6
Fichas criminales
(Tomadas del diario *Granma* de Cuba)

Ficha criminal de Orlando Bosch

Entre las acciones desarrolladas por la banda Poder Cubano, con la participación directa o indirecta de Orlando Bosch, están las siguientes:

08-01-68	Bomba enviada en valija postal a La Habana, Cuba.
25-01-68	Bombas a establecimientos comerciales en EE. UU.
01-02-68	Bomba a cónsul mexicano en Miami, EE. UU.
02-02-68	Bomba a vivienda de cónsul británico en Miami, EE. UU.
12-03-68	Bomba a restaurante de emigrados cubanos, en EE. UU.
13-03-68	Bomba sin estallar en consulado chileno, EE. UU.
02-04-68	Bomba contra consulado de México, en EE. UU.
22-04-68	Bomba a oficinas de turismo español, en EE. UU.
05-05-68	Bomba contra buque británico Greenwood, en EE. UU.
25-05-68	Bomba a barco japonés Aroka Maru, en EE. UU.
21-06-68	Bomba a oficinas españolas de turismo, en EE. UU.
23-06-68	Bomba a oficina de turismo de México, en EE. UU.
27-06-68	Bomba a garaje de cónsul mexicano, en EE. UU.
04-07-68	Bomba a consulado cubano, en Canadá.
04-07-68	Bomba a oficina de turismo de Canadá, en EE. UU.
04-07-68	Bomba en oficina japonesa de turismo, en EE. UU.
11-07-68	Bomba cerca de la misión cubana, dañando a la misión yugoeslava en la ONU.
11-07-68	Bomba a barco japonés Michagesan Maru, en México.
14-07-68	Bomba en oficina de turismo mexicano en EE. UU.
15-07-68	Descubren bomba sin explotar en oficina francesa en EE. UU.
16-07-68	Descubren bomba sin explotar en consulado mexicano, en EE. UU.
17-07-68	Es inutilizada bomba colocada en casa de funcionario cubano, en EE. UU.
19-07-68	Bomba en oficina de turismo de México, en EE. UU.
19-07-68	Bomba en compañía petrolera Shell de Inglaterra, en EE. UU.
19-07-68	Bomba en oficinas de viaje japonesa, en EE. UU.
26-07-68	Bomba en oficinas de turismo mexicana, en EE. UU.
31-07-68	Bomba contra consulado británico, en EE. UU.
03-06-68	Bomba a sucursal de banco británico, en EE. UU.
05-08-68	Bomba en la sede del Partido Comunista Norteamericano.

07-08-68	Bomba en el barco de Bahamas Caribbean Venture, en puerto de EE. UU.
09-08-68	Bomba contra representación de México en EE. UU.
09-08-68	Bomba en contra casa de cónsul mexicano, en Miami.
11-09-68	Bomba en buque británico, surto en puerto mexicano.
12-09-68	Bomba al buque español Satrústegui, en Puerto Rico.
16-09-68	Bazucazo a barco polaco, en EE. UU.
17-09-68	Bomba a aerolínea mexicana en EE. UU.
19-09-68	Bomba en residencia de cónsul mexicano, en EE. UU.
18-10-68	Bomba en oficina de aviación canadiense, en EE. UU.
20-10-68	Bomba de gas en teatro donde se estrenaba obra cubana, en EE. UU.
20-10-68	Bomba a aerolínea norteamericana.
24-10-68	Intento de asesinato a embajador de Cuba en ONU.
06-08-69	Bomba contra Departamento de Turismo de México en EE. UU.
06-08-69	Bomba contra oficinas de la Shell Oil de Inglaterra, en EE. UU.
06-08-69	Bomba contra aerolínea japonesa en EE. UU.

En octubre de 1968 las autoridades norteamericanas detienen a Orlando Bosch por sus actividades terroristas y lo condenan a diez años de prisión. Sin embargo, en 1972 fue puesto en libertad sin cumplir la condena. Mientras estuvo preso continuó dirigiendo desde la cárcel las acciones desarrolladas por la banda terrorista Poder Cubano.

Entre 1974 y 1975, Orlando Bosch está en Chile y realiza numerosos contactos con personeros de la junta fascista chilena y de la banda de extrema derecha Triple A. Bosch se compromete a efectuar acciones de eliminación física de personalidades chilenas en el exilio por interés de la junta.

En este sentido está vinculado, o dirigió, con las autoridades fascistas de Chile, las siguientes acciones:

03-10-74	Asesinato del excomandante de las Fuerzas Armadas chilenas, general Carlos Prats y su esposa, en Argentina.
06-10-75	Son ametrallados en Roma, Italia, Bernardo Leighton, vicepresidente del Partido Demócrata de Chile en el exilio, y su esposa.

marzo, 76	El terrorista Orlando Bosch es arrestado por la policía costarricense, acusado de planear el asesinato del líder chileno exiliado en ese país, Andrés Pascal Allende.
21-09-76	Asesinato del excanciller chileno durante el gobierno de Salvador Allende, Orlando Letelier y su colaboradora Ronni Moffitt, en Washington, EE. UU.

En 1974 Bosch ya había creado la organización terrorista Acción Cubana, con el pleno apoyo de la junta fascista chilena. Con los auspicios de los fascistas chilenos y el dictador nicaragüense Anastasio Somoza, Bosch dirige durante 1974 y 1975 las siguientes acciones de terrorismo internacional:

21-01-74	Bomba a misión diplomática cubana en Canadá.
21-01-74	Bomba a misión diplomática cubana en Argentina.
21-01-74	Bomba a misión diplomática cubana en Perú.
02-01-74	Bomba en la embajada cubana en México.
13-02-74	Bomba en la embajada cubana, en Madrid, España.
04-04-74	Colocan bomba, que no llega a explotar, contra funcionario de Prensa Latina en México.
01-10-74	Bomba en embajada de Panamá en Caracas.
30-10-74	Bomba en Instituto Venezolano-Cubano de Amistad, en Venezuela.
14-11-74	Bomba en hotel donde se alojaba delegación cubana en EE. UU.
Julio-75	Disparos contra vivienda de funcionario cubano, en Italia.
13-08-75	Atentado contra el embajador cubano Emilio Aragonés, en Argentina.
17-11-75	Bomba a empresa venezolana de turismo, en Venezuela.
01-11-75	Bomba en la embajada cubana en Venezuela.
30-11-75	Bomba contra oficina comercial soviética, en México.

En junio de 1976, bajo la dirección de Orlando Bosch, se funda la agrupación denominada Comandos de Organizaciones Revolucionarias Unidas (CORU), banda terrorista que lleva a cabo numerosas acciones contra Cuba y otros países. En ese año se registra el punto culminante de las acciones terroristas con el sabotaje en pleno vuelo de un avión civil cubano, cerca de Barbados.

Entre las acciones planeadas o ejecutadas por Orlando Bosch en el CORU están:

06-06-76	Bomba a misión de Cuba en la ONU.
01-07-76	Bomba en el Centro Cultural Costa Rica-Cuba, en Costa Rica.
08-07-76	Bomba a la misión cubana en España.
09-07-76	Bomba en el departamento de equipajes de vuelo de Cubana de Aviación en Kingston, Jamaica.
10-07-76	Bomba en las oficinas de la línea aérea cubana en Barbados.
11-07-76	Bomba en la oficina de Air Panamá en Colombia.
23-07-76	Intento de secuestro del cónsul cubano en Mérida, México; asesinan al técnico pesquero cubano D'Artagnan Díaz Díaz.
09-08-76	Secuestro de dos funcionarios cubanos en Argentina.
01-09-76	Bomba en la Embajada de Guyana, en Trinidad Tobago.
18-09-76	Bombas en las oficinas de Cubana de Aviación en Panamá.
06-10-76	Sabotaje contra avión de la línea aérea Cubana de Aviación, en pleno vuelo, donde perecieron setenta y tres personas.

Como resultado de su participación en el sabotaje al avión de Cubana de Aviación, Bosch es apresado por las autoridades del gobierno de Carlos Andrés Pérez; pero desde prisión continúa dirigiendo las actividades llevadas a cabo por el CORU. En esta etapa, Orlando Bosch —ante la firmeza del gobierno venezolano de entonces, decidido a castigar a los culpables del monstruoso crimen de Barbados— orienta al CORU en 1977, sobre la realización de acciones contra intereses y objetivos de Venezuela en el exterior como medidas de presión al gobierno de Carlos Andrés Pérez. En ese período se llevaron a cabo las siguientes acciones terroristas contra intereses venezolanos:

30-03-77	Bomba en el consulado de Venezuela en Puerto Rico.
26-08-77	Bomba a avión venezolano en Miami, EE. UU.
23-12-77	Bomba en las oficinas de la línea aérea venezolana Viasa en EE. UU.
30-12-77	Bomba en consulado venezolano en Puerto Rico.

Asimismo, en 1978, desde prisión, Orlando Bosch orienta la ejecución de acciones vandálicas por parte de criminales del CORU contra México, como respuesta de los elementos del terrorismo internacional a la digna posición del gobierno de ese país con relación al asesinato en Mérida del técnico pesquero cubano D'Artagnan Díaz Díaz.

Siguiendo las instrucciones de Orlando Bosch, los grupos terroristas efectuaron las siguientes acciones contra los intereses mexicanos:

07-02-78	Bomba a consulado mexicano en EE. UU.
07-02-78	Bomba a barco mercante Aztecas, de México, y en puerto mexicano, provocando dos muertos y siete heridos.

El 9 de septiembre de 1978, el gobierno revolucionario de Cuba anunció su disposición de facilitar el diálogo con personalidades representativas de la comunidad cubana en el exterior, no vinculadas al terrorismo. Este paso de la Revolución cubana provocó una reacción de soberbia e impotencia del grupo fascista encabezado por Orlando Bosch, quien de inmediato orientó acciones contra Cuba y los participantes en el diálogo. Tales planes culminaron con el asesinato de Carlos Muñoz Varela y Eulalio J. Negrín, integrantes de la comunidad cubana en el exterior, y del diplomático cubano acreditado en la ONU, Félix García.

Entre las acciones terroristas llevadas a cabo en esta etapa con la orientación de Orlando Bosch, bajo la cobertura de la pandilla contrarrevolucionaria Omega 7, se hallan:

09-09-78	Bomba en la misión cubana ante la ONU, EE. UU.
05-10-78	Bomba frente al Madison Square Garden, donde actuarían boxeadores cubanos.
06-10-78	Bomba en empresa turística Girasol, del Partido Socialista Puertorriqueño, en Puerto Rico.
06-10-78	Bomba en empresa turística Antillana, en Puerto Rico.

06-10-78	Bomba en empresa Récord Public Service, propiedad de emigrado cubano, en Puerto Rico.
23-10-78	Bomba en diario <i>La Prensa</i> , en EE. UU.
18-11-78	Amenaza a la línea aérea TWA con volar aviones que viajan a Cuba (EE. UU.).
29-12-78	Bomba en misión cubana ante la ONU, EE. UU.
29-12-78	Bomba en locales del Lincoln Center, donde actuaron artistas cubanos (EE. UU.).
28-12-78	Bomba en el local de la Agencia de Viajes Varadero, en Puerto Rico, presidida por Carlos Muñiz Varela.
26-03-78	Bomba en el local de la empresa TWA, en el Aeropuerto J. F. Kennedy, EE. UU.
26-03-79	Bomba en entidad en Weehawken, New Jersey, dirigida a Eulalio J. Negrín, miembro del Comité de los 75.
28-04-79	Asesinato de Carlos Muñiz Varela, integrante de la Brigada Antonio Maceo y dirigente de Varadero Travel, en Puerto Rico.
25-11-79	Asesinato del miembro de la comunidad cubana en el exterior y participante en el diálogo con el gobierno cubano, Eulalio J. Negrín, en New Jersey, EE. UU.
11-09-79	Asesinato del diplomático cubano ante Naciones Unidas, Félix García Rodríguez.

Ficha criminal de Luis Posada Carriles

Presta servicios en la policía secreta de la sanguinaria dictadura de Fulgencio Batista. En 1960 buscó asilo en la embajada argentina en Cuba y abandonó la isla el 25 de febrero de 1961.

Fue instructor de la CIA en Miami para operaciones de piratería marítima y perteneció también a los Rangers del Ejército de Estados Unidos. En 1964 la CIA lo colocó al frente de un campamento de entrenamiento a elementos contrarrevolucionarios pertenecientes a la organización denominada JURE, debido a su experiencia y conocimiento de explosivos y demoliciones. En diciembre de ese mismo año se incorporó a la tripulación del buque madre pirata Venus, en Mayagüez, Puerto Rico.

Participó en la ejecución de diversas actividades terroristas y paramilitares contra los intereses de Cuba, como miembro de las organizaciones contrarrevolucionarias denominadas RECE, JURE y Ejército de Liberación. En esta última figuró como jefe de operaciones militares, vinculándose en 1965 a un plan para atentar contra la vida de Fidel Castro.

Fue también jefe de operaciones de las organizaciones contrarrevolucionarias RECE y Comandos L, radicadas en Miami.

En 1967 comenzó a trabajar en los cuerpos de seguridad venezolanos, posición que utilizó para apoyar la realización de actividades terroristas contra Cuba en América Latina y el Caribe y en el propio territorio de Venezuela. Sobresalió, además, por su participación en acciones contra sectores progresistas venezolanos.

En 1971, en ocasión de la visita del comandante en jefe Fidel Castro a Chile, Perú y Ecuador, Posada Carriles tomó parte en la planificación de un atentado contra el máximo dirigente de la Revolución cubana, conjuntamente con miembros de la organización terrorista Alfa 66, vinculados a la CIA y

apoyados en los hermanos Verdaguer, contrarrevolucionarios de origen cubano residentes en Ecuador.

Cuando en 1974 Orlando Bosch funda la banda terrorista Acción Cubana, Posada Carriles se vincula estrechamente con el citado cabecilla contrarrevolucionario y participa directamente o brinda apoyo a la ejecución de acciones terroristas en el continente, especialmente en Venezuela, bajo la cobertura de jefe de una agencia privada de investigaciones.

Posada Carriles se vinculó directa o indirectamente a más de veinte acciones terroristas llevadas a cabo por esa organización, entre las que pueden citarse:

21 de enero de 1974: bombas en las embajadas cubanas en Argentina, Perú y México.

Julio de 1974: envío de cartas y libros con bombas a varios consulados de Cuba en América Latina.

1 de octubre de 1974: colocación de una bomba en la embajada de Panamá en Caracas, Venezuela.

30 de octubre de 1974: colocación de una bomba en el Instituto de Amistad Venezolano-Cubano, en Caracas.

7 de noviembre de 1974: bombas en el Instituto de Estudios Brasileños y en la Embajada de Bolivia en Ecuador.

13 de agosto de 1975: atentado contra el embajador cubano en Argentina.

17 de noviembre de 1975: colocación de una bomba en la empresa venezolana de turismo y en la Embajada de Cuba en Venezuela.

30 de noviembre de 1975: bomba contra la oficina comercial soviética en México.

Al crearse la agrupación de organizaciones contrarrevolucionarias CORU, en junio de 1976, Posada Carriles, a quien lo unen estrechos lazos con Bosch, se convierte en una figura

clave de apoyo, en Venezuela, para los planes de la nueva banda terrorista. Siempre bajo las órdenes del cabecilla Bosch, Posada Carriles tomó parte en numerosas acciones terroristas en América Latina y el Caribe, incluyendo a Venezuela. Se conoce su participación directa o indirecta, entre otros, en los siguientes actos de terrorismo internacional:

1 de julio de 1976: bomba en el Centro Cultural Costa Rica-Cuba, en Costa Rica.

9 de julio de 1976: bomba en equipajes del vuelo de Cubana de Aviación en Jamaica.

10 de julio de 1976: bomba en la oficina de la línea aérea Cubana de Aviación, en Barbados.

11 de julio de 1976: bomba en la oficina de Air Panamá, en Colombia.

9 de agosto de 1976: secuestro y desaparición física de dos funcionarios cubanos en Argentina.

1 de septiembre de 1976: colocación de una bomba en la Embajada de Guyana en Trinidad y Tobago.

18 de septiembre de 1976: bomba en las oficinas de Cubana de Aviación en Panamá y contra un buque soviético.

6 de octubre de 1976: sabotaje en pleno vuelo de un avión comercial cubano con setenta y tres personas a bordo.

Luego de su detención, por considerársele coautor del monstruoso crimen de Barbados, las autoridades venezolanas le encontraron documentos con estudios operativos a las misiones cubanas en Colombia y países del Caribe, así como documentos donde tenía registradas todas las rutas e itinerarios de Cubana de Aviación, en especial aquellos relacionados con el área del Caribe.

Encarcelado junto a Bosch, Posada continuó tomando parte en la planificación de acciones terroristas que eran

enviadas con carácter de órdenes a miembros de la banda en el exterior. Esa campaña estuvo dirigida en particular contra Cuba, Venezuela y México, aunque también contra otras naciones del continente.

Apéndice B

Mirando a los ojos de los terroristas que volaron el avión cubano¹

Cuarenta años del crimen en Barbados

LOS TERRORISTAS DE ORIGEN CUBANO ORLANDO BOSCH Y LUIS POSADA CARRILES, AUTORES CONFESOS DEL CRIMEN, FUERON PROTEGIDOS POR EL GOBIERNO DE ESTADOS UNIDOS.

Cuarenta años después de la voladura de un avión civil cubano cerca de las costas de Barbados, el 6 de octubre de 1976, donde perdieron la vida setenta y tres personas inocentes, este horrible acto terrorista aún permanece impune pese a las abrumadoras pruebas que existen y han sido presentadas, contra sus autores materiales e intelectuales y sus cómplices en los servicios de inteligencia de Estados Unidos.

El pueblo cubano, su gobierno revolucionario y, en particular, los familiares de las víctimas del crimen de Barbados, no han descansado en todos estos años, en su lucha por hacer justicia. El dolor fue transformándose en fuerza y coraje para plantar la verdad del caso en todos los escenarios, no solo de la isla, sino de muchos países del mundo. Sin embargo, la esperada justicia nunca apareció.

1 Alicia Herrera, "Mirando a los ojos de los terroristas que volaron el avión cubano" [artículo en línea] en *Granma*, La Habana, Cuba, 15 de septiembre de 2016. Recuperado de <http://www.granma.cu/cuba/2016-09-15/mirando-a-los-ojos-de-los-terroristas-que-volaron-el-avion-cubano-15-09-2016-22-09-00?page=2>

Por el contrario, los terroristas de origen cubano Orlando Bosch y Luis Posada Carriles, autores intelectuales confesos del abominable crimen, fueron protegidos por el gobierno de Estados Unidos, puestos a salvo de la justicia en su territorio, donde recibieron todo el apoyo de la Agencia Central de Inteligencia (CIA), que los adiestró desde la década de los años sesenta, para cometer todo tipo de atentados contra el pueblo cubano y su revolución.

La voladura del avión de la línea aérea Cubana de Aviación, vuelo CU-455 que cubría la ruta Guyana-Trinidad y Tobago - Barbados - Jamaica y, finalmente, La Habana, fue un hecho estremecedor, jamás había ocurrido uno igual en el hemisferio occidental. La maquinación para planificar el asesinato de personas inocentes con el amparo del gobierno venezolano de entonces, presidido por Carlos Andrés Pérez, y la anuencia de la CIA, revela la verdadera esencia criminal de cuantos estuvieron involucrados en el crimen.

Tal vez las nuevas generaciones no conozcan completamente cómo se articulaba la maldad contra Cuba en aquellos años donde murieron miles de cubanos, a consecuencia de los actos terroristas que alentaron y financiaron sucesivas administraciones norteamericanas para destruir a la Revolución cubana.

Ahora, cuando se cumplen cuarenta años del atentado contra el avión cubano en Barbados, tenemos el deber de rescatar la memoria de aquellos hechos que no deben repetirse jamás.

Nada es ficción

Recordaba que hace un par de años, al concluir un conversatorio con un grupo de estudiantes de secundaria, se me acercó un muchacho de mirada vivaz y me preguntó, con mucha curiosidad, si el *spot* de televisión en el que se oye la voz del copiloto

del avión cubano antes de caer al mar era una recreación de ese dramático momento.

Yo me sorprendí y le pedí que me explicara por qué él pensaba así, al tiempo que le explicaba que ese grito desgarrador (“¡Eso es peor, pégate al agua, Felo, pégate al agua!”) era tan auténtico que expresaba la gran humanidad de estos hombres que, hasta el último momento, trataron de impedir que el avión se desplomara.

El joven no tenía una idea clara sobre esta tragedia que enlutó a familias de Cuba, Guyana y de la República Popular de Corea. Creía que la imagen de la nave cayendo frente a las costas de Barbados era ficción. Como él, no se sabe cuántos aún ignoran o permanecen confundidos en relación con este triste episodio de la historia de las agresiones contra la isla.

Es por esta y otras razones que estamos comprometidos a denunciar el crimen de Barbados, aprovechar estos momentos de recordación para transformarlos en tribuna y transmitir a los más jóvenes la verdad, que es el camino más cierto para alcanzar la justicia.

Mirando a los ojos de los terroristas

Algunos de los lectores recordarán que yo fui la periodista venezolana que denunció a los terroristas Orlando Bosch, Luis Posada Carriles, Hernán Ricardo y Freddy Lugo, por su participación directa en el atentado a la nave de Cubana de Aviación.

Solo por casualidades de la vida, yo visité en la prisión del Cuartel San Carlos de Caracas, a Freddy Lugo, un fotógrafo, compañero de trabajo de la revista *Páginas*, que estaba preso por presunta participación en la voladura del avión cubano. No creía que él y el otro fotógrafo del diario *El Mundo*, Hernán Ricardo, estuvieran implicados en un crimen tan horrible.

Mucho antes de que Lugo y Ricardo pusieran los explosivos en el avión de Cubana, ya eran parte de mi vida laboral, los conocía como muchachos trabajadores, un poco más a Freddy Lugo, con quien salía frecuentemente a hacer reportajes para *Páginas*.

A través de Lugo surgieron las relaciones con los otros terroristas presos también en el Cuartel San Carlos, mientras se desarrollaba en los tribunales el proceso que, durante mis visitas a esa prisión, descubrí que era completamente amañado con la venia del gobierno del presidente Pérez, y después al concluir este su mandato, con el apoyo del presidente Luis Herrera Campins y su policía política (Disip), de la que Posada Carriles había sido comisario.

Freddy Lugo compartía celda con uno de las más connotados contrarrevolucionarios de origen cubano, Orlando Bosch, quien era una especie de héroe para él, a quien conminaba siempre a contarme sus historias de “luchador por la democracia en Cuba”. Bosch disfrutaba, se frotaba las manos y detallaba sus actos terroristas. De esta manera llegué a la conclusión de que si este hombre tenía este récord criminal y estaba preso, probablemente podía estar involucrado en el sabotaje del DC-8 de Cubana de Aviación.

Yo me sentía muy tensa cuando tenía al frente aquel hombre de mirada inquisitiva, detrás de unos gruesos espejuelos, que insistía en darme hasta los más mínimos detalles de cómo colocaba bombas en embajadas y consulados cubanos en el exterior, así como en oficinas de Cubana de Aviación y otras dedicadas al turismo con la isla.

Fueron momentos muy fuertes, difíciles de manejar, con una carga de sorpresa y rabia, de miedo..., porque de verdad daba miedo, me temblaban las piernas, pero trataba de guardar la compostura casi sin emitir palabras: no hacía falta. Bosch se posesionaba del escenario, gesticulaba con sus manotas, a

veces se levantaba del asiento y contaba con estridente voz sus fechorías, como si estuviera frente a un público cautivo.

Entonces tomé la decisión de hacer una investigación periodística sobre el caso del avión cubano con dos fuentes primarias, Bosch y Lugo.

Me lo dijeron todo

Por espacio de más de dos años visité a los terroristas en el Cuartel San Carlos. Allí conocí a la mujer de Bosch, la chilena Adriana Delgado, y a Nieves de Posada, esposa de Posada Carriles. Con ambas sostuve estrechas relaciones, siempre coincidíamos en las visitas y aportaban buenos datos para el trabajo periodístico que yo estaba preparando.

Las dos, imprudentes y habladoras, confirmaban todo cuanto Bosch contaba de sus esfuerzos “por liberar a la Patria martirizada” junto con Posada Carriles. Nieves, una fuente indirecta pero muy valiosa, se vanagloriaba al resaltar que su marido había logrado prepararse en la CIA y era un experto en explosivos.

Esta mujer fue clave para conocer cómo Posada Carriles planificó con Orlando Bosch, el atentado al avión de Cubana, así como otras acciones criminales de los grupos contrarrevolucionarios cubanos, incluido el asesinato del excanciller chileno Orlando Letelier y su secretaria Ronni Moffitt, en Washington, tres meses antes de la explosión en pleno vuelo del avión en Barbados.

Me lo dijeron todo. Lugo me contó paso a paso cómo pusieron la bomba en el baño ubicado en la parte trasera del avión. Bosch, en un arrebatado de cólera, dijo en mi presencia que había volado un avión cargado de comunistas. Posada, según documentos desclasificados del FBI, anunció que “volaremos un avión cubano” y Ricardo, con desfachatez, gritó

para que todos oyeran en el patio de ejercicios del Cuartel San Carlos: “Pusimos la bomba... ¿y qué?”.

El grito en el título del libro

De manera muy general he recordado episodios de aquel momento que cambió mi vida para siempre. Ya impuesta de que estos hombres eran los asesinos de setenta y tres personas inocentes que viajaban en el vuelo CU-455 de Cubana, se planteó para mí una decisión determinante: o los denunciaba o me quedaba callada y me convertía automáticamente en su cómplice. Opté por la denuncia y tuve que hacerla fuera de mi país para proteger mi vida de los sicarios del gobierno socialcristiano de Luis Herrera Campins.

En septiembre de 1980, al conocer que un tribunal militar había absuelto a los cuatro terroristas por considerar que “fueron destruidas las pruebas” que servían de base a la acusación, convoqué a una conferencia de prensa con medios nacionales y extranjeros en Ciudad de México y denuncié a los responsables del siniestro del avión: conté todo cuanto me dijeron acerca de su planificación y ejecución y la complicidad de los gobiernos de Carlos Andrés Pérez y Luis Herrera Campins.

Igualmente me referí a una serie de actos terroristas ejecutados en otros países por Bosch y Posada Carriles con saldo de muerte y destrucción, y especialmente alerté a la comunidad internacional sobre la intención de estos criminales de continuar con estas acciones vandálicas contra Cuba y su pueblo.

Posteriormente, esta denuncia fue ampliada en el libro de mi autoría *Pusimos la bomba... ¿y qué?*, título tomado del grito de Hernán Ricardo, autor material, junto con Freddy Lugo, de este abominable crimen.

Veinticinco años después de la publicación de mi investigación periodística, se lanzó una nueva edición ampliada del

libro que incluía documentos desclasificados de la CIA y el FBI, sobre el sabotaje del avión cubano, que corroboraron que los hechos ocurrieron tal y como los denuncié, desmontando de esta manera, la campaña mediática de la derecha que propagaba en sus medios que se trataba de una historia inventada para favorecer a la Revolución cubana.

Índice de nombres

- Acosta Rubio, Raúl: periodista y publicista cubano radicado en Caracas.
- Aguiar, Raymond: abogado venezolano.
- Aguirre, Emigdio: comerciante cubano radicado en Miami.
- Allende Pascal, Andrés: dirigente principal del MIR chileno.
- Álvarez, (Dr.) Aurelio: médico cubano residenciado en Caracas.
- Avignon: cubano radicado en Miami.
- Bango Arpa: funcionario de la Disip.
- Barandella, Raúl: terrorista cubano, “capitán” de Hubert Matos.
- Basilio: seudónimo en la Disip de Luis Posada Carriles.
- Bastidas, José Ramón: coronel del ejército, presidente del Consejo de Guerra permanente.
- Becerra Valdés, David: cubano radicado en New Jersey.
- Bermúdez, Raúl: odontólogo cubano, vinculado al partido Copei.
- Blanco, Lauro: expreso anticastrista.
- Carrera, Rafael: expreso anticastrista.
- Castro, Ignacio: cubano radicado en Caracas.
- Colina: comerciante cubano residenciado en Caracas.
- Colmenares, Tomás: funcionario de la Disip, venezolano.
- Chao Hermida, Francisco: periodista cubano.
- Chiqui: Mirian Bosch, hija de Orlando Bosch.

Dámaso, Gerardo Edmundo: empresario cubano residenciado en Valencia.

De Cárdenas, María Teresa: cubana radicada en Caracas. (Tía de Raulito Bermúdez).

De Viera, Mery: esposa de Bernardo Viera.

Delgado, Ramón: exembajador de Venezuela en Cuba.

Efraín: seudónimo de Tomás Colmenares.

Estaba Moreno, Delia: abogada venezolana, primera juez en el caso del avión cubano.

Facio Gonzalo: excanciller de Costa Rica.

Folgar, (Dr.) Hildo: médico cubano residenciado en Caracas.

García, Orlando: cubano radicado en Caracas.

Ginjaume, José: cubano residenciado en Caracas.

Gómez, “Chorizo”: cubano radicado en Caracas.

Henríquez, Delia: cubana, presidenta de la Asociación Patriótica José Martí.

Huerta, (Dr.) Enrique; médico cubano, presidente del Colegio Médico Cubano en el Exilio.

Jaramillo: empresario cubano radicado en Valencia.

Jiménez, D.: médico pediatra cubano residenciado en Caracas.

Jiménez, Gasparito: terrorista cubano.

Leighton, Bernardo: exvicepresidente del Partido Demócrata Cristiano de Chile.

Letelier, Orlando: excanciller chileno durante el gobierno de Allende.

López, Gustavo: cubano radicado en Caracas.

López, Néstor: cubano residenciado en Miami.

Marín, Gustavo: jefe del grupo anticastrista Abdala.

Marrero, Alberto: cubano radicado en Caracas.

Marrero, Sara: esposa de Alberto Marrero.

Martínez, Luis Manuel: periodista cubano residenciado en Caracas.

Matos, Hubert: excomandante de la Revolución cubana, radicado en EE. UU.

Mendoza, Rolando: cubano radicado en Miami.

Meza: terrorista cubano.

Muñiz Varela, Carlos: miembro de la Brigada Antonio Maceo. Asesinado en Puerto Rico.

Negrín, José Eulalio: miembro del Comité de los 75. Asesinado en New Jersey.

Palazzi, Alberto: funcionario del gobierno de Copei.

Pérez Durán, Marino: cubano radicado en Caracas (Tío del Dr. Joaquín Pérez Rodríguez).

Pérez, Manolo: cubano radicado en Caracas.

Prats, Carlos: excomandante de las Fuerzas Armadas chilenas.

Pulido: terrorista cubano.

Rodríguez, Ernesto: cubano residenciado en Miami.

Rodríguez, (Dr.) Tebelio: médico cubano radicado en Caracas, presidente de Cocpac (organización anticastrista).

Salvador Romaní: periodista cubano radicado en Caracas, presidente del Colegio de Periodistas cubanos en el exilio, en Venezuela.

Romero, Carlitos: fotógrafo venezolano.

Romero, Carlos: periodista cubano, director del diario *El Mundo*, de Caracas.

Rivas Vázquez, Rafael: exfuncionario de la Disip, cubano.

Salvador, David: expreso anticastrista.

Suárez Galarraga, Alberto: asilado cubano radicado en Venezuela.

Suárez Núñez, José: periodista cubano radicado en Caracas.

Uzcátegui, (Dr.) Remberto: director de la Disip.

Vázquez, Pepe: alto funcionario de la Disip, cubano.

Vázquez, Víctor: cubano, funcionario de la Disip, hermano de Pepe.

Vicente: terrorista cubano.

Viera, Bernardo: periodista cubano residenciado en Miami.

Índice

El terrorista y la saga de los Bush, por José Vicente Rangel	7
I. CU.455 Autorizado a despegar...	11
II. Por primera vez en el Cuartel San Carlos	27
III. Cada cabeza es un mundo	41
IV. La fuga frustrada	63
V. Por los caminos del mundo... Contra todo el mundo	79
VI. El cambio va	99
VII. Siguen los privilegios: la Disip paga	121
VIII. “Nosotros pusimos la bomba... ¿y qué?”	155
IX. El otro expediente	193
Epílogo: La vergonzosa decisión	223
Apéndices	241
APÉNDICE A.PRELIMINAR	243
ANEXO I. INTERROGATORIO DEL COMISARIO “FRANCISCO” A HERNÁN RICARDO	247

ANEXO 2. EL PACTO DEL EXPRESIDENTE CARLOS ANDRÉS PÉREZ CON ORLANDO BOSCH	271
ANEXO 3. DILIGENCIAS Y ACTUACIONES DE LA DISIP	279
ANEXO 4. DOCUMENTACIÓN DESCLASIFICADA POR EL GOBIERNO DE ESTADOS UNIDOS	291
ANEXO 5. FRAGMENTOS DE LAS CARTAS DE BOSCH	315
ANEXO 6. FICHAS CRIMINALES	323
APÉNDICE B. MIRANDO A LOS OJOS DE LOS TERRORIS- TAS QUE VOLARON EL AVIÓN CUBANO	335
Índice de nombres	343

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso
21, El Silencio
Caracas – Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve
Facebook: El perro y la rana
Twitter: @elperroylarana

Este libro se editó en digital
en noviembre de 2021
en la Fundación Editorial El perro y la rana
Caracas - Venezuela





En 1981 se publica por primera vez este libro que es denuncia y testimonio de la confesión a puerta cerrada de los crímenes perpetrados por los terroristas Orlando Bosch, Luis Posada Carriles, Hernán Ricardo y Freddy Lugo. Alicia Herrera se propuso investigar la verdadera historia de la masacre del avión cubano frente a las costas de Barbados el 6 de octubre de 1976, donde se perdieron setenta y tres vidas de cubanos, venezolanos y surcoreanos. La reedición del profundo y arriesgado trabajo de investigación de esta periodista sirve como recordatorio de que detrás de los autores materiales de los hechos siguen estando activos los grandes poderes norteamericanos, los autores intelectuales, como la CIA, que financian y dirigen estas atrocidades en su intento permanente de anular cualquier posibilidad de emancipación de los pueblos de América Latina que siguen luchando por liberarse del asedio imperial.

Alicia Herrera Escalona (1943). Periodista venezolana egresada de la Universidad Católica Andrés Bello. Cuando todavía era estudiante de bachillerato colaboró en periódicos como *El Imparcial*, *El Carabobeno* y *Hoy*. Ejerció el periodismo desde el año 1964 en revistas y diarios venezolanos, fue directora en órganos periodísticos de la cadera Capriles, donde tuvo a su cargo, las revistas *Venezuela Gráfica*, *Páginas*, *Viajes* y *Kena*.

